

Habla, memoria

Vladimir Nabokov

PROLOGO

Esta obra es un montaje sistemático de recuerdos personales que se extienden geográficamente desde San Petersburgo hasta St. Nazaire, y que abarcan treinta y siete años, de agosto de 1903 a mayo de 1940, con unas pocas incursiones hacia el espacio-tiempo posterior. El artículo que dio inicio a la serie corresponde ahora al Capítulo quinto. Lo escribí en francés, con el título de «Mademoiselle O», hace treinta años y en París, donde Jean Paulhan lo publicó en el segundo número de *Mesures*, el año 1936. Hay una fotografía (recientemente publicada en *James Joyce in Paris*, de Gisèle Freund) que conmemora este acontecimiento, salvo que se me identifica de forma errónea (en el grupo de *Mesures* que descansa en torno a la mesa de piedra de un jardín) como «Audiberti».

En los Estados Unidos, a donde emigré el 28 de mayo de 1940, «Mademoiselle O» fue traducido al inglés por Hilda Ward, revisado por mí, y publicado por Edward Weeks en el número de enero de 1943 de *The Atlantic Monthly* (que fue también la primera revista que publicó mis relatos escritos en los Estados Unidos). Mi relación con *The New Yorker* había empezado (a través de Edmund Wilson) con un breve poema publicado en abril de 1942, al que siguieron otros textos fugaces; pero mi primera composición en prosa no apareció en esa revista hasta el 3 de enero de 1948: fue «Retrato de mi tío» (Capítulo tercero de la obra completa), escrito el mes de junio de 1947 en Columbine Lodge, Estes Parle, Colorado, en donde mi esposa, mi hijo y yo no hubiésemos podido seguir viviendo mucho tiempo más de no haber sido por lo bien que Harold Ross se llevó con el fantasma de mi pasado. La misma revista publicó también el Capítulo cuarto («Mi educación inglesa», 27 de marzo de 1948), el Capítulo sexto («Mariposas», 12 de junio de 1948), el Capítulo séptimo («Colette», 31 de julio de 1948), y el Capítulo noveno («Mi educación rusa», 18 de septiembre de 1948), todos ellos escritos en Cambridge, Massachusetts, en una época de graves tensiones mentales y físicas, así como el Capítulo décimo («Arriba el telón», 1 de enero de 1949), el Capítulo duodécimo («Tamara», 10 de diciembre de 1949), el Capítulo octavo («Transparencias», 11 de febrero de 1950; pregunta de H. R., «¿Erais los Nabokov una de esas familias en las que sólo hay un chiflado?») y el Capítulo primero («Pretérito perfecto», 15 de abril de 1950), todos ellos escritos en Ithaca, Nueva York.

De los otros tres capítulos, el undécimo y el decimocuarto se publicaron en la *Partisan Review* («Primer poema», septiembre de 1949, y «Exiliado», enero-febrero de 1951), mientras que el decimotercero apareció en *Harper's Magazine* («Habitaciones en Trinity Lane», enero de 1951).

La versión inglesa de «Mademoiselle O» fue publicada de nuevo en *Nine Stories* (New Directions, 1947), y en *Nabokov's Dozen* (Doubleday, 1958; Heinemann, 1959; Popular Library, 1959; y Penguin Books, 1960); en esa segunda recopilación incluí también «Primer amor», que se convirtió en el preferido de los antólogos.

A pesar de que los fui redactando con el desorden que reflejan las fechas de primera aparición que acabo de mencionar, estos capítulos habían ido encajando perfectamente en unos casilleros mentales numerados que seguían el orden que aquí presento. Este orden quedó establecido en 1936, cuando coloqué la piedra angular que ya contenía en su oculto orificio varios mapas, horarios, una colección de cajas de cerillas, un pedazo de cristal color rubí, e incluso —tal como ahora comprendo— la vista que dominaba desde mi balcón del lago de Ginebra, con sus ondas y sus manchas de luz, salpicada hoy, a la hora del té, por los puntos negros de las fochas y los porrones moñudos. No me costó por lo tanto el menor esfuerzo compilar un volumen que Harper & Bros., de Nueva York, publicó en 1951, con el título de *Pruebas concluyentes*; pruebas concluyentes de que yo había existido. Por desgracia, esa expresión daba a entender que se trataba de una historia de intriga, y decidí titular la edición británica *Speak*,

Mnemosyne pero me dijeron que «las ancianitas no querrán comprar un libro cuyo título no son capaces de pronunciar». También acaricié la idea de titularlo *The Anthimion* que es el nombre de un adorno basado en la madreselva y que consta de unos complicados entrelazamientos y arracimamientos en expansión, pero no le gustó a nadie; de modo que al final acordamos que fuera *Speak, Memory* (Gollancz, 1951, y The Universal Library, Nueva York, 1960). Sus traducciones son: al ruso, por el autor (Drugie Berega, The Chejov Publishing House, Nueva York, 1954); al francés, por Yvonne Davet (*Autres Rivages*, Gallimard, 1961); al italiano, por Bruno Oddera (*Parla Ricordo*, Mondadori, 1962); al español, por Jaime Piñeiro González (*¡Habla, memoria!*, Plaza y Janes, 1963); y al alemán, por Dieter E. Zimmer (Rowohlt, 1964). Con esto queda agotada la información bibliográfica imprescindible, que los nerviosos críticos a los que les fastidió la nota que aparecía al final de *Nabokov's Dozen* aceptarán hipnotizados al comienzo de esta obra, o eso al menos espero.

Cuando escribía la primera versión de estos textos en los Estados Unidos me sentí estorbado por mi casi completa carencia de datos en relación con la historia de la familia, y, en consecuencia, por la imposibilidad de verificar mis recuerdos cuando tenía la sensación de que podía estar equivocándome. La biografía de mi padre ha sido ahora ampliada, y revisada. He realizado otras muchas revisiones y adiciones, sobre todo en los primeros capítulos. He abierto ciertos paréntesis herméticos, y permitido que se derramase su contenido aún activo. Ha ocurrido también que algún objeto que no había sido más que un suplente elegido al azar y que no tenía una intervención significativa en el relato de un acontecimiento importante insistía en incomodarme cada vez que volvía a leer un pasaje al corregir las pruebas de las diversas ediciones, hasta que al final, gracias a un gran esfuerzo, las arbitrarias gafas (que Mnemosina ha debido de necesitar más que nadie) se metamorfosearon en una claramente recordada pitillera en forma de ostra, que centelleaba en la hierba húmeda al pie de un álamo temblón del Chemin du Pendu, el lugar en donde encontré aquel día de junio de 1907 una esfinge que raras veces se ve tan al oeste, y el mismo donde un cuarto de siglo antes mi padre había cazado un pavo real muy infrecuente en nuestros bosques del norte.

Durante el verano de 1953, en un rancho cercano a Portal, Arizona, en una casa que alquilé en Ashland, Oregon, y en varios moteles del Oeste y del Medio Oeste, conseguí, en los ratos libres que me dejaba la caza de mariposas y la redacción de *Lolita* y de *Pnin*, traducir, con la ayuda de mi esposa, *Speak, Memory* al ruso. Debido a la dificultad psicológica que suponía volver a tratar un tema desarrollado en *Dar* (*The Gift*), omití un capítulo entero (el undécimo). Por otro lado, revisé muchos pasajes e intenté remediar los defectos amnésicos del original: puntos en blanco, zonas confusas, solares sombríos. Descubrí así que a veces, por medio de la concentración intensa, podía forzar ciertos tiznones neutros hasta enfocarlos maravillosamente bien e identificar la repentina visión, y darle su nombre al anónimo criado. Para esta edición definitiva de *Speak, Memory* no solamente he introducido cambios esenciales y copiosas adiciones al texto inglés original, sino que me he servido de las correcciones que fui haciendo mientras lo traducía al ruso. Esta re-anglicación de una nueva rusificación de lo que había sido un recontar en inglés lo que al comienzo fueron recuerdos rusos resultó ser una tarea diabólica, pero obtuve cierto consuelo pensando que esta múltiple metamorfosis, tan familiar para las mariposas, no había sido intentada anteriormente por ningún ser humano.

De entre las anomalías de esta memoria, cuyo poseedor y víctima jamás hubiese debido tratar de convertirse en autobiógrafo, la peor es su tendencia a identificar en el recuerdo mis años con los del siglo. Esto produjo una serie de bastante coherentes meteduras de pata cronológicas en la primera versión del libro. Yo nací en abril de 1899, y, naturalmente, durante el primer tercio de, por ejemplo, 1903 tenía cerca de tres años; pero en agosto de ese mismo año, el «3» exacto que me fue revelado (tal como lo describo en «Pretérito perfecto») no se refería de hecho a mis años, que eran «4», y tan cuadrados y elásticos como una almohada de caucho, sino a los del siglo. Del mismo modo, a comienzos del verano de 1906 —el verano en el que empecé a coleccionar mariposas— tenía siete años y no seis como afirmé inicialmente en el catastrófico párrafo segundo del Capítulo sexto. Mnemosina, hay que admitirlo, ha demostrado ser una muchacha muy descuidada.

Doy todas las fechas según el calendario gregoriano: en el siglo XIX llevábamos un retraso de doce días en relación con el mundo civilizado, y de trece a comienzos del siglo XX. Según el calendario juliano nací el 10 de abril, al amanecer, en el último año del siglo pasado, y ese día era (si hubiese podido colarme inmediatamente por la frontera) el 22 de abril en, por ejemplo, Alemania; pero debido a que mis aniversarios fueron celebrados, con menguante pompa, en el siglo XX, todo el mundo, yo incluido, al ser desplazado por la revolución y la expatriación del calendario juliano al gregoriano, se acostumbró a sumar trece días, en lugar de doce, al 10 de abril. El error es grave. ¿Qué se puede hacer? En mi

pasaporte más reciente leo «23 de abril» en el apartado «fecha de nacimiento», y ésa es también la fecha de nacimiento de William Shakespeare, de mi sobrino Vladimir Sikorski, de Shirley Temple y de Hazel Brown (que, además, comparte mi pasaporte). Este es, pues, el problema. Mi ineptitud para el cálculo me impide tratar de resolverlo.

Cuando, después de veinte años de ausencia, regresé por mar a Europa, renové lazos que habían quedado desatados antes incluso de irme de allí. En estas reuniones familiares *Speak, Memory* fue sometido a juicio. Hubo comprobaciones de detalles, fechas y circunstancias, y averiguamos que en muchos casos había errado, o no había examinado con la suficiente profundidad algún recuerdo oscuro pero no insondable. Ciertos asuntos fueron descartados por mis consejeros como leyendas o rumores o, cuando eran auténticos, quedó demostrado que tenían que ver con acontecimientos o períodos que no coincidían con aquellos a los que mi frágil memoria los vinculó. Mi primo Sergey Sergeevich Nabokov me proporcionó valiosísimas informaciones sobre la historia de nuestra familia. Mis dos hermanas protestaron furiosamente por mi descripción del viaje a Biarritz (comienzo del Capítulo séptimo) y apedreándome con detalles concretos me convencieron de que hice mal en dejarlas a un lado («¡con las nodrizas y las tías!»). Todo aquello que todavía no he sido capaz de elaborar de nuevo a falta de documentación específica, he preferido tacharlo en pro de la verdad del conjunto. Por otro lado, han aparecido cierta cantidad de datos referidos a mis antepasados y otros personajes, que han sido incorporados a esta versión definitiva de *Speak, Memory*. Confío en llegar algún día a escribir un «Sigue hablando, memoria» que abarque el período 1940-1960, que he vivido en los Estados Unidos: en mis serpientes y crisoles siguen evaporándose ciertos gases y fundiéndose ciertos metales.

El lector encontrará en esta obra referencias dispersas a mis novelas, pero en conjunto me pareció que bastaba con los esfuerzos que tuve que hacer para escribirlas, y que debían permanecer en el primer estómago. Mis recientes introducciones a las traducciones inglesas de *Zashchita Luzhina*, 1930 (*The Defense*, Putnam, 1964), *Otchayanie*, 1936 (*Despair*, Putnam, 1966), *Priglasenie na kazn'*, 1938 (*Invitation to a Beheading*, Putnam, 1959), *Dar*, 1952, publicada por entregas en 1937-38 (*The Gift*, Putnam, 1963) y *Soglyadatay*, 1938 (*The Eye*, Phaedra, 1965) dan una relación harta detallada, y picante, del aspecto creador de mi pasado europeo. Para los que deseen una lista más completa de mis publicaciones, existe la minuciosa bibliografía elaborada por Dieter E. Zimmer (*Vladimir Nabokov Bibliographie des Gesamt-werks*, Rowolt, 1.ª ed., diciembre, 1963; 2.ª ed. revisada, mayo, 1964).

El mate en dos movimientos descrito en el último capítulo ha sido publicado de nuevo en *Chess Problems*, de Lipton, Matthews y Rice (Faber, Londres, 1963, p. 252). Mi invento más divertido, sin embargo, es un problema en el que «las blancas retiran su última jugada y dan mate» que dediqué a E. A. Znosko-Borovski, el cual lo publicó en los años treinta (¿1934?) en el diario de emigrados *Poslednie Novosti* de París. No recuerdo las posiciones con la suficiente lucidez como para anotarlas aquí, pero es posible que algún amante del «ajedrez de fantasía» (categoría a la que pertenece este problema) lo encuentre algún día en una de esas benditas bibliotecas en las que se conservan periódicos microfilmados, tal como habría que hacer con todos nuestros recuerdos. Los críticos no leerán esta versión tan descuidadamente como leyeron la primera: sólo uno de ellos se fijó en mi «maliciosa pulla» contra Freud en el primer párrafo de la segunda parte del Capítulo octavo, y ninguno descubrió el nombre del gran dibujante al que rindo tributo en la última frase de la segunda parte del Capítulo undécimo. Resulta sobremanera embarazoso que el escritor se vea obligado a señalar personalmente estas cosas.

Para evitar ofensas a los vivos o molestias a los muertos, ciertos nombres propios aparecen cambiados. En el índice quedan destacados todos ellos con el uso de signos de interrogación. El principal propósito del índice es el de establecer una útil, para mí, lista de algunas de las personas y temas relacionados con mi pasado. Su presencia fastidiará a los vulgares pero puede que satisfaga a los perspicaces, aunque sólo sea porque

*Por la ventana de ese índice
Trepó una rosa Y a veces una suave brisa ex
Ponto sopla.*

VLADIMIR NABOKOV
5 de enero de 1966
Montreux

CAPITULO PRIMERO

1

La cuna se balancea sobre un abismo, y el sentido común nos dice que nuestra existencia no es más que una breve rendija de luz entre dos eternidades de tinieblas. Aunque ambas son gemelas idénticas, el hombre, por lo general, contempla el abismo prenatal con más calma que aquel otro hacia el que se dirige (a unas cuatro mil quinientas pulsaciones por hora). Conozco, sin embargo, a un niño cronofóbico que experimentó algo muy parecido al pánico cuando vio por primera vez unas películas familiares rodadas pocas semanas antes de su nacimiento. Contempló un mundo prácticamente inalterado —la misma casa, la misma gente—, pero comprendió que él no existía allí, y que nadie lloraba su ausencia. Tuvo una fugaz visión de su madre saludando con la mano desde una ventana de arriba, y aquel ademán nuevo le perturbó, como si fuese una misteriosa despedida. Pero lo que más le asustó fue la imagen de un cochecito nuevo, plantado en pleno porche, y con el mismo aire de respetabilidad y entrometimiento que un ataúd; hasta el cochecito estaba vacío, como si, en el curso inverso de los acontecimientos, sus mismísimos huesos se hubieran desintegrado.

Tales fantasías no son raras en la infancia. O, por decirlo de otro modo, las primeras y últimas cosas suelen tener un barniz adolescente; a no ser, quizá, que estén supervisadas por alguna venerable y rígida religión. La naturaleza espera del adulto que acepte los dos vacíos negros, a proa y a popa, con la misma indiferencia con que acepta las extraordinarias visiones que median entre los dos. La imaginación, supremo deleite del inmortal y del inmaduro, debería ser limitada. A fin de disfrutar la vida, no tendríamos que disfrutarla demasiado.

Yo me rebelo contra esta situación. Siento el impulso de manifestar esa rebelión y vigilar con piquetes a la naturaleza. Repetidas veces, mi mente ha hecho esfuerzos colosales por distinguir hasta las más tenues luces personales en la impersonal tiniebla que hay a ambos lados de mi vida. Esta creencia en que la causa de esas tinieblas no es más que la muralla del tiempo que nos separa a mí y a mis contusionados puños del mundo libre de la intemporalidad, la comparto alegremente con el salvaje más pintarrajeado. He viajado hacia atrás con el pensamiento —un pensamiento que se iba ahusando de forma irremediable a medida que avanzaba— hasta regiones remotas en las que busqué a tientas alguna salida, aunque sólo para descubrir que la prisión del tiempo es esférica y carece de ellas. Menos el suicidio, lo he probado todo. Me he desprendido de mi identidad para pasar por un espectro convencional y colarme así en reinos que existían antes de que yo fuera concebido. He soportado mentalmente la degradante compañía de novelistas y coroneles retirados de la época victoriana que recordaban haber sido, en vidas anteriores, esclavos que llevaban mensajes por las calzadas romanas o sabios sentados al pie de los sauces de Lhasa. He saqueado mis sueños más antiguos en pos de llaves y claves, y permítaseme que declare inmediatamente que rechazo por completo el vulgar, raído y en el fondo medieval mundo de Freud, con su chiflada búsqueda de símbolos sexuales (algo así como buscar acrósticos baconianos en las obras de Shakespeare) y sus rencorosos y diminutos embriones espiando, desde sus escondrijos naturales, la vida amorosa de sus padres.

Inicialmente, no tuve conciencia de que el tiempo, tan ilimitado en la primera luz del alba, fuese una prisión. Al escudriñar mi infancia (que es lo que más se parece a escudriñar la propia eternidad) veo el despertar de la conciencia como una serie de destellos espaciados, y los intervalos que los separan van disminuyendo gradualmente hasta que se forman luminosos bloques de percepción que proporcionan a la memoria un resbaladizo asidero. Aprendí a contar y hablar a una edad muy temprana y casi simultáneamente, pero el conocimiento íntimo de que yo era yo y mis padres eran mis padres sólo parece haberse establecido más tarde, y entonces quedó directamente asociado a mi descubrimiento de cuál era la edad de ellos en relación con la mía. A juzgar por la intensa luz que, cuando pienso en esa revelación, invade de inmediato mi memoria con manchas lobuladas de sol que se cuelan por entre capas superpuestas de verdor, el día al que me refiero pudo ser el del cumpleaños de mi madre, al final del verano, en el campo, una fecha en la que hice preguntas y calibré las respuestas recibidas. Así es como deberían ser las cosas según la teoría de la recapitulación; el comienzo de la conciencia reflexiva en el cerebro de nuestro más remoto antepasado debe sin duda de haber coincidido con el despertar del sentido del tiempo.

Así, cuando la recién descubierta, fresca y pulcra fórmula de mi edad, cuatro años, quedó confrontada con las fórmulas paternas, treinta y tres y veintisiete, algo me ocurrió. Experimenté una conmoción de

efectos tremendamente vigorizantes. Como si me hubieran sometido a un segundo bautismo, de tendencia más divina que el remoión de rito ortodoxo griego sufrido cincuenta meses antes por un aullante, semiahogado, semivictor (mi madre, a través de la entrecerrada puerta, consiguió corregir al chapucero arcipreste, el padre Konstantin Vetvenitski), me sentí sumergido bruscamente en un medio radiante y móvil que era ni más ni menos que el puro elemento del tiempo. El cual era compartido —de la misma manera que los excitados bañistas comparten la reluciente agua del mar— con criaturas que no eran yo mismo pero que estaban unidas a mí por el común fluir del tiempo, un ambiente muy diferente del mundo espacial, que no sólo es percibido por los hombres sino también por los monos y las mariposas. En ese momento tomé aguda conciencia de que el ser de veintisiete años, vestido de suave blanco y rosa, que sostenía mi mano izquierda, era mi madre, y que el ser de treinta y tres años, vestido de severo blanco y dorado, que sostenía mi mano derecha, era mi padre. Entre ellos, que iban paseando, yo caminaba saltando y trotando y saltando otra vez, de mancha de sol en mancha de sol, por el centro de un sendero que hoy en día puedo identificar fácilmente como aquel paseo de robles jóvenes que había en el parque de nuestra casa de campo, Vyra, en lo que fuera la provincia de San Petersburgo. Ciertamente, desde mi actual cresta de tiempo remoto, aislado y casi deshabitado, veo a mi yo diminuto que celebra, en aquel día de agosto de 1903, el nacimiento de la vida consciente. Si quien sostenía mi mano izquierda y quien sostenía mi mano derecha ya habían estado presentes en mi vago mundo infantil, había sido bajo la máscara de un delicado incógnito; pero ahora el atavío de mi padre, el resplandeciente uniforme de la Guardia Montada, con aquel terso y dorado abultamiento de la coraza que flameaba en su pecho y espalda, resplandecía como el sol, y durante varios años a partir de entonces sentí un intenso interés por la edad de mis padres y me mantuve informado al respecto, como un pasajero nervioso que pregunta la hora para comprobar qué tal funciona su reloj nuevo.

Mi padre, quiero que se tenga en cuenta, había cumplido su período de instrucción militar mucho antes de que yo naciera, de modo que supongo que aquel día se había puesto las galas de su antiguo regimiento a modo de broma festiva. A una broma, por lo tanto, debo mi primer destello de conciencia completa, lo cual también está relacionado con las hipótesis recapitulatorias, ya que los primeros seres vivos que tuvieron conciencia del tiempo fueron asimismo los primeros en sonreír.

2

Era la cueva primordial (y no lo que los místicos freudianos podrían imaginar) lo que se ocultaba detrás de mis juegos de los cuatro años. Un gran diván tapizado de cretona, con tréboles negros sobre fondo blanco, en uno de los salones de Vyra, emerge en mi mente como el enorme producto de algún cataclismo geológico anterior al comienzo de la historia. La historia empieza (con la promesa de la bella Grecia) no lejos de uno de los extremos de este diván, allí donde una gran mata de hortensias, con brotes azul pálido y también otros verdosos, esconde parcialmente, en un rincón de cuarto, el pedestal de un busto de mármol de Diana. En la pared contra la que está apoyado el diván, otra fase de la historia queda señalada por un grabado gris con marco de marfil: una de esas imágenes de las batallas napoleónicas en las que los verdaderos adversarios son lo episódico y lo alegórico, y en las que aparecen, agrupados en un mismo plano de visión, un tambor herido, un caballo muerto, unos trofeos, un soldado que está a punto de clavarle la bayoneta a otro, y el invulnerable emperador posando con sus generales en medio del congelado combate.

Con ayuda de alguna persona mayor, que usaba primero sus dos manos y luego una fuerte pierna, el diván era apartado unos cuantos centímetros de la pared para que formase un estrecho pasillo que, de nuevo con ayuda de otros, quedaba cubierto por un techo formado por los cojines del diván, y cerrado por los dos extremos con un par de sus almohadones. A continuación yo experimentaba el fantástico placer de reptar por ese oscurísimo túnel, en donde permanecía un rato oyendo el zumbido de mis oídos —esa solitaria vibración que tan bien conocen los niños que se ocultan en escondrijos polvorientos— y luego, con un estallido de delicioso pánico, avanzando rápidamente a gatas, llegaba hasta el final del túnel, apartaba de golpe un almohadón, y recibía la bienvenida de una malla de sol proyectada sobre el parqué por el respaldo de mimbre de una silla vienesa en la que un par de juguetonas moscas se posaban por turnos. Una sensación más fantástica y delicada me venía proporcionada por otra cueva, cuando al despertar por la mañana construía una tienda con la ropa de cama y dejaba que mi imaginación jugara de mil confusas formas con las indistintas transparencias nevadas de las sábanas y con la débil luz que parecía penetrar en mi umbrío soto desde cierta inmensa distancia, en la que yo imaginaba extraños y pálidos animales rondando por un paisaje de lagos. El recuerdo de mi cama de

barrotes, con sus mallas laterales de vellosos cordones de algodón, me devuelve también el placer de la manipulación de cierto huevo de cristal bellissimo y deliciosamente sólido, residuo de alguna olvidada Pascua; tenía por costumbre masticar una punta de la sábana hasta dejarla completamente empapada, y luego envolvía el huevo en ella a fin de admirar y lamer otra vez el cálido y rojizo fulgor de las tensamente envueltas facetas que atravesaban la tela conservando milagrosamente toda la riqueza de su brillo y su color. Pero aún llegaría a estar más cerca de alimentarme de la belleza.

¡Qué pequeño es el cosmos (bastaría la bolsa de un canguro para contenerlo), qué baladí y encanijado en comparación con la conciencia humana, con el recuerdo de un solo individuo, y su expresión verbal! Quizá sienta un cariño desproporcionado por mis más tempranas impresiones, pero ocurre que tengo motivos para estarles agradecido. Porque me encaminaron hacia un auténtico Edén de sensaciones visuales y táctiles. Una noche, durante un viaje al extranjero en otoño de 1903, recuerdo haberme arrodillado sobre la (más bien delgada) almohadilla de un coche-cama (probablemente en el ya extinguido *Train de Luxe* mediterráneo, aquel cuyos seis vagones tenían la mitad inferior de su carrocería pintada de color tierra de sombra y el resto amarillo pálido) y haber visto, con una inexplicable punzada de dolor, un puñado de luces fabulosas que me hacían señas desde la lejana ladera de una colina, y que luego caían en una bolsa de terciopelo negro: diamantes que más tarde regalé a mis personajes para aligerar la carga de mi riqueza. Había probablemente logrado soltar y empujar hacia arriba la ornamentada cortinilla del cabezal de mi litera, y tenía frío en los talones, pero permanecí de rodillas, mirando al exterior. No hay nada tan dulce ni extraño como meditar sobre esas primeras emociones. Son propias del armonioso mundo de la infancia perfecta y, en cuanto tales, poseen en nuestra memoria una forma naturalmente plástica que nos permite registrarlas casi sin esfuerzo; sólo a partir de los recuerdos de nuestra adolescencia empieza Mnemosina a mostrarse melindrosa y mezquina. Me atrevería incluso a proponer que, en relación con la capacidad de atesorar impresiones, los niños rusos de mi generación vivieron una época extraordinaria, como si el destino hubiera intentado ayudarles lealmente en lo posible, obsequiándoles con una proporción mayor de la que les correspondía, a fin de prevenir el cataclismo que iba a borrar por completo el mundo que habían conocido. Una vez que lo hubieron acumulado todo, esa extraordinaria capacidad desapareció, del mismo modo que ocurre en el caso de esos otros niños prodigio más especializados: preciosos jovencitos de cabello rizado que agitan batutas o doman enormes pianos, y que con el tiempo acaban convirtiéndose en músicos segundones de ojos tristes y oscuras enfermedades y cierta vaga deformación en sus eunucoides cuartos traseros. Aun así, el misterio individual sigue atormentando al memorista. Ni en el ambiente ni tampoco en la herencia logro encontrar el instrumento exacto que me formó, el anónimo rodillo que imprimió en mi vida cierta filigrana complicada cuyo exclusivo dibujo se puede ver cuando se hace brillar la lámpara del arte a través del folio de la vida.

3

Para fijar correctamente, desde el punto de vista temporal, algunos de mis recuerdos de infancia, tengo que guiarme por los cometas y los eclipses, tal como hacen los historiadores cuando se enfrentan a los fragmentos de una leyenda. Pero en otros casos no hay ni sombra de fechas. Me veo a mí mismo, por ejemplo, encaramándome a unas húmedas rocas negras a la orilla del mar mientras Miss Norcott, una institutriz lánguida y melancólica que piensa que estoy siguiéndola, se aleja paseando por la curva de la playa con Sergey, mi hermano pequeño. Yo llevo un brazal de juguete. Mientras escalo esas rocas me repito a mí mismo, a modo de ensalmo entusiasta, generoso y profundamente gratificante, la palabra inglesa «*childhood*», que suena misteriosa y nueva, y se hace más extraña a medida que se va mezclando en mi pequeña, sobresaturada y febrilmente, con Robin de los Bosques y Caperucita Roja, y con los pardos capirotes de jorobadas hadas. En las rocas encuentro pequeños hoyos llenos de agua tibia, y mi murmullo mágico acompaña ciertos hechizos que voy tejiendo sobre los pequeños charcos de zafiro.

El lugar es, naturalmente, Abbazia, en la costa del Adriático. Lo que llevo en mi muñeca, que tiene aspecto de servilletero de fantasía y es de un material celulódico verde pálido y rosa, y semi-traslúcido, es el fruto de un árbol de Navidad que Onya, una bonita prima de mi misma edad, me dio en San Petersburgo unos meses antes. Yo lo atesoré sentimentalmente hasta que se le formaron por dentro unas venillas oscuras que decidí, como en sueños, que eran rizos míos, incomprensiblemente introducidos en esa brillante sustancia, junto con mis lágrimas, en el curso de una espantosa visita al detestado barbero de la cercana Fiume. Aquel mismo día, en una cafetería de la playa, mi padre se fijó

por casualidad, justo cuando acababan de servirnos, en un par de oficiales japoneses sentados a una mesa vecina, y nos fuimos de inmediato, no sin que yo agarrase apresuradamente una *bombe* entera de sorbete de limón, que me llevé oculta en mi dolorida boca. Era en 1904. Yo tenía cinco años. Rusia estaba en guerra con Japón. Con auténtico entusiasmo, el semanario ilustrado inglés al que Miss Norcott estaba suscrita reproducía ilustraciones bélicas de artistas japoneses que mostraban cómo se hundirían las locomotoras rusas —de apariencia singularmente diminuta debido al estilo gráfico japonés— si nuestro ejército intentaba tender una vía férrea sobre el traicionero hielo del Lago Baikal.

Pero veamos. Tuve una asociación más temprana incluso con esa guerra. Una tarde, a principios de ese mismo año, me bajaron de las habitaciones de los niños, que estaban en el primer piso de nuestra casa de San Petersburgo, al despacho de mi padre para que le dijera cómo-está-usted a un amigo de la familia, el general Kuropatkin. Revestido su rechoncho cuerpo por el crujiente uniforme, extendió para entretenerme un puñado de cerillas sobre el diván en el que estaba sentado; colocó diez, unidas por sus extremos, formando una horizontal y dijo:

—Esto es el mar cuando hace buen tiempo.

Luego las dispuso en ángulos, por parejas, a fin de convertir la recta en una línea quebrada, y eso era un «mar embravecido». Revolví las cerillas, y cuando yo confiaba en que me hiciese algún truco incluso mejor, nos interrumpieron. Su ayudante de campo fue conducido a la sala y habló con él. Soltando un gruñido muy ruso y congestionado, Kuropatkin se levantó pesadamente de su asiento, haciendo saltar las cerillas en el diván cuando sus muchos kilos lo abandonaron. Aquel día recibió la orden de asumir el mando supremo del Ejército Ruso en Extremo Oriente.

Este incidente tuvo una secuela especial quince años después, cuando en cierto momento de la huida de mi padre del San Petersburgo bolchevique hacia el sur de Rusia, le abordó cuando cruzaba un puente cierto anciano que, bajo su zamarra de cordero, parecía un campesino de barba gris. El hombre le pidió fuego a mi padre. Al instante siguiente se reconocieron el uno al otro. Espero que el viejo Kuropatkin lograra, gracias a su rústico disfraz, librarse de las cárceles soviéticas, pero lo que importa no es esto. Lo que me satisface es la evolución del tema de las cerillas: aquellas cerillas mágicas que me enseñó se habían malogrado y perdido, y también sus ejércitos habían desaparecido, y todo se había hundido como se hundieron los trenes de juguete que, en el invierno de 1904-1905, en Wiesbaden, pretendí que circularan sobre los charcos helados del jardín del Hotel Oranien. El verdadero propósito de una autobiografía debería ser el de ir siguiendo estas tramas temáticas a lo largo de la propia vida.

4

El final de la desastrosa campaña rusa en Extremo Oriente estuvo acompañado de furiosos desórdenes internos. Sin dejarse arredrar por ellos, mi madre regresó con sus tres hijos a San Petersburgo tras haber pasado casi un año en diversos centros residenciales del extranjero. Esto era a comienzos de 1905. Los asuntos de estado exigían la presencia de mi padre en la capital; el Partido Democrático Constitucional, del que era uno de los fundadores, ganaría la mayoría en el primer Parlamento al año siguiente. Durante una de sus breves estancias en el campo con nosotros, mi progenitor comprobó aquel año, con patriótico disgusto, que mi hermano y yo sabíamos leer y escribir en inglés pero no en ruso (con la excepción de KAKAO y MAMA). Y decidió que el maestro del pueblo acudiera cada tarde a darnos lecciones y llevarnos de paseo.

Con el agudo y alegre sonido del silbato que formaba parte de mi primer traje de marinero, mi infancia me retrotrae a ese lejano pasado para hacerme estrechar de nuevo la mano de aquel encantador maestro. Vasily Marti'novich Zhernosekov lucía una ensortijada barba castaña, era bastante calvo, y tenía los ojos azul porcelana, orlados por una fascinante excrecencia en el párpado superior. El primer día que vino trajo una caja de cubos increíblemente atractivos, con una letra diferente pintada en cada uno de sus lados; él los manipulaba como si fueran las cosas más valiosas del mundo, que es lo que, si vamos a eso, eran (aparte de que permitían hacer maravillosos túneles para los trenes). Veneraba a mi padre, que en fechas recientes había reconstruido y modernizado la escuela del pueblo. A modo de anticuada señal de que era un librepensador, llevaba una ondeante corbata negra de lazo, descuidadamente anudada a modo de pajarita. Cuando me dirigía la palabra a mí, que no era más que un niño, utilizaba el plural de la segunda persona, pero no a la manera envarada de los criados, ni tampoco como hacía mi madre en momentos de intensa ternura, cuando tenía yo mucha fiebre o había perdido algún diminuto vagón de pasajeros (como si el singular fuese demasiado endeble para soportar la carga de su amor), sino con la educada sencillez de un hombre que habla con otro al que no conoce lo

suficiente como para hablarle de tú. Era un fiero revolucionario que solía hacer vehementes ademanes durante nuestros paseos por el campo, y hablaba de la humanidad y de la libertad y de la maldad de la guerra y de la triste (pero interesante, pensaba yo) necesidad de hacer volar por los aires a los tiranos, y a veces sacaba ese libro pacifista, tan popular en aquel entonces, que se titulaba *Doloy Oruzhie!* (traducción de *Die Waffen Nieder!*, de Bertha von Suttner), y me leía a mí, un crío de seis años, tediosas citas; yo intentaba refutarlas: a esa tierna y belicosa edad hablaba en favor del derramamiento de sangre para defender airadamente mi mundo de pistolas de juguetes y caballeros del rey Arturo. Durante el régimen de Lenin, cuando todos los radicales no comunistas fueron perseguidos de forma implacable, Zhernosekov fue enviado a un campo de trabajos forzados pero logró huir al extranjero y murió en Narva el año 1939.

A él le debo, en cierto sentido, mi capacidad de seguir avanzando a lo largo de otro tramo de mi sendero particular, que discurre paralelamente al camino de esa perturbada década. Cuando, en julio de 1906, el zar disolvió inconstitucionalmente el Parlamento, algunos de sus miembros, entre los que se contaba mi padre, celebraron una sesión rebelde en Vyborg y publicaron un manifiesto que apremiaba al pueblo a resistirse al gobierno. Por este motivo fueron encarcelados más de un año y medio después. Mi padre pasó tres meses de descanso y también de soledad confinado en solitario, con sus libros, su bañera plegable y su ejemplar del manual de gimnasia casera firmado por J. P. Muller. Mi madre conservó hasta el fin de sus días las cartas que él logró pasar clandestinamente: animosas epístolas escritas a lápiz en papel higiénico (las publiqué en 1965, en el cuarto número de la revista de lengua rusa *Vozdushriie puti*, dirigida por Roman Grynberg en Nueva York). Nosotros estábamos en el campo cuando él recobró la libertad, y fue el maestro del pueblo quien organizó los festejos e hizo colocar las banderas (algunas de ellas francamente rojas) para saludar a mi padre en el trayecto a casa desde la estación de ferrocarril, bajo arquivoltas de aguja de abeto y guirnalda de acianos, la flor preferida de mi padre. Los niños habíamos bajado al pueblo, al recordar este día es cuando veo con mayor claridad el centelleante río; el puente, la deslumbrante hojalata del bote que un pescador se había dejado sobre su barandilla de madera; la colina de los tilos con su iglesia de color rojo rosado y su mausoleo de mármol, en el que reposaban los difuntos de la familia de mi madre; el polvoriento camino del pueblo; la cinta de corta hierba verde pastel, con calvas de tierra arenosa, entre el camino y las matas de lilas tras las cuales formaban una hilera irregular unas estrábicas cabañas de musgosos troncos; el edificio de piedra de la nueva escuela junto a la antigua, de madera; y, a medida que circulábamos rápidamente, el perrito negro de blanquísimos dientes que nos salió al paso de entre las casitas, corriendo como un rayo pero en completo silencio, ahorrando la voz para el breve estallido que disfrutaría cuando su mudo esfuerzo le llevara por fin a las proximidades del rápido carruaje.

5

Lo viejo y lo nuevo, la pincelada liberal y la pincelada patriarcal, la pobreza fatal y la riqueza fatalística se entrelazaron de forma fantástica en esa extraña primera década de nuestro siglo. Podía ocurrir, varias veces durante un verano, que en mitad de una comida celebrada en el luminoso comedor provisto de numerosas ventanas y con las paredes forradas de nogal que se encontraba en el primer piso de nuestra casa solariega de Vyra, Alexei, el mayordomo, se inclinara con gesto ceñudo hacia mi padre para decirle en voz baja (especialmente baja si teníamos visitas) que unos campesinos querían que el *barin* saliese afuera para hablar con ellos. Mi padre se quitaba con un rápido movimiento la servilleta de la pierna y se disculpaba ante mi madre. Una de las ventanas del lado de poniente del comedor nos proporcionaba una vista de la avenida, cerca de la entrada principal. Se veía la parte superior de la madreselva que crecía enfrente del porche. Y de ese lado nos llegaban los corteses zumbidos de bienvenida de los campesinos en el momento en que el invisible grupo saludaba a mi invisible padre. El subsiguiente diálogo, sostenido en voz normal, no se oía, pues solíamos mantener cerradas, para evitar el calor, las ventanas al pie de las cuales se celebraba el encuentro. Presumiblemente querían que mi padre mediase en alguna disputa local, o cierto subsidio especial, o la solicitud de su permiso para cosechar alguna parte de nuestras tierras o talar algún codiciado grupo de árboles nuestros. Si, tal como solía ocurrir, el permiso era concedido inmediatamente, volvía a oírse aquel zumbido, y luego, como muestra de gratitud, el buen *barin* tenía que sufrir esa ordalía nacional consistente en ser balanceado y lanzado hacia arriba y atrapado con seguridad al caer por un grupo de fuertes brazos.

En el comedor, a mi hermano y a mí nos decían que siguiéramos comiendo. Mi madre, cogiendo alguna golosina entre el índice y el pulgar, miraba debajo de la mesa para comprobar si seguía allí su nervioso y malhumorado *dachshund*.

—*Un jour ils vont le laisser tomber* —decía Mlle. Golay, una mojigata y pesimista anciana que había sido institutriz de mi madre y aún vivía con nosotros (y estaba en malísimas relaciones con nuestras institutrices). Desde el lugar que yo ocupaba en la mesa veía de repente, a través de una de las ventanas, un pasmoso ejemplo de levitación. Allí aparecía, durante un momento, la figura de mi padre con su traje blanco de verano ondulado por el impulso, magníficamente repanchingando en el aire, sus miembros dispuestos en una actitud curiosamente despreocupada, sus bellos e imperturbables rasgos vueltos hacia el cielo. Por tres veces, impulsado por los potentes empujones de sus invisibles lanzadores, volaba de este modo, y la segunda vez subía más alto que la primera y luego, en el último y más altanero vuelo, aparecía otra vez reclinado, como si fuera definitivamente, contra el azul cobalto del cielo de mediodía de verano, como uno de esos personajes paradisiacos que flotan con la mayor comodidad, envueltos en los abundantes pliegues de sus prendas, en la cúpula de las iglesias mientras que abajo, de uno en uno, los cirios que sostienen las manos de los mortales se encienden hasta formar un enjambre de diminutas llamas en la atmósfera de incienso, y el sacerdote entona un cántico al reposo celestial, y las lilas funéreas ocultan el rostro de quienquiera que yazca allí, en medio del mar de luces, en el abierto ataúd.

CAPITULO SEGUNDO

1

Cuando retrocedo hasta los más antiguos recuerdos de mí mismo (interesado y divertido, casi nunca admirado o asqueado), compruebo que siempre he tenido leves alucinaciones. Algunas son auditivas y otras ópticas, y no he sacado apenas provecho de las unas ni de las otras. Los fatídicos acentos que refrenaban a Sócrates o incitaban a Joaneta Darc han degenerado en mí hasta no ser más que esos sonidos captados casualmente entre el momento de tomar y colgar de nuevo el receptor de una línea telefónica ocupada. Justo antes de quedarme dormido, a menudo tomo conciencia de una especie de conversación unilateral que se está desarrollando en una sección adyacente de mi cerebro, con absoluta independencia del fluir de mis pensamientos. Es una voz neutra, distante, anónima, a la que sorprende diciéndome palabras que para mí no tienen la menor importancia: una frase en inglés o en ruso, ni siquiera dirigida a mí, y tan trivial que no me atrevo a dar ejemplos por temor a que la insipidez que intento transmitir quedase malograda por alguna brizna de significado. Este estúpido fenómeno parece ser la contrapartida auditiva de ciertas visiones previas al sueño, que también conozco muy bien. No me refiero a esas luminosas imágenes mentales (por ejemplo, el rostro de un pariente querido que falleció hace tiempo) que nos trae un aleteo de la voluntad; ésa es una de las más valerosas acciones de las que es capaz el espíritu humano. Tampoco aludo a las llamadas *muscae volitantes*, sombras proyectadas en los bastoncillos de la retina por las motas depositadas sobre el humor vítreo, que aparecen a la vista como hilos transparentes que van cruzando el campo visual. Más cerca quizá de los espejismos hipnóticos a los que me estoy refiriendo se encuentra la mancha de color, la puñalada de esa imagen secundaria con la que la lámpara que acabamos de apagar hiere la noche palpebral. Sin embargo, no hace falta una conmoción de esta clase como punto de partida para el lento y constante desarrollo de las visiones que desfilan ante mis ojos cerrados. Vienen y se van, sin participación del adormecido observador, pero son en esencia diferentes de las imágenes de los sueños, pues todavía domino mis sentidos. A menudo resultan grotescas. Me importunan pícaros perfiles, o algún enano de toscos rasgos encarnados y con la nariz o la oreja hinchada. A veces, no obstante, mis fotismos adoptan una consoladora calidad de *floú*, y entonces veo —proyectadas, por así decirlo, sobre la cara interior del párpado— figuras grises que caminan entre colmenas, o pequeños loros negros que se desvanecen lentamente entre la nieve de los montes, o cierta lejanía malva que se funde más allá de unos mástiles en movimiento.

Además de todo esto, presento un magnífico caso de audición coloreada. Quizás «audición» no sea del todo exacto, ya que la sensación de color parece ser producida por el acto de formar oralmente una letra determinada mientras imagino su perfil. La *a* larga del alfabeto inglés (y más adelante seguiré refiriéndome a este alfabeto, a no ser que diga expresamente que no es así) tiene para mí el color de la madera a la intemperie, mientras que la *a* francesa evoca una lustrosa superficie de ébano. Este grupo

negro también incluye la *g* sonora (caucho vulcanizado) y la *r* (un trapo hollinoso en el momento de ser rasgado). De los blancos se encargan el color gachas de avena de la *n*, el flexible tallarín de la *l*, y el espejito manual con montura de marfil de la *o*. Me desconcierta mi *on* francés, que veo como la desbordante tensión superficial del alcohol en un vaso pequeño. Pasando al grupo azul, aparece la acerada *x*, el nubarrón *z*, y la *huckleberry k*. Como entre sonido y forma existe una sutil interacción, veo la *q* más parda que la *k*, mientras que la *s* no tiene el azul claro de la *c*, sino una curiosa mezcla de azul celeste y nácar. Los tonos adyacentes no se mezclan, y los diptongos no tienen colores propios, a no ser que estén representados por un único carácter en algún otro idioma (así la letra gris-vellosa, tricorné, que representa en ruso el sonido *sh*, una letra tan antigua como los juncos del Nilo, influye en su representación inglesa).

Me apresuro a completar mi lista antes de que me interrumpan. En el grupo verde están la hoja de aliso; la *p*, manzana sin madurar; y la *t*, color pistacho. Para la *w* no tengo mejor fórmula que el verde apagado, parcialmente combinado con el violeta. Los amarillos abarcan diversas *es e zes*, la cremosa *d*, la oro brillante *y* y la *a*, cuyo valor alfabético sólo puedo expresar diciendo que es «latón con brillo oliváceo». En el grupo de los pardos están el intenso tono de caucho de la *g* sorda, la *f*, algo más pálida, y la *h*, gris cordón de zapatos. Finalmente, entre los rojos, la *b* tiene el tono que los pintores llaman *siena tostada*, la *m* es un pliegue de franela rosa, y hoy en día he podido encajar perfectamente la *v* con el «rosa cuarzo» del *Dictionary of Colour* de Maerz y Paul. La palabra que significa arco iris, un arco iris primario y decididamente fangoso, en mi idioma particular es la casi impronunciable *kzspyg*. Según tengo entendido, el primer autor que estudió la *audition coloreé* fue un médico albino de Erlangen, en 1812.

Las confesiones de un sinesteta deben de sonar tediosas y ostentosas para quienes están protegidos de tales filtraciones y corrientes de aire por murallas más sólidas que las mías. Para mi madre, sin embargo, todo esto era completamente normal. Esta cuestión se planteó, un día de mi séptimo año, mientras utilizaba distraídamente un montón de los viejos cubos del alfabeto para construir una torre. Sin darle importancia, le comenté a mi madre que ningún cubo tenía el color que le correspondía. Entonces descubrimos que algunas de las letras de ella tenían el mismo color que las mías, y que, además, ella también se sentía afectada ópticamente por las notas musicales. En mí, éstas no evocaban el menor cromatismo. La música, siento decirlo, me afecta sólo como una sucesión arbitraria de sonidos más o menos irritantes. En determinadas circunstancias emocionales, llego a soportar los espasmos de un buen violín, pero los conciertos de piano, así como todos los instrumentos de viento, me aburren en dosis pequeñas y me desollan vivo en las mayores. A pesar del número de óperas al que me vi expuesto cada invierno (debo de haber ido a ver *Ruslan y Pikovaya Dama* al menos una docena de veces en la mitad de años), mi débil capacidad de reacción a la música quedó completamente destruida por el tormento visual de no ser capaz de leer por encima de su hombro el libro que está leyendo Pimen o el de tratar en vano de imaginar las esfinges del jardín de Julieta.

Mi madre hizo cuanto estuvo en su mano por fomentar mi sensibilidad general para los estímulos visuales. ¡Cuántas acuarelas pintó para mí; qué revelación experimentó cuando me enseñó cómo surgía la flor de una lila mezclando azul y rojo! A veces, en nuestra casa de San Petersburgo, sacaba de un compartimento secreto de su habitación de tocador (la misma en la que yo nací) una enorme cantidad de joyas para entretenerme antes del momento de dormirme. Yo era entonces muy pequeño, y aquellas centelleantes tiaras y gargantillas y anillos me parecían estar dotadas de un misterio y un hechizo comparables a los de las iluminaciones de la ciudad durante las fiestas imperiales, cuando, en la acolchada quietud de una noche helada, gigantescos monogramas, coronas y otros diseños heráldicos formados por bombillas eléctricas de colores —zafiro, esmeralda, rubí— brillaban con cierta encantada frialdad por encima de las nevadas cornisas de las fachadas en las calles residenciales.

2

Mis numerosas enfermedades infantiles sirvieron para que mi madre y yo nos uniéramos más incluso. De pequeño, mostré una aptitud desacostumbrada para las matemáticas, que perdí del todo en mi adolescencia, época singularmente desprovista de talento. Este don desempeñó un horrible papel en mis combates contra las anginas o la escarlatina, pues tenía la sensación de que unas enormes esferas y unos números gigantescos se hinchaban implacablemente en mi dolorido cerebro. Un necio preceptor me había enseñado los logaritmos a una edad tempranísima, y yo había leído por mi parte (en una publicación británica, creo que en el *Boy's Own Paper*) que hubo un calculador hindú que era capaz, exactamente en dos segundos, de hallar la raíz decimoséptima de, por ejemplo,

3529471145760275132301897342055866171392 (no estoy seguro de que sea el número exacto; de todos modos, la raíz era 212). Tales eran los monstruos que florecían en mi delirio, y el único modo de evitar que se me metieran en la cabeza hasta expulsarme de mí mismo consistía en arrancarles el corazón. Pero eran muy fuertes, y yo me sentaba en la cama y formaba laboriosamente frases mutiladas con las que trataba de explicárselo todo a mi madre. Por debajo de mi delirio, descubrió sensaciones que también ella había conocido, y su comprensión devolvía mi universo en expansión a la norma newtoniana.

Algún futuro especialista en aburridas erudiciones literarias tales como el autoplagiarismo disfrutará comparando una experiencia del protagonista de mi novela *The Gift* con el acontecimiento original. Un día, después de una larga enfermedad, cuando todavía estaba muy débil y aún guardaba cama, me encontré disfrutando de una desacostumbrada euforia de ligereza y reposo. Sabía que mi madre había salido a comprarme el regalo diario que hacía tan deliciosas aquellas convalecencias. No podía adivinar qué sería esta vez, pero a través del cristal de mi estado extrañamente translúcido la visualicé con claridad mientras bajaba por la calle Morskaya en dirección a la avenida Nevsky. Distinguí el trineo ligero tirado por un caballo alazán. Oí su áspera respiración, el rítmico rumor de su escroto, y el seco golpeteo de los bloques de tierra helada y nieve contra el trineo. Ante mis ojos y ante los de mi madre aparecían las posaderas del cochero, envuelto en su acolchado sobretodo azul, y el reloj con funda de cuero (las dos y veinte) sujeto a la parte trasera de su cinturón, bajo el que se curvaban los acalabazados pliegues de su bien protegida grupa. Vi las pieles de foca de mi madre y, a medida que aumentaba la helada velocidad, el manguito con el que se protegió la cara con ese ademán gracioso propio de las damas de San Petersburgo en sus desplazamientos invernales. Dos puntas de la enorme manta de oso con la que iba cubierta hasta la cintura estaban sujetas por medio de sendas anillas a un par de asideros situados en el bajo respaldo de su asiento. Y a su espalda, agarrándose a esos asideros, un lacayo tocado con un sombrero escarapelado se mantenía en pie sobre un estrecho soporte situado por encima de la extremidad posterior de los patines.

Presente todavía la imagen del trineo, vi que se detenía en la tienda de Treumann (artículos de escritorio, chucherías de bronce, barajas). Poco después mi madre salió de la tienda seguida por el lacayo. Este llevaba su compra, y a mí me pareció que era un lápiz. Me asombró que no llevara ella misma un objeto tan pequeño, y esta desagradable cuestión de las dimensiones provocó un leve despertar, afortunadamente muy breve, del «efecto de dilatación mental» que yo creía que habría desaparecido con la fiebre. Cuando la estaban arrebujando de nuevo en el trineo, vi el vapor que exhalaban todos ellos, incluido el caballo. También observé el familiar puchero de los labios con el que mi madre acostumbraba a aflojar un poco la tensión con que el velo se le ajustaba a la cara, y en el momento en que escribo esto, el tacto de reticulada suavidad que solían sentir mis labios cuando besaba su velada mejilla se presenta de nuevo, vuela otra vez hacia mí con un grito de alegría procedente de aquel pasado azul nieve y azul ventana (las cortinas no habían sido corridas aún).

Al cabo de algunos minutos mi madre entró en mi habitación. Sostenía en sus brazos un gran paquete. En mi visión había quedado reducido, debido quizás a que corregí subliminalmente lo que la lógica me advirtió que podía ser todavía un temido resto del dilatado mundo de los delirios. El objeto resultó ser un gigantesco lápiz poligonal Faber, de un metro y veinte de largo, y del grosor correspondiente. Estaba expuesto como muestra en el escaparate de la tienda, y ella supuso que yo lo había codiciado de la misma manera que solía codiciar todas las cosas que no eran estrictamente comprables. El tendero se vio obligado a telefonear a un representante, un tal «doctor» Libner (como si la transacción tuviera en realidad cierto significado patológico). Durante un espantoso momento me pregunté si la mina era de verdadero grafito. Lo era. Y algunos años más tarde comprobé, perforando un agujero lateral, que la mina llegaba hasta el otro extremo del lápiz: un perfecto ejemplo del arte por el arte llevado a cabo por Faber y el doctor Libner, ya que el lápiz era tan grande que no se podía usar y, naturalmente, no estaba hecho para ser usado. —Sí, sí —solía decir ella cuando yo mencionaba tal o cual infrecuente sensación—. Sé muy bien de qué me hablas —y con cierta ingenuidad extraña me hablaba de cosas tales como la clarividencia, y de ciertos golpecitos contra la madera de las mesas de caballete, así como de premoniciones y sensaciones de *deja vu*. Una vena de sectarismo recorría su familia más inmediata. No iba a la iglesia más que por Cuaresma y Pascua. Esta tendencia cismática se manifestó en su saludable antipatía por el ritual de la iglesia ortodoxa griega y por sus sacerdotes. Se sentía profundamente atraída por el aspecto moral y poético de los Evangelios, pero no tenía la menor necesidad de creer en los dogmas. No le importaba la escandalosa incertidumbre respecto a la existencia de la otra vida ni tampoco el nulo aislamiento que ésta prometía. Su religiosidad, pura e

intensa, tomaba en ella la forma de una fe tan firme en la existencia del otro mundo como en la imposibilidad de comprenderlo mediante conceptos derivados de la vida terrestre. Lo máximo que podían hacer los mortales era vislumbrar, por entre la neblina y las quimeras, que más adelante había alguna cosa real, de la misma manera que las personas dotadas de una extraordinaria persistencia de la cerebración diurna pueden percibir en el sueño más profundo, y en algún lugar que está más allá de las angustias de cualquier complicada y necia pesadilla, la ordenada realidad del despertar.

3

Amar con toda el alma y abandonar lo demás al destino era su sencilla norma. «*Vot zapomni*» [ahora, recuerda], solía decirme en tono conspirador para llamar mi atención acerca de tal o cual querido detalle de Vyra: una alondra remontándose por un cielo de cuajada y suero en cierto agrisado día de primavera; un relámpago de un día caluroso que sacaba instantáneas de una lejana hilera de árboles en plena noche; la paleta de hojas de arce sobre la arena parda; las huellas cuneiformes dejadas por un pajarillo en la nieve reciente. Como si hubiese sentido que en el curso de unos pocos años perecería la parte tangible de su mundo, cultivaba una extraordinaria conciencia de las diversas marcas temporales distribuidas por toda nuestra finca campestre. Amaba su propio pasado con el mismo fervor retrospectivo con que ahora amo yo su imagen y mi pasado. Así, en cierto sentido, heredé un exquisito simulacro —la belleza de las propiedades intangibles, de los bienes irreales, *unreal estate* — y esto significó con el tiempo una espléndida preparación para soportar las pérdidas que sufriría después. Sus marbetes y señales personales acabaron siendo para mí tan queridos y sagrados como lo eran para ella. Por ejemplo, la habitación que antiguamente le había estado reservada al principal entretenimiento de su madre: un laboratorio químico; el tilo que, junto al camino que subía hacia el pueblo de Gryazno (con acento en la última sílaba), marcaba, al llegar a su tramo más empinado, el sitio donde todos cogíamos «la bicicleta por los cuernos» (*b'ika xa rogo*) como mi padre, gran aficionado al ciclismo, solía decir, y el lugar en donde él se había declarado; y también la obsoleta cancha de tenis que estaba en el que llamábamos parque «viejo», y que ahora era una zona dominada por musgos, toperas y setas, y que había sido escenario de alegres partidos en los años ochenta y noventa (hasta el sombrío padre de ella se quitaba la levita y sostenía con fuerza la raqueta más pesada) pero que, para cuando yo había cumplido mis diez años, la naturaleza había borrado con la exahustividad con que un borrador de fieltro hace desaparecer un problema de geometría.

Para entonces ya habían construido una excelente cancha moderna al final de la parte «nueva» del parque, gracias a la labor de unos obreros especializados importados expresamente de Polonia. Una malla metálica la separaba del florido prado que enmarcaba su arcilla. Después de las noches húmedas, su superficie adquiría un brillo pardo, y las líneas blancas eran pintadas de nuevo con yeso líquido vertido con un balde verde por Dmitri, el más bajo y viejo de nuestros jardineros, un encogido enano calzado con botas negras y camisa roja que se iba alejando, encorvado, a medida que su pincel avanzaba hacia el fondo de la pista. Un seto de leguminosas (las «acacias amarillas» del norte de Rusia), con una abertura central que correspondía a la puerta de la malla metálica, corría paralelamente al cercado y también a un camino al que llamábamos *tropinka Sfinksov* («camino de las esfinges») por el gran número de estas polillas que visitaban al atardecer las lilas que elevaban sus copas enfrente del seto, y que también dejaban un paso central. Este camino formaba la barra transversal de la gran T cuya vertical era la avenida de robles jóvenes —tenían la misma edad que mi madre— que, tal como ya he dicho, atravesaba el parque nuevo de punta a cabo. Mirando a lo largo de esta avenida desde la base de la T, se distinguía con claridad el pequeño pero luminoso hueco situado a unos quinientos metros de distancia, o a cincuenta años del lugar en donde ahora estoy. Nuestro preceptor del momento, o mi padre, las veces que venía con nosotros al campo, formaban siempre pareja con mi hermano en nuestros temperamentales partidos familiares de dobles. «¡Pelota va!», solía exclamar a la antigua usanza mi madre cuando adelantaba su pieccecito y doblaba su cabeza cubierta por un sombrero blanco para hacer su perseverante pero flojo saque. Yo solía enfadarme fácilmente con ella, y ella con los recogepelotas, un par de descalzos campesinos (el chato nieto de Dmitri y el gemelo de la bonita Polenka, hija del cochero mayor). Al llegar la época de la cosecha, el verano norteamericano se hacía tropical. El sofocado Sergey sujetaba la raqueta entre las rodillas y se limpiaba laboriosamente las gafas. Veo mi cazamariposas apoyado, por si acaso, contra la valla. El libro de Wallis Myers sobre tenis está abierto en un banco, y después de cada serie de golpes mi padre (un jugador de primera, con un servicio que era un auténtico cañonazo al estilo Frank Riseley, y un magnífico «*lifting drive*») nos pregunta en tono

pedante a mi hermano y a mí si hemos accedido a ese estado de gracia que permite completar cada golpe hasta el final. Algún prodigioso chaparrón nos obligaba en ocasiones a guarecernos bajo el cobertizo que había en una esquina de la cancha, mientras el viejo Dmitri iba a buscar paraguas e impermeables a la casa. Un cuarto de hora más tarde reaparecía bajo una montaña de ropa en la panorámica de la larga avenida que, a medida que él avanzaba, iba recuperando poco a poco sus manchas de leopardo al brillar de nuevo el sol que hacía innecesaria su pesadísima carga.

A mi madre le encantaban los juegos de habilidad y las apuestas. Gracias a sus expertas manos, los mil fragmentos de un rompecabezas gigante iban dando forma gradualmente a una escena inglesa de caza; lo que había parecido el miembro de un caballo resultaba pertenecer a un olmo, y la pieza que no había modo de colocar encajaba perfectamente en el moteado fondo, proporcionándonos así el delicado estremecimiento de una satisfacción abstracta pero táctil. Hubo una época en la que se aficionó mucho al poker, que había llegado a la sociedad de San Petersburgo a través de los círculos diplomáticos, de modo que algunas de las combinaciones tenían bonitos nombres franceses tales como *brelan* para «trío», *couleur* para «flush» y otros nombres parecidos. Se jugaba al *draw poker*, al que ocasionalmente se añadía el tintineo de los *jackpots* y un omnivario *jocker*. Cuando estábamos en la ciudad a veces jugaba al poker en casa de sus amistades hasta las tres de la mañana, pues en los últimos años antes de la Primera Guerra Mundial se había convertido en un entretenimiento social; más tarde, en el exilio, solía imaginar (con el mismo asombro y la misma consternación con que recordaba al viejo Dmitri) al chófer Pigorov, que todavía parecía estar esperándola en la implacable escarcha de una interminable noche, aunque, en el caso de Pinogov, el té con ron servido en alguna hospitalaria cecina debió de servirle de alivio en aquellas vigiliadas.

Uno de nuestros mayores placeres en verano era ese deporte tan ruso de salir a *hodit' po grib'i* [buscar setas]. Fritas con mantequilla y espesadas con cuajada, las deliciosas setas que solía encontrar mi madre aparecían regularmente en nuestra mesa. Y no es que el momento gustativo tuviera gran importancia. Lo que más disfrutaba ella era la búsqueda, y esta búsqueda tenía sus reglas. Así, no cogía ningún agárico; sólo se llevaba las especies comestibles del género *Boletus* (el leonado *edulis*, el pardo *scaber*, el rojo *aurantiacus*, y unas pocas especies próximas), a las que algunos llaman «setas de tubos» y que los micólogos definen fríamente como «hongos terrestres, carnosos, putrescentes y con estípite central». Sus compactos sombreros —cerrados en las setas más jóvenes, robustos y dotados de apetitosas cúpulas en las maduras— tienen una superficie inferior muy tersa (sin láminas), y un pie fuerte y pulcro. Por la simplicidad clásica de su forma, los *boletus* se diferencian considerablemente de la «auténtica seta», dotada de esas ridículas agallas y ese inútil anillo en torno al pie. No obstante, son estas últimas setas, los agáricos, tan feos y ramplones, los únicos que conocen y saborean las naciones de gustos timoratos, de modo que para la mentalidad profana de los angloamericanos, los aristocráticos *boletos* no son, como mucho, sino hongos venenosos levemente reformados.

El tiempo lluvioso hacía salir con profusión estas bellas plantas al pie de los abetos, abedules y álamos temblones de nuestro parque, sobre todo en su parte más antigua, al este del camino para carruajes que dividía el parque en dos mitades. Sus hondonadas más sombrías albergaban entonces ese especial olor a seta que hace que las narices rusas se dilaten: una oscura, húmeda y agradable combinación de musgo húmedo, tierra rica, hojas en putrefacción. Pero había que escrutar y buscar durante un buen rato en el húmedo sotobosque para llegar a descubrir y arrancar cuidadosamente del suelo algún ejemplar realmente bueno, como algún miembro joven de la especie *edulis*, con su característico sombrero, o la variedad jaspeada del *scaber*.

Las tardes nubladas, completamente sola bajo la llovizna, mi madre, provista de un cesto (manchado por dentro de azul por los arándanos que algún otro miembro de la familia había recogido), partía para una de sus largas expediciones recolectoras. Más o menos a la hora de cenar la veíamos emerger de las nebulosas profundidades de uno de los senderos del parque, envuelta en una capa de lana pardo verdosa, sobre la que innumerables gotitas de humedad formaban algo así como un manto de niebla. Cuando, saliendo de debajo de los goteantes árboles, se acercaba un poco más y me veía, su rostro adoptaba una extraña expresión carente de júbilo, que hubiera podido denotar un día sin suerte, pero que yo sabía que era la tensa beatitud, celosamente contenida, del cazador afortunado. Justo antes de llegar a mi lado, con un brusco ademán del brazo, bajando el hombro y emitiendo un «¡Uf!» de exagerado agotamiento, depositaba su cesto en el suelo a fin de subrayar su peso y su sobreabundante carga.

Junto a uno de los blancos bancos del jardín, en una mesa redonda de hierro, colocaba sus setas en círculos concéntricos a fin de contarlas y seleccionarlas. Las más viejas, de carne esponjosa y color más

oscuro, eran eliminadas, y sólo conservaba las más tiernas. Durante un momento, antes de que se las llevara envueltas en un pañuelo algún criado que las arrojaría en un lugar acerca del cual nada sabía ella, y para ser condenadas a un destino que no le interesaba, se quedaba un momento admirándolas con tranquila satisfacción. Tal como solía ocurrir al final de los días lluviosos, el sol proyectaba un espectral resplandor antes de ponerse, y allí, en la redonda mesa mojada, permanecían sus setas, pródigas en color, algunas con rastros de vegetación extraña: una hoja de hierba pegada a un viscoso sombrero color cervato, o un poco de musgo arrojando todavía la bulbosa base de un pie salpicado de motas oscuras. Y también aparecía alguna diminuta oruga anillada que iba midiendo, como la mano de un niño, el borde de la mesa, y que de vez en cuando se estiraba hacia arriba tratando, en vano, de encaramarse al arbusto del que había sido desalojada.

4

No solamente se abstenía mi madre de visitar la cocina y la zona del servicio, sino que ambas permanecían tan alejadas de su conciencia como si se tratase de los cuartos correspondientes de un hotel. Mi padre también carecía de toda propensión a llevar la casa. Pero se encargaba de los menús. Soltando un suspirillo, abría una suerte de álbum que le ponía delante el mayordomo una vez concluido el postre de la cena, y anotaba con su elegante y fluida caligrafía los platos que comeríamos al día siguiente. Tenía la curiosa costumbre de hacer vibrar el lápiz o la estilográfica justo encima del papel mientras reflexionaba sobre cuál sería la siguiente serie de palabras. Mi madre asentía con un vago gesto o bien torcía el gesto a las sugerencias que él iba haciendo. Nominalmente, la dirección de la casa estaba en manos de la que fuera la niñera de mi madre, que para entonces era una legañosa anciana increíblemente arrugada (había nacido esclava alrededor de 1830), con un rostro pequeño como el de una tortuga melancólica, y grandes pies que siempre arrastraba al andar. Solía vestirse con un monjil vestido pardo y desprendía un leve pero inolvidable olor a café y pudrición. Su temida felicitación en el día de nuestro santo y nuestro cumpleaños era el beso de servidumbre en el hombro. Con los años había adquirido una tacañería patológica, sobre todo en relación con el azúcar y las conservas, de modo que gradualmente, y con la sanción de mis padres, habían empezado a introducirse nuevas disposiciones domésticas que a ella se le ocultaban. Sin enterarse de nada (saberlo le hubiera destrozado el corazón), seguía colgando, por así decirlo, de su llavero, mientras mi madre hacía cuanto estaba en su mano por aplacar con palabras consoladoras los celos que de vez en cuando aleteaban en el cada vez más débil cerebro de la vieja. Única señora de su enmohecido y remoto reino, que ella creía que era el real (de haber sido así nos hubiese matado de hambre), su figura era seguida por las miradas burlonas de los lacayos y doncellas cuando se arrastraba por los largos pasillos para guardar lejos del alcance de los demás media manzana o un par de partidas galletas Petit-Beurre que acababa de encontrar en un plato.

Entre tanto, con un personal permanente de unos cincuenta criados y sin que nadie se atreviese a criticarlo, tanto nuestra casa urbana como la campestre eran escenario de fantásticos torbellinos de latrocinio. Según nuestras fisgonas y ancianas tías, a las que nadie hacía caso pero que al final resultaron estar cargadas de razón, los principales cerebros de esta actividad eran el cocinero jefe, Nikolay Andreevich y el jardinero jefe, Egor, dos hombres de aspecto muy serio, con gafas, y las sienes encanecidas propias de los criados fieles. Enfrentado a ciertas facturas fabulosas e incomprensibles, o al repentino agotamiento de los fresales del jardín o de los melocotones del invernadero, mi padre, que era jurista y estadista, se sentía profesionalmente vejado al ver que era incapaz de controlar la economía de su propia casa; pero cada vez que salía a la luz algún complicado caso de robos de menor cuantía, ciertas dudas legales o ciertos escrúpulos le impedían obrar en consecuencia. Cuando el sentido común exigía el despido de algún pícaro criado, el hijito de quienfuera caía víctima de esta o aquella terrible enfermedad, y todas las demás consideraciones quedaban suspendidas ante la necesidad de conseguir que fuese atendido por los mejores médicos de la ciudad. Así, de una forma u otra, mi padre prefería dejar la marcha de la casa en un estado de precario equilibrio (que no carecía de cierto callado humor), mientras mi madre se consolaba pensando que mientras las cosas siguieran así nadie destruiría el mundo ilusorio de su vieja niñera.

Mi madre sabía muy bien lo doloroso que podía resultar el desvanecimiento de una ilusión. La más ridícula decepción adquiría para ella las dimensiones de un tremendo desastre. Una Nochebuena, en Vyra, poco antes de que naciera su cuarto bebé, se vio obligada a guardar cama debido a una indisposición sin importancia, e hizo que mi hermano y yo (que teníamos, respectivamente, cinco y seis

años) le prometiéramos que no íbamos a mirar el contenido de los calcetines de Navidad que encontraríamos colgados de los postes de nuestras camas a la mañana siguiente, hasta reunirnos con ellos en su habitación, a fin de que ella pudiese contemplar nuestra alegría y disfrutarla. Al despertar, celebré una furtiva conferencia con mi hermano, tras la cual, con manos ansiosas, cada uno palpó su maravillosamente crujiente calcetín rebosante de pequeños regalos; uno por uno, los fuimos sacando, desatamos las cintas, abrimos el papel de seda, los inspeccionamos a la débil luz que se colaba por una grieta del postigo, volvimos a envolverlos, y los metimos otra vez en su calcetín. Recuerdo a continuación que ya estábamos sentados en la cama de mi madre, sosteniendo en la mano los abultados calcetines, y haciendo los mayores esfuerzos por brindarle el espectáculo que ella quería ver; pero habíamos envuelto tan mal los regalos, y tan de aficionados fue nuestra representación de la entusiasmada sorpresa (veo a mi hermano alzando la mirada al techo y exclamando, como hubiera hecho nuestra institutriz francesa: «*Ah, que c'est beau!*») que, después de observarnos un momento, nuestro público rompió a llorar. Transcurrió una década. Empezó la Primera Guerra Mundial. Una muchedumbre de patriotas y mi tío Ruka apedrearon la embajada alemana. Petersburgo degeneró en Petrogrado, en contra de todas las normas de prioridad en la nomenclatura. Beethoven resultó ser holandés. Los noticiarios cinematográficos mostraron fotogénicas explosiones, los espasmos de un cañón, Poincaré con sus polainas de cuero, sombríos charcos, el pobrecito Zarevich en uniforme circasiano con daga y cartucheras, y sus altas hermanas vestidas con escasa elegancia, largos trenes atestados de tropas.

Mi madre estableció un hospital privado para soldados heridos. La recuerdo, con el entonces de moda uniforme gris y blanco de enfermera que ella detestaba, denunciando con las mismas lágrimas infantiles tanto la impenetrable mansedumbre de aquellos campesinos mutilados como la ineficacia de la compasión a tiempo parcial. Y, más tarde incluso, ya en el exilio, cuando pasaba revista a su pasado se acusaba frecuentemente a sí misma (de forma injusta, según mi opinión actual) de no haberse visto tan afectada por la desdicha humana como por la carga emocional que el hombre vuelca sobre la inocente naturaleza: viejos árboles, viejos caballos, viejos perros.

Su especial cariño por los *dachshunds* pardos desconcertaba a mis criticonas tías. En los álbumes familiares que ilustran sus años jóvenes apenas aparecía ningún grupo que no incluyera a uno de esos pequeños animales, generalmente con alguna parte de su flexible cuerpo emborronada y siempre con esos extraños ojos paranoicos que muestran los *dachshunds* en las instatáneas. Un par de obesos vejstorios de esta especie, Box y Loulou, todavía dormitaban al sol en el porche cuando yo era niño. En algún momento de 1904 mi padre compró en una exposición de perros celebrada en Munich un cachorro que con el tiempo se convirtió en el malhumorado pero maravillosamente bonito *Trainy* (tal como le bauticé, porque era tan alargado y pardo como un coche-cama). Uno de los temas musicales de mi infancia es la histérica voz de *Trainy* persiguiendo a la liebre que jamás llegó a cazar por las profundidades de nuestro parque de Vyra, de donde regresaba al anochecer (después de que mi ansiosa madre se hubiera pasado largo rato silbando en la avenida de los robles) con el viejo cadáver de un topo entre los dientes y las orejas llenas de erizos. Alrededor de 1915 se le quedaron paralizadas las patas traseras, y hasta que no le dieron cloroformo se arrastró penosamente por el reluciente parque como un *cul de jatte*. Luego hubo alguien que nos regaló otro cachorro, *Box II*, cuyos abuelos habían sido Quina y Brom, los perros del doctor Anton Chejov.

Este último *dachshund* nos siguió en nuestro exilio, y en una fecha tan tardía como 1930 todavía podía ser visto, en un suburbio de Praga (donde mi enviudada madre pasó sus últimos años, viviendo de una pequeña pensión que le proporcionó el gobierno checo), saliendo de mala gana a pasear con su ama, anadeando rezagado y con cara de pocos amigos, terriblemente viejo y fastidiado por el largo bozal checo de alambre: un perro emigrado con abrigo remendado que no le iba a la medida.

Durante nuestros dos últimos años en Cambridge, mi hermano y yo solíamos ir a pasar las vacaciones a Berlín, donde nuestros padres, las dos chicas y Kirill, que tenía sólo diez años, ocupaban uno de esos enormes, sombríos y eminentemente burgueses pisos en los que he instalado a tantas de las familias de emigrados que aparecen en mis novelas y relatos. La noche del 28 de marzo de 1922, alrededor de las diez, en la sala en donde mi madre permanecía como de costumbre tendida en el sofá de felpa roja de la esquina, estaba yo casualmente leyéndole los poemas de Blok sobre Italia —y acababa de terminar sus versos dedicados a Florencia, que Blok compara con la delicada y etérea flor de los lirios, y ella, sin dejar de hacer calceta, me decía: «Cierto, cierto, Florencia parece un *dimniy iris*, ¿es verdad! Recuerdo que...—, cuando sonó el teléfono.

Después de 1923, al irse ella a Praga, yo viví en Alemania y Francia, y no pude visitarla con frecuencia; tampoco estuve a su lado cuando murió, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Cada vez que

conseguía desplazarme a Praga sentía esa punzada de advertencia, levemente anticipada y que te pilla de sorpresa, adoptando de nuevo su conocida máscara. En el triste alojamiento que compartía con su más querida compañera, Eugenia Konstantinovna Hofeld (1884-1957), que, en 1914, había sustituido a Miss Greenwood (la cual, a su vez, había sustituido a Miss Lavington) como institutriz de mis dos hermanas (Olga, nacida el 5 de enero de 1903, y Elena, nacida el 31 de marzo de 1906), solía tener esparcidos a su alrededor, sobre restos de decrepitos muebles de segunda mano, álbumes en los que, durante los últimos años, había copiado sus poemas preferidos, desde Mavkov hasta Mayakovski. Un vaciado de la mano de mi padre y una acuarela de su tumba en el cementerio ortodoxo griego de Tegel, que actualmente forma parte de Berlín Oriental, compartían los anaqueles con libros de escritores emigrados, tan propensos a la desintegración por culpa de sus baratas encuademaciones de papel. Una caja de jabón cubierta por una tela verde era el soporte de la serie de pequeñas y borrosas fotografías que gustaba tener cerca de su sofá. En realidad no las necesitaba, porque nada se había perdido. Del mismo modo que una compañía teatral que sale de gira lleva consigo a todas partes, mientras todavía recuerda el texto, un cerro ventoso, un castillo entre neblina y una isla encantada, también ella llevaba consigo todo lo que su alma había atesorado. Con gran claridad, puedo verla sentada a la mesa, estudiando serenamente las cartas de un solitario: se apoya en el codo izquierdo y presiona contra la mejilla el pulgar que le queda libre en la mano izquierda, que también sostiene, cerca de sus labios, un pitillo, mientras la mano derecha se adelanta a buscar el siguiente naipe. El doble brillo que aparece en el dedo anular corresponde a dos anillos de matrimonio, el suyo y el de mi padre, que, como es demasiado grande para ella, ha sido unido a su propio anillo con un poco de hilo negro.

Cada vez que los veo en mis sueños, los muertos parecen silenciosos, preocupados, extrañamente deprimidos, muy diferentes a su querida y alegre forma de ser. Los encuentro, sin el menor asombro, en lugares que jamás visitaron durante su vida terrena, en casa de algún amigo mío al que nunca llegaron a conocer. Se sientan aparte, mirando ceñudos al suelo, como si la muerte fuese una oscura mancha, un vergonzoso secreto de familia. No es desde luego entonces —no es en los sueños— sino en plena vigilia, en momentos de robusta alegría y de triunfo, en la más elevada terraza de la conciencia, cuando la mortalidad aprovecha la ocasión para mirar más allá de sus propios límites, desde el mástil, desde el pasado y el torreón de su castillo. Y aunque apenas puede vislumbrarse nada por entre la niebla, tengo en cierto sentido la bendita sensación de que miro hacia donde debo mirar.

CAPITULO TERCERO

1

Los blasonistas inexpertos recuerdan a esos viajeros medievales que regresan de Oriente cargados de fantasías faunísticas más influidas por el bestiario que ya poseían antes de partir que por la exploración zoológica directa. Así, en la primera versión de este capítulo, al describir el escudo de armas de los Nabokov (descuidadamente vislumbrado entre algunas chucherías familiares varios años atrás), conseguí de algún modo transformarlo en una extraña composición en la que dos osos posaban sosteniendo entre ambos un gran tablero de ajedrez. Ahora he vuelto a mirar ese blasón, y me he decepcionado al comprobar que no hay más que un par de leones —parduscos y, quizá, más lanudos de la cuenta, pero nada osunos en realidad— relamiéndose el hocico, rampantes, reguardantes, mostrando con arrogancia un escudo que no es más que la decimosexta parte de un damero, de colores alternados, azules y gules, con una cruz *botonée* de plata en cada rectángulo. Encima de él asoman los restos del desgraciado caballero: su duro yelmo y su incomedible gorjal, así como un valiente brazo que sale desde detrás de un adorno foliado, gules y azur, y que todavía blande una corta espada. *Za hrabrost'*, «por valor», dice la leyenda.

Según Vladimir Viktorovich Golubtsov, primo hermano de mi padre y aficionado a las antigüedades rusas, al que consulté en 1930, el fundador de nuestra familia fue *Nabok Murza* (*floruit* 1380), un rusificado príncipe tártaro de Muscovy. Mi propio primo hermano, Sergey Sergeevich Nabokov, experto en genealogía, me informa que durante el siglo XV nuestros antepasados poseían terrenos en el principado de Moscú. Me remitió a un documento (publicado por Yushkov en *Actas de los siglos XIII-XVIII*, Moscú, 1899) relativo a una disputa rural que, en 1494, bajo el reinado de Iván III, enfrentó al señor Kulyakin con sus vecinos, Evdokim y Vías, hijos de Luka Nabokov. Durante los siglos siguientes los Nabokov fueron funcionarios y militares. Mi tatarabuelo, el general Alexandr Ivanovich Nabokov (1749-1807), fue, en el reinado de Pablo I, jefe del regimiento de la guarnición de Novgorod que en los

documentos oficiales lleva el nombre de «Regimiento de Nabokov». El más joven de sus hijos, mi bisabuelo Nikolay Aleksandrovich Nabokov, era un joven oficial de la Armada en 1817, fecha en la que participó, con los futuros almirantes Barón von Wrangel y Conde Litke, y a las órdenes del capitán (y posteriormente vice-almirante) Vasiliy Mijailovich Golovnin, en una expedición destinada a levantar el mapa de Nueva Zembla (nada menos), en donde el «río Nabokov» lleva el nombre de mi antepasado. El recuerdo del jefe de la expedición se conserva en numerosos toponímicos, uno de los cuales es la Laguna de Golovnin, en la Península de Seaward, en Alaska Occidental, donde el doctor Holland descubrió una mariposa, la *Pamassius phoebus golovinus* (aquí un gran sic); pero mi bisabuelo no puede jactarse más que de ese riachuelo azulísimo, de un azul casi añil, hasta indignantemente azul, que serpentea entre rocas húmedas; pues abandonó pronto la Armada *n'ayant pas le pied marin* (como dice mi primo Sergey Sergeevich que me informó acerca de él), para ingresar en la Guardia de Moscú. Contrajo matrimonio con Anna Aleksandrovna Nazimov (hermana del decembrista). No sé nada de su carrera militar; fuera como fuese, no hubiera podido competir con la de su hermano, Ivan Aleksandrovich Nabokov (1787-1852), uno de los héroes de las guerras napoleónicas y, en su ancianidad, comandante de la fortaleza Pedro-y-Pablo de San Petersburgo, donde (en 1849) uno de sus prisioneros fue el escritor Dostoyevski, autor de *El doble*, etc., a quien el amable general prestaba libros. Es considerablemente más interesante, sin embargo, que estuviera casado con Ekaterina Puschchin, hermana de Ivan Puschchin, que fuera compañero de colegio y amigo de Pushkin. Atención, impresores: dos «chin» y un «kin».

El sobrino de Ivan e hijo de Nikolay fue mi abuelo paterno, Dmitri Nabokov (1827-1904), ministro de Justicia durante ocho años, bajo dos zares. Se casó (el 24 de septiembre de 1859) con María, una muchacha de diecisiete años que era hija del Barón Ferdinand Nicolaus Viktor von Korff (1805-1869), general alemán al servicio del ejército ruso.

En las familias antiguas y tenaces, ciertas características faciales suelen ir repitiéndose como indicadores y marcas de sus hacedores. La nariz de los Nabokov (por ejemplo, la de mi abuelo) es del tipo ruso, con una suave punta arremangada y, de perfil, con una leve curvatura cóncava; la nariz de los Korff (por ejemplo, la mía) es un bello órgano germánico con un puente de osada osatura y una terminación algo torcida, visiblemente estriada, y carnosa. Los Nabokov superciliares o sorprendidos tienen cejas en ángulo, vellosas en el centro, y tendentes a desaparecer camino de las sienes; la ceja Korff tiene un arco más fino pero también es poco poblada. Por lo demás, los Nabokov, a medida que retroceden hacia las sombras en la galería de retratos del tiempo, se unen pronto a los indistintos Rukavishnikov, de los que conocí sólo a mi madre y a su hermano Vasiliy, una muestra demasiado limitada para los fines que aquí persigo. Por otro lado, veo con gran claridad a las mujeres de la línea Korff, bellas muchachas lirio-y-rosa, con salientes y sonrojadas *pommettes*, ojos azul pálido y esa pequita en una mejilla, casi como un lunar postizo, que mi abuela, mi padre, tres o cuatro de sus hermanos, algunos de mis veinticinco primos, mi hermana pequeña y mi hijo Dmitri heredaron en diversos estadios de intensidad, a modo de copias más o menos idénticas del mismo original.

Mi bisabuelo alemán, el barón Ferdinand von Korff, que se casó con Nina Aleksandrovna Shishkov (1819-1895), nació en Königsberg el año 1805, y tras una triunfal carrera militar murió el año 1896 en las tierras del Volga que poseía su esposa cerca de Saratov. Era nieto de Wilhelm Carl, barón von Korff (1739-1799) y de Eleonore Margarethe, baronesa von der Osten-Sacken (1731-1786), e hijo de Nicholas von Korff (fallecido en 1812), comandante del ejército prusiano, y de Antoinette Theodora Graun (fallecida en 1859), que era nieta de Carl Heinrich Graun, compositor.

La madre de Antoinette, Elisabeth *née* Fischer (nacida en 1760), era hija de Regina Hartung (1732-1805), hija a su vez de Johann Heinrich Hartung (1699-1765), director de una conocida editorial de Königsberg. Elisabeth era famosa por su belleza. Tras divorciarse en 1795 de su primer marido, el Justizrat Graun, hijo del compositor, se casó con un poeta menor, Christian August von Stägemann, y fue «maternalmente amiga», según la expresión de la fuente alemana que utilizo, de un escritor mucho más conocido, Heinrich von Kleist (1777-1811), quien, a los treinta y tres años, se enamoró apasionadamente de la hija de Elisabeth, Hedwig Marie (más tarde von Olfers), que sólo tenía doce años. Se dice que Kleist fue a visitar a la familia para decir *adieu* antes de partir hacia Wansce —donde tenía intención de cumplir la promesa de suicidio que le había hecho a una dama enferma—, pero no se le recibió debido a que aquel era día de la colada en casa de los Stägemann. El número y la diversidad de contactos que tuvieron mis antepasados con el mundo de las letras son verdaderamente notables.

Carl Heinrich Graun, bisabuelo de Ferdinand von Korff, que era mi bisabuelo, nació el año 1701 en Wahrenbrück, Sajonia. Su padre August Graun (nacido en 1670), recaudador de impuestos («*Königlicher*

Polnischer und Kurfürstlicher Sachsischer Akzisen-einnehmer», en donde el elector en cuestión era su tocayo, Augusto II, Rey de Polonia), procedía de un largo linaje de sacerdotes. Su tatarabuelo, Wolfgang Graun, fue, en 1575, organista de Plauen (cerca de Wahrenbrück), en donde una estatua de su descendiente, el compositor, adorna ahora un jardín público. Carl Heinrich Graun murió a los cincuenta y ocho años, en 1759, en Berlín, donde diecisiete años antes se inauguró el nuevo teatro de la ópera con su *César y Cleopatra*. Fue uno de los más eminentes compositores de su época, e incluso los más grandes se sintieron afectados, según los necrólogos del lugar, por el dolor de su real mecenas. Graun aparece (póstumamente) en pie, y en actitud algo reservada, con los brazos cruzados, en el cuadro de Menzel que representa a Federico el Grande tocando una composición de Graun para flauta; diversas reproducciones de este cuadro me persiguieron por todos los alojamientos alemanes en los que viví durante mis años de exilio. Me han contado que en el Palacio Sans-Souci de Potsdam hay un óleo de la época que representa a Graun y a su esposa, Dorothea Rehkopp, sentados ante un mismo clavecín. Las enciclopedias musicales suelen reproducir el retrato que hay en el teatro de la ópera de Berlín, en el que se parece mucho al compositor Nikolay Dmitrievich Nabokov, mi primo hermano. Un simpático eco, valorado en 250 dólares, de todos aquellos conciertos dados bajo los techos pintados de un pasado dorado, me llegó dulcemente en el Berlín *heil-hitlerante* de 1936, cuando el legado de la familia Graun, poca cosa más que una colección de tabaqueras y chucherías cuyo valor, después de pasar muchos avatares en el banco estatal de Prusia se había reducido a 43.000 *reichsmarks* (unos 10.000 dólares), fue distribuido entre los descendientes del pródigo compositor, los clanes von Korff, von Wissmann y Nabokov (un cuarto linaje, los condes Asinari di San Marzano había desaparecido sin descendencia).

Las dos baronesas von Korff dejaron su huella en los ficheros de la policía de París. Una de ellas, Anna-Christina Stegelman, hija de un banquero sueco, era viuda del barón Fromhold Christian von Korff, coronel del ejército ruso, tío-bisabuelo de mi abuela. Anna-Christina fue también prima, o novia, o ambas cosas, de otro soldado, el famoso conde Axel von Fersen; y fue ella quien, en París, el año 1791, prestó su pasaporte y su carruaje, nuevo a estrenar y hecho a la medida (un suntuoso coche montado sobre altas ruedas rojas, tapizado con terciopelo blanco de Utrecht, con cortinas verde oscuro y toda clase de complementos, entonces modernos, tales como un *vase de voyage*) a la familia real, para su huida a Varennes. La reina fingió ser ella, y el rey, el preceptor de los dos niños. La otra anécdota policíaca tuvo que ver con una mascarada menos dramática.

Una semana antes del Carnaval, en París, hace más de un siglo, el conde de Morny invitó al baile de disfraces que se celebraba en su casa, a «*une noble dame que la Russie a prêtée cet hiver a la France*» (según informó Henrys en la *Gazette du Valais*, sección de la *Illustration*, 1859, p. 251). Se trataba de Nina, baronesa von Korff, a la que ya he mencionado; María (1842-1926), la mayor de cinco hermanas, se casaría en septiembre de ese mismo año, 1859, con Dmitri Nikolaevich Nabokov (1827-1904), un amigo de la familia que también se encontraba en París por aquel entonces. Con motivo del baile, la señora encargó unos vestidos de florista para María y Olga, a doscientos veinte francos cada uno. Su precio, según el elocuente y poco veraz reportero de la *Illustration*, representaba seiscientos cuarenta y tres días «*de nourriture, de loyer et d'entretien du père Crépin* [comida, alquiler y calzado]», lo cual suena raro. Cuando los vestidos estuvieron listos, Mme. de Korff los encontró «*trop décolletés*» y se negó a quedárselos. La modista le envió a un *huissier* [ujier], cuya visita provocó un tremendo escándalo, y mi bisabuela (una mujer bella, apasionada y, siento decirlo, mucho menos austera en lo que se refería a su moral particular de lo que pudiera sugerir su actitud ante los grandes escotes) demandó por daños y perjuicios a la modista.

Sostuvo que las *demoiselles de magasin* que fueron a llevarle los vestidos eran unas «*péronelles* [lagartas]», y que, en respuesta a su objeción relativa a que los vestidos tenían unos escotes tan grandes que ninguna dama se prestaría a ponérselos, «*se sont permis d'exposer des théories égalitaires du plus mauvais goût* [se atrevieron a exponer teorías igualitarias del peor gusto]»; dijo que ya era demasiado tarde para que les hicieran otros disfraces y que sus hijas no pudieron ir al baile; acusó al *huissier* y a sus acólitos de repanchingarse en los asientos más muelles y obligar a las damas a utilizar los más duros; también se quejó, furiosa y amargamente, de que el ujier hubiese llegado a amenazar con la cárcel a Monsieur Dmitri Nabokoff «*Conseiller d'État, homme sage et plein de mesure* [persona sensata y reservada]» sólo porque el susodicho caballero intentó arrojar al *huissier* por la ventana. No eran argumentos muy convincentes, pero la modista perdió el caso. Tuvo que quedarse con sus vestidos, devolver lo que le habían pagado por ellos, y pagar además mil francos a la demandante; por otro lado, la factura que el fabricante de su carruaje le presentó en 1791 a Christina, una nadería de cinco mil novecientos cuarenta y cuatro libras, jamás llegó a ser pagada.

Dmitri Nabokov (la terminación en ff no era más que una vieja manía europea), ministro de Estado de Justicia entre 1878 y 1885, hizo cuanto estuvo en su mano por proteger, ya que no reforzar, las reformas liberales de los años sesenta (la institución del jurado, por ejemplo) frente a los feroces ataques reaccionarios. «Actuó —dice uno de sus biógrafos (la *Enciclopedia Brockhaus*, segunda edición rusa)— como el capitán de un buque en plena tormenta, que es capaz de arrojar por la borda parte del cargamento para salvar el resto.» El epitáfico símil repite inconscientemente un tema epigráfico: el anterior intento realizado por mi abuelo de arrojar al representante de la ley por la ventana.

Cuando se retiró, Alejandro III le ofreció elegir entre el título de conde y una suma de dinero, presumiblemente grande; no sé cuánto valía exactamente un título de conde en Rusia, pero, en contra de las frugales esperanzas del Zar, mi abuelo (al igual que su tío Ivan, a quien Nicolás había ofrecido una elección similar) se zambulló de cabeza en pos de la más sólida de las recompensas. («*Encore un comte raté*», comenta con guasa Sergey Sergeevich.) A partir de entonces vivió casi siempre en el extranjero. Durante los primeros años de este siglo se le nubló la mente y se aferró a la creencia de que mientras permaneciera en la región mediterránea no le pasaría nada. Los médicos sostenían la opinión contraria, y creían que viviría más tiempo en el clima de alguna estación de montaña o en el norte de Rusia. Hay una anécdota extraordinaria, cuyas piezas no he podido reunir por completo, que cuenta cómo escapó, en algún lugar de Italia, de quienes le atendían. Luego estuvo errando por la zona, denunciando con vehemencia comparable a la del rey Lear la actitud de sus hijos, ante desconocidos que respondían con una sonrisa de burla, hasta que fue capturado en un remoto y salvaje rincón rocoso por unos *carabinieri* de marcado sentido práctico. Durante el invierno de 1903, mi madre, la única persona cuya presencia podía soportar el anciano en sus momentos de locura, estuvo constantemente a su lado en Niza. Mi hermano y yo, que teníamos respectivamente tres y cuatro años, también estábamos allí con nuestra institutriz inglesa; recuerdo el sonoro estremecimiento de los cristales de las ventanas a la menor brisa, y el asombroso dolor que me causó una gota de lacre que me cayó en el dedo. Utilizando la llama de una vela (diluida hasta una engañosa palidez por el sol que invadía las losas en las que estaba arrodillado), había estado dedicándome a transformar goteantes barritas de aquella materia en pegajosas manchas de maravilloso olor y de tonos rojo y azul y bronceo. Momentos después empecé a berrear en el suelo, y mi madre corrió a rescatarme, mientras no lejos de allí mi abuelo, en su silla de ruedas, daba resonantes porrazos con su bastón. Mi madre se las vio y se las deseó para tratarle. Utilizaba palabras malsonantes. Confundía una y otra vez al criado que empujaba su silla por el *Promenade* des Anglais con el conde Loris-Melikov, uno de sus compañeros (fallecido hacía mucho tiempo) del gabinete ministerial de los años ochenta. «*Qui est cette femme —chassez-la!*», le decía gritando a mi madre mientras señalaba con su tembloroso índice a la reina de Bélgica o de Holanda, que se había detenido para interesarse por su salud. Recuerdo confusamente haber corrido hasta su silla para enseñarle una bonita piedrecilla, que él examinaba lentamente y se llevaba luego a la boca. Ojalá hubiese sido más curioso en aquella época posterior en la que mi madre solía recordar estos tiempos.

Mi abuelo se hundía, por períodos cada vez más prolongados, en un estado de inconsciencia; durante uno de ellos fue enviado a su *pied-a-terre* del Muelle de Palacio en San Petersburgo. Mientras iba recobrando gradualmente la conciencia, mi madre transformó su dormitorio en el que había tenido en Niza. Encontraron algunos muebles parecidos, y un mensajero especial trajo de Niza ciertos artículos, y fueron adquiridas todas las flores a las que sus neblinosos sentidos se habían acostumbrado, con toda su variedad y profusión, y pintaron de blanco luminoso un fragmento de pared que se divisaba desde la ventana, de modo que cada vez que volvía a un estado de relativa lucidez se encontraba a salvo en aquella Riviera artísticamente escenificada por mi madre; y allí, el 28 de marzo de 1904, exactamente dieciocho años antes que mi padre, murió pacíficamente.

Dejó cuatro hijos y cinco hijas. El mayor era Dmitri, que heredó el mayorazgo de los Nabokov en lo que entonces eran dominios polacos del Zar; su primera esposa fue Lidia Eduardovna Falz-Fein, y la segunda Marie Redlich; a continuación venía mi padre; después Sergey, gobernador de Mitau, que se casó con Daria Nikolaevna Tuchkov, tataranieta del mariscal de campo Kutuzov, príncipe de Smolensk. El más pequeño era Konstantin, un solterón empedernido. Las hermanas eran: Natalia, esposa de Ivan de Peterson, cónsul ruso en La Haya; Vera, esposa de Ivan Pihachev, deportista y terrateniente; Nina, que se divorció del barón Rausch von Traubenberg, gobernador militar de Varsovia, para casarse con el almirante Nikolay Kolomeytsev, héroe de la guerra del Japón; Elizaveta, casada con Henri, príncipe de Sayn-Wittgenstein-Berleburg, y, después de su muerte, con Roman Leikmann, que antes fuera preceptor de sus hijos; Nadezhda, esposa de Dmitri Vonlyarlyarski, de quien más tarde se divorció.

El tío Konstantin era miembro del cuerpo diplomático y, durante la última etapa de su carrera, en Londres, libró una enconada y finalmente fracasada batalla con Stablin, para ver cuál de los dos dirigía la legación rusa. Su vida estuvo bastante desprovista de acontecimientos, pero se libró maravillosamente de un par de encerronas del destino, mucho menos inocuas que la corriente de aire de un hospital de Londres que acabó con su vida en 1929. Una vez, el 17 de febrero de 1905, encontrándose en Moscú, cuando un amigo suyo, el gran duque Sergey, le ofreció, medio minuto antes de la explosión, llevarle en su carruaje, y mi tío dijo que no, gracias, que prefería ir andando, y el coche se fue al encuentro de su fatal cita con la bomba de un terrorista; y la segunda vez, siete años más tarde, cuando faltó a otra cita, esta vez con un iceberg, al devolver por casualidad su pasaje para el Titanic. Después de nuestra huida de la Rusia de Lenin le vimos en Londres bastante a menudo. Nuestro encuentro en la estación Victoria, el año 1919, es una viñeta que permanece viva en mi recuerdo: mi padre adelantándose hacia su etiquetero hermano con un envolvente abrazo de oso; él, retrocediendo y diciéndole: «*Mi v Anglii, Mi v Anglii* [Estamos en Inglaterra].» Su encantador pisito estaba lleno a rebosar de recuerdos de la India, por ejemplo, fotografías de jóvenes oficiales británicos. Es autor de *The Ordeal of a Diplomat* [La ordalía de un diplomático] (1921), que se puede encontrar fácilmente en las grandes bibliotecas públicas, y de una versión en inglés del *Boris Godunov* de Pushkin; y aparece retratado, con barba de chivo incluida (y al lado del conde Witte, los dos delegados japoneses y Theodore Roosevelt, con aspecto benévolo), en un mural de la firma del Tratado de Portsmouth que se encuentra en el lado izquierdo del vestíbulo principal del Museo Norteamericano de Historia Natural: un lugar insuperablemente adecuado en donde encontrar mi apellido escrito en caracteres eslavicos de oro, como pude comprobar la primera vez que pasé por allí junto a otro lepidopterólogo que, en respuesta a la exclamación de reconocimiento que yo emití, se limitó a decir: «Cierto, cierto.»

2

En forma diagramática, las tres fincas familiares del Oredezh, setenta y cinco kilómetros al sur de San Petersburgo, pueden ser representadas como tres anillos enlazados que forman una cadena de quince kilómetros que se extiende de oeste a este a uno y otro lado de la carretera de Luga. La de mi madre, Vyra, está en el centro; Rozhestveno, la de su hermano, a la derecha; y Batovo, la de mi abuela, a la izquierda. Los puntos de unión son los puentes que cruzan el Oredezh (o, mejor dicho, *Oredezh'*) que, siguiendo su curso serpenteante y ramificado, bañaba Vyra por ambos lados.

Otras dos fincas, mucho más alejadas, de esta misma región estaban relacionadas con Batovo: la de Druzhnoselie de mi tío el príncipe Wittgenstein, situada pocos kilómetros más allá de la estación de ferrocarril de Siverski, que estaba a nueve kilómetros al nordeste de nuestras tierras; y la de Mityushino, de mi tío Pihachev, que estaba a unos setenta y cinco kilómetros al sur en la carretera de Luga; no estuve allí ni una sola vez, pero recorríamos bastante a menudo los aproximadamente quince kilómetros que nos separaban de los Wittgenstein, y una vez (agosto de 1911) les visitamos en su otra espléndida finca, Kamenka, situada en la provincia de Podolsk, en el sudoeste de Rusia.

La finca de Batovo entra en la historia el año 1805, cuando pasa a ser propiedad de Anastasia Matveevna Rileev, née Essen. Su hijo, Kondratii Fyodorovich Rileev (1795-1826), poeta menor, periodista y famoso decembrista que pasaba allí la mayor parte de los veranos, escribió elegías al Oredezh y entonó himnos al castillo del príncipe Aleksey, que era la joya de sus riberas. La leyenda y la lógica, extrañas pero poderosas asociadas, parecen indicar, tal como he explicado más extensamente en mis notas al *Onegin*, que el duelo a pistola de Rileev con Pushkin, del que tan poco se sabe, se celebró en el parque de Batovo, entre el 6 y el 9 de mayo (calendario juliano) de 1820. Puskin, con dos amigos, el barón Anton Delvig y Pavel Yakovlev, que le acompañaban en el primer tramo de su largo viaje en coche de San Petersburgo a Ekaterinoslav, abandonó sigilosamente la carretera de Luga a la altura de Rozhestveno, cruzó el puente (el golpeteo de los cascos se transformó aquí en una breve trápala), y siguió el antiguo camino lleno de baches que conducía hacia Batovo. Allí, delante de la casa solariega, Rileev les esperaba con impaciencia. Acababa de enviar a su esposa, que estaba en el último mes de su embarazo, a las tierras que ella tenía cerca de Voronezh, y ansiaba que concluyera lo antes posible el duelo para después, si Dios quería, reunirse allí con ella. Puedo notar en mi piel y en mis orificios nasales la deliciosa aspereza campesina de aquel día de primavera nortea que recibió a Pushkin y a sus dos padrinos cuando bajaron del coche y comenzaron a caminar por la avenida de tilos que nacía al otro lado de los arriates de Batovo, que todavía se mantenían virginalmente negros. Veo con la misma claridad a los tres jóvenes (la suma de sus edades equivale a la que yo tengo ahora) siguiendo a su

anfitrión y a dos desconocidos hacia el parque. En esas fechas asomaban pequeñas violetas arrugadas por entre la alfombra de hojas muertas del año anterior, y las recién aparecidas punta-anaranjadas se posaban sobre los temblorosos dientes de león. Durante un momento el destino pudo vacilar entre impedir que un heroico rebelde se encaminara hacia la horca, o privar a Rusia de *Eugene Onegin*; luego, sin embargo, no hizo ni una cosa ni otra.

Un par de décadas después de la ejecución de Rileev en el bastión de la fortaleza Pedro-y-Pablo en 1826, la finca de Batovo le fue comprada al estado por la madre de mi abuela paterna, Nina Aleksandrovna Shishkov, posteriormente baronesa de Korff, a quien mi abuelo se la compró alrededor de 1855. Dos generaciones de Nabokov criados por preceptores e institutrices conocieron cierto sendero de los bosques de las cercanías de Batovo con el nombre de «Le Chemin du Pendu», el paseo favorito del Ahorcado, que es como se llamaba en sociedad a Rileev: cruel pero también eufemística y asombradamente (en aquel entonces no era frecuente que ahorcaran a los caballeros), en lugar de llamarle el Decembrista o el Insurgente. Puedo imaginarme con facilidad al joven Rileev en las verdes madejas de nuestros bosques, paseando y leyendo un libro, que era una forma de ambular propia de la época, con la misma facilidad con que puedo visualizar al temerario teniente que desafia al despotismo en la sombría plaza del Senado, con sus camaradas y sus desconcertadas tropas; pero el nombre de este largo y «adulto» *promenade* que tanto ilusionaba a los niños que se habían portado bien, estuvo durante toda nuestra infancia completamente desvinculado para nosotros del destino del desafortunado señor de Batovo: mi primo Sergey Nabokov, que nació en la Chambre du Revenant de Batovo, imaginaba un fantasma convencional, mientras que yo conjeturé ante mi preceptor o institutriz que algún misterioso desconocido había sido hallado balanceándose de una rama del álamo en el que cría una rara esfinge. Que Rileev fuera simplemente el «Ahorcado» (*povesbenrity o visel'nik*) para los campesinos del lugar no me parece antinatural; pero en las familias señoriales sólo un extravagante tabú impidió, al parecer, que los padres identificaran al fantasma, como si una referencia específica pudiese introducir un matiz de indecencia en la mágica vaguedad de la frase que designaba un pintoresco paseo por un querido rincón campestre. De todos modos, me resulta curioso ver que incluso mi padre, que poseía tan amplia información acerca de los decembristas y que sentía por ellos una simpatía mucho mayor que sus parientes, no mencionara ni una sola vez, por lo que yo recuerdo, a Kondratiy Rileev durante nuestros paseos y excursiones en bicicleta por los alrededores. Mi primo me hace notar que el general Rileev, hijo del poeta, fue amigo íntimo del Zar Alejandro II y de mi abuelo D. N. Nabokov, y que *on ne parle pas de corde dans la maison du pendu*.

A partir de Batovo, la vieja carretera llena de baches (que antes hemos seguido con Pushkin y que ahora recorreremos en sentido contrario) avanzaba hacia el este durante unos tres kilómetros hasta llegar a Rozhestveno. Justo antes del puente principal se podía o bien girar hacia el norte, campo a través, en dirección a nuestro Vyra y sus dos parques situados a ambos lados del camino, o bien continuar hacia el este, bajando por una fuerte pendiente y pasando junto a un viejo cementerio asfixiado de frambuesos y racemosas, para después cruzar el puente que conduce a la casa de mi tío, tan fría y distante con aquellas columnas blancas en lo alto de su colina.

La finca Rozhestveno, que incluye un pueblo del mismo nombre, grandes terrenos, y una casa solariega que domina el curso del río Oredezh, y la carretera de Luga (o de Varsovia), en el distrito de Tsarskoe Selo (actualmente Pushkin), a unos setenta y cinco kilómetros al sur de San Petersburgo (actualmente Leningrado), era conocida antes del siglo XVIII con el nombre de heredad Kurovitz, perteneciente al antiguo distrito de Koporsk. Alrededor de 1715 había sido propiedad del príncipe Aleksey, desgraciado hijo de aquel matón de matones que se llamó Pedro I. Parte de un *escalier dérobé* y otro elemento arquitectónico que no consigo recordar fueron conservados en la nueva anatomía del edificio. He tocado esa barandilla y he visto (¿o pisado?) ese otro detalle olvidado. Siguiendo el camino real que conducía a Polonia y Austria tras haber salido de este palacio, el príncipe logró escapar, pero sólo para ser forzado a regresar por medio de engaños desde el lejanísimo Nápoles a la cámara de torturas de su padre, por culpa de la intervención del agente del Zar, el conde Pyotr Andreevich Tolstoy, que fuera embajador en Constantinopla (en donde obtuvo para su amo el pequeño moro que tendría por biznieto a Pushkin). Rozhestveno perteneció más tarde, según creo, a una favorita de Alexander I, y la casa fue reconstruida parcialmente cuando mi abuelo materno compró la heredad alrededor de 1880, para su hijo mayor Vladimir, que murió no mucho después, a los dieciséis años. Su hermano Vasily la heredó en 1901 y pasó allí diez de los quince veranos que todavía le quedaban de vida. Recuerdo en particular que la casa era muy fresca y sonora, y también el piso de losas ajedrezadas del vestíbulo, diez gatos de porcelana

en un estante, un sarcófago y un órgano, las claraboyas y las galerías superiores, la coloreada penumbra de sus misteriosas habitaciones, y claveles y crucifijos por todas partes.

3

De joven, Carl Heinrich Graun tuvo una bella voz de tenor—, una noche en la que tenía que cantar una ópera escrita por Schurmann, maestro de capilla de Brunswick, le resultaron tan fastidiosas algunas de las arias que las cambió por otras compuestas por él mismo. Aquí siento la conmoción del más alborozado parentesco; sin embargo prefiero a otros dos antepasados míos, al joven explorador que ya he mencionado, y al gran patólogo, abuelo materno de mi madre, Nikolay Illarionovich Kozlov (1814-1889), primer presidente de la Academia Imperial Rusa de Medicina y autor de artículos tales como «Del desarrollo de la idea de enfermedad», o «Coartación del foramen yugular en los dementes». Este momento me parece adecuado para mencionar de paso mis propios artículos científicos, y en especial mis tres preferidos: «Notas sobre las *Plebejinae* neotropicales» (*Psyche*, Vol. 52. Nos. 1-2 y 3-4, 1945), «Una nueva especie de *Cyclargus Nabokov*» (*The Entomologist*, diciembre de 1948) y «Los individuos neárticos del genus *Lycaeides Hübner*» (*Bulletin Mus. Comp. Zool.*, Harvard Coll., 1949), año a partir del cual me resultó físicamente imposible seguir alternando la investigación científica con las conferencias, las *belles lettres*, y *Lolita* (porque ya estaba en camino: un parto doloroso, un bebé difícil).

El blasón Rukavishnikov es más modesto, pero también menos convencional que el de los Nabokov. El escudo de armas es una versión estilizada de un *domna* (primitivo alto horno), alusión, sin duda, a la función de los minerales de los Urales que fueron descubiertos por mis aventureros antepasados. Deseo señalar que estos Rukavishnikov —pioneros de Siberia, buscadores de oro e ingenieros de minas— no estaban emparentados, como han dado descuidadamente por supuesto algunos biógrafos, con los no menos ricos comerciantes moscovitas de la época. Mis Rukavishnikov pertenecían (desde el siglo XVIII) a la aristocracia terrateniente de la provincia de Kazan. Sus minas estaban situadas en Alopaevsk, cerca de Nizhni-Tagilsk, provincia de Perm, en el lado siberiano de los Urales. Mi padre viajó dos veces allí en el antiguo Express Siberiano, un bello tren perteneciente a la familia Nord-Express, y que yo tenía intención de utilizar muy pronto para un viaje no tan mineralógico como entomológico; pero este proyecto chocó con la interferencia de la revolución.

Mi madre, Elena Ivanovna (29 de agosto de 1876-2 de mayo de 1939), era hija de Ivan Vasilievich Rukavishnikov (1841-1901), terrateniente, juez de paz y filántropo, hijo de un industrial millonario, y de Olga Nikolaevna (1845-1901), hija del doctor Kozlov. Tanto el padre como la madre de mi madre murieron de cáncer en el curso del mismo año, él en marzo y ella en junio. De los siete hermanos que tuvo, cinco murieron de pequeños, y de sus dos hermanos mayores Vladimir murió a los dieciséis años en Davos, en la década de los ochenta del siglo pasado, y Vassiliy en París, en 1916. Ivan Rukavishnikov tenía muy mal carácter, y mi madre le temía. Durante mi infancia lo único que conocí de él fueron sus retratos (su barba, la cadena de magistrado que colgaba de su cuello) así como los atributos de su principal pasatiempo, tales como patos de señuelo y cabezas de alce. Un par de osos especialmente grandes que habían sido cazados por él estaban colocados en pie, con las garras delanteras temiblemente alzadas, junto a la barandilla de hierro del vestíbulo de nuestra casa de campo. Todos los veranos medía yo mi estatura según fuera mi capacidad de alcanzar sus fascinantes garras, primero la de la más baja de las patas delanteras, y después la de la más alta. Sus barrigas me parecieron decepcionantemente duras cuando decidí hundir los dedos (acostumbrados a palpar perros vivos o animales de juguete) en su áspero pelo pardo. De vez en cuando sacaban esos osos a un rincón del jardín para sacudirlos y airearlos exhaustivamente, y la pobre Mademoiselle, que llegaba del parque, soltaba un grito de alarma al vislumbrar aquellas dos fieras salvajes aguardándola a la móvil sombra de los árboles. A mi padre no le interesaba en absoluto la caza, y en esto difería profundamente de su hermano Sergey, que era un apasionado deportista que a partir de 1908 fue Montero Mayor de Su Majestad el Zar.

Uno de los más felices recuerdos adolescentes de mi madre fue el del viaje que hizo un verano con su tía Praskovia a la península de Crimea, donde su abuelo paterno tenía una finca cerca de Feodosia. Su tía y ella salieron a dar un paseo con él y con otro anciano caballero, Ayvazovski, el conocido pintor de marinas. Mi madre recordaba que el pintor dijo (tal como había sin duda dicho en otras muchas ocasiones) que en 1836, durante una exposición de pintura en San Petersburgo, vio a Pushkin, «un feo tipejo bajito con una esposa alta y guapa». Eso ocurrió más de medio siglo antes, cuando Ayvazovski era estudiante de bellas artes, y menos de un año antes de la muerte de Pushkin. Mi madre recordaba

también la pincelada que, con su propia paleta, añadió la naturaleza: la marca blanca dejada por un pájaro en el gris sombrero de copa que llevaba el pintor. Tía Praskovia, que la acompañaba, era la hermana de su madre, y estaba casada con el famoso sifilólogo V. M. Tarnovski (1839-1906), y era también médica y autora de obras sobre psiquiatría, antropología y política social. Un atardecer, en la villa que tenían los Ayzovski cerca de Feodosia, tía Praskovia invitó a cenar al doctor Anton Chekhov, a quien, durante el transcurso de una conversación sobre medicina, ofendió. Ella era una mujer muy erudita, muy amable, y muy elegante, y resulta difícil imaginar cómo pudo exactamente haber provocado el estallido increíblemente tosco que Chekhov se permite tener en una carta dirigida a su hermana, que fue publicada el 3 de agosto de 1888. Tía Praskovia, o tía Pasha, como la llamábamos nosotros, nos visitaba a menudo en Vyra. Tenía una forma encantadora de saludarnos cuando entraba en las habitaciones de los niños y pronunciaba un sonoro «*Bonjour les enfants!*» Murió en 1910. Mi madre estaba junto a su lecho de muerte, y las últimas palabras de tía Pasha fueron:

—Qué interesante. Ahora lo entiendo. Todo es agua, *vsyovoda*.

Vasiliy, el hermano de mi madre, era miembro del cuerpo diplomático, pero no se lo tomaba tan en serio como mi tío Konstantin. Para Vasiliy Ivanovich aquello no era una carrera sino un más o menos plausible ambiente. Sus amigos italianos y franceses, igualmente incapaces de pronunciar su largo apellido ruso, lo redujeron a «Ruka» (con acento en la última sílaba), que le sentaba mucho mejor que su nombre entero. Tío Ruka me parecía en mi infancia formar parte del mundo de los juguetes, los alegres libros ilustrados, y los cerezos cargados de relucientes frutos negros: había construido un invernadero de cristal para todo un huerto situado en un rincón de su finca campestre, que estaba separada de la nuestra por el serpenteante río. Durante el verano, casi todos los días, a la hora del almuerzo, veíamos su coche cruzando el puente y luego acelerando hacia nuestra casa siguiendo un seto de jóvenes abetos. Cuando yo tenía ocho o nueve años, todos y cada uno de los días me sentaba sobre sus rodillas cuando terminaba de comer, y (mientras un par de criados despejaban la mesa en el vacío comedor) él me acariciaba, canturreando y diciendo extrañas palabras cariñosas, y yo sentía vergüenza ajena por él ante los criados, y me sentía muy aliviado cuando mi padre, desde la terraza, le llamaba: «*Basile, on vous attend*». Una vez fui a buscarle a la estación (debía de tener yo once o doce años) y, cuando se apeaba del largo coche cama internacional, me lanzó una mirada y dijo:

—Qué cetrino y feo (*jaune et laid*) te has vuelto, pobrecito.

El día de mi decimaquinta onomástica, se me llevó a un lado y con su francés brusco, preciso y un tanto anticuado me informó que pensaba nombrarme su heredero.

—Y ahora ya puedes irte —añadió—, *l'audience est finie. Je n'ai plus rien a vous dire*.

Le recuerdo como un hombre flaco y pulcro de tez oscura, ojos verdegrís moteados de manchitas color herrumbre, oscuro y boscoso mostacho, y móvil nuez que asomaba conspicuamente por encima del pasador con un ópalo y una serpiente de oro que sostenía el nudo de su corbata. También llevaba ópalos en los dedos y en los gemelos. Una cadenilla de oro ceñía su frágil y peluda muñeca, y solía llevar un clavel en el ojal de su traje de verano de color gris paloma, gris rata o gris plateado. Yo sólo le veía en verano. Tras una breve estancia en Rozhestveno regresaba a Francia o Italia, a su castillo (llamado Perpigna) cerca de Pau, a su villa (llamada Tamarindo) cerca de Roma, o a su adorado Egipto, desde donde me enviaba postales (palmeras y sus reflejos, puestas de sol, faraones con las manos apoyadas en las rodillas) escritas con su gruesa letra. Luego, al llegar otra vez junio, cuando la fragante *cheryomuha* (variante europea del cerezo aliso, o simplemente «racemosa», tal como la bautizo en mi obra sobre el «Onegin») estaba en plena y espumosa floración, su bandera personal era izada en lo alto de su bella casa de Rozhestveno. Viajaba con media docena de enormes baúles, sobornaba al Nord-Express para que hiciese una parada especial en nuestra pequeña estación campestre, y tras prometerme un maravilloso regalo, avanzaba con sus pequeños pies de remilgado paso calzados con zapatos blancos de tacón bastante alto hasta el árbol más próximo, le arrancaba una hoja, me la ofrecía y decía:

—*Pour mon neveu, la chose la plus belle du monde: une feuille verte*.

O bien me traía solemnemente de Norteamérica la colección del Foxy Grandpa, y la de Buster Brown, un olvidado muchacho de traje rojizo: mirando detenidamente se veía que el color era en realidad un denso amontonamiento de puntos rojos. Cada episodio terminaba con una tremenda paliza para Buster, administrada por su Mamá, mujer de cintura de avispa pero muy fuerte, que utilizaba una zapatilla, un cepillo del pelo, un frágil paraguas, cualquier cosa —hasta la cachiporra de un servicial policía—, y arrancaba nubes de polvo de las posaderas del pantalón de Buster. Como a mí no me han azotado nunca, aquellos dibujos me daban la misma impresión que cualquier otra extraña y exótica tortura como,

por ejemplo, aquel enterramiento hasta la barbilla en la tórrida arena del desierto de un infeliz de ojos desorbitados, que vi en la portada de un libro de Mayne Reid.

4

Tío Ruka llevó al parecer una vida ociosa y curiosamente caótica. Su carrera diplomática era muy poco clara. Se enorgullecía, sin embargo, de ser un experto en la descodificación de mensajes cifrados en cualquiera de los cinco idiomas que conocía. Un día le sometimos a una prueba, y en un abrir y cerrar de ojos transformó la frase «5.13 24.11 13.16 9.13.5 5.13 24.11» en los primeros versos de un famoso monólogo de Shakespeare.

Vestido con una chaqueta rosa, cabalgaba tras los lebreles en Inglaterra o Italia; envuelto en un abrigo de piel, intentó hacer en coche el recorrido de San Petersburgo a Pau; cubiertos los hombros por una capa de las de ir a la ópera, estuvo a punto de perder la vida en un accidente de aviación ocurrido en una playa cerca de Bayona. (Cuando le pregunté cómo se lo había tomado el piloto del destrozado Voisin, tío Ruka se lo pensó un momento y luego contestó con absoluto aplomo: «*Il sanglotait assis sur un rocher.*») Cantaba barcarolas y tonadillas de moda («*Ils se regardent tous deux, en se mangeant les yeux...*» «*Elle est morte en Février, pauvre Colinette!...*» «*Le soleil rayonnait encore, j'ai voulu revoir les grands bois...*», y decenas más). También escribía música, de tipo dulzón y sentimental, y versos en francés, que curiosamente se podían medir como yámbicos ingleses o rusos, y caracterizados por su principesco desdén por las facilidades que ofrece la e muda. Era un extraordinario jugador de poker.

Como tartamudeaba y le costaba pronunciar las labiales, le cambió el nombre a su cochero, que de llamarse Pyotr pasó a ser Lev; y mi padre (que siempre le trataba con cierta mordacidad) le acusó de tener mentalidad de esclavista. Aparte de esto, su forma de hablar era una quisquillosa combinación de francés, inglés e italiano, idiomas que hablaba infinitamente mejor que su lengua materna. Cuando recurría al ruso, siempre cometía equivocaciones, o bien canturreaba alguna expresión especialmente castiza o incluso folklórica, como aquellas veces que en la mesa, soltando un tremendo suspiro (porque siempre tenía motivos de queja: un ataque de fiebre del heno, la muerte de un pavo real, la pérdida de un *borzoi*):

—*Je suis triste et seul comme une bylinka v pole* [tan triste y solitario como una «hoja de hierba en un campo»].

Siempre repetía que padecía una afección cardíaca incurable y que, cuando tenía los ataques, sólo conseguía cierto alivio tendiéndose en el suelo. Nadie le tomaba en serio, y después de que muriese de una angina de pecho, encontrándose solo, en París, a finales de 1916, y con cuarenta y cinco años de edad, todos recordamos con una especial punzada de dolor aquellos incidentes que solían producirse en el salón, después de comer, cuando el criado entraba desprevenido con el café turco, mi padre miraba (con burlona resignación) a mi madre, y luego (con desaprobación) a su cuñado, que yacía tendido con las piernas y los brazos abiertos en mitad del camino del criado, y después (con curiosidad) a la graciosa vibración que estremecía el servicio de café que sostenía en la bandeja el criado con sus manos enguantadas.

De otros y más extraños tormentos que le asediaron en el curso de su breve vida, buscó alivio —si es que entiendo correctamente estos asuntos— en la religión, primero en ciertos ramales sectarios de origen ruso, y al final en la iglesia católica. La suya era una de esas pintorescas neurosis que suelen ir acompañadas de la genialidad, pero no en su caso, y de ahí su búsqueda de una sombra viajera. Durante su juventud fue objeto de una intensa antipatía por parte de su padre, aristócrata campestre de la vieja escuela (cacerías de osos, un teatro particular, unos pocos cuadros de viejos maestros rodeados de un buen montón de porquerías), cuyo incontrolable mal carácter llegó a constituir, según los rumores, una auténtica amenaza para la vida del muchacho. Mi madre me habló más adelante de la tensión que se vivió en la Vyra de su adolescencia, de lo atroces que fueron las escenas que se desarrollaban en el despacho de Ivan Vasilievich, una sombría habitación de una esquina de la casa que daba a un viejo pozo con una herrumbrosa rueda de bombeo bajo cinco chopos lombardos. Nadie, aparte de mí, utilizó esa habitación. Yo guardaba mis libros y mis tablas de secado en sus negros estantes, y posteriormente induje a mi madre a que trasladara parte de los muebles de ese cuarto a mi pequeño y soleado estudio del lado del jardín, y hasta allí llegó tambaleante, una mañana, aquel tremendo escritorio, sobre cuyo forro de cuero negro no había más que un enorme abrecartas curvado, una auténtica cimitarra de marfil amarillo hecha con el colmillo de un mamut.

Cuando a finales de 1916 murió tío Ruska, me dejó lo que en la actualidad ascendería a un par de millones de dólares, más su finca campestre, con su mansión de blancas columnas en lo alto de una verde y escarpada colina, y sus ochocientas hectáreas de bosques y turberas. La casa, me han dicho, seguía en pie el año 1940, nacionalizada pero fría y distante, convertida en una pieza de museo para cualquier turista que busque paisajes por la carretera de San Petersburgo a Luga que pasa a sus pies, atraviesa el pueblo de Rozhestveno y cruza los diversos brazos del río. Debido a sus islas flotantes de nenúfares y a sus brocados de algas, el bello Oredezh tenía en este punto un aire festivo. Bajando un poco más por su curso sinuoso, allí donde los aviones zapadores salen disparados de sus agujeros de la elevada orilla roja, sus aguas se adornaban con los reflejos de altos y románticos abetos (los primeros márgenes de Vyra); más abajo todavía, el interminablemente tumultuoso fluir de un molino daba al espectador (acodado en la barandilla) la sensación de estar retrocediendo interminablemente, como si se encontrara en la popa del mismísimo tiempo.

5

Este párrafo no es para el lector en general, sino para el idiota en particular que, porque ha perdido su fortuna en alguna quiebra, cree comprenderme.

Mi antigua (desde 1917) querella con la dictadura soviética no tiene relación alguna con asuntos de propiedad. Mi desprecio para el *emigré* que «odia a los rojos» porque le «robaron» su dinero y sus tierras no puede ser más absoluto. La nostalgia que he estado acariciando durante todos estos años no es el dolor por los billetes de banco perdidos sino una hipertrofiada conciencia de infancia perdida.

Y finalmente: me reservo para mí mismo el derecho de añorar un nicho ecológico:

*... Bajo el cielo
De mi América,
en donde suspirar
Por un lugar de Rusia.*

El lector en general puede ahora continuar.

6

Estaba aproximándome a los dieciocho años; luego ya tenía más de dieciocho años; los amoríos y la escritura de poemas ocupaban la mayor parte de mis ratos libres; las cuestiones materiales me dejaban indiferente, y, de todos modos, vista contra el telón de foro de nuestra prosperidad, ninguna herencia podía llamar mucho la atención; y, sin embargo, cuando vuelvo la vista atrás para mirar hacia el otro lado del abismo transparente, me resulta extraño y un poco desagradable pensar que, durante el breve año en el que poseí esa fortuna personal, estuve demasiado absorto en los placeres corrientes de la juventud —una juventud que perdía rápidamente su primer e inusual fervor— tanto para extraer ninguna satisfacción especial de la herencia como para experimentar fastidio alguno cuando la Revolución Bolchevique la abolió de la noche a la mañana. Este recuerdo me produce la sensación de no haberle sido agradecido a mi tío Ruka; de haber participado en esa actitud general de sonriente superioridad que solían adoptar hacia él incluso aquellos que más le apreciaban. Sólo con el más profundo rechazo me obligo a recordar los comentarios sarcásticos que *Monsieur Noyer*, mi preceptor suizo (por lo demás, un alma amabilísima), solía hacer en relación con la mejor composición de mi tío, un romance de cuya letra y música era autor. Un día, en la terraza de su castillo de Pau, con los ambarinos viñedos al pie y las purpúreas montañas a lo lejos, en una época en la que se sentía asendereado por el asma, las palpitaciones, los temblores y una excoiación proustiana de los sentidos, se *débattant*, por así decirlo, bajo el impacto de los colores otoñales (descritos en sus propias palabras como una «*chapelle ardente de feuilles aux tons violents*»), de las lejanas voces del valle, de una bandada de palomas que estriaban el delicado cielo, compuso ese romance (y la única persona que se aprendió de memoria la música y todos los versos fue mi hermano Sergey, en quien él apenas si se fijó nunca, que también tartamudeaba y que ahora también ha muerto).

«*L'air transparent fait monter de la plaine...*», cantaba con su voz de tenor alto, sentado al blanco piano de nuestra casa de campo; y si en ese momento me encontraba regresando apresuradamente hacia mi casa por las arboledas adyacentes (poco después de haber visto su alegre sombrero de paja, y el busto

forrado de terciopelo negro de su guapo cochero en perfil asirio, extendidos los brazos de escarlatas mangas, deslizándose por encima del borde superior del seto que separaba el parque de la avenida) los quejumbrosos sonidos.

*Un vol de tourterelles strie le ciel tendre,
Les chrysanthèmes se parent pour la Toussaint*

nos llegaban a mí y a mi verde cazamariposas hasta el sendero fresco y tembloroso, al final del cual había una panorámica de arena rojiza y la esquina de nuestra recién repintada casa, del color de las pinas jóvenes de abeto, con la ventana del salón abierta por la que salía la herida música.

7

Parece que durante toda mi vida y con el mayor celo he estado realizando el acto de recordar vivamente algún fragmento del pasado, y tengo motivos para creer que esta casi patológica agudización de la facultad retrospectiva es un rasgo hereditario. Había cierto rincón del bosque, un puentecillo que cruzaba un pardo riachuelo, en donde mi padre hacía una piadosa pausa para recordar la rara mariposa que, el 17 de agosto de 1883, cazó para él su preceptor alemán. La escena ocurrida treinta años atrás era revivida otra vez de punta a cabo. El y sus hermanos se habían detenido bruscamente, desvalidos y excitados ante la aparición del codiciado insecto, que se había posado sobre un tronco muerto y hacía subir y bajar, como si respirase en estado de alerta, sus cuatro alas rojo cereza con una mancha ocular payoniana en cada una de ellas. En tenso silencio, sin atreverse a proyectar él mismo su cazamariposas, se lo dio a *herr* Rogge, que tanteaba el aire para cogerlo mientras su mirada permanecía fija en la espléndida mariposa. Mi vitrina heredó ese espécimen al cabo de un cuarto de siglo. Un detalle conmovedor: las alas se le habían «encogido» por culpa de que la sacaron de la tabla de secado antes de hora.

En una villa que alquilamos el verano de 1904 con la familia de mi tío Ivan de Peterson en el Adriático (se llamaba «Neptuno» o «Apolo»; todavía puedo identificar su torre almenada y pintada de color canela en las fotos antiguas de Abbazia), cuando yo tenía cinco años, estaba un día soñando despierto en mi cama después de comer cuando me puse boca abajo y, con todo el cuidado, el cariño y la desesperación, de un modo artístico y detallado que era difícil de conciliar con el ridículamente corto número de temporadas que habían llegado a formar la inexplicablemente nostálgica imagen de «mi casa» (que no había visto desde septiembre de 1903), dibujé con el índice, sobre la almohada, el camino carretero que subía hasta la casa de Vyra, con la escalera de piedra a la derecha, el esculpido respaldo de un banco a la izquierda, el paseo de robles jóvenes que comenzaba al otro lado del seto de madreSelva, y una herradura recién forjada, un ejemplar de coleccionista (mucho más grande y brillante que esas otras tan herrumbrosas que solía encontrar en la playa), centelleando en el polvo rojizo de la avenida. El recuerdo de este recuerdo tiene sesenta años más que este último, pero es mucho menos raro. Una vez, en 1908 o 1909, tío Ruka se entusiasmó por la lectura de unos libros franceses para niños que había encontrado casualmente en nuestra casa; con un gemido de éxtasis, localizó un fragmento que le había encantado de pequeño, y que empezaba así: «*Sophie n'était pas jolie...*», y al cabo de muchísimos años mi propio gemido repitió el suyo como un eco, con ocasión de haber vuelto a descubrir, en unas habitaciones infantiles, y por azar, aquellos mismos volúmenes de la «Bibliothèque Rose», con sus historias de niños y niñas que vivían en Francia una idealizada versión de la *vie de château* que mi familia llevaba en Rusia. Los relatos en sí (*Les Malheurs de Sophie*, *Les Petites Modeles*, *Les Vacances* y todos los demás) son, tal como ahora he nodido comprobar, una espantosa mezcla de afectación y vulgaridad; pero la sentimental y presumida Mme. de Segur, née Rostopchine, no hacía otra cosa al escribirlos que afrancesar el verdadero ambiente de su infancia rusa, que precedió la mía exactamente en un siglo. En mi propio caso, cuando vuelvo a encontrarme con los problemas de Sophie —sus despobladas cejas y su pasión por la nata— no sólo experimento el mismo dolor y el mismo placer que mi tío, sino que además tengo que sobrellevar una carga adicional: el recuerdo que conservo de él, en el momento en que revivió su propia infancia con ayuda de estos mismos libros. Vuelvo a ver nuestra aula de Vyra, las rosas azules del empapelado, la ventana abierta. El reflejo de ésta llena por completo el espejo ovalado que se encuentra encima del diván de cuero en el que está sentado mi tío, recreándose en un libro muy deteriorado. Cierta sensación de seguridad, de bienestar, de calor veraniego empapa mi memoria. Aquella robusta realidad convierte el presente en un fantasma. El espejo rebosa de

luminosidad; un abejorro acaba de penetrar en la habitación y choca contra el techo. Todo es tal como debería ser, nada cambiará jamás, nadie morirá nunca.

CAPITULO CUARTO

1

El tipo de familia rusa al que yo pertenecía —un tipo actualmente extinguido— tenía, entre otras virtudes, una tradicional afición a los confortables productos de la civilización anglosajona. El jabón Pears, negro como el alquitrán cuando estaba seco, y parecido al topacio cuando lo alzabas a la luz entre tus dedos húmedos, se encargaba de la higiene matutina. Nada tan agradable como el peso menguante de la bañera plegable inglesa cuando le sacabas su labio inferior para que vomitase por allí su espumoso contenido. «No podíamos mejorar la pasta —decía el dentífrico inglés—, de modo que hemos mejorado el tubo.» A la hora del desayuno, el Golden Syrup importado de Londres envolvía con sus brillantes anillos la cucharilla, después de que ésta hubiera dejado una porción de melaza en el pan con mantequilla ruso. De la English Shop de la Avenida Nevski nos llegaban toda clase de agradables y dulces artículos: pasteles de frutas, sales de olor, barajas, rompecabezas, americanas a listas, pelotas de tenis tan blancas como el talco.

Aprendí a leer inglés antes de saber leer en ruso. Mis primeros amigos ingleses fueron los cuatro simplones personajes de mi gramática: Ben, Dan, Sam y Ned. Solía haber terribles embrollos en relación con sus identidades y los lugares en donde se encontraban: «¿Quién es Ben?»; «Este es Dan»; «Sam está en la cama», y así sucesivamente. Aunque todo resultaba envarado y fragmentario (el autor se había visto obligado a utilizar, en las primeras lecciones, palabras de no más de tres letras), mi imaginación logró, no sé cómo, obtener los datos necesarios. Con sus rostros macilentos, sus largos miembros, su silenciosa imbecilidad, su orgullo por la posesión de ciertas herramientas («Ben tiene un hacha»), avanzan ahora a la deriva, deslizándose en cámara lenta, por el más remoto telón de foro de la memoria; y, como el loco alfabeto de los oculistas, las letras de mi gramática se elevan portentosas ante mí.

La habitación donde dábamos las clases estaba bañada de sol. En una sudorosa jarra de cristal, varias orugas erizadas de púas se alimentaban de hojas de ortiga (y expelían interesantes perdigones acubados de excrementos verde oliva). El hule que cubría la mesa redonda olía a goma de pegar. Miss Clayton olía a Miss Clayton. Fantástica, maravillosamente, el alcohol color sangre del termómetro exterior había subido a 24° Réaumur (30° centígrados) a la sombra. A través de la ventana veíamos pasar, con la cabeza cubierta por un pañuelo, a las campesinas que limpiaban de malas hierbas un sendero, avanzando a gatas por el suelo, o pasando suavemente el rastrillo por la arena moteada de sol. (Los días felices en los que empezarían a limpiar calles y cavar zanjas para el Estado se encontraban todavía más allá del horizonte.) Las doradas oropéndolas emitían desde el follaje sus cuatro brillantes notas: ¡di-del-di-O!

Ned cortaba leña al otro lado de la ventana, haciendo una imitación bastante aproximada de Ivan, el ayudante del jardinero (que en 1918 entraría a formar parte del soviét local). Más adelante aparecían palabras más largas; y al final de aquel libro pardusco y manchado de tinta, una historia real y sensata desarrollaba sus frases adultas («Un día Ted le dijo a Ann: Vamos a...»), convirtiéndose en el triunfo y premio finales del pequeño lector. A mí me emocionó muchísimo pensar que algún día llegaría a alcanzar tanta pericia. La magia no se ha desvanecido, y cada vez que me cruzo con algún libro de gramática, lo abro enseguida por la última página para disfrutar de un prohibido atisbo del futuro del estudiante laborioso, de esa tierra prometida en la que, por fin, las palabras están puestas de modo que signifiquen lo que significan.

2

Soomerki de verano, esa preciosa palabra rusa que designa el crepúsculo. Tiempo: un oscuro punto de la primera década de este impopular siglo. Lugar: latitud 59° norte del ecuador de quien lee, longitud 100° al este de la mano con que escribo. El día iba a tardar muchas horas en desvanecerse, y todo —el cielo, las altas flores, las quietas aguas— se mantendría en un estado de infinita suspensión vespertina, subrayada más que estorbada por el lúgubre mugido de una vaca desde un prado lejano o por el incluso más conmovedor grito emitido por algún pájaro desde el otro lado del río, cuya vasta extensión de

musgosos pantanos azul niebla, debido a lo remota y misteriosa que resultaba, fue bautizada por los niños de Rukavishnikov con el nombre de América.

Antes de acostarme solía permanecer en el salón de nuestra casa de campo, en donde muy a menudo mi madre me leía en inglés. Cuando llegaba a un momento especialmente emocionante, en el que el protagonista iba a encontrarse con algún peligro desconocido y quizá fatal, su voz adquiría mayor lentitud, espaciaba de forma portentosa las palabras, y antes de volver la página apoyaba sobre ella su mano, con aquel familiar anillo con un rubí color sangre de paloma, y un diamante (en el interior de cuyas facetas, de haber sido un mago capaz de leer la bola de cristal, hubiera podido ver una habitación, personas, luces, árboles bajo la lluvia: todo un período de vida de emigrantes que sería costado con ese anillo).

Había historias de caballeros cuyas terribles pero maravillosamente asépticas heridas eran lavadas en grutas por bellas damiselas. Desde la cumbre de un acantilado barrido por el viento, una muchacha medieval de ondeantes cabellos y un joven con calzas contemplaban las redondas islas de los Biaventurados. En «Incomprendido», el destino de Humphrey provocaba en mi garganta un nudo mucho más especializado que todas las narraciones de Dickens o Daudet (grandes provocadores de nudos), mientras que una historia desvergonzadamente alegórica, «Más allá de las montañas azules», que trataba de dos parejas de pequeños viajeros —Trébol y Primavera, los buenos; Ranúnculo y Margarita, los malos—, contenía la suficiente cantidad de excitantes detalles como para hacer olvidar su «mensaje».

También teníamos aquellos grandes y delgados libros de relucientes ilustraciones. A mí me gustaba en especial Golliwogg, con su levita azul y sus pantalones rojos y su piel negra como el carbón, unos ojos que eran un par de botones de ropa interior, y un exiguo harén de cinco muñecas de madera. Utilizando el ilegal método consistente en hacerse vestidos con la tela de la bandera de los Estados Unidos (Peg eligió las maternales barras, y Sarah Jane las bonitas estrellas), dos de las muñecas adquirirían cierta suave feminidad una vez disimuladas sus neutras articulaciones. Las Gemelas (Meg y Weg) y la Enanita permanecían completamente desnudas y, por lo tanto, sin sexo.

Las vemos salir cautelosamente al exterior en plena noche para hacer una batalla de bolas de nieve hasta que («¡Mas, ay!», comenta el texto rimado) las campanas de un lejano reloj las devuelven a su caja de juguetes de las habitaciones de los niños. Un maleducado muñeco de una caja de resorte sale disparado y espanta a mi encantadora Sarah, y recuerdo que esa imagen me resultaba especialmente antipática porque me recordaba las fiestas infantiles en las que tal o cual preciosa chiquilla, que me tenía embrujado, se pillaba el dedo en una puerta o se hacía daño en la rodilla, y acto seguido se expandía hasta convertirse en un sonrojado trasgo de rostro arrugado y enorme boca aullante. En otra ocasión hicieron una excursión en bicicleta y fueron capturados por caníbales; nuestros incautos viajeros se habían detenido a calmar su sed en un estanque rodeado de palmeras, cuando empezaron a sonar los tambores. Mirando por encima del hombro de mi pasado vuelvo a admirar la ilustración principal: Golliwogg, que todavía está arrodillado junto al estanque, ya ha dejado de beber; tiene los pelos de punta, y el normal color negro de su rostro se ha convertido en un horrible azul ceniza. También estaba el libro de los automóviles (Sarah Jane, que siempre era mi preferida, llevaba un largo y precioso velo verde), con la secuela de siempre: muletas y cabezas vendadas.

Y, sí, la aeronave. Se necesitaban metros y más metros de seda amarilla, y había además un diminuto globo para uso exclusivo del afortunado Enanito. A la inmensa altitud que alcanzaba la nave, los aeronautas se apretujaban los unos contra los otros para darse calor, mientras que el pobre navegante solitario, que pese a su apurada situación seguía provocando mi envidia, se iba a la deriva hacia un abismo de escarcha y estrellas, completamente solo.

3

A continuación veo a mi madre conduciéndome hacia la cama a través de aquel enorme vestíbulo, del que partía una escalera central que subía y subía, y arriba del todo sólo unos cristales como de invernadero separaban el último rellano del cielo verde claro del anochecer. Yo solía resistirme y arrastraba los pies o patinaba por la tersa superficie del piso de piedra, obligando así a la suave mano que se apoyaba en mis riñones a que empujara mi poco dispuesto esqueleto con indulgentes golpecitos. Al llegar a la escalera tenía por costumbre subir a los peldaños colándome por debajo de la barandilla, entre los dos últimos postes. Cada verano que pasaba, colarme por allí iba resultándome más difícil; hoy en día, hasta mi fantasma se quedaría atascado.

Otra parte del ritual consistía en subir con los ojos cerrados. «Escalón, escalón, escalón», iba diciendo la voz de mi madre mientras me llevaba hacia arriba, e, infaliblemente, la superficie de la nueva huella recibía el pie confiado del niño ciego; bastaba con levantarlo un poco más de lo usual para que la punta del zapato no chocase con la contrahuella. Esta ascensión lenta y en cierto modo sonambulística, realizada en una oscuridad engendrada por mí mismo, me permitía disfrutar de placeres obvios. El mayor de todos ellos era no saber cuándo llegaría el último peldaño. Al final de la escalera, levantaba automáticamente el pie al oír el engañoso aviso, «Escalón», y entonces, con una momentánea sensación de exquisito pánico y una brusca contracción muscular, el pie se hundía en el fantasma de un peldaño, acolchado, por así decirlo, con el material infinitamente elástico de su propia existencia.

Es sorprendente que mi lenta retirada a la cama fuera tan metódica. En efecto, esta complicada forma de subir la escalera revela ahora algunos valores trascendentales. De hecho, sin embargo, yo me limitaba a ganar tiempo ampliando al máximo cada segundo. Todo este proceso continuaba cuando mi madre me entregaba a Miss Clayton o a Mademoiselle para que me desnudaran.

En nuestra casa de campo había cinco baños, y toda una miscelánea de venerables lavamanos (uno de los cuales siempre iba a buscar a su oscuro escondrijo cada vez que lloraba, a fin de notar en mi hinchada cara, que tanto me avergonzaba mostrar, el tacto lenitivo del chorro que emitía cuando pisaba su herrumbroso pedal). Solíamos bañarnos regularmente al anochecer. Para las abluciones matutinas usábamos las bañeras redondas de caucho importadas de Inglaterra. La mía tenía un diámetro de un metro y veinte, y su borde me llegaba a la altura de la rodilla. Sobre la enjabonada espalda del niño agachado, un criado protegido por su delantal vertía con cuidado una jarra llena de agua. Su temperatura variaba de acuerdo con las ideas hidroterapéuticas de los sucesivos preceptores. Hubo un sombrío período, que coincidió con el despertar de la pubertad, en el que nuestro preceptor, que casualmente era estudiante de medicina, ordenó que nos rociaran con auténticos diluvios helados. Sin embargo, la temperatura de nuestro baño nocturno era constante, de 28° Réaumur (35° centígrados), medidos por un gran y comprensivo termómetro cuyo soporte de madera (sujeto con un cabo de húmeda cuerda por el agujero del asa) le permitía disfrutar del baño en compañía de los peces y cisnes de celuloide.

Los retretes estaban separados de los baños, y el más antiguo de todos era un cacharro bastante suntuoso pero más bien sombrío, con magníficos artesonados y un tirador de terciopelo rojo con una borla al final que, cuando lo accionabas, producía un gorgoteo y un engullimiento bellamente modulados y discretamente asordados. Desde esa esquina de la casa se divisaba Héspero y se oían los ruseñores, y fue allí donde, más tarde, compuse mis versos juveniles, dedicados a bellas mujeres a las que no había abrazado, y también el lugar donde estudié morosamente, en un escasamente iluminado espejo, la inmediata erección de un extraño castillo en una España desconocida. De pequeño, sin embargo, a mí me correspondía un retrete más modesto, situado en un estrecho hueco que había entre un gran cesto de mimbre que contenía la ropa sucia, y la puerta que conducía al baño de las habitaciones de los niños. Me gustaba que esta puerta permaneciera abierta; a través de ella veía, medio adormecido, el brillo del vapor que se elevaba por encima de la bañera de caoba, la fantástica flotilla de cisnes y esquifes, y también a mí mismo provisto de un arpa y a bordo de uno de los barcos, así como la peluda polilla que se golpeaba contra el reflector de una lámpara de keroseno, los cristales emplomados de la ventana, y sus dos alabarderos, que eran sendos rectángulos de color. Doblandome por la cintura en mi caliente asiento, me gustaba apoyar el centro de mi frente, específicamente su ofrón, en el liso y confortable borde de la puerta, y luego girar un poco la cabeza para que la puerta se moviese a un lado y a otro sin que su borde dejara de mantener su consolador contacto con mi frente. Un ritmo ensoñado permeaba mi ser. El reciente «escalón, escalón, escalón» era sustituido por el goteo de un grifo. Y, combinando fructíferamente el movimiento rítmico con el sonido rítmico, me entretenía en descifrar los dibujos del linóleo, y en localizar caras allí en donde una grieta o una sombra ofrecían a la vista algún *point de repère*. Quiero hacer un llamamiento a los padres: jamás, jamás en la vida hay que decirles a los niños eso de «Venga, date prisa».

La fase final en el curso de mi vaga navegación llegaba cuando arribaba a la isla de mi cama. Desde la terraza o desde el salón, en donde la vida continuaba sin mí, mi madre subía para traerme el cálido murmullo de su beso de buenas noches. Con los postigos cerrados, una vela encendida, Dulce Jesús, quietecito y tranquilo, noséqué-nosécuántos, el niño arrodillado sobre la almohada que pronto acogería su ronroneante cabeza. Las oraciones en inglés y el pequeño icono con un bronceado santo ortodoxo griego formaban una inocente asociación que recuerdo con placer; y encima del icono, en lo alto de la pared, allí donde la sombra de alguna cosa (¿del biombo de bambú que había entre la cama y la puerta?) ondeaba a la cálida luz de la vela, una acuarela enmarcada mostraba un crepuscular sendero

que serpenteaba a través de uno de esos fantasmalmente densos hayedos europeos en los que no hay más sotobosque que la enredadera ni más ruidos que los fuertes latidos del propio corazón. En un cuento de hadas inglés que mi madre leyó en una ocasión, había un niño que saltaba de la cama para entrar directamente en un cuadro, y allí, montado en su caballo de juguete, avanzaba por un camino pintado entre árboles silenciosos. Mientras permanecía arrodillado sobre la almohada en una neblina de amodorramiento y talqueado bienestar, medio sentado en los gemelos y terminando a toda prisa la oración, me imaginaba que trepaba hasta el cuadro que colgaba encima de mi cama y me sumergía en el interior de aquel hayedo encantado, que, a su debido tiempo, llegué a visitar.

4

Una desconcertante serie de nodrizas e institutrices inglesas, algunas de ellas retorciéndose nerviosas las manos, otras sonriéndome de forma enigmática, vienen a mi encuentro cuando vuelvo a entrar en mi pasado.

Entre ellas tuvimos a la lerda de Miss Rachel, a la que recuerdo casi sólo en relación con las galletas Huntley and Palmer (las magníficas galletas de almendra que aparecían en la primera capa de aquellas cajas de lata forradas con papel azul, y las insípidas coscaranas del fondo), que compartía ilícitamente conmigo después de que me lavase los dientes. Tuvimos también a Miss Clayton que, cuando me hundía en la silla, me metía el dedo entre dos vértebras y luego, sonriente, se ponía muy tiesa para mostrarme lo que quería de mí: me contó que un sobrino suyo de mi edad (cuatro años) criaba orugas, pero todas las que ella cogió para mí y guardó en una jarra destapada con unas hojas de ortiga, se escaparon una noche, y el jardinero dijo que se habían ahorcado. Tuvimos a la adorable Miss Norcott, morena y de ojos aguamarina, que perdió un guante blanco de niño en Niza o Beaulieu, que yo busqué vanamente en la playa, entre los guijarros coloreados y los glaucos pedacitos de cristal transformados por el mar. La encantadora Miss Norcott fue despedida bruscamente una noche en Abazzia. Me abrazó a la luz tenue de la madrugada, en las habitaciones de los niños, envuelta en un impermeable claro y llorando como un sauce babilónico, y aquel día no hubo modo de consolarme, ni siquiera con el chocolate que preparó especialmente para mí la vieja nodriza de los Peterson, ni con el pan con mantequilla especial, sobre cuya superficie mi tía Nata, captando hábilmente mi atención, dibujó una margarita, y después un gato, y luego la pequeña sirena cuya historia había estado leyendo con Miss Norcott, y que también nos había hecho derramar lágrimas, de modo que me puse a llorar otra vez. Y luego vino Miss Hunt, tan miope, cuya breve estancia con nosotros en Wiesbaden terminó el día en que mi hermano y yo —a los cuatro y cinco años respectivamente— conseguimos burlar su nerviosa vigilancia subiendo a bordo de un vapor que, antes de ser capturados de nuevo, nos permitió descender un buen tramo del Rhin. Y Miss Robinson, la de la nariz sonrosada. Y otra vez Miss Clayton. Y una persona horrible que me leía *The Mighty Atom*, de Marie Corelli. Y otras más. A partir de cierto momento desaparecieron de mi vida. Fueron sustituidas por otras de nacionalidades francesa y rusa; y el escaso tiempo que nos quedó para hablar en inglés fue el de algunas clases ocasionales con dos caballeros, Mr. Burness y Mr. Cummings, ninguno de los cuales se alojaba con nosotros. En mis recuerdos aparecen ambos relacionados con los inviernos en San Petersburgo, donde teníamos una casa en la calle Morskaya.

Mr. Burness era un escocés grandote de florido rostro, ojos azul pálido y lacio pelo pajizo. Dedicaba las mañanas a dar lecciones en una escuela de idiomas, y luego acumulaba por las tardes más clases particulares de las que cabían holgadamente en esas horas. Como viajaba de una parte a otra de la ciudad se veía obligado a depender del torpe trote de los abatidos caballos *izvozchik* (de alquiler) para llegar a casa de sus alumnos, se presentaba, si tenía suerte, con un cuarto de hora de retraso como mínimo para su clase de las dos (dondequiera que tuviese que darla), pero llegaba más tarde de las cinco para la de las cuatro. La tensión que suponía esperarle y confiar en que, por una vez, su sobrehumana tenacidad cedería ante el gris muro de cierta nevada especialmente impenetrable, constituía uno de esos sentimientos que confiamos no volver a experimentar en la vida de adulto (pero que volví a padecer cuando las circunstancias me forzaron a dar lecciones y cuando, en mis habitaciones amuebladas de Berlín, tuve que esperar a cierto alumno de pétrea expresión que comparecía siempre, a pesar de los obstáculos que yo iba interponiéndole mentalmente en su camino).

La misma oscuridad que iba cerrándose en la calle parecía un subproducto de los esfuerzos de Mr. Burness por llegar a nuestra casa. Al final se presentaba el criado para cerrar los voluminosos postigos azules y correr las floreadas cortinas. El tic-tac del reloj de pared del aula sonaba con una entonación

cada vez más monótona y enervante. La presión de mis apretados calzoncillos sobre la ingle y el áspero tacto de los calcetines negros rozándome la cara interior de mis piernas dobladas se combinaban con la leve presión de una humilde necesidad, cuya satisfacción me empeñaba en seguir aplazando. Transcurría casi una hora sin que hubiera señales de Mr. Burness. Mi hermano se iba a su habitación y tocaba al piano algún estudio, y luego se empeñaba en interpretar una y otra vez algunas de las melodías que más detestaba yo: las consignas dadas a las flores artificiales en Fausto (... *dites-lui qu'elle est belle...*) o la queja de Vladimir Lenski (...*Koo-dah, koo-dah, koo-dah vi udalilis*). Yo solía entonces bajar del último piso, que era el de los niños, deslizándome lentamente por la barandilla hasta el segundo, en donde se encontraban las habitaciones de mis padres. Las más de las veces ellos habían salido de casa a esta hora, y la creciente penumbra de aquellas habitaciones actuaba sobre mis jóvenes sentidos de forma curiosamente teológica, como si esta acumulación de cosas conocidas en la oscuridad hiciera los mayores esfuerzos por ir formando la imagen definida y permanente que acabó quedándoseme grabada gracias a esta repetida exposición.

Las tinieblas sepia de la tarde ártica de pleno invierno invadían las habitaciones e iban espesándose hasta reducirlo todo a un opresivo color negro. Aquí un ángulo bronceado, allí una superficie de cristal o de caoba lustrosa en medio de la oscuridad, reflejaban los restos de luz procedentes de la calle, en donde los globos de las altas farolas alineadas en el centro de la calzada habían empezado a difundir su fulgor lunar. Sombras de gasa se agitaban en el techo. El seco sonido de un pétalo de crisantemo cayendo en aquel silencio sobre el mármol de una mesa tañía mis nervios.

El tocador de mi madre tenía un práctico mirador asomado a la calle Morskaya en dirección a la plaza Maria. Apoyando los labios en la delgada tela que velaba el cristal, saboreaba gradualmente el frío de su superficie a través del visillo. Algunos años más tarde, cuando estalló la Revolución, vi desde este mismo mirador varios combates, y también, por primera vez en mi vida, a un muerto: se lo llevaban en una camilla y, de la pierna que le colgaba, un mal calzado compañero intentó repetidas veces arrancarle la bota a pesar de los puñetazos y empujones que le daban los camilleros, y todo esto sin dejar de avanzar a un buen trote. Pero en la época de las lecciones de Mr. Burness no se veía nada más que la oscura y callada calle, y su hilera de farolas suspendidas en torno a las cuales pasaban una y otra vez los copos de nieve con movimientos graciosos y casi deliberadamente desacelerados, como si pretendieran mostrar cómo hacían este número y qué fácil era realizarlo. Desde otro ángulo se divisaba un flujo de nieve más generoso a la luz de una farola de gas más brillante y dotada de un nimbo violeta, y llegaba un momento en el que el recinto saledizo donde me encontraba parecía remontarse despacito hacia arriba, como un globo. Hasta que por fin, uno de los fantasmales trineos que se deslizaban por la calle se detenía, y con desgarrado apresuramiento Mr. Burness, envuelto en su *shapka* forrada de zorro, corría hacia la puerta de casa.

Desde el aula, en donde yo le había precedido, oía sus vigorosos pasos acercándose con estrépito, y, por frío que fuese el día, su sonrojado rostro aparecía sudando abundantemente en el momento de entrar. Recuerdo la terrorífica energía con la que apretaba su pluma contra el papel al escribir con la letra redondilla más redonda que se pueda imaginar, la tarea que nos encargaba para que se la presentásemos en la siguiente lección. Al final de la clase solíamos conseguir que nos recitara cierto *limerick* y la gracia consistía en que cada vez que aparecía en los versos la palabra «chillar», en lugar de ser pronunciada por él la sustituíamos nosotros por chillidos que emitíamos involuntariamente debido a que Mr. Burness nos pegaba un tremendo apretón en la mano que sostenía en su gruesa garra mientras iba diciendo los versos:

*There was a young lady from Russia
Who (apretón) whenever you'd crush her.
She (apretón) and she (apretón)...*

Cuando llegaba al tercero, el dolor que sentíamos era tan terrible que jamás seguíamos hasta el final.

5

El tranquilo y barbudo caballero ligeramente jorobado, aquel anticuado Mr. Cummings que me dio clases en 1907 o 1908, había sido también profesor de dibujo de mi madre. Llegó a Rusia a comienzos de los años noventa como corresponsal e ilustrador del *Graphic* de Londres. Según las habladorías, su vida se había visto oscurecida por las desgracias matrimoniales. La melancólica dulzura de sus modales

compensaba las limitaciones de su talento. Llevaba siempre un *úlster*, a no ser que hiciera un tiempo muy benigno, y entonces lo cambiaba por esos abrigos de lana pardo-verdosa conocidos con el nombre de *loden*.

A mí me cautivaba su manera de utilizar la goma especial de borrar que llevaba en el bolsillo del chaleco, su forma de tensar la página con una mano, y su modo de sacudir luego, con el dorso de los dedos, lo que él llamaba «las gutículas de la percha». Silenciosa y tristemente, ilustraba con ejemplos las leyes marmóreas de la perspectiva: largos y rectos trazos de su lápiz, sostenido con elegancia y de punta increíblemente afilada, hacían que las líneas de la habitación que él creaba de la nada (paredes abstractas, el techo y el piso empequeñeciéndose con la distancia) se unieran en un remoto punto hipotético con atormentadora y estéril precisión. Atormentadora porque me recordaba las vías del ferrocarril, simétrica y engañosamente convergentes ante los enrojecidos ojos de mi máscara favorita, un mugriento maquinista; y estéril porque esa habitación permanecía sin amueblar y completamente vacía, desprovista incluso de las neutras estatuas que suelen encontrarse en el vestíbulo de los museos.

El resto de la galería compensaba el carácter severo de este vestíbulo. Mr. Cummings era un maestro del ocaso. Sus pequeñas acuarelas, adquiridas en diferentes momentos a cinco o diez rublos cada una por diversos miembros de la familia, llevaban una existencia bastante precaria dado que iban alejándose hacia rincones cada vez más oscuros hasta quedar por fin completamente eclipsadas por alguna elegante fiera de porcelana o una fotografía enmarcada. Después de haberme enseñado no solamente a dibujar cubos y conos sino también a dar sombra con suaves y oblicuas líneas convergentes a aquellas de sus partes que debían quedar eternamente de espaldas a mí, el amable y anciano caballero se divertía pintando ante mis ojos hechizados sus húmedos paraísos: un anochecer de verano con un cielo anaranjado, un pastizal que terminaba en la franja negra de un lejano bosque, y un río luminoso que repetía el cielo y se alejaba infinitamente, serpenteando cada vez más lejos.

Posteriormente, de 1910 a 1912, más o menos, ocupó su lugar el conocido «impresionista» (término de la época) Yaremich; un tipo carente de humor y educación, partidario del estilo «osado» a base de chafarrinadas de colores diluidos y pinceladas sepia y pardo oliváceo, por medio de las cuales tenía yo que reproducir en enormes hojas de papel gris formas humanoides que modelábamos en plastelina y colocábamos en actitudes teatrales contra un fondo de terciopelo con multitud de pliegues y efectos de sombra. Era una deprimente combinación de, como mínimo, tres artes diferentes, todas ellas imprecisas, y al final me rebelé.

Le sustituyó el famoso Dobuzhinski, al que le gustaba darme sus clases sobre la superficie del piano *nobile* que había en una de las bonitas salas de la planta baja, y en la que él entraba con un paso particularmente insonoro, como si temiera despertarme del estupor en que me sumía durante los ratos en que escribía mis versos. Me hacía representar de memoria, y con todo el detalle que me fuera posible, objetos que sin duda había visto yo mil veces sin haberlos visualizado adecuadamente: una farola, un buzón de correos, el dibujo de tulipanes del cristal emplomado de la puerta de la calle. Quiso enseñarme a encontrar las ocultas coordinaciones geométricas existentes entre las delgadas ramas de los árboles deshojados de los bulevares, un sistema de vanados toma y daca visuales que exigían una gran exactitud en la expresión lineal que no llegué a alcanzar en mi adolescencia, pero que apliqué de forma agradecida en mi fase adulta, no sólo para dibujar los genitales de las mariposas durante los siete años que pasé en el Museo de Zoología Comparada de Harvard, cuando me sumergía en el luminoso pozo de los microscopios para registrar con tinta china tal o cual estructura nueva; sino también, quizá, para ciertas aplicaciones de la cámara lúcida que he utilizado en la composición literaria. Sentimentalmente, sin embargo, siento una deuda mayor incluso para con los ejercicios de color realizados anteriormente con mi madre y su ex maestro. Con qué alegría se sentaba Mr. Cummings en un taburete, retiraba con las dos manos hacia atrás las colas de su —¿qué? ¿llevaba levita? Sólo veo el ademán— y procedía a la apertura de la negra caja metálica de pinturas. Me gustaba la agilidad con que empapaba su pincel en los diversos colores, con el acompañamiento del rápido entrechocar de los diversos recipientes esmaltados en los que los intensos rojos y amarillos rozados por el pincel se encontraban apetitosamente ofrecidos; y, tras haber recolectado su miel de este modo, dejaba el pincel de planear y zambullirse, y, con dos o tres barridos de su lozana punta, empapaba el papel «Vatmanski» con una regular extensión de cielo anaranjado sobre el que, mientras ese cielo permanecía aún húmedo, quedaba depositada luego una nube alargada de color negro rojizo.

—Y eso es todo, querido muchacho —solía decir él—. Este es todo el secreto.

En una ocasión conseguí que me dibujara un tren expreso. Ví cómo su hábil lápiz iba creando las formas del quitapiedras y los complicados faros delanteros de una locomotora que parecía haber sido comprada

de segunda mano para la compañía Transiberiana después de que hubiera cumplido su deber, en los años sesenta, en Promontory Point, estado de Utah. Después la seguían cinco decepcionantes vagones muy feos. Una vez terminado el conjunto, perfilaba con cuidadosas sombras el humo que salía de la gruesa chimenea, inclinaba la cabeza, y, tras un momento de satisfecha contemplación, me daba el dibujo. Yo también intenté poner cara de satisfacción. Se le había olvidado el ténder.

Un cuarto de siglo después averigüé dos cosas: que Burness, que para entonces ya había fallecido, había tenido fama en Edimburgo como erudito traductor de los poemas románticos rusos que fueron el altar y el frenesí de su adolescencia; y que mi humilde profesor de dibujo, cuya edad solía yo sincronizar con la de mis tío-abuelos y ancianos criados de la familia, se había casado con una joven estonia, aproximadamente por la misma época en que yo me casé. Cuando me enteré de este acontecimiento ulterior sentí una extraña conmoción; era como si la vida me hubiera usurpado mis derechos creativos entrometiéndose más allá de los límites subjetivos que de forma tan elegante y económica habían quedado establecidos en los recuerdos de infancia que me parecía haber firmado y sellado personalmente.

—¿Y qué sabe de Yaremich? —le pregunté a M. V. Dobuzhinski, una tarde de verano de los años cuarenta, mientras paseábamos por un hayedo de Vermont—. ¿Aún se le recuerda?

—Desde luego que sí —contestó Mstislav Valerianovich—. Era un hombre excepcionalmente dotado. Ignoro si era un buen profesor, pero sí sé que tú eras el peor alumno que haya tenido jamás.

CAPITULO QUINTO

1

He notado a menudo que después de haberle prestado a uno de los personajes de mis novelas algún apreciado elemento de mi pasado, este elemento acababa languideciendo en el mundo artificial en donde con tanta brusquedad lo había situado. Aunque seguía presente en mis recuerdos, su calor personal y su antiguo atractivo desaparecían y, con el tiempo, acababa por identificarse mucho más con la novela que con mi anterior yo, en donde parecía estar completamente a salvo de las intromisiones del artista. En mi memoria se han derrumbado las casas tan silenciosamente como ocurría en las películas mudas de antaño, y el retrato de mi institutriz francesa, que una vez presté al muchacho que aparecía en uno de mis libros, se va desvaneciendo rápidamente desde que quedó englobado en la descripción de una infancia completamente distinta de la mía. El hombre que soy se rebela contra el creador de ficciones, y éste es mi desesperado intento de salvar lo poco que queda de la pobre Mademoiselle.

Esa mujer alta y robusta entró en nuestra existencia en diciembre de 1905, cuando yo tenía seis años y mi hermano cinco. Ahí está. Veo con la mayor claridad su abundante melena negra, peinada hacia arriba y que empezaba encubiertamente a encanecer; las tres arrugas de su austera frente; sus ceñudas cejas; sus ojos acerados tras los quevedos de montura negra; esa sombra de bigote; esa tez salpicada de erupciones que en los momentos de ira deja aparecer un enrojecimiento adicional en la zona de la tercera, y más amplia, de sus barbillas, que con tanta majestuosidad se extiende sobre la envolantada elevación de su blusa. Y ahora se sienta, o mejor dicho, emprende la tarea de sentarse, temblando la gelatina de su papada, dejando caer penosamente sus prodigiosas posaderas, con tres botones a un lado; luego, en el último segundo, rinde su masa al sillón de mimbre, que, de puro pánico, estalla en una salva de crujidos.

Habíamos permanecido en el extranjero durante un año aproximadamente. Después de pasar el verano de 1904 en Beaulieu y Abbazia, y varios meses en Wiesbaden, partimos hacia Rusia a comienzos de 1905. No consigo recordar en qué mes. Una de las claves es que en Wiesbaden me habían llevado a la iglesia ortodoxa rusa de esa localidad —era la primera vez en mi vida que pisaba una iglesia— y eso pudo ocurrir en la Cuaresma (durante el oficio le pregunté a mi madre de qué estaban hablando el sacerdote y el diácono; ella me contestó susurrando, en inglés, que estaban diciendo que debíamos amarnos los unos a los otros, pero yo entendí que lo que ella quería decir era que aquellos dos vistosísimos personajes ataviados con ropajes brillantes de forma cónica estaban diciéndose mutuamente que siempre seguirían siendo buenos amigos). Procedentes de Frankfurt, llegamos a Berlín en plena nevasca, y a la mañana siguiente tomamos el Nord-Express, que penetró atronador en la estación procedente de París. Doce horas después llegó a la frontera rusa. Contra el telón de fondo invernal, el ceremonioso cambio de vagones y locomotoras adquirió un extraño y nuevo significado. Por primera vez se combinaron orgánicamente en mí el excitante sentimiento de haber llegado a la rodina, a

la «patria», con la confortablemente crujiente nieve, las profundas huellas que se marcaban en su superficie, el rojo brillo del cañón de la chimenea y el montón de troncos de abeto del rojo ténder, ocultos bajo su capa particular de nieve transportable.

Yo no había cumplido todavía los seis años, pero aquel año en el extranjero, un año de decisiones difíciles y esperanzas liberales, había expuesto a aquel niño ruso a las conversaciones de los mayores. No podía evitar que, a su modo, le afectaran también la nostalgia de su madre y el patriotismo de su padre. En consecuencia, este regreso a Rusia, mi primer regreso consciente, me parece ahora, al cabo de sesenta años, un ensayo, ya que no del gran regreso a casa que jamás llegará a producirse, sí al menos del haberlo soñado constantemente durante mis largos años de exilio.

El verano de 1905 no había producido todavía en Vyra ningún lepidóptero. El maestro de la escuela nos llevó a dar instructivos paseos («Eso que oís es el ruido de alguien que está afilando una hoz»; «Ese campo de ahí descansará durante un año»; «Oh, no es más que un pajarillo, no tiene ningún nombre especial»; «Ese campesino está borracho porque es pobre»). El otoño alfombró el parque de los variadísimos colores de las hojas, y Miss Robinson nos enseñó una maravillosa técnica, que tanto había disfrutado el otoño anterior el Hijo del Embajador, uno de los personajes del pequeño mundo que ella creaba. Consistía, primero, en ir cogiendo del suelo y, después, ordenando sobre una gran hoja de papel, una serie de hojas de arce que formaban un espectro casi completo (sólo faltaba el azul..., ¡gran decepción!), con verdes que pasaban gradualmente al amarillo limón, amarillos limón que pasaban gradualmente al anaranjado, y así sucesivamente, pasando por los rojos hasta los morados, otra vez a los rojos y de nuevo hasta el verde (que resultaba cada vez más difícil de encontrar, como no fuera en ciertos fragmentos de algún último y valiente borde) pasando por el amarillo limón. Las primeras heladas alcanzaron a los asters, pero seguimos sin irnos a la ciudad.

Aquel invierno de 1905-1906, en el que llegó Mademoiselle procedente de Suiza, fue el único de mi infancia que pasé en el campo. Fue un año de huelgas, disturbios y matanzas inspiradas por la policía, y supongo que mi padre prefirió que su familia permaneciera lejos de la ciudad, en nuestra tranquila finca del campo, en donde la popularidad de que gozaba entre los campesinos podía mitigar, tal como adecuadamente intuyó, los riesgos de los desórdenes. Fue también un invierno especialmente riguroso, que produjo toda la nieve que Mademoiselle hubiese podido esperar de la penumbra hiperbórea de la remota Moscovia. Cuando se apeó en la pequeña estación de Siverski, desde la cual todavía tenía que recorrer casi diez kilómetros en trineo para llegar a Vyra, no me encontraba en el andén para recibirla; pero eso es lo que hago ahora cuando intento imaginar lo que vio y sintió en esa última etapa de su fabuloso e inoportuno viaje. Su vocabulario ruso estaba formado, es cierto, por una breve palabra, la misma solitaria palabra que años más tarde se llevaría a su regreso a Suiza. Esta palabra, que en su pronunciación podría ser transcrita fonéticamente como «*giddy-eh*» (de hecho se trata de *gde*, con una *e* como la del *yet* inglés), significaba «¿Dónde?». Y eso era mucho. Cuando la emitía ella, a semejanza del estridente grito de un pájaro perdido, acumulaba semejante fuerza interrogadora que le bastaba para todas sus necesidades. «¿*Giddy-eh, giddy-eh?*», gemía, no sólo para averiguar en dónde estaba sino también para expresar la suprema desgracia: la de ser una extranjera, náufrega, sin un céntimo, enferma, en pos de la bendita tierra donde por fin sería entendida.

Puedo visualizarla, por poderes, en mitad del andén que acaba de pisar, y mi enviado le ofrece vanamente un brazo que ella no ve. («Y me encontré allí, abandonada, *comme la comtesse Karenine*», protestó quejumbrosamente más tarde, de forma elocuente ya que no correcta.) La puerta de la sala de espera se abre con un gemido especial, propio de los días en los que la helada ha sido más intensa; una bocanada de aire caliente sale hacia el exterior, casi tan profusa como el vapor que emite la jadeante locomotora; y se le acerca nuestro cochero Zahar, un hombre corpulento que lleva una zamarra de cordero con el pelo hacia adentro y cuyos enormes guantes asoman por la faja roja donde se los ha guardado. Oigo crujir la nieve bajo sus botas de fieltro mientras se encarga del equipaje, y luego las tintineantes guarniciones, y después su nariz, que se limpia con un diestro ademán del pulgar y el índice, un pellizco-seguido-de-una-sacudida, sin interrumpir su marcha hacia el trineo. Lentamente, con sombría aprensión, «*Madmazelya*», como la llama el criado, monta en el trineo, agarrándose a él porque está muerta de pánico por temor a que el vehículo se mueva antes de que su vasta forma quede encajada y a salvo. Finalmente, se aposenta con un gruñido y confía los puños a su pequeño manguito afelpado. Al oír el húmedo chasquido de los labios del cochero, los dos caballos negros, Zoyka y Zinka, tensan sus cuartos traseros, mueven los cascos, vuelven a tensarse; y luego Mademoiselle se cae hacia atrás

cuando el pesado trineo se ve arrancado de su mundo de acero, piel y carne, para entrar en un medio libre de fricción por el que se desliza a lo largo de un camino espectral que parece casi no tocar.

Durante un momento, gracias a la repentina irradiación de una solitaria farola situada al final de la plaza de la estación, una sombra exageradísima, portadora también de un manguito, corre junto al trineo, remonta la cuesta de una ola de nieve, y desaparece, dejando que Mademoiselle sea engullida por lo que, posteriormente, llamará, con tanto temor como entusiasmo, «le steppe». Una vez en la ilimitada penumbra, el intermitente centelleo de las remotas luces del pueblo será para ella el guiño de los amarillos ojos de los lobos. Tiene frío, está congelada hasta el punto de ser incapaz de moverse, helada «hasta el centro mismo de su cerebro», porque suele elevarse con las hipérboles más rebuscadas cuando no se arrastra por los dichos más pedestres. De vez en cuando vuelve la vista atrás para asegurarse de que el segundo trineo, en el que viajan su baúl y su caja de sombreros, la sigue, siempre a la misma distancia, como esos amistosos buques fantasma de los que suelen hablar los exploradores de las aguas polares. Y permítaseme que no me olvide de la luna: porque por fuerza tiene que haber luna, ese redondo e increíblemente claro disco que tan bien armoniza con las tremendas heladas rusas. De modo que ahí asoma, saliendo de entre un rebaño de nubecitas moteadas a las que tiñe de vagas iridiscencias; y, a medida que se remonta en el aire, va glaseando las huellas dejadas por los esquís en la calzada, donde cada centelleante onda de nieve queda subrayada por una hinchada sombra.

Todo muy encantador, muy desértico. Pero, ¿qué estoy haciendo en este estereoscópico país de los sueños? ¿Cómo he llegado hasta aquí? No sé de qué modo, pero los dos trineos se han alejado, dejando atrás a un indocumentado espía en medio de esta carretera blanco azulada, con sus botas de nieve y su abrigo impermeable norteamericanos. La vibración que notan mis oídos ya no es la de las campanillas de esos trineos que se alejan sino, solamente, la del canturreo de mi sangre. Todo está tranquilo, hechizado, encantado por la luna, por ese espejo retrovisor de la fantasía. La nieve es real, sin embargo, y cuando me inclino hacia ella y cojo un puñado, sesenta años se desmenuzan entre mis dedos hasta quedar reducidos a centelleante polvo helado.

2

Una gran lámpara de petróleo con pie de alabastro avanza en la oscuridad. Flota y desciende muy despacio; la mano de la memoria, forrada ahora por el guante blanco de un criado, la coloca en el centro de una mesa redonda. La llama queda perfectamente graduada, y una pantalla rosa con volantes de seda y dibujos rococó de deportes invernales corona la reajustada (algodón hidrófilo en una de las orejas de Casimir) luz. Revelado: un cálido, brillante, elegante (estilo «imperio ruso») salón de una casa embozada de nieve —que pronto será conocida con el nombre de «le château»— construida por el abuelo de mi madre, el cual, debido a que temía los incendios, encargó una escalera de hierro de modo que cuando la casa se incendió hasta quedar reducida a cenizas, algún tiempo después de la Revolución Soviética, aquellos peldaños finamente forjados a través de cuyas contrahuellas caladas se veía el cielo, quedaron en pie, solitarios pero todavía conduciendo hacia arriba.

Algunos detalles más de ese salón, por favor. Las relucientes molduras blancas de los muebles, las rosas bordadas de la tapicería. El piano blanco. El espejo ovalado. Colgado de tensos cordones, inclinada su pura frente, se esfuerza por retener esos muebles que parecen a punto de volcarse y ese plano inclinado de brillante piso que se escabullen de su abrazo. Las lágrimas de la araña, que emiten un delicado tintineo (están cambiando de sitio las cosas en la habitación del piso de arriba donde se alojará Mademoiselle). Lápices de colores. La caja anuncia detalladamente una gama completa que nunca está representada del todo por los lápices que contiene. Estamos sentados a una mesa redonda mi hermano y yo y Miss Robinson, que mira de vez en cuando su reloj: con tanta nieve, los caminos deben de estar intransitables; de todos modos, la indefinida francesa que va a sustituirla tendrá que enfrentarse a los múltiples obstáculos profesionales que la aguardan.

Ahora los lápices de colores en movimiento. El verde, con un simple giro de la muñeca, era capaz de engendrar un encrespado árbol, o el remolino dejado por un cocodrilo al sumergirse. El azul trazaba una sencilla línea horizontal en la página: y ya teníamos el horizonte de todos los mares. Un indeterminado lápiz despuntado siempre se empeñaba en fastidiarnos. Había un lápiz ocre que solía tener la punta rota, y lo mismo ocurría con el rojo, pero a veces, inmediatamente después de que se partiera, todavía podíamos utilizarlo cogiéndolo de forma que la punta suelta quedara sujeta, de forma bastante insegura, por una astilla sobresaliente. El diminuto señor de morado, uno de mis preferidos, se había reducido tanto por el uso que casi no había modo de cogerlo. Sólo el blanco, ese larguirucho albino de la familia

de los lápices, conservaba su longitud original, o así fue al menos hasta que descubrí que, lejos de ser una estafa porque no dejaba marcas sobre la página, era la herramienta ideal que me permitía imaginar lo que yo quisiera mientras garabateaba con él.

Estos lápices, ay, también han sido distribuidos entre los personajes de mis libros a fin de mantener ocupados a diversos niños ficticios; ahora ya no son del todo míos. En algún lugar, el piso de un capítulo, la habitación realquilada de un párrafo, también he situado ese espejo inclinado, y la lámpara de petróleo y la araña con sus gotas. Quedan pocas cosas, muchas han sido despilfarradas. ¿He regalado también a Box (hijo y esposo de Youlou, el Perro del ama de llaves), ese viejo *dachshund* pardo que duerme en el sofá? No, creo que todavía es mío. Su canoso hocico, con esa verruga en la arrugada comisura de los labios, está embutido en la curva de su corvejón, y un suspiro hincha de vez en cuando sus costillas. Es tan viejo y tiene un dormir tan acolchado de sueños (zapatillas masticables y algunos olores recientes) que ni siquiera se mueve cuando suenan afuera leves tintineos. Después, una puerta neumática resopla y se cierra con estrépito en el vestíbulo. Al final, Mademoiselle ha llegado; yo había confiado en que no fuera así.

3

Otro perro, el amable semental de una feroz familia, un gran danés al que no se le permitía entrar en casa, tuvo un agradable papel en una aventura que ocurrió, si no al día siguiente, al cabo de muy pocos. Resultó que mi hermano y yo nos quedamos a cargo de la recién llegada. Según la reconstrucción que hago ahora, mi madre se había ido probablemente, con su doncella y la joven Trainy, a San Petersburgo (un viaje de unos setenta y cinco kilómetros), en donde mi padre estaba muy comprometido en los graves acontecimientos políticos de aquel invierno. Estaba embarazada y muy nerviosa. Miss Robinson, en lugar de quedarse y explicarle sus deberes a Mademoiselle, también se había ido, para trabajar de nuevo con la familia de un embajador, de la que nosotros llegamos a saber tantas cosas como las que ellos sabrían de nosotros a partir de ese momento. A fin de demostrar que ésta no era forma de tratarnos, concebí inmediatamente el proyecto de repetir nuestra excitante empresa del año anterior, cuando nos escapamos de Miss Hunt en Wiesbaden. El campo que nos rodeaba esta vez era un desierto nevado, y resulta difícil imaginar cuál podía ser exactamente el objetivo del viaje que planeé. Acabábamos de regresar de nuestro primer paseo vespertino con Mademoiselle, y yo palpitaba de frustración y odio. Bastaron unos leves estímulos para conseguir que el mojigato Sergey sintiera también parte al menos de mi rabia. Tener que habérselas con alguien que hablaba un idioma desconocido (todo el francés que sabíamos se reducía a unas pocas frases cotidianas), y, por si esto fuera poco, ver contrariados todos nuestros hábitos más queridos, era más de lo que nadie puede soportar. La *bonne promenade* que ella nos había prometido se convirtió en un tedioso paseo, sólo por aquellos caminos cercanos a la casa en los que la nieve había sido retirada, y el helado suelo cubierto de arena. Nos hizo ponernos cosas que jamás usábamos, ni siquiera en los días más fríos (espantosas polainas y capuchas que entorpecían todos nuestros movimientos). Nos llamó a su lado cuando yo intenté seducir a Sergey para que explorase conmigo las cremosas y tersas ondulaciones de nieve que se habían formado sobre lo que en verano eran parterres floridos. Tampoco nos permitió caminar por debajo de aquel sistema de carámbanos enormes que, a modo de tubos de órgano, colgaban de los aleros y ardían esplendorosamente a la luz del bajo sol. Y había rechazado, tachándolo de *ignoble*, uno de mis entretenimientos preferidos (inventado por Miss Robinson): tenderme boca abajo en un pequeño trineo de felpa con un cabo de cuerda atado a un extremo, del que tiraba una mano refugiada en un mitón de cuero, y que me llevaba por un camino nevado bajo arcadas de árboles blancos, mientras Sergey iba, no tendido sino sentado, en un segundo trineo, tapizado de felpa roja, y sujeto a la parte trasera del mío, que era azul, y los tacones de un par de botas de fieltro, justo delante de mi cara, caminando bastante aprisa, con las punteras vueltas hacia dentro, y, de vez en cuando, haciendo saltar un fragmento de hielo con una u otra suela. (La mano y los pies eran los de Dmitri, nuestro más antiguo y bajito jardinero, y el camino, la avenida de jóvenes robles que parece haber sido la principal arteria de mi infancia.)

Explicué a mi hermano mi malvado plan, y le convencí de que lo aceptara. En cuanto regresamos de aquel paseo, dejamos a Mademoiselle resoplando en la escalera de la entrada y corrimos hacia el interior de la casa como si pretendiéramos escondernos en alguna habitación remota. De hecho, no paramos de correr hasta llegar al otro extremo de la casa y, una vez allí, cruzamos la terraza y volvimos a salir al jardín. El gran danés al que me he referido más arriba estaba acomodándose alborotadamente

en un montón de nieve, pero mientras se preguntaba cuál de sus dos piernas traseras debía levantar primero, nos vio y nos siguió galopando alegremente.

Seguimos los tres un sendero sin mayores dificultades, y tras haber recorrido unas zonas en las que la nieve era más espesa, llegamos al camino que conducía al pueblo. A estas horas el sol ya se había puesto. La noche llegó con temible rapidez. Mi hermano declaró que tenía frío y estaba cansado, pero yo le apremié a que siguiera, y finalmente le hice montar en la grupa del perro (que era el único miembro del grupo que seguía pasándoselo en grande). Habíamos recorrido más de tres kilómetros, y la luna era fantásticamente luminosa, y mi hermano, en completo silencio, había empezado a caerse de vez en cuando de su montura, cuando Dmitri, provisto de una lámpara, nos alcanzó y nos llevó de vuelta a casa. «*Giddy-eh, giddy-eh?*», gritaba frenéticamente Mademoiselle desde el porche. Yo pasé rozándola sin decir palabra. Mi hermano rompió a llorar, y se entregó. El gran danés, que se llamaba Turka, volvió a sus interrumpidas ocupaciones relacionadas con los útiles e informativos montones de nieve que había alrededor de la casa.

4

Durante nuestra infancia aprendemos muchas cosas acerca de las manos, ya que viven y planean a la altura de nuestras cabezas; las de Mademoiselle eran desagradables, debido al lustre de rana de su tensa piel, que estaba además salpicada de pardas manchas equimosas. Antes de su llegada, ningún desconocido me había acariciado la cara. En cuanto se presentó, Mademoiselle me dejó desconcertado con aquellos golpecitos en la mejilla con los que pretendía demostrar su espontáneo afecto. En cuanto pienso en sus manos recuerdo sus peculiares costumbres. Su forma de pelar, más que afilar, los lápices, con la punta dirigida hacia su estupendo y estéril pecho enfundado en lana verde. Su costumbre de insertarse el meñique en la oreja, y hacerlo vibrar con gran rapidez. El ritual que observaba cada vez que me entregaba un nuevo cuaderno. Jadeando siempre un poco, con los labios entreabiertos y emitiendo en rápida sucesión una serie de resoplidos asmáticos, abría el cuaderno para marcarle el margen; a saber, grababa una profunda vertical con la uña del pulgar, doblaba el borde de la página, lo presionaba, lo soltaba, lo alisaba con el canto de la mano y, después de todo esto, daba media vuelta al cuaderno y me lo colocaba delante de mí para que empezara a usarlo. Después venía lo de la plumilla nueva; antes de dármela humedecía su brillante punta con sus susurrantes labios y luego la sumergía en el tintero bautismal. A continuación, deleitándome en cada uno de los trazos de cada una de las límpidas letras (debido sobre todo a que el anterior cuaderno había sido terminado con el mayor de los descuidos), yo inscribía con exquisito cuidado la palabra *Dictée* mientras Mademoiselle buscaba en su colección de pruebas ortográficas algún fragmento especialmente difícil.

5

Entretanto, el escenario ha cambiado. El árbol orlado y el alto montón de nieve con su hueco amarillento han sido retirados por un silencioso atrecista. Altas nubes que escalan el cielo avivan la tarde de primavera. Sombras oculares se agitan en los senderos del jardín. Terminan por fin las clases y Mademoiselle nos lee en la terraza, donde las esteras y las sillas de mimbre desprenden bajo el calor un penetrante aroma a galleta. En los blancos alféizares, en los alargados asientos de las ventanas, cubiertos de descolorido calicó, el sol se rompe en geométricas gemas después de atravesar los romboides y cuadrados de las cristaleras de colores. Esta es la época en la que Mademoiselle se encontraba más en forma.

¡Qué enorme cantidad de volúmenes nos leyó en esa terraza! Su tenue voz leía velozmente, sin debilitarse jamás, sin el menor tropiezo ni vacilación, pues era una formidable máquina lectora que actuaba con absoluta independencia de sus enfermos tubos bronquiales. Hubo de todo: *Les Malheurs de Sophie*, *Le Tour du Monde en Quatre Vingt Jours*, *Le Petit Chose*, *Les Misérables*, *Le Comte de Monte Cristo*, y otros muchos. Se sentaba allí, y destilaba su voz lectora desde la quieta prisión de su persona. Aparte de los labios, lo único que se movía en su búdico bulto era una de sus sotabarbas, la más pequeña pero también la más auténtica. Los quevedos de montura negra reflejaban la eternidad. De vez en cuando alguna mosca se posaba en su severa frente y al instante saltaban sus tres arrugas juntas, como tres atletas sobre tres vallas. Pero no había nada capaz de cambiar la expresión de su cara, esa cara que tan a menudo he pretendido dibujar en mi cuaderno, pues su impasible y simple simetría

ofrecían a mi vacilante lápiz una tentación mucho mayor que el ramo de flores o el cimbel que reposaban ante mí sobre la mesa, y que eran el modelo que se suponía que yo estaba dibujando.

Mi atención erraba después más lejos incluso, y era entonces, quizá, cuando la rara pureza de su rítmica voz lograba su verdadero propósito. Me quedaba mirando un árbol, y el temblor de sus hojas tomaba prestado aquel ritmo. Egor cuidaba de las peonías. Una cauda trémula daba unos pasos, se detenía como si de repente se hubiese acordado de algo, y después seguía su camino, haciendo honor a su nombre. Salida de ninguna parte, una c blanca se posaba en el umbral, se tostaba al sol con sus angulosas alas anaranjadas completamente abiertas, las cerraba luego de repente para mostrar la diminuta letra escrita con tiza en su oscuro dorso, y remontaba el vuelo con la misma brusquedad. Pero la más constante fuente de hechizo de aquellos ratos de lectura era el dibujo arlequinado de los cristales de colores incrustados en el blanco armazón que había a ambos extremos de la terraza. Visto a través de estos cristales mágicos, el jardín adquiría un aspecto extrañamente quieto y distante. Mirando por el cristal azul, la arena mudaba su color a un tono ceniza, mientras que unos árboles de tinta nadaban en un cielo tropical. El amarillo creaba un mundo ambarino empapado de un brebaje especialmente intenso de luz solar. El rojo hacía que el follaje se convirtiera en un goteo rubí oscuro que colgaba sobre un sendero rosa. El verde empapaba el verdor de un verde más verde. Y cuando, después de tanta intensidad, pasaba a un cuadrado de cristal corriente e insípido, con su mosquito solitario o su segador cojo, era como tomarse un trago de agua cuando no se siente sed, y sólo veía el vulgar banco blanco bajo unos árboles normales. Pero, de todas las ventanas, éste es el cristal a través del que, más adelante, siempre preferí mirar la sedienta nostalgia.

Mademoiselle no llegó nunca a saber cuán potente había sido el regular flujo de su voz. Sus declaraciones posteriores se referían a otras cosas. «Ah —suspiraba—, *comme on s'aimait*: ¡cómo nos queríamos! ¡Aquellos días felices en el *château*! ¡La muñeca de cera que enterramos aquel día bajo el roble! [No: era un Golliwogg relleno de lana.] Y aquella vez que tú y Sergey os escapasteis y me dejasteis perdida y gritando en la espesura del bosque! [Exageración.] *Ah, la fessée que je vous ai flanquée*: ¡Los azotes que os di! [Una vez trató de darme un cachete, pero jamás volvió a intentarlo.] ¡*Votre tante, la Princesse*, a la que diste un puñetazo con tu manita porque se había comportado mal conmigo! [No lo recuerdo.] ¡Y tu costumbre de susurrarme al oído tus problemas infantiles! [¡Jamás!] ¡Y el rincón de mi cuarto en el que te encantaba refugiarte porque allí te sentías tranquilo y seguro!»

La habitación de Mademoiselle, tanto en el campo como en la ciudad, era para mí un lugar misterioso: algo así como un invernadero que cobijaba una planta de gruesas hojas empapadas de un pesado olor a incontinencia mingitoria. Aunque, cuando éramos pequeños, estaba al lado de las nuestras, no parecía formar parte de nuestra agradable y aireada casa. En aquella nauseabunda neblina empapada de, entre otros efluvios más confusos, el pardo olor de la piel de manzana oxidada, la llama de la lámpara permanecía siempre baja, y en el escritorio centelleaban extraños objetos: una caja lacada donde guardaba la regaliz, de la que cogía negros segmentos que troceaba con su navaja para ponerlos luego a fundir debajo de la lengua; una postal de un lago y un castillo cuyas ventanas eran lentejuelas de nácar; una amorfa pelota de papel de plata procedente de los bombones de chocolate que solía consumir por las noches; fotografías de un difunto sobrino suyo, de su madre, que había firmado el retrato con las palabras *Mater Dolorosa*, y de un tal *Monsieur* de Marante, a quien su familia le obligó a contraer matrimonio con una rica viuda.

Presidiendo todas las demás, se encontraba otra foto colocada en un marco de fantasía con incrustaciones de granates; mostraba, de tres cuartos, a una joven morena y delgada con un vestido muy ajustado, y de mirada valiente y cabello abundante. «¡Una trenza gruesa como mi brazo, que me llegaba a los tobillos!», era el melodramático comentario de Mademoiselle. Porque ésta había sido ella; pero en vano trataron mis ojos de escrutar su forma conocida en un intento de localizar en ella al bello ser que albergaba en su interior. Esta clase de descubrimientos realizados por mi hermano y por mí no hicieron más que aumentar las dificultades de esa tarea; porque los adultos que durante el día contemplaban a una densamente vestida Mademoiselle jamás vieron lo que nosotros, los niños, veíamos cuando, levantada de su cama por los gritos que soltaba uno de nosotros en medio de una pesadilla, despeinada, con la vela en la mano, un destello de encaje dorado bordeando el salto de cama rojo sangre que no conseguía envolver del todo sus estremecidas carnes, convertida en la cadavérica Jezabel de la absurda obra de Racine, irrumpía con las fuertes pisadas de sus pies descalzos en nuestra habitación.

Toda mi vida me ha costado mucho ir-a-acostarme. Esos pasajeros de los trenes que dejan a un lado el periódico, cruzan sus estúpidos brazos, e inmediatamente, con una actitud de ofensiva familiaridad, empiezan a roncar, me dejan tan perplejo como el tipo desinhibido que defeca cómodamente en

presencia de cualquier parlanchín usuario de la bañera, o que participa en grandes manifestaciones, o que ingresa en algún sindicato con intención de disolverse en él. El sueño es la más imbécil de todas las fraternidades humanas, la que más derechos reclama y la que exige rituales más ordinarios. Es una tortura mental que a mí me parece envilecedora. Las tensiones y agotamientos de la escritura me obligan a menudo, ay, a tragarme una fuerte píldora que me produce una o dos horas de terribles pesadillas, o incluso a tener que aceptar el cómico alivio de una siesta, de la misma manera que un libertino senil podría ir trotando al eutanasio más próximo; pero me resultaba sencillamente imposible acostumbrarme a esa cotidiana traición nocturna a la razón, a la humanidad, al talento. Por muy agotado que me encuentre, el dolor que siento al despedirme de la conciencia me parece indeciblemente repulsivo. Aborrezco a Somnus, ese verdugo de negro antifaz que me ata al tajo; y si, con el paso de los años, a medida que se acerca una desintegración más completa y risible incluso, que, lo confieso, les resta últimamente gran parte de sus méritos a los terrores rutinarios del sueño, he acabado por acostumbrarme tanto a mi ordalía nocturna que casi avanzo contoneándome hacia ella mientras el hacha familiar sale de su gran caja de contrabajo forrada de terciopelo, inicialmente carecía de este consuelo o defensa: no tenía nada, excepto un indicio de luz en el potencialmente luminoso candelabro de la habitación de Mademoiselle, cuya puerta, por orden del médico de la familia (¡Yo te saludo, doctor Sokolov!), permanecía un poco abierta. Su débil línea de suave luminosidad vertical (que las lágrimas de un niño podían transformar en deslumbrantes rayos de misericordia) era algo a lo que aferrarme, ya que en la oscuridad completa mi cabeza navegaba y mi mente se derretía en una travestida versión de la lucha con la muerte.

La noche del sábado solía ser o hubiera debido ser una perspectiva agradable, porque esa era la noche en la que Mademoiselle, que pertenecía a la escuela higiénica clásica y pensaba que nuestras *toquades anglaises* no servían más que para pillar resfriados, se concedía el peligroso lujo de su baño semanal, proporcionando así una vida más prolongada a mi tenue luz. Pero después empezaba un tormento más sutil.

Ahora nos hemos desplazado a nuestra casa de la ciudad, una construcción italianizante de granito finlandés, construida por mi abuelo alrededor de 1885, con frescos florales encima del tercer piso (el último) y un mirador en el segundo, situada en el número 47 de la calle Morskaya (actualmente calle Herten) de San Petersburgo (actualmente Leningrado). Los niños ocupábamos el tercer piso. En 1908, año elegido aquí, seguía compartiendo con mi hermano el cuarto de los niños. El baño asignado a Mademoiselle estaba al final de un pasillo en forma de Z, a unos veinte latidos de distancia de mi cama, y entre el temor de su prematuro regreso del baño a su iluminada habitación contigua a la nuestra, y la envidia que sentía al oír los regulares silbidos de la respiración que mi hermano emitía desde el otro lado del biombo japonés que nos separaba, jamás pude sacarle provecho, durmiéndome, al rato adicional en el que un resquicio de luz en la oscuridad seguía dando testimonio de una motita de mí mismo en medio de la nada. Finalmente empezaban a acercarse aquellos pasos inexorables, avanzando trabajosamente por el pasillo y haciendo que algún frágil objeto de cristal, que había estado compartiendo secretamente conmigo la vigilia, vibrara desesperanzado en un estante.

Ahora ya ha entrado en su habitación. Un rápido intercambio de valores luminosos me dice que la vela de su mesilla de noche ha sustituido al grupo de bombillas del techo, las cuales, tras haber recorrido con un par de secos chasquidos dos pasos adicionales de luminosidad, primero natural y luego sobrenatural, se apagan del todo. Mi línea de luz sigue ahí, pero ahora es vieja y macilenta, y se estremece cada vez que Mademoiselle hace crujir su cama al moverse. Porque sigo oyéndola. Ahora es un crujido metálico que dice «Suchard»; luego el trk-trk-trk de un cuchillo de poste abriendo las páginas de *La Revue des Deux Mondes*. Ha comenzado una fase decadente: ahora lee a Bourget. Ni una sola palabra del testamento de ese escritor le sobrevivirá. El fin está cerca. Siento una intensa angustia mientras intento engatusar al sueño, mientras abro cada pocos segundos los ojos a fin de comprobar que el deslucido brillo sigue ahí, mientras imagino el paraíso, que para mí es un lugar en donde un vecino insomne lee un libro inacabable a la luz de una vela eterna.

Ocorre lo inevitable: la caja de los quevedos se cierra con un chasquido, la revista golpea el mármol de la mesilla de noche, y los fruncidos labios de Mademoiselle emiten una ráfaga; fracasa el primer intento, la llama queda grogui pero se retuerce y finta; luego llega la segunda arremetida, y la luz cede. En esa negrura total me desoriento, mi cama parece ir lentamente a la deriva, el pánico me fuerza a sentarme y mirar; hasta que mis ojos, adaptados a la oscuridad, discernen, por entre flotadores entópticos, ciertos contornos imprecisos pero valiosos que vagan en una amnesia sin rumbo hasta que, gracias a un vago

recuerdo, adquieren la solidez de los borrosos pliegues de las cortinas de la ventana, al otro lado de la cual las farolas de la calle conservan una vida remota.

¡Qué profundamente ajenas a estas turbadas noches eran aquellas mañanas de San Petersburgo en las que, fiera y tierna, húmeda y deslumbrante, la primavera ártica facturaba lejos de nosotros los bloques de hielo que arrastraba con su corriente aquel Neva tan luminoso como el mar! Esa primavera hacía brillar los tejados. Pintaba la enlodada nieve de las calles de una intensa tonalidad morada del azul que luego no he vuelto a ver en ningún lugar. En aquellos días espléndidos *on allait se promener en équipage*, una expresión europea corriente en nuestro mundo. Puedo volver a sentir fácilmente la jubilosa sustitución de aquel *polushubok* acolchado que me llegaba hasta las rodillas —con su caliente cuello de castor—, por la corta chaqueta azul marino con unos botones de latón que llevaban grabada una áncora. En el landó abierto, el valle de una manta de viaje me une a los ocupantes del interesantísimo asiento posterior: la majestuosa Mademoiselle, y el triunfal y enlagramado Sergey, con quien acabo de tener una pelea en casa. Voy dándole pataditas, de vez en cuando, por debajo de la manta compartida, hasta que Mademoiselle me dice con severidad que pare. Nos deslizamos por delante de los escaparates de Fabergé, cuyas monstruosidades minerales, enjoyadas troikas apoyadas en marmóreos huevos de avestruz, y otros engendros, tan apreciadísimos por la familia imperial, eran para nosotros emblemas de grotesca horterada. Doblan las campanas de las iglesias, la primera mariposa limonera vuela por encima del Arco de Palacio, dentro de un mes regresaremos al campo; y al alzar la vista puedo contemplar, colgando de unas cuerdas tendidas de fachada a fachada, elevadas por encima de la calle, grandes estandartes semitransparentes, tensamente lisos, con tres anchas franjas —rojo pálido, azul pálido y simplemente pálido—, desprovistos por culpa del sol y de las errantes sombras de las nubes de toda conexión demasiado directa con una fiesta nacional, pero que celebran sin duda ahora, en la ciudad del recuerdo, la esencia de ese día primaveral, el crujido del barro, los primeros indicios de las paperas, el rizado pájaro exótico con un ojo inyectado en sangre del sombrero de Mademoiselle.

6

Estuvo siete años con nosotros, y sus lecciones fueron haciéndose más aisladas y su carácter empeorando poco a poco. De todos modos, parecía una roca sombríamente duradera en comparación con el flujo y reflujo de institutrices inglesas y preceptores rusos que se sucedieron en nuestra amplia familia. Mademoiselle tenía malas relaciones con todos sus miembros. En verano eran raras las ocasiones en las que éramos menos de quince a la mesa, y cuando, en los cumpleaños, este número aumentaba hasta treinta o más, el asunto de la colocación de los comensales resultaba muy candente para Mademoiselle. Tíos y tías y primos llegaban en esas ocasiones de las fincas vecinas, y venía el médico en su *dogcart*, y se oía al maestro del pueblo sonándose las narices en el fresco vestíbulo, en donde pasaba de espejo en espejo llevando en la mano su verdoso, húmedo y rumoroso ramito de muguete, o de quebradizos acianos azul celeste.

Si Mademoiselle creía que la habían puesto en un asiento excesivamente apartado hacia uno de los extremos de la enorme mesa, y especialmente si alguna pariente pobre casi tan gorda como ella («*Je suis une sylphide a côté d'elle*», decía Mademoiselle con un despectivo encogimiento de hombros) estaba mejor situada, la ofensa que sentía le hacía torcer el gesto en una sonrisa pretendidamente irónica, y cuando un ingenuo vecino le devolvía la sonrisa, ella sacudía la cabeza de forma brusca, como si acabara de salir de cierta reflexión muy profunda, y decía:

—*Excusez-moi, je sonriáis à mes tristes pensées.*

Y como si la naturaleza no hubiese querido perdonarle ninguna de las circunstancias que nos hacen especialmente susceptibles, era dura de oído. A veces, sentados a la mesa, los niños captábamos de repente la presencia de un par de lagrimones que se deslizaban por las anchas mejillas de Mademoiselle. «No os preocupéis por mí», decía con su vocecita, y seguía comiendo hasta que las no secadas lágrimas la cegaban; entonces, con un hipo que expresaba lo destrozado que tenía el corazón, se ponía en pie y abandonaba a tientas el comedor. Poco a poco acababa sabiéndose la verdad. La conversación general había girado, por ejemplo, en torno al tema del buque de guerra que comandaba mi tío, y ella había percibido en esto una malévola indirecta contra su Suiza natal, que carecía de Armada. O bien era debido a que imaginaba que cada vez que se hablaba en francés, el juego consistía en impedirle deliberadamente que ella llevara y adornara la conversación. Pobre mujer, siempre tenía unas prisas tan nerviosas por hacerse con el control de cualquier conversación inteligible de sobremesa,

antes de que recayera de nuevo en el ruso, que no era de extrañar que, al llegarle el turno de intervención, siempre metiera la pata.

—¿Y su Parlamento, señor, qué tal marcha? —estallaba de golpe y porrazo desde su extremo de la mesa, desafiando a mi padre, que, tras una jornada llena de preocupaciones, no estaba precisamente ansioso por discutir asuntos de estado con una persona singularmente irreal que ni los conocía ni sentía verdadero interés por ellos. Creyendo que alguien había hablado de música, podía por ejemplo borbotear:

—Pero el Silencio también puede ser muy bello. De hecho, una tarde, en un desolado valle de los Alpes, recuerdo haber oído el Silencio.

Esta clase de salidas, sobre todo cuando la sordera empezó a inducirla a contestar preguntas que nadie había formulado, no disparaba los cohetes de una animada *causerie* sino que solía provocar una dolorosa mudez generalizada.

Aunque, la verdad, su francés era realmente encantador.

¿Hubiera debido importarnos la superficialidad de su cultura, la acritud de su carácter, la trivialidad de su mente, cuando susurraba y centelleaba aquel perlado lenguaje tan suyo, tan inocente de sentido como los aliterativos pecados del pío verso de Racine? Fue la biblioteca de mi padre, y no el limitado saber popular de Mademoiselle, lo que me enseñó a apreciar la poesía auténtica; no obstante, algún elemento de la limpidez y lustre de su verbo ha producido un efecto singularmente vigorizante en mí, a la manera de esas sales efervescentes que se usan para purificar la sangre. Esta es la razón por la que siento tanta tristeza cuando imagino ahora la angustia que debió de sentir Mademoiselle al ver cómo se perdía, cómo se subvaloraba la vocecita de ruiseñor que salía de su cuerpo de elefante. Estuvo con nosotros mucho, demasiado tiempo, confiando obstinadamente en que tarde o temprano ocurriría algún milagro que la transformaría en algo así como Madame de Rambouillet, y le permitiría reunir en torno a sí un dorado y satinado salón de poetas y estadistas congregados por su brillante hechizo.

Y hubiera seguido albergando esas esperanzas de no ser por la llegada de un tal Lenski, un joven preceptor ruso de blanda mirada miope y radicales opiniones políticas, que había sido contratado para que nos impartiera diversas enseñanzas y participara en nuestras actividades deportivas. Había tenido varios predecesores, ninguno de los cuales gustó a Mademoiselle, pero éste fue «*le comble*», por decirlo con sus propias palabras. Aunque veneraba a mi padre, Lenski no fue capaz de digerir algunos elementos de nuestra vida doméstica, tales como los lacayos y los franceses, que eran según él una convención aristocrática impropia de un hogar liberal. Por otro lado, Mademoiselle llegó a la conclusión de que si Lenski sólo contestaba a sus preguntas a bocajarro con breves gruñidos (que, a falta de un idioma más próximo, él intentaba cargar de acento alemán), no se debía a que no entendiese el francés, sino a que quería insultarla delante de todos.

Puedo ver todavía a Mademoiselle pidiéndole, en tono amable pero con un ominoso temblequeo de su labio superior, que le pasara el pan; y, del mismo modo, puedo oír y ver a Lenski seguir tomando, desafrancesada e impávidamente, su sopa; por fin, con un cortante «*Pardon, Monsieur*», Mademoiselle se lanzaba bruscamente por encima del plato de él, agarraba la cesta del pan, y se enroscaba de nuevo en su asiento con un «*Merci!*» tan cargado de ironía que las peludas orejas de Lenski se ponían del color de los geranios. «¡El muy bruto! ¡El muy sinvergüenza! ¡El muy nihilista!», sollozaba luego ella en su habitación, que ahora ya no era contigua a la nuestra sino que estaba algo más apartada pero aún en el mismo piso.

Si por casualidad Lenski bajaba trotando la escalera mientras, con una pausa asmática cada diez pasos aproximadamente, ascendía ella penosamente los peldaños (porque el pequeño ascensor hidráulico de nuestra casa de San Petersburgo se negaba, constante y ofensivamente, a funcionar), Mademoiselle afirmaba que Lenski había chocado a posta contra ella, o que la había empujado y derribado, y que nosotros casi habíamos podido verle cuando pisoteaba su postrado cuerpo. Con frecuencia cada vez mayor, Mademoiselle abandonaba la mesa, y el postre que se había perdido le era diplomáticamente enviado a su habitación. Desde su lejano cuarto le escribía entonces una carta de dieciséis hojas a mi madre, la cual, cuando subía apresuradamente a verla, la encontraba dedicada a montar el número de que estaba preparando el equipaje. Hasta que, un día, nadie le impidió que siguiera preparándolo.

7

Mademoiselle regresó a Suiza. Empezó la Primera Guerra Mundial, y luego llegó la Revolución. En los primeros años de la década de los veinte, mucho después de que nuestra correspondencia se

desvaneciese, visité Lausana con un compañero de universidad, debido a un casual desplazamiento de mi vida de exiliado, y pensé que podía aprovechar la circunstancia para ir a ver a Mademoiselle, suponiendo que siguiera con vida.

Y así era. Más robusta que nunca, bastante canosa y completamente sorda, me recibió con un tumultuoso estallido de cariño.

En lugar del cuadro del Château de Chillon tenía ahora la imagen de una abigarrada *troika*. Hablaba fervorosamente de su vida en Rusia, como si aquel país fuera su patria perdida. Y la verdad es que encontré en aquel vecindario toda una colonia de ancianas institutrices suizas. Amontonadas en una constante ebullición de competitivos recuerdos, formaban una pequeña isla situada en medio de un ambiente que ahora les resultaba extraño. La amiga del alma de Mademoiselle era la casi momificada Mlle. Golay, la que fuera ama de llaves de mi madre, tan estirada y pesimista como siempre a sus ochenta y cinco años; siguió viviendo con nuestra familia muchos años después de la boda de mi madre, y su regreso a Suiza sólo había precedido en un par de años al de Mademoiselle, con la que apenas había tenido trato cuando ambas vivían bajo nuestro techo. En nuestro propio pasado siempre nos encontramos como en casa, lo cual explica en parte el amor póstumo de aquellas patéticas damas por un país remoto y, si hay que ser francos, bastante espantoso, que ninguna de las dos había conocido realmente y en el que ni la una ni la otra había estado nunca del todo a gusto.

Como, debido a la sordera de Mademoiselle, no era posible conversar, mi amigo y yo decidimos llevarle al día siguiente el aparato que dedujimos que ella no se podía costear. Al principio no supo colocarse bien aquella cosa tan incómoda pero, en cuanto lo consiguió, volvió hacia mí una mirada de pasmo, húmedo asombro y felicidad celestial. Juró que oía todas las palabras que yo pronunciaba, cada uno de mis murmullos. Cosa que no pudo hacer ya que, como tenía mis dudas, yo no había dicho nada. De haberlo hecho, le hubiera dicho que le diera las gracias a mi amigo, que era quien había pagado el aparato. ¿Era, pues, el silencio lo que oía, aquel Silencio Alpino del que nos había hablado años atrás? En aquel entonces se mentía a sí misma; ahora me mentía a mí.

Antes de partir camino de Basilea y Berlín, una noche neblinosa y fría salí a pasear por la orilla del lago. Llegado a cierto lugar, una solitaria farola diluyó débilmente la oscuridad y transformó la niebla en una llovizna visible. «*Il pleut toujours en Suisse*» era una de aquellas frases sin importancia que, antaño, hacían llorar a Mademoiselle. A mis pies, una onda muy ancha, casi una verdadera ola, y cierta cosa vagamente blanca que estaba unida a ella, atrajeron la atención de mi vista. Cuando me acerqué al borde mismo de la chapaleteante agua, vi de qué se trataba: un viejo cisne, una criatura grande y torpe que recordaba a un dodó, estaba haciendo ridículos esfuerzos por subirse a un bote amarrado. No lo conseguía. Sus pesados e impotentes aleteos, el resbaladizo sonido con que golpeaba las rocas y el cabeceante bote, el brillo de goma arábiga que adquiría el oleaje allí en donde le daba la luz, todo aquello pareció momentáneamente cargado de esa extraña significación que a veces atribuimos en sueños a ese dedo aplicado sobre unos labios mudos que después señala alguna cosa que quien está soñando no tiene tiempo de distinguir antes de despertar sobresaltado. Pero aunque olvidé muy pronto esta lúgubre noche, fue, curiosamente, esa noche, esa imagen compuesta —temblor y cisne y oleaje— la primera que me vino a la mente cuando un par de años más tarde me enteré de la muerte de Mademoiselle. Se había pasado toda la vida sintiéndose desdichada; esta desdicha era su elemento; sólo sus fluctuaciones, sus diversos espesores, le daban la impresión de estar viva, en movimiento. Lo que me preocupa es el hecho de que un sentimiento de desdicha, y nada más, sea insuficiente para formar un alma permanente. Mi enorme y morosa Mademoiselle funciona en la tierra, pero resulta imposible en la eternidad. ¿La he salvado en realidad de la ficción? Justo antes de que el ritmo que oigo titubee y desaparezca, me sorprende preguntándome si, durante los años en que la traté, no estuve echando terriblemente de menos alguna cosa de ella que era mucho más ella que sus papadas o sus manías o incluso que su francés; algo emparentado quizá con ese último vislumbre que tuve de ella, el radiante engaño que utilizó para conseguir que yo me fuera satisfecho de mi propia amabilidad, o con ese cisne cuya agonía estaba mucho más próxima de la verdad artística que esos pálidos brazos que deja caer la bailarina; algo, en pocas palabras, que pudiera ser apreciado por mí sólo después de que las cosas y los seres más queridos en la seguridad de mi infancia se hubiesen convertido en cenizas o recibido un balazo en el corazón.

Hay un apéndice para la historia de Mademoiselle. Cuando la escribí por vez primera no tenía noticia de ciertas asombrosas supervivencias. Así, en 1960, mi primo de Londres, Peter de Peterson, me contó que su niñera inglesa, que cuando yo la vi en Abbazia, en 1904, me había parecido vieja, tenía más de noventa años y gozaba de buena salud; tampoco sabía que la institutriz de las dos hermanas pequeñas

de mi padre, Mlle. Bouvier (posteriormente Mme. Conrad), sobrevivió casi medio siglo a mi padre. Entró al servicio de la familia en 1889 y se quedó durante seis años, y fue la última de una serie de institutrices. Un bonito álbum de recuerdos, con dibujos realizados en 1895 por Ivan de Peterson, el padre de Peter, muestra, en forma de viñetas, varios acontecimientos de la vida en Batovo. Al pie hay una inscripción de mi padre: *A celle qui a toujours su se faire aimer et qui ne saura jamais se faire oublier*; cuatro pequeños varones de la familia Nabokov añadieron luego sus firmas, y lo mismo hicieron tres de sus hermanas, Natalia, Elizaveta y Nadezhda, así como el esposo de Natalia, su hijito Mitik, dos primas, e Ivan Aleksandrovich Tihotski, el preceptor ruso. Al cabo de sesenta y cinco años, mi hermana Elena descubrió en Ginebra a Mme. Conrad, que estaba viviendo entonces su décimo decenio. La anciana dama, saltándose una generación, confundió ingenuamente a Elena con nuestra madre, la joven de dieciocho años que acostumbraba a llevar a Mlle. Golay de Vyra a Batovo, en aquellos lejanos tiempos cuyos potentes focos encuentran tan numerosos e ingeniosos caminos para alcanzarme.

CAPITULO SEXTO

1

Las mañanas de verano, en la legendaria Rusia de mi adolescencia, mi primera mirada al despertar estaba reservada al resquicio que dejaban los blancos postigos de la ventana. Si permitían entrever una palidez acuosa, lo mejor era no abrirlos, para librarse así de la contemplación de un día gris posando para su retrato en un charco. ¡Con qué resentimiento deducía, a partir de una línea de luz apagada, el cielo plomizo, la arena mojada, la pegajosa confusión de pardas flores caídas al pie de las lilas, y esa aplanada hoja muerta (la primera víctima de la estación) pegada a la superficie de un húmedo banco del jardín!

Pero si la grieta era un alargado destello de luminosidad perlada de rocío, me apresuraba a forzar a la ventana a que me entregase su tesoro. De golpe, la habitación quedaba dividida en luz y sombra. El follaje de los abedules acunándose al sol adquiría el verde translúcido de los viñedos, y en contraste con éste aparecía el oscuro terciopelo de los abetos recortándose contra un azul de extraordinaria intensidad, que muchos años después volví a encontrar, muy parecido, en la zona montañosa de Colorado.

A partir de la edad de siete años, todo lo que sentía en relación con los rectángulos de luz solar enmarcada estuvo dominado por una única pasión. Si mi primera mirada de la mañana buscaba el sol, mi primer pensamiento estaba dedicado a las mariposas que éste engendraría. El acontecimiento originario fue bastante trivial. En la mata de madreSelva que colgaba sobre el respaldo tallado de un banco que se encontraba justo enfrente de la entrada principal, mi ángel de la guarda (cuyas alas, con la sola excepción de la ausencia de la aureola florentina, recuerdan las del Gabriel de Fra Angélico) me señaló un raro visitante, una espléndida criatura de color amarillo pálido con manchas negras, almenados azules, y un ojo cinabrio en cada una de sus negras colas orladas de amarillo. Mientras exploraba la flor inclinada de la que pendía, levemente doblado, su empolvado cuerpo, sacudía incansablemente sus grandes alas, y mi deseo de conseguirla fue uno de los más intensos que haya experimentado jamás. Agile Ustin, el conserje de nuestra casa de la ciudad, que, debido a un motivo muy cómico (explicado en otro capítulo) había venido con nosotros al campo aquel verano, consiguió atraparla con mi gorra, tras lo cual la llevamos, gorra incluida, a un armario, en donde Mademoiselle confiaba que la naftalina casera la matara en una noche. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando ella misma abrió el armario para sacar alguna prenda, mi macaón, con un potente susurro, voló hacia su cara, y luego se dirigió hacia la abierta ventana, para no ser al poco rato más que un punto dorado que se abatía y fintaba y planeaba hacia levante, por encima de los bosques y la tundra, camino de Vologda, Viatica y Perm, y más allá de las severas crestas de los Urales, hacia Yakutsuk y Verkhne Kolymsk, y de Verkhne Kolymsk, en donde perdió una cola, a la bella Isla de St. Lawrence, y a través de Alaska hasta Dawson, y en dirección sur, siguiendo las Rocosas, hasta ser finalmente capturada, después de una carrera de cuarenta y seis años, sobre un diente de león inmigrante situado al pie de un álamo endémico cerca de Boulder. En una carta de Mr. Burne a Mr. Rawlins, fechada el 14 de junio de 1735, y que se encuentra en la colección Bodleian, aquél afirma que un tal Mr. Vernon estuvo persiguiendo a una mariposa durante trece kilómetros antes de poder cazarla (*The Recreative Review or Eccentricities of Literature and Life*, vol. 1, p. 144, Londres, 1821).

Poco después del caso del armario localicé una espectacular polilla, aislada en un rincón de una ventana del vestíbulo, y mi madre la despachó con éter. Posteriormente, utilicé muchos agentes letales,

pero el más mínimo contacto con el primero de ellos siempre hizo que el porche del pasado se iluminase y me devolviera aquella cegata preciosidad. Una vez, ya de mayor, estuve bajo los efectos del éter durante una apendectomía, y con la viveza de una calcomanía pude verme a mí mismo en trajecito de marinero colocando sobre una tabla el recién aparecido pequeño pavón de noche, de acuerdo con las instrucciones de una dama china que yo sabía que era mi madre. Todo estaba allí, brillantemente reproducido en mi sueño, mientras mis partes vitales quedaban expuestas: el empapado algodón absorbente, frío como el hielo, apretado contra la cabeza lemuroide del insecto; los espasmos cada vez menos intensos de su cuerpo; el satisfactorio crujido que producía el alfiler al penetrar en la dura corteza de su tórax; la cuidadosa inserción de la punta del alfiler en el surco forrado de corcho de la tabla de secado; la disposición simétrica de las gruesas alas venosas bajo pulcramente fijadas tiras de papel semitransparente.

2

Debía de tener yo unos ocho años cuando, en un desván de nuestra casa de campo, entre una enorme variedad de objetos polvorientos, descubrí unos libros maravillosos adquiridos en la época durante la que la madre de mi madre se interesó por las ciencias naturales e hizo que un ilustre catedrático universitario de zoología (Shimkevich) le diera clases particulares a su hija. Algunos de esos libros eran simples rarezas, como los cuatro enormes volúmenes pardos en folio de la obra de Albertus Seba (*Locupletissimi Rerum Naturalium Thesauri Accurata Descriptio...*) impresos en Amsterdam en torno a 1750. En sus páginas, toscas y granuladas, encontré xilografías de serpientes y mariposas y embriones. El feto de la niña etíope colgada del cuello en un frasco de cristal solía producirme una horrible conmoción cada vez que me lo encontraba; tampoco me interesó apenas la hidra disecada de la lámina CU, con sus siete cabezas de tortuga provistas de dentaduras de león y situadas al final de otros tantos cuellos serpentinos, con aquel extraño cuerpo hinchado en cuyos costados le crecían unos tubérculos abotonados, y que terminaba en una nudosa cola.

Entre los herbarios repletos de aguileñas alpinas, valerianas azules y flores de Júpiter, y rojo-anaranjadas azucenas silvestres, y otras flores de Davos, también encontré en ese altílo otros libros más próximos a mis temas preferidos. Bajé en mis brazos maravillosos cargamentos de volúmenes superlativamente interesantes: las maravillosas láminas de insectos de Surinam realizadas por Maria Sibylla Merian (1647-1717), y el noble *Die Schmetterlinge de Esper* (Erlangen, 1777), y los *Icones Historiques de Lépidoptères Nouveaux ou Peu Connus* de Boisduval (París, a partir de 1832). Más emocionantes incluso eran los productos de la segunda mitad del siglo: la *Natural History of British Butterflies and Moths de Newman*, *Die Gross-Schmetterlinge Europas* de Hofmann, las *Mémoires* del gran duque Nikolay Mihailovich sobre lepidópteros asiáticos (con ilustraciones incomparablemente bellas debidas a Kavargin, Rybakov, Lang), y la maravillosa obra sobre *Butterflies of New England* de Scudder.

Retrospectivamente, el verano de 1905, aunque muy vívido en otros sentidos, no se ve todavía animado por un solo veloz y colorido aleteo en los paseos con el maestro del pueblo: el macaón de junio de 1906 se encontraba aún en su fase de larva en alguna umbelífera de las que crecen junto a los caminos; pero en el transcurso de ese mes conocí un buen montón de cosas corrientes, y Mademoiselle ya mencionó cierto camino de bosque que terminaba en un prado encharcado donde abundaban pequeñas ajedrezadas con bordes gris perla (*Small Pearl-Bordered Fritillaries*, como las designaba mi primer, inolvidable y permanentemente mágico manual, *The Butterflies of the British Isles*, de Richard South, que acababa de publicarse por aquel entonces), y al que ella llamaba *le chemin des papillons bruns*. Al año siguiente comprendí que la mayor parte de nuestras mariposas no se daban en Inglaterra ni Europa Central, pero pude determinarlas gracias a la ayuda de atlas más completos. Una grave enfermedad (pulmonía, con temperaturas que alcanzaron hasta los 41° centígrados), a comienzos de 1907, destruyó de forma misteriosa el relativamente monstruoso talento para los números que me había convertido en un niño prodigio durante unos cuantos meses (hoy en día no puedo multiplicar 13 por 17 sin papel y lápiz; sí puedo sumar esas cifras en un santiamén, haciendo encajar limpiamente los dientes del tres); pero las mariposas sobrevivieron. Mi madre acumuló una biblioteca y un museo en torno a mi cama, y el deseo de describir alguna nueva especie reemplazó por completo al de descubrir un nuevo número primo. Un viaje a Biarritz, en agosto de 1907, añadió nuevas maravillas (aunque no tan luminosas y abundantes como las que vería en 1909). En 1908 ya tenía un control absoluto de los lepidópteros europeos de las listas de Hofmann. En 1910 ya había recorrido como en sueños los primeros volúmenes del prodigioso libro ilustrado de Seitz, *De Gross-Schmetterlinge der Erde*, había comprado algunos

ejemplares raros descritos recientemente, y leía vorazmente revistas entomológicas, sobre todo inglesas y rusas. Se estaban produciendo grandes cataclismos en el desarrollo de la sistematización. A partir de la mitad del siglo pasado, la lepidopterología europea había sido, en general, un mundo simple y estable, controlado sin mayores problemas por los alemanes. Su sumo sacerdote, el doctor Staudinger, era también el director de la principal empresa del comercio de insectos. Incluso ahora, medio siglo después de su muerte, los lepidopterólogos alemanes no han conseguido librarse completamente del hipnótico hechizo de su autoridad. Aún vivía cuando su escuela empezó a perder terreno como fuerza científica en todo el mundo. Mientras que él y sus seguidores se aferraban a unos nombres específicos y genéricos sancionados por su prolongado uso, y creían que bastaba con clasificar a las mariposas por los caracteres visibles a simple vista, los autores de lengua inglesa comenzaban a introducir cambios de nomenclatura debidos a la aplicación estricta de la ley de la prioridad, así como ciertos cambios taxonómicos basados en el estudio microscópico de los órganos. Los alemanes hicieron todo cuanto estuvo en su mano por ignorar las nuevas tendencias, y siguieron cultivando la vertiente filatélica de la entomología. La solicitud con que cuidaban de «el coleccionista medio, a quien nadie puede obligar a que haga disecciones», puede compararse con la de esos asustadizos editores de novelas populares que hablan en defensa del «lector medio», a quien nadie puede obligar a que piense.

Hubo otro cambio más amplio, que coincidió con mi ardiente interés adolescente por las mariposas y las polillas. La especie victoriana y staundegeriana, hermética y homogénea, con «variedades» (alpina, polar, insular) de tipo misceláneo adscritas con criterios exteriores, a modo, por así decirlo, de apéndices accesorios, fue reemplazada por una nueva forma de especie multiforme y fluida, que consistía orgánicamente en sus razas o subespecies geográficas. Los aspectos evolutivos fueron de este modo destacados con mayor claridad, por medio de métodos clasificatorios más flexibles, y las investigaciones biológicas establecieron nuevos vínculos entre las mariposas y los problemas esenciales del estudio de la naturaleza.

A mí me atrajeron en especial los misterios del mimetismo. Sus fenómenos mostraban una perfección artística que sólo se relaciona generalmente con las cosas hechas por el hombre. Considérese por ejemplo la imitación de los jugos venenosos que realizan las máculas en forma de burbuja que poseen las alas de algunas mariposas (en la que no falta ni la semi-refracción), o la producida por sus lustrosos botones amarillos en el caso de las crisálidas («No me comas: ya me han aplastado, observado y rechazado»). Considérense los trucos de ciertas orugas acrobáticas (las del guerrero del haya) que en su infancia tienen aspecto de excremento de pájaro pero que después de su metamorfosis presentan unos apéndices ásperos de tipo himenopteroideo, así como otras características no menos barrocas, que permiten a estos extraordinarios individuos interpretar dos papeles a la vez (como el actor del teatro oriental que se convierte en una pareja de inextricables luchadores): el de serpenteante larva y el de la enorme hormiga que la ha capturado. Cuando cierta polilla se parece a cierta avispa, también camina y mueve sus antenas a la manera de las avispas en lugar de hacerlo como una mariposa. Cuando una mariposa tiene que parecer una hoja, no solamente reproduce de forma bellísima todos los detalles de la hoja, sino que tiene, además, numerosas marcas que imitan los agujeros perforados por los gusanos. La «selección natural», en el sentido darwiniano de la expresión, no bastaba para explicar la milagrosa coincidencia de la apariencia imitativa y el comportamiento imitativo; tampoco me parecía suficiente apelar a la teoría de la «lucha por la vida» cuando comprobaba hasta qué extremos de sutileza, exuberancia y lujo miméticos podía ser llevado un mecanismo defensivo, que en cualquier caso va muchísimo más lejos de lo que pueda apreciar ningún predador. Descubrí así en la naturaleza los placeres no utilitarios que buscaba en el arte. En ambos casos se trataba de una forma de magia, ambos eran un juego de hechizos y engaños complicadísimos.

3

He cazado mariposas en diversos climas y con diversos disfraces: como guapo niño con pantalones cortos y gorra de marinero; como larguirucho expatriado cosmopolita con pantalones anchos de franela y boina; como gordo anciano de calzón corto y cabeza descubierta. La mayor parte de mis vitrinas han tenido el mismo destino que nuestra casa de Vyra. Las que guardaba en la casa de San Petersburgo, y las escasas adiciones que dejé en el Museo de Yalta, fueron destruidas, sin duda, por los escarabajos de las alfombras y otras plagas. Una colección de material sudeuropeo que había comenzado a reunir en el exilio desapareció durante la Segunda Guerra Mundial. Todas las mariposas cazadas en Norteamérica de 1940 a 1960 (varios miles de especímenes entre los que se contaban grandes rarezas y tipos) se

encuentran en el Museo de Zoología Comp., el Mus. de Hist. Nat. Norteam. y el Mus. de Entom. de la Univ. de Cornell, donde están mucho más seguras que en Tomsk o en Atomska. Recuerdos increíblemente felices, perfectamente comparables, de hecho, con los de mi adolescencia rusa, aparecen relacionados con mis trabajos de investigación en el MZC de Cambridge, Mass. (1941-1948). No menos felices han sido los numerosos viajes de coleccionista realizados casi cada verano, durante veinte años, a través de la mayor parte de los estados de mi país adoptivo.

En Jackson Hole y en el Gran Cañón, en las laderas de las montañas que se elevan sobre Telluride (Colorado) y en un famoso pino estéril que se encuentra cerca de Albany (Nueva York), habitan, y seguirán habitando, en generaciones más numerosas que las ediciones, las mariposas que he sido el primero en describir. Varios de mis descubrimientos han sido también objeto de los trabajos de otros investigadores; algunos han sido bautizados con mi nombre. Uno de estos últimos, el *Doguiño de Nabokov* (*Eupithecia nabokovi*, McDunnough), que una noche de 1943 cacé con una caja en el gran ventanal de Alta Lodge, la casa de James Laughlin en Utah, armoniza de manera muy filosófica con la espiral temática que comenzó en un bosque de las orillas del Oredezh alrededor de 1910, o quizás antes incluso, en aquel río de Nueva Zembla, hace un siglo y medio.

Pocas cosas he conocido, en el terreno de la emoción o de los apetitos, de la ambición o del logro, que puedan superar en riqueza e intensidad la excitación del explorador entomológico. Desde su comienzo mismo, esta actividad tuvo muchas facetas que centelleaban de forma combinada. Una de ellas era el agudo deseo de soledad, ya que cualquier acompañante, por silencioso que sea, entorpecía el concentrado disfrute de mi manía. Su gratificación no admitía compromisos ni excepciones. Ya a mis diez años, preceptores e institutrices sabían que la mañana era mía y procuraban alejarse cautelosamente.

Respecto a esta cuestión recuerdo la visita de un compañero de colegio, un muchacho al que yo apreciaba mucho y con quien me divertía horrores. Llegó una noche de verano —creo que en 1913— de un pueblo que estaba a unos cuarenta kilómetros de distancia. Su padre había perecido hacía poco en un accidente, la familia estaba arruinada y el valeroso muchacho, que no podía pagarse el billete de tren, recorrió en bicicleta esos kilómetros para pasar unos días conmigo.

La mañana siguiente al día de su llegada hice todo lo que pude por salir de casa para mi expedición a pie sin que él se enterase de adonde me había ido. Sin desayunar, con histérico apresuramiento, cogí mi cazamariposas, mis cajas de píldoras, mi frasco de veneno y escapé por la ventana. En cuanto entré en el bosque ya me sentí seguro, pero seguí andando, con los gemelos temblorosos, los ojos empapados de ardientes lágrimas, todo mi ser estremecido de vergüenza y asco de mí mismo, pues podía ver a mi pobre amigo, con su alargada cara pálida y su lazo negro, paseando abatido por el jardín, acariciando a los jadeantes perros a falta de mejores entretenimientos, y esforzándose por encontrar una justificación para mi ausencia.

Permítaseme que observe mi manía objetivamente. Exceptuando sólo a mis padres, nadie comprendía mi obsesión, y todavía tardé muchos años en encontrar a alguien que también la padeciese. Una de las primeras cosas que aprendí fue a no confiar en la ayuda de los otros para ampliar mi colección. Una tarde de verano, en 1911, Mademoiselle entró en mi habitación con un libro en la mano, y empezó a decir que quería mostrarme con qué ingenio denunciaba Rousseau la zoología (en favor de la botánica), pero en ese momento ya estaba demasiado avanzada en el proceso gravitatorio por medio del cual acomodaba su masa en una butaca para que mi aullido de angustia pudiera detenerla: en aquel asiento había dejado yo por casualidad una caja con tapa de cristal que contenía una amplia y maravillosa serie de mariposas de la col. La primera reacción de Mademoiselle fue de vanidad herida: ¿cómo podía nadie echarle la culpa a su peso de haber estropeado lo que de hecho había destruido por completo?; la segunda fue un intento de consolarme: *Allons donc, ce ne sont que des papillons de potager!*, lo cual no hizo sino empeorar las cosas. Una pareja de mariposas sicilianas que acababa de comprar a la empresa de Staudinger había quedado aplastada y estropeada. Un enorme ejemplar de Biarritz quedó hecho papilla. También encontré aplastados algunos de mis más selectos descubrimientos locales. Entre estos últimos, una aberración parecida a la raza canaria de esta especie podía ser reparada con un poco de pegamento; pero un precioso ginandromorfo, con el lado izquierdo macho y el derecho hembra, cuyo abdomen había desaparecido y cuyas alas se habían desprendido, se perdió para siempre: aún se podían volver a pegar las alas, pero nadie hubiera podido demostrar que las cuatro pertenecían a ese tórax decapitado que todavía permanecía ensartado en un doblado alfiler. A la mañana siguiente, dándose aires de misterio, la pobre Mademoiselle se fue a San Petersburgo y regresó por la noche

trayéndome («es mucho mejor que tus mariposas de la col») una trivial mariposa nocturna de la familia de las *uraniidae* montada sobre una tablilla de yeso.

—¡Cómo me abrazaste, cómo te pusiste a bailar de alegría! —exclamó Mademoiselle diez años más tarde, inventando así un nuevo pasado.

Nuestro médico del campo, a cuyo cuidado dejé la crisálida de una infrecuente polilla con ocasión de un viaje al extranjero, me escribió una carta diciéndome que la incubación había sido perfecta; pero en realidad la preciosa larva había sido presa de una rata, y el mentiroso anciano me entregó a mi regreso un par de ninfálicas corrientes que, imagino, cazó apresuradamente en su jardín e introdujo en la jaula de incubación como plausibles sustitutas (o eso creyó él). Mucho mejor que él era un entusiasta pinche de cocina que a veces tomaba prestado mi equipo y regresaba eufóricamente triunfal al cabo de un par de horas, con una bolsa llena de agitados seres invertebrados más otros de diversa naturaleza. Abría luego la boca de la red que llevaba atada con una cuerda, y vertía aquel cuerno de la abundancia sobre la mesa: un montón de saltamontes, un poco de arena, las dos partes de una seta que había cogido camino de casa, más saltamontes, más arena, y una estropeada blanquita de la col.

En las obras de los grandes poetas rusos sólo he sabido descubrir un par de imágenes lepidoptéricas de auténtica sensualidad: la impecable evocación que hace Bunin de una mariposa que sin duda es una ninfálica:

*Y entonces entrará volando
Una colorida mariposa vestida de seda
Que aleteará, rumoreará y latirá
En el azul techo...*

más el soliloquio «Mariposa» de Fet:

*De dónde he venido y a dónde me lleva mi prisa
No preguntes;
Ahora en una graciosa flor me he posado
Y ahora respiro.*

En la poesía francesa sorprenden los conocidos versos de Musset (en *Le Saule*):

*La phaléte doré dans sa course légère
Traverse les prés embaumés*

que es una descripción absolutamente exacta del vuelo crepuscular del macho de una geométrida que en Inglaterra es conocida por el nombre de *Orange moth*; y también encontramos esa frase fascinantemente adecuada de Fargue (en *Les Quatre Journées*) acerca de un jardín que, al anochecer, *se glace de bleu comme l'aile du grand Sylvain* (la ninfa mayor). Y entre las escasísimas imágenes auténticamente lepidoptéricas de la poesía inglesa, mi favorita es la de Browning:

*On our other side is the straight-up rock;
And a path is kept 'twixt the gorge and it
By boulder-stones where lichens mock
The marks of a moth, and small ferns fit
Their teeth to the polished block.
(«By the Fire-side»)*

«Y al otro lado está la pared vertical de roca; / Y entre ella y la garganta discurre un sendero / Junto a cantos rodados donde los líquenes imitan burlones / Las marcas de las polillas, y pequeños helechos encajan / Sus dientes en el bruñido bloque.» («Junto al fuego».)

Es pasmoso que las personas corrientes se fijen tan poco en las mariposas. «Ninguna», me contestó tranquilamente el fuerte autostopista suizo con un Camus en la mochila cuando le pregunté apostá, y para beneficio de mi incrédulo acompañante, si había visto alguna mariposa mientras bajaba por el sendero en el que mi compañero y yo habíamos disfrutado viéndolas a enjambres. También es verdad que cuando evoco la imagen de cierto camino recordado con todo detalle pero perteneciente a un verano

anterior a aquel de 1906, es decir anterior a la fecha de mi primera etiqueta de localización, y al que no he vuelto a regresar nunca, no consigo distinguir ni un ala o un aleteo o un destello añil o una sola flor perlada de mariposas, como si un hechizo maligno hubiese castigado la costa adriática convirtiendo en invisibles todos sus «leps» (como solemos decir los que tenemos propensión al argot). Exactamente esto mismo puede llegar a sentir un entomólogo al caminar algún día junto a un jubiloso y ya desencasquetado botánico por entre la espantosa flora de un planeta paralelo, y sin un solo insecto a la vista; y así (a modo de singular prueba del singular fenómeno consistente en la repetida utilización del escenario de nuestra infancia por parte de un austero director de escena como ambiente prefabricado para nuestros sueños de adulto) la ladera de una costa que aparece en cierta pesadilla que sueño con frecuencia, y en la que cielo de contrabando el cazamariposas plegable de mis estados de vigilia, muestra alegres matas de tomillo y meliloto, pero está incomprensiblemente desprovista de todas las mariposas que deberían encontrarse allí.

También averigüé muy pronto que cuando un «lepidista» se dedica a su tranquila búsqueda puede provocar las más extrañas reacciones en otros seres. Muy a menudo, cuando, al realizarse los preparativos de una excursión por el campo, intentaba tímidamente guardar mis humildes utensilios en el charabón de alquitranados aromas (se utilizaba un preparado a base de alquitrán para impedir que las moscas molestaran a los caballos) o en el «Opel» descapotable con olor a té (hace cuarenta años, la bencina olía así), siempre aparecía alguno de mis primos o tías que comentaba:

—¿Tienes que llevarte forzosamente ese cazamariposas? ¿No podrías entretenerte como los niños corrientes? ¿No te parece que estás fastidiando a todo el mundo?

Cerca de un cartel que decía NACH BODENLAUBE, en Bad Kissingen (Baviera), cuando estaba a punto de iniciar con mi padre y con el majestuoso y anciano Muromtsev (que, cuatro años atrás, en 1906, había sido presidente del primer Parlamento ruso), un paseo, este último volvió su marmórea testa hacia mí, apenas un niño de once años, y me dijo con su famosa solemnidad:

—Puedes acompañarnos, desde luego, pero no caces mariposas, niño. Interrumpe el ritmo del paseo.

En un camino que se elevaba sobre el mar Negro, en la península de Crimea, y entre matorrales de flores que parecían de cera, en marzo de 1918, un estevado centinela bolchevique intentó arrestarme por haberle hecho señales (con mi cazamariposas, dijo) a un buque de la Armada británica. En verano de 1929, cada vez que atravesaba andando un pueblo del Pirineo oriental, y volvía casualmente la cabeza, veía detrás de mí a los campesinos congelados en las diversas poses en las que mi paso les había encontrado, como si yo fuese Sodoma y ellos la mujer de Lot. Un decenio después, en los Alpes marítimos, noté una vez que la hierba se ondulaba de forma serpentina a mi espalda, porque un gordo policía rural se arrastraba sobre su barriga tras de mí para asegurarse de que no intentaba cazar pajarillos. Norteamérica me ha mostrado más ejemplos incluso que otros países de este interés morboso por mis actividades rederas, quizá porque cuando llegué aquí ya era cuarentón, y cuanto más viejo sea el cazador de mariposas, más ridículo parece con un cazamariposas en la mano. Severos granjeros me han señalado los carteles que decían PROHIBIDO PESCAR; desde los coches que pasaban por la carretera me han lanzado aullidos de burla; perros adormilados que hacían caso omiso hasta de los vagabundos de peor aspecto se han reanimado para acercármese gruñendo; diminutos críos me han señalado con el dedo a sus desconcertadas mamás; veraneantes de mentalidad tolerante me han preguntado si cazaba chinches para usarlas como cebo; y una mañana, en un erial iluminado por altas yucas en flor, cerca de Santa Fe, una enorme yegua negra estuvo siguiéndome casi dos kilómetros.

4

Cuando, después de haberme sacado de encima a todos mis perseguidores, tomaba la desigual y roja carretera que partía de nuestra casa de Vyra para internarse en los sembrados y los bosques, la animación y lustre de la jornada parecía rodearme de un estremecimiento de simpatía.

Recentísimas y oscurísimas erebias ligeas, que aparecían sólo cada dos años (oportunamente, el recuerdo se ha puesto aquí en fila), cruzaban fugaces por entre los abetos o revelaban sus manchas anaranjadas y sus bordes ajedrezados cuando tomaban el sol entre los helechos de los márgenes. Saltando por encima de la hierba una pequeña ninfa, la ninfa morena, burló mi red. Varias polillas rondaban también por allí: chillonas hembras amantes del sol volando de flor en flor como moscas coloreadas, o machos insomnes buscando hembras ocultas, como esa herrumbrosa *lasio-campa quercus* que atravesó velozmente el follaje. También llamó mi atención (y éste fue uno de los mayores misterios de mi infancia) un ala verde pálido atrapada en una telaraña (para entonces ya sabía de qué se

trataba: parte de una geómetra esmeralda. La tremenda larva del coso, ostentosamente segmentada, de cabeza chata, color carne y brillo rojizo, una extraña criatura, «desnuda como una lombriz» por utilizar una comparación francesa, se cruzó en mi camino mientras buscaba frenéticamente un lugar en donde crisalidar (los terribles apremios de *La Metamorfosis*, el aura de un ataque vergonzoso en un lugar público). En la corteza de un abedul, ese tan robusto que crece junto al portillo del parque, había encontrado la primavera anterior a una oscura aberración de la Carmelita de Sievers (para el lector, otra polilla gris). En la cuneta, bajo el puentecillo, un zapatero se codeaba con una libélula (para mí, una simple libélula azul). De una flor salieron volando hasta una altura tremenda un par de *Lycaenas* macho, peleándose mientras se remontaban por los aires, para después, pasado un rato, bajar como un rayo una de ellas a su cardo. Todos estos eran insectos conocidos, pero en cualquier momento podía aparecer alguno mejor que me forzaría a detenerme con una rápida inspiración. Recuerdo un día en el que acercaba cautelosamente mi red a una strymonidia poco común que se había posado delicadamente en una ramita. Podía ver claramente la W blanca sobre el envés color chocolate. Tenía las alas cerradas, y las inferiores se frotaban la una contra la otra en un curioso movimiento circular, produciendo posiblemente una levísima y alegre crepitación de tono demasiado elevado como para que pudiera captarlo un oído humano. Hacía mucho tiempo que anhelaba poseer esta especie en particular, y, cuando me situé a la distancia adecuada, lancé mi cazamariposas. Todo el mundo ha escuchado el gemido del campeón de tenis tras haber fallado un golpe fácil. Todo el mundo ha visto el rostro del mundialmente famoso maestro Wilhelm Edmundson cuando, durante una exhibición de partidas simultáneas celebrada en un café de Minsk, perdió su torre, por un absurdo descuido, ante un aficionado local, el pediatra doctor Schach, que finalmente le ganó. Pero no hubo nadie aquel día (excepto yo mismo de mayor) que pudiera verme sacudir el cazamariposas para hacer saltar la ramita que era su único contenido, y quedarme mirando pasmado el agujero de la tarlatana.

5

Cerca de la intersección de dos caminos carreteros (uno de ellos, muy cuidado, que unía, en dirección norte-sur, nuestro parque «viejo» con el «nuevo», y el otro, enfangado y lleno de baches, que conducía, torciendo hacia el oeste, a Batovo), en un punto donde se amontonaban los álamos temblones a ambos lados de una pendiente, estaba seguro de encontrar en la tercera semana de junio grandes ninfáldas negroazuladas con listas de blanco purísimo, deslizándose y volando en círculos bajos sobre la rica arcilla cuyo color hacía juego con el de la cara inferior de sus alas cuando al posarse las cerraban. Eran los machos, tan amantes del estiércol, de aquella mariposa que los antiguos coleccionistas llamaban *Poplar Admirable*; más exactamente, pertenecían a su subespecie bucovínica. Yo era entonces un niño de nueve años, y no conocía esta raza, pero noté hasta qué punto eran diferentes nuestros especímenes rusos de la forma centroeuropea ilustrada de Hofmann, y cometí la temeridad de escribirle una carta a Kuznetsov, uno de los grandes lepidopterólogos rusos, e incluso mundiales, de todos los tiempos, bautizando mi subespecie con el nombre de «*Limenitis populi rossica*». Al cabo de un largo mes me devolvió mi descripción y mi acuarela de la «rossica Nabokov» con sólo un par de palabras garabateadas en la otra cara de mi carta: «*bucovinensis Hormuzaki*». ¡Cuánto detesté a Hormuzaki! ¡Y qué ofendido me sentí cuando en uno de los posteriores artículos de Kuznetsov localicé una malhumorada referencia a «esos colegiales que se empeñan en bautizar con su nombre ligerísimas variaciones de la ninfa mayor». Sin dejarme arredrar por el fracaso de la *populi*, al año siguiente «descubrí» una «nueva» mariposa nocturna. Aquel verano había estado cazando asiduamente todas las noches sin luna, en un claro del parque, a base de extender sobre la hierba y sus fastidiadas luciérnagas una sábana, sobre la que proyectaba la luz de una linterna de acetileno (que, seis años después brillaría sobre *Tamara*). Procedentes de la sólida oscuridad que me rodeaba, las mariposas nocturnas se lanzaban hacia este circo de luminosidad, y fue así, en esa sábana mágica, donde cacé una preciosa *Plusia* (actualmente *Phytometra*) que, según pude observar inmediatamente, se diferenciaba de su pariente más próximo por sus alas anteriores de colores malva y marrón (en lugar de pardodorado), una marca más estrecha en la bráctea, y que no estaba representada de forma reconocible en ninguno de mis libros. Envié su descripción y dibujo a Richard South, para que los publicara en *The Entomologist*. El tampoco la conocía, pero con la mayor amabilidad del mundo fue a comprobar su existencia en la colección del Museo Británico, y averiguó que había sido descrita hacía mucho tiempo, y bautizada con el nombre de *Plusia excelsa* por Kretschmar. Encajé, con el mayor estoicismo, la triste noticia, redactada con enormes dosis de simpatía («... debe ser felicitado por haber obtenido... rarísimo espécimen del Volga... su

admirable dibujo...»); pero al cabo de muchos años, gracias a un feliz azar (ya sé que no debería comentar públicamente estas cosas), ajusté mis cuentas con el primer descubridor de mi polilla dando su nombre a un ciego en una de mis novelas.

Permítaseme también evocar a las esfinges, esos aviones a reacción de mi adolescencia. En los atardeceres de junio los colores tenían una prolongada agonía. Las lilas en plena floración ante las que, cazamariposas en mano, yo aguardaba, mostraban en el crepúsculo sus arracimamientos de esponjoso gris, con un levísimo tinte púrpureo. Una húmeda y joven luna colgaba sobre la neblina de un prado vecino. A lo largo de los años posteriores me he encontrado también en muchos jardines como éste, aguardando en la misma actitud —Atenas, Antibes, Atlanta—, pero jamás he esperado con un deseo tan ardiente como cuando lo hacía junto a esas lilas que iban oscureciéndose poco a poco. Y de repente me llegaba un débil zumbido que avanzaba de flor en flor, un halo de vibraciones circundando el cuerpo aerodinámico, verde oliva y rosa, de una esfinge colibrí detenida en el aire sobre la corola en la que había introducido su larga lengua. Su bella larva negra (que parece una cobra diminuta cuando hincha sus ocelados segmentos delanteros) podía ser localizada un par de meses más tarde sobre las húmedas adelfillas. De este modo, cada hora y cada estación tenían sus encantos. Y, finalmente, en las frías noches de otoño, incluso cuando llegan las primeras heladas, se podían cazar mariposas nocturnas con trampas dulces, untando los troncos de los árboles con una mezcla de melaza, cerveza y ron. A través de la borrascosa negrura, la lámpara iluminaba los pegajosamente brillantes pliegues de la corteza, y las dos o tres mariposas nocturnas que bebían su dulzor con sus nerviosas alas semiabiertas, al estilo de la diurnas, dejaban ver en las inferiores la increíble seda carmesí parcialmente oculta por el gris liquen de las primarias. Y cuando, tropezando en la oscuridad, regresaba a casa para mostrarle las piezas cobradas a mi padre, gritaba en son de triunfo hacia las ventanas iluminadas:

—¡Catocala adultera!

6

El parque «inglés» que separaba la casa de los campos de heno era muy extenso y complicado, con senderos laberínticos y bancos turguenevianos, y robles de importación que se alzaban entre los abetos y abedules endémicos. Desde los tiempos de mi abuelo no había cesado la lucha por impedir que este parque regresara al estado salvaje, pero jamás se había alcanzado un éxito completo. Ningún jardinero era capaz de hacer frente a los montículos de rizada tierra negra que las manos rosadas de los topos se empeñaban en ir amontonando en la pulcra arena de la avenida central. Las malas hierbas y los hongos, y también algunas raíces de árboles, a modo de gruesas venas, cruzaban en todos los sentidos los senderos moteados por la luz del sol. En los años ochenta fueron eliminados los osos, pero de vez en cuando todavía visitaba estos terrenos algún que otro alce. Un pequeño fresno de montaña y un álamo temblón más pequeño incluso se habían encaramado, cogidos de la mano, como un par de torpes niños tímidos, a un pintoresco canto rodado. También había otros invasores más esquivos —excursionistas extraviados o alegres campesinos— que enloquecían a Ivan, nuestro canoso guardabosques, dejando dibujadas en los bancos y portales palabras obscenas. El proceso de desintegración continúa hoy en día, aunque en un sentido diferente, porque cuando trato ahora de seguir en mis recuerdos los serpenteantes senderos desde un punto dado a otro, noto alarmado que aparecen muchas lagunas, debidas al olvido o la ignorancia, semejantes a esos blancos correspondientes a zonas de tierra incógnita que los cartógrafos llamaban «bellas durmientes».

Más allá del parque comenzaban los sembrados, con un continuo temblor de alas de mariposas flotando sobre el temblor de las flores —margaritas, campánulas, escabiosas y otras— que actualmente pasan aprisa junto a mí en una calina coloreada, comparable a esos maravillosos y lujuriantes prados que vemos desde el vagón restaurante que nos lleva de un extremo a otro del continente, y que jamás podremos explorar. Al final de este herboso país de las maravillas se alzaba, como una muralla, el bosque. Por allí vagaba yo, escrutando los troncos (la parte encantada, silenciosa, de los árboles) para ver si encontraba ciertas polillas diminutas, que en Inglaterra llaman Pugs, delicadas criaturas que de día se cuelgan de superficies moteadas con las que se confunden sus alas planas y sus abdómenes doblados hacia arriba. Allí, en las profundidades de ese mar de verdor asaeteado de sol, giraba yo lentamente en torno a los más gruesos troncos. Nada del mundo me hubiera parecido tan maravilloso como poder añadir, gracias a un golpe de suerte, alguna notable especie nueva a la larga lista de Pugs bautizadas por otros. Y mi alborotada imaginación, humillándose ostensible y casi grotescamente ante mi deseo (pero, en todo momento, conspirando fantasmalmente entre bastidores, planeando fríamente los

acontecimientos más remotos de mi destino), se empeñaba en proporcionarme ejemplos alucinatorios de textos en pequeña letra impresa: «... el único espécimen conocido hasta ahora...» «... el único espécimen conocido de la *Eupithecia petropolitana* fue obtenido por un colegial ruso...» «... por un joven coleccionista ruso...» «... por mí mismo en la región de San Petersburgo, distrito Tsarskoe Selo, en 1910... 1911... 1912... 1913...». Y luego, al cabo de treinta años, aquella maravillosa noche negra en Wasatch Range.

Al principio —cuando tenía, más o menos, ocho o nueve años— jamás erraba más allá de los campos y bosques que había entre Vyra y Batovo. Posteriormente, cuando me dirigía a cierto lugar especial situado a nueve o diez kilómetros, me iba en bicicleta hasta allí, con el cazamariposas atado al cuadro; pero no abundaban los senderos forestales que permitiesen el paso sobre dos ruedas; se podía penetrar hasta allí, naturalmente, a caballo, pero, debido a nuestros feroces tabánidos rusos, no se podía dejar a un caballo arrendado en un bosque ni un minuto: mi animoso bayo a punto estuvo un día de encaramarse a la copa de un árbol tratando de eludirlos: grandes energúmenos de sedosos y húmedos ojos y atigrados cuerpos, y otros más pequeños dotados de trompas más potentes incluso, pero mucho más lentos; cargarme a un par de estos sombríos borrachos con un golpe de mi mano enguantada mientras estaban pegados al cuello de mi montura suponía para mí un maravilloso alivio empático (que quizá no sabrían apreciar los dipterólogos). Fuera como fuese, en mis cacerías de mariposas, caminar era mi medio de locomoción preferido (con la excepción, claro está, de una silla voladora capaz de deslizarse agradablemente sobre las alfombras vegetales y las rocas de una montaña inexplorada, o flotar justo por encima del florido techo de un bosque tropical); porque al andar, sobre todo en las regiones que has estudiado a fondo, encuentras un placer exquisito cuando te alejas de tu itinerario para visitar, aquí y allá, a la vera del camino, tal claro, cual arboleda, esta o aquella combinación de tierra y flora, para hacerle una visita inesperada, por así decirlo, a una mariposa conocida en su habitat particular, a fin de comprobar si ya ha aparecido, y, suponiendo que sea así, ver qué tal le van las cosas.

Hubo una vez un día de julio —supongo que de 1910 aproximadamente— en el que sentí el impulso de explorar la vasta zona pantanosa que se encontraba en la otra orilla del Oredezh. Después de seguir los márgenes del río a lo largo de cinco o seis kilómetros, encontré un cimbreado puentecillo. Mientras lo cruzaba pude ver las chozas de un villorrio a mi izquierda, manzanos, hileras de rojizos troncos de pino yaciendo sobre una orilla verde, y las brillantes manchas de color que formaban sobre el césped las esparcidas ropas de unas muchachas campesinas que, completamente desnudas, en aguas poco profundas, alborotaban y chillaban, haciéndome tan poco caso como si yo fuera el descarnado portador de mis actuales reminiscencias.

Al otro lado del río, una densa multitud de pequeñas mariposas macho azul brillante que se embriagaban de una rica y pisoteada mezcla de barro con estiércol de vaca alzó conjuntamente el vuelo cuando yo pasé, y volvió a posarse en cuanto me fui.

Después de haberme abierto camino a través de algunas arboledas de pinos y matorrales de alisos, llegué a la ciénaga. En cuanto mi oído captó el zumbido de los dípteros a mi alrededor, el grito gutural de una agachadiza sobre mi cabeza y el gorgoteo del pantano bajo mis pies, supe que encontraría aquí esas especialísimas mariposas árticas cuyas imágenes o, mejor aún, cuyas descripciones no ilustradas, había venerado yo durante varias estaciones. Y al momento siguiente ya me rodeaban por todas partes. Sobre las bajas matas de arándanos que exponían sus frutos de tenue azul ensoñado, sobre el pardo ojo del agua estancada, sobre los musgos y los fangos, sobre los tallos floridos de la fragante orquídea palustre (la *nochnaya fialka* de los poetas rusos), una oscura y diminuta fritilaria bautizada con el nombre de una diosa noruega pasó en vuelo bajo, rasante. La bonita cordígera, una mariposa nocturna que parece una gema, zumbaba en torno a la planta pantanosa de la que se alimentaba. Perseguí *colias* de rosados bordes, *sátiros* de jaspeados grises. Sin preocuparme por los mosquitos que cubrían mis antebrazos como un pelaje, me agaché con un gruñido de placer para extinguir la vida de cierto lepidóptero de alas tachonadas de plata que latía entre los pliegues de mi red. A través de los aromas del pantano, me llegó el sutil perfume de las alas de las mariposas en mis dedos, un perfume que varía según las especies: vainilla, o limón, o almizcle, o un olor dulzón y rancio que no es fácil definir. Lejos de sentirme saciado, seguí adelante. Finalmente vi que había llegado al final del pantano. La cuesta que se elevaba delante de mí era un paraíso de altramuces, aguileñas y *pentstemons*. Mariposa *lilies* bajo pinos ponderosa. A lo lejos, veloces sombras de nubes moteaban las laderas de tono verde deslustrado que se elevaban por encima del límite del bosque y del gris y blanco del Longs Peak.

Confieso que no creo en el tiempo. Me gusta plegar mi alfombra mágica, tras haberla usado, de forma que una parte del dibujo quede superpuesta a la otra. Que tropiecen las visitas, no importa. Y el mayor

placer de la atemporalidad —en un paisaje elegido al azar— es el que encuentro cuando me veo rodeado de mariposas poco frecuentes y de las plantas con que se alimentan. Eso es el éxtasis, y más allá del éxtasis hay otra cosa que me resulta difícil de explicar. Es como un vacío momentáneo en el que se precipita todo lo que amo. Un sentimiento de unidad con el sol y la roca. Un estremecimiento de gratitud para con aquel a quien pueda interesar, al contrapuntístico genio del destino humano o a los tiernos fantasmas que miman a este afortunado mortal.

CAPITULO SÉPTIMO

1

En los primeros años de este siglo, una agencia de viajes de la Avenida Nevski tenía expuesta una reproducción a escala, de sesenta centímetros, de un coche-cama internacional color castaño claro. Era tanta su delicada verosimilitud que dejaba en completo ridículo la hojalata pintada de mis trenes de cuerda. Por desgracia, no estaba en venta. Se llegaba a distinguir el tapizado azul de su interior, el revestimiento de cuero repujado de los compartimientos, sus bruñidos paneles, espejos empotrados, lámparas de lectura con tulipas, y otros enloquecedores detalles. Unas ventanas espaciales se alternaban con otras más estrechas, simples o geminadas, y algunas de éstas eran de vidrio deslustrado. En unos pocos compartimientos estaban hechas las camas.

El entonces magnífico y hechizador Nord-Express (no volvió a ser lo mismo después de la Primera Guerra Mundial, cuando su elegante color castaño claro se convirtió en un azul de *nouveau-riche*), formado únicamente por esta clase de vagones internacionales y que sólo circulaba dos veces a la semana, conectaba San Petersburgo con París. Hubiese dicho directamente con París, si sus pasajeros no hubieran sido obligados a cambiar de tren, para tomar otro superficialmente similar, en la frontera ruso-germana (*Verzhbolovo-Eydtkuhnen*), en donde el amplio y perezoso ancho ruso de un metro y cincuenta y tres centímetros era sustituido por el ancho estándar europeo de un metro y cuarenta y tres centímetros, y el carbón reemplazaba la leña de abedul.

En el más alejado extremo de mi mente soy capaz de desentrañar, me parece, al menos cinco de esos viajes a París, con la Riviera o Biarritz como destino final. En 1909, el año que ahora escojo, nuestro grupo estaba formado por once personas y un *dachshund*. Con sus guantes y su gorra de viaje, mi padre permanecía sentado, leyendo un libro, en el compartimiento que compartía con nuestro preceptor. Un lavabo nos separaba a mi hermano y a mí de ellos. Mi madre y su doncella Natasha ocupaban un compartimiento adyacente al nuestro. A continuación estaban mis dos hermanas pequeñas, Miss Lavington, su institutriz inglesa, y una niñera rusa. El miembro desaparejado de nuestro grupo, el ayuda de cámara de mi padre, Osip (a quien diez años más tarde fusilarían los pedantes bolcheviques por haberse apropiado de nuestras bicicletas en lugar de entregarlas a la nación) tenía por compañero a un desconocido.

Histórica y artísticamente, el año había empezado con un chiste político de *Punch*: la diosa Inglaterra inclinada sobre la diosa Italia, contra cuya cabeza había ido a chocar uno de los ladrillos de Mesina; probablemente se trate del peor dibujo que haya jamás inspirado ningún terremoto. En abril de ese año, Peary había llegado al polo Norte. En mayo, Shalyapin había cantado en París. En junio, preocupado por los rumores que hablaban de nuevos Zepelines, el ministerio norteamericano de la Guerra comunicó a los reporteros sus planes para la creación de una Armada aérea. En julio, Blériot había volado de Calais a Dover (con un pequeño rizo adicional debido a que perdió el rumbo). Ahora estábamos a finales de agosto. Los abetos y pantanos del noroeste de Rusia se deslizaron velozmente a nuestro lado, y el día siguiente dio paso a los pinares y brezales alemanes.

En una mesa plegable mi madre y yo jugamos a un juego de naipes llamado *durachki*. Aunque estábamos aún a plena luz del día, nuestras cartas, un vaso y, en un plano diferente, los cierres metálicos de una maleta, se reflejaban en el cristal. A través de bosques y sembrados, y en súbitas gargantas, y por entre casitas que huían precipitadamente, aquellos descarnados jugadores seguían jugando sin parar y cruzando sin parar centelleantes apuestas. Fue una partida larga, larguísima: en esta gris mañana invernal veo brillar en el espejo de mi luminosa habitación de hotel los mismos, precisamente los mismos cierres de esa maleta que ahora ya tiene setenta años de edad, un *nécessaire de voyage* bastante alto y pesadote de piel de cerdo, con las iniciales «H. N.» complicadamente bordadas con grueso hilo de plata y con una corona similar encima, comprado en 1897 para el viaje de bodas de mi madre a Florencia. En 1917 transportó desde San Petersburgo hasta la Península de

Crimea, y luego hasta Londres, un puñado de joyas. Alrededor de 1930 perdió en una casa de empeños sus caros receptáculos de plata y cristal, dejando así vacías las ingeniosamente dispuestas fajas de cuero del envés de la tapa. Pero esa pérdida ha quedado ampliamente compensada durante los treinta años que ha estado viajando conmigo: de Praga a París, de St. Nazaire a Nueva York y a través de los espejos de más de doscientas habitaciones de motel y casas de alquiler, en cuarenta y seis estados. El hecho de que el más robusto superviviente de nuestra herencia rusa haya resultado ser una pequeña maleta me parece lógico y a la vez emblemático.

—*Ne budet-li, ñ ved' ustal* [¿No te parece suficiente, no estás cansado?] —me preguntaba mi madre, y luego, mientras barajaba lentamente, volvía a abstraerse en sus pensamientos. La puerta del compartimiento estaba abierta y yo podía ver la ventanilla del pasillo, en la que los cables —seis delgados cables negros— hacían los mayores esfuerzos por sesgarse hacia arriba, ascender hacia el cielo, a pesar de los relampagueantes golpes que les asestaban, uno tras otro, los postes; pero justo cuando los seis a la vez, llevados por un triunfal impulso de patético júbilo, estaban a punto de llegar a la parte superior de la ventanilla, un golpe especialmente cruel los abatía, dejándolos tan abajo como al principio, y no les quedaba más remedio que empezar otra vez.

Cuando, en viajes como éste, el tren cambiaba de velocidad para adoptar un decoroso paso de andadura, y pasaba casi rozando las fachadas de las casas y los carteles de las tiendas de alguna de las ciudades alemanas que atravesábamos, yo solía sentir una doble excitación que no proporcionan las estaciones terminales. Veía entonces una ciudad, con sus tranvías de juguete, sus tilos y sus paredes de ladrillo, que penetraba en el compartimiento, alternaba con los espejos, y llenaba por completo las ventanillas del lado del pasillo. Este contacto tan poco protocolario entre el tren y la ciudad era una de las cosas que me emocionaban. La otra consistía en ponerme en el lugar de algún viandante que, imaginaba yo, estaba tan emocionado como yo lo hubiera estado viendo los alargados y románticos vagones castaño rojizo, con sus fuelles de conexión tan negros como las alas de un murciélago y sus letras metálicas lanzando destellos cobrizos al sol bajo, cruzando sin prisas un puente de hierro que salva una calle cualquiera para después girar, con todas las ventanillas de repente incendiadas, y quedar oculto tras el último edificio de pisos.

Estas amalgamas visuales tenían sus inconvenientes. El vagón restaurante, que con sus amplias ventanillas ofrecía una panorámica de castas botellas de agua mineral, servilletas dobladas a modo de mitras, y tabletas de chocolate de mentirijillas (sus envoltorios —Cailler, Kohler y demás— no contenían más que madera), era percibido al principio como un fresco refugio que se alcanzaba después de una sucesión de tambaleantes pasillos azules; pero cuando la comida llegaba a su fatal último plato, y, de forma cada vez más aterradora, un equilibrista cargado con una bandeja llena retrocedía hacia nuestra mesa para dejar paso a otro equilibrista cargado con otra bandeja llena, yo solía captar el vagón en el momento de estar siendo implacablemente envainado, tambaleantes camareros incluidos, en el paisaje, mientras el propio paisaje sufría todo un complejo sistema de sobresaltos, la luna diurna se empeñaba testarudamente en no dejarse adelantar por mi plato, los prados alejados se abrían como un abanico, los árboles próximos subían hacia la vía en columpios invisibles, una vía paralela se suicidaba de golpe por anastomosis, un terraplén de nictitante hierba se elevaba más y más y más, hasta que el pequeño testigo de aquella confusión de velocidades se veía obligado a vomitar su porción de *omelette aux confitures de fraises*.

Era por la noche, sin embargo, cuando la Compagnie Internationale des Wagons-Lits et des Grands Express Européens justificaba el mágico hechizo de su nombre. Desde mi cama situada bajo la litera de mi hermano (¿Estaba dormido? ¿Estaba en realidad allí?), en la semioscuridad de nuestro compartimiento, yo seguía viendo cosas, y partes de cosas, y sombras, y fragmentos de sombras que se desplazaban cautelosamente de un lado para otro sin llegar nunca a ninguna parte. Las maderas crujían y rechinaban levemente. Cerca de la puerta que daba al retrete, una borrosa prenda colgada de un gancho y, más arriba, la borla del cordón de la azul mariposa bivalva se balanceaban rítmicamente. No era fácil relacionar aquellos titubeantes movimientos de aproximación, aquella encapirotada cautela, con la veloz precipitación de la noche exterior, que yo sabía que estaba deslizándose velozmente a mi lado, listada de centelleos, ilegible.

Conseguía dormirme gracias al simple acto de identificarme con el maquinista. Una sensación de amodorrado bienestar invadía mis venas en cuanto conseguía tenerlo todo bien organizado: los despreocupados pasajeros disfrutando en sus asientos del paseo que yo les daba, fumando, intercambiando sonrisas de complicidad, dando cabezadas, dormitando; los camareros y cocineros y revisores (a los que tenía que situar en algún lugar), de parranda en el vagón restaurante; y yo, tiznado y

con los ojos desorbitados, asomándome desde la cabina de la locomotora para mirar las ahusadas vías, o el punto esmeralda o rubí que brillaba a lo lejos en medio de la negrura. Y luego, una vez dormido, veía una cosa completamente distinta: una canica de cristal rodando bajo un gran piano o una locomotora de juguete caída de costado, con las ruedas girando todavía resueltamente.

A veces mi sueño quedaba interrumpido por los cambios de velocidad del tren. Lentas luces acechaban de cerca; cada una investigaba al pasar la misma hendedura, y luego un arco luminoso medía las sombras. Al cabo de un rato el tren se detenía con un prolongado suspiro *westinghousesco*. Una cosa (las gafas de mi hermano, según se pudo comprobar al día siguiente) cayó de arriba. Resultaba maravillosamente emocionante gatear hasta los pies de la cama, arrastrando parte de las mantas, para soltar con cautela el fiador de la cortinilla, que sólo subía hasta la mitad porque quedaba trabada en el extremo de la litera superior.

Al igual que las lunas que giran en torno a Júpiter, pálidas mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de una solitaria farola. Un periódico desmembrado se agitaba sobre un banco. Procedentes de algún rincón del tren, se oían voces sofocadas, la tranquila tos de alguien. No había nada especialmente interesante en la porción de andén que tenía delante de mí, y sin embargo me sentía incapaz de desprenderme de ella hasta que se alejaba por propia decisión.

A la mañana siguiente, unos sembrados húmedos con deformes sauces alineados a lo largo de una zanja o una lejana hilera de álamos ceñidos por una faja de lechosa neblina, te decían que el tren caía en barrena sobre Bélgica. Llegaba a París a las cuatro de la tarde, e incluso si la estancia allí era solamente de una noche, siempre me quedaba tiempo suficiente para comprar alguna cosa —por ejemplo, una pequeñita Tour Eiffel de latón recubierto por una tosca capa de pintura plateada— antes de subir, al mediodía siguiente, al Sud-Express que, de paso para Madrid, nos depositaba alrededor de las diez de la noche en la estación de Biarritz, La Négresse, a pocos kilómetros de la frontera española.

2

Biarritz todavía conservaba en aquellos tiempos su más pura esencia. Polvorientos matorrales de zarzamora y *terrains a vendre* invadidos por las malas hierbas bordeaban el camino que conducía a nuestra villa. El Carlton estaba todavía en obras. Tendrían que transcurrir unos treinta y seis años antes de que el general de brigada Samuel McCroskey se instalara en la suite real del Hotel du Palais, que ocupa el solar de un antiguo palacio en el que, en los años sesenta del siglo pasado, Daniel Home, aquel médium increíblemente ágil, fue, según los rumores, sorprendido cuando estaba golpeando suavemente con su pie descalzo (como si se tratara de la mano de un fantasma) el amable y confiado rostro de la emperatriz Eugénie. En el paseo que hay cerca del casino, una anciana florista con cejas de carbonilla y sonrisa pintarrajeada introducía diestramente el rollizo émbolo de un clavel en el ojal de un interceptado paseante cuya papada izquierda acentuaba sus regios repliegues al bajar la vista lateralmente para observar la tímida inserción de la flor.

Las intensamente coloreadas *Quercus Eggar* que buscaban su alimento por entre la maleza eran completamente diferentes de las nuestras (que, de todos modos, tampoco crían en los robles), y las *Speckled woods* (*moteadas de los bosques*) no rondaban aquí los bosques sino los setos, y no tenían las manchas de color amarillo claro, sino leonado. La cleopatra, una *gonepteryx* de aspecto tropical y colores limón y anaranjado, que revoloteaba lánguidamente por los jardines, me había asombrado en 1907 y seguía siendo uno de los blancos preferidos de mi cazamariposas.

A lo largo del margen superior de la *plage*, varias tumbonas y taburetes plegables sostenían a los padres de los niños con sombrero de paja que jugaban en la arena, junto al mar. A mí se me podía ver de rodillas, tratando de prenderle fuego por medio de una lente de aumento a un peine encontrado allí. Los varones lucían pantalones cortos que para las miradas actuales parecería que se hubieran encogido al lavarlos; las damas llevaban, aquella temporada, americanas ligeras con solapas forradas de seda, sombreros de alta copa y anchas alas, densos velos blancos con bordados, blusas con la pechera de volantes, y más volantes en las muñecas y en las sombrillas. La brisa empapaba los labios de sal. A tremenda velocidad, una *colias* común extraviada atravesó como un rayo la palpitante playa.

Por si faltaran movimientos y sonidos, estaban además los que proporcionaban los vendedores ambulantes que anunciaban a gritos sus cacahuetes, almendras garapiñadas, helados de pistacho de un verde celestial, pastillas de cachú, y enormes pedazos convexos de una cosa reseca, arenosa, parecida a una galleta, que llevaban en un bidón rojo. Con una claridad que ninguna superposición posterior ha podido velar, veo a ese vendedor de galletas hundiendo sus pesados pasos en la profunda y harinosa

arena con el pesado bidón cargado sobre su encorvada espalda. Cuando le llamaban, se lo descolgaba del hombro dándole un brusco giro a la correa, lo dejaba caer sin miramientos sobre la arena, en donde quedaba inclinado como la Torre de Pisa, se secaba la cara con la manga, y pasaba a manipular un mecanismo a modo de brújula provisto de unos números y situado en la tapa del bidón. La flecha giraba repiqueteando y zumbando. Se suponía que la suerte decidía el tamaño de la galleta que te vendía por un *sou*. Cuanto mayor era, más lo sentía yo por él.

El proceso del baño se desarrollaba en otra zona de la playa. Allí había bañistas profesionales, hoscos vascos con bañador negro, que ayudaban a las damas y a los niños a disfrutar de los terrores del oleaje. Uno de esos *baigneurs* colocaba a su cliente de espaldas a la ola que comenzaba a acercarse y le sostenía de la mano cuando la creciente masa giratoria de agua verde y espumosa caía violentamente desde detrás, levantándole los pies por los aires con su potente golpe. Tras una docena de volteretas como ésta, el *baigneur*, reluciente como una foca, conducía a la jadeante, temblorosa y húmedamente gangueante persona que estaba bajo su responsabilidad hacia tierra, camino de la zona plana de la orilla en donde una inolvidable anciana con la barbilla poblada de pelos canos elegía rápidamente uno de los albornoces que colgaban de una cuerda. En la seguridad de una caseta pequeñita, otro empleado te ayudaba a quitarte el empapado bañador, tan pesado ahora que estaba cargado de arena. El traje de baño caía con un golpe seco sobre las tablas, y, temblando aún, levantabas primero un pie y luego el otro para luego pisar sus borrosas listas azuladas. La caseta olía a pino. El empleado, un jorobado de arrugadas sonrisas resplandecientes, te acercaba una palangana llena de agua humeante en la que sumergías los pies. El me enseñó, y su lección se ha conservado desde entonces en una célula de cristal de mi memoria, que, en vasco, mariposa se dice *misericoletea*, o así fue al menos como me sonó a mí (entre las siete palabras que he encontrado en los diccionarios, la que más se le aproxima es *micheletea*).

3

En la parte más oscura y húmeda de la *plage*, esa zona que durante la bajamar proporcionaba el mejor barro para hacer castillos, me encontré, un día, cavando al lado de una niña francesa que se llamaba Colette.

Ella iba a cumplir los diez años en noviembre, yo había cumplido diez años en abril. Llamé su atención sobre un mellado fragmento de concha violeta que había pisado ella con el desnudo talón de su pie de largos dedos. No, yo no era inglés. Sus ojos verdosos parecían estar moteados por un rebosamiento de las pecas que salpicaban su cara de rasgos afilados. Vestía lo que actualmente llamaríamos prendas deportivas: un jersey azul arremangado y pantalones azules de punto. Yo la había tomado al principio por un chico, pero después me desconcertaron el brazalete de su delgada muñeca y los castaños rizos de sacacorchos que colgaban bajo el borde de su gorra de marinero.

Hablaba con estallidos de rápido gorjeo de pajarillo, mezclando inglés de institutriz con francés parisiense. Dos años antes, en esta misma *plage*, yo había sentido gran afecto por Zina, la encantadora, bronceada y malhumorada hijita de un médico naturista servio: ella tenía, lo recuerdo (absurdamente, porque ambos contábamos apenas ocho años en aquel momento), un *grain de beauté* en su piel de albaricoque, justo debajo del corazón, y había una horrible colección de orinales, llenos del todo o hasta la mitad, y uno de ellos con burbujas en la superficie, en el piso del vestíbulo de la pensión en donde su familia se alojaba, que visité una vez a primera hora de la mañana para que ella me diese, mientras la vestían, una esfinge colibrí muerta que había encontrado un gato. Pero cuando conocí a Colette, supe inmediatamente que esta vez la cosa iba en serio. ¡Colette me parecía muchísimo más extraña que todas mis demás accidentales compañeras de juego de Biarritz! No sé de qué modo llegué a adquirir la convicción de que ella era menos feliz que yo, menos querida. Un morado en su frágil y aterciopelado antebrazo provocó espantosas conjeturas.

—Da unos pellizcos peores que los de mamá —dijo, refiriéndose a un cangrejo.

Hice varios planes para salvarla de sus padres, que eran «*des bourgeois de París*», según oí que alguien le decía a mi madre con un ligero ademán despectivo. Yo interpreté el desdén a mi modo, pues sabía que la familia había venido desde París en su limusina azul y amarilla (una aventura que en aquellos tiempos estaba de moda) pero que habían enviado a Colette con el perro y la institutriz en un aburrido y vulgar tren de pasajeros. El perro era una hembra *fox terrier* con campanitas en el collar y unos cuartos traseros muy meneones. Sus entusiastas coletazos salpicaban a todo el mundo con el agua

salada del cubito de Colette. Recuerdo el velero, el crepúsculo y el faro pintados en ese cubito, pero no me acuerdo del nombre del perro, y eso me fastidia.

Durante los dos meses de nuestra estancia en Biarritz, mi pasión por Colette casi superó mi pasión por Cleopatra. Como mis padres no ardían en deseos de conocer a los suyos, sólo la veía en la playa; pero pensaba constantemente en ella. Si notaba que había estado llorando, sentía una oleada de desesperada angustia que hacía que también a mí se me saltaran las lágrimas. No podía destruir los mosquitos que le habían dejado aquellas mordeduras en su delicado cuello, pero podía pelearme, y así lo hice, a puñetazos con un chico pelirrojo que la trató mal; gané yo. Ella acostumbraba a darme amables puñados de caramelos. Un día, cuando estábamos agachados mirando una estrella de mar, y los ricitos de Colette me hacían cosquillas en la oreja, se volvió de repente hacia mí y me besó en la mejilla. Sentí una emoción tan grande que lo único que se me ocurrió decirle fue:

—¡Serás pillastre!

Yo tenía una moneda de oro que suponía sería suficiente para financiar nuestra fuga. ¿A dónde quería llevarla? ¿A España? ¿A América? ¿A las montañas que hay al norte de Pau? «*Là-bas, là-bas, dans la montagne*», como le había oído cantar a Carmen en la ópera. Una noche extraña, me encontraba despierto, escuchando el recurrente y sordo golpear del océano y planeando nuestra huida. Parecía que el océano se elevase y avanzase a tientas en la oscuridad, para luego caer pesadamente de bruces.

Respecto a nuestra fuga real casi no puedo contar nada. Mi memoria conserva un vislumbre del momento en que ella se pone obedientemente unas alpargatas de lona con suela de esparto, al socaire de una aleteante tienda, mientras yo guardo un cazamariposas en una bolsa de papel pardo. El siguiente vislumbre corresponde al intento que hicimos de burlar a nuestros perseguidores entrando en la oscurísima sala de un cinema próximo al casino (que, naturalmente, estaba fuera de los límites prescritos). Nos sentamos allí, con las manos cogidas por encima del perro, que de vez en cuando tintineaba en el regazo de Colette, y nos proyectaron una espasmódica y lluviosa, pero emocionantísima, corrida de toros en San Sebastián. En mi vislumbre final aparezco yo mismo siendo conducido por el paseo por Linderovski. Sus largas piernas caminan con paso ominosamente ligero, y veo los músculos de su ominosamente apretada mandíbula tensándose bajo la prieta piel. El gafas de mí hermano, que tiene nueve años, y que va cogido de su otra mano, se adelanta trotando una y otra vez para asomarse y mirarme con espantada curiosidad, como una pequeña lechuza.

Entre los triviales recuerdos adquiridos en Biarritz antes de partir, mi preferido no era el torito de piedra negra ni la sonora concha sino otra cosa que ahora parece simbólica: un portaplumas de espuma de mar que llevaba como adorno una diminuta mirilla de cristal. Acercándola mucho al ojo, y cerrando bien fuerte el otro, en cuanto te librabas del reflejo de las pestañas podías contemplar en su interior una milagrosa vista fotográfica de la bahía, y el perfil de los acantilados con el faro en su extremo.

Y ahora ocurre una cosa deliciosa. El proceso de recreación de ese portaplumas y del microcosmos de su ojete anima a mi memoria a hacer un último esfuerzo. Intento de nuevo recordar el nombre del perro de Colette, y, triunfalmente, corriendo por esas remotas playas, por esas satinadas playas crepusculares del pasado en las que cada huella se va llenando lentamente con el agua del ocaso, se me acerca, se me acerca, repetido como un eco brillante: ¡Floss, Floss, Floss!

Colette ya estaba de regreso en París cuando nosotros nos detuvimos allí para permanecer un día antes de continuar nuestro viaje de regreso a casa; y allí, en un parque color cervato, bajo un cielo de fría tonalidad azul, la veo (creo que debido a un previo acuerdo entre nuestros mentores) por última vez. Ella llevaba un aro que conducía con un palito corto, y todo en su aspecto era extraordinariamente correcto y elegante, según una concepción otoñal, parisién, *tenue-de-ville-pour-filletes*. Lo primero que hizo fue tomar de la mano de su institutriz, y deslizar en la de mi hermano, un regalo de despedida, una caja de almendras garapiñadas, destinadas, lo supe, únicamente para mí; y al instante se fue, dándole golpecitos a su reluciente aro por las sombras y las zonas iluminadas, dando vueltas y más vueltas a una fuente asfixiada bajo las hojas muertas, cerca de la cual yo permanecía. Las hojas se entremezclaban en mi memoria con la piel de sus zapatos y sus guantes, y había, me parece, algún detalle de su atavío (quizás una cinta en su gorra escocesa, o el dibujo de sus calcetines) que en aquel momento me recordó la espiral irisada de una canica de cristal. Todavía me parece estar sosteniendo ese jirón de iridiscencia sin saber en dónde encajarlo exactamente, mientras ella corre cada vez más aprisa con su aro y finalmente se desvanece por entre las tenues sombras proyectadas sobre el camino de gravilla por los arcos entrelazados de su baja cerca.

CAPITULO OCTAVO

Voy a pasar algunas transparencias, pero permítaseme que antes indique el dónde y el cuándo de la cuestión. Mi hermano y yo nacimos en San Petersburgo, capital de la Rusia Imperial, él a mitad de marzo de 1900, y yo once meses antes. Las institutrices inglesas y francesas que tuvimos en nuestra infancia fueron con el tiempo ayudadas, y finalmente suplantadas, por preceptores de lengua rusa, que en su mayor parte eran alumnos de la universidad de la capital. Esta época de los preceptores comenzó alrededor de 1906 y duró casi todo un decenio, superponiéndose, a partir de 1911, con nuestros años de la segunda enseñanza. Todos esos preceptores se alojaban con nosotros: en la casa de San Petersburgo durante el invierno, y el resto del tiempo en nuestra finca del campo, a setenta y cinco kilómetros de la ciudad, o en los centros extranjeros de reposo que solíamos visitar en otoño. Tres años fue lo máximo que necesité (en estas cosas, yo solía aventajar a mi hermano) para conseguir que, por agotamiento, estos tenaces jóvenes acabaran abandonándonos.

Se diría que, en la elección de nuestros preceptores, mi padre tuvo la ingeniosa idea de contratar en cada ocasión a un representante de una nueva clase o raza, a fin de exponernos a todos los vientos que barían el imperio ruso. Dudo que fuera un plan completamente deliberado por su parte, pero volviendo la vista atrás me encuentro con un patrón curiosamente claro, y las imágenes de aquellos preceptores aparecen en el disco luminoso de la memoria como si se tratara de otras tantas proyecciones de la linterna mágica.

El admirable e inolvidable maestro de pueblo que en el verano de 1905 nos enseñó ortografía rusa venía sólo unas pocas horas al día y no está incluido por lo tanto en esta serie. Pero sirve para unir su punto de partida con su final, pues mi último recuerdo de él data de las vacaciones de Pascua de 1915, que mi hermano y yo pasamos con mi padre y un tal Volgin —el último y el peor de los preceptores— esquiando en los terrenos asfixiados de nieve que rodeaban nuestra finca, y bajo un cielo intenso, casi violeta. Nuestro viejo amigo nos invitó a sus habitaciones del edificio de la escuela, con aleros festoneados de carámbanos, para tomar lo que él llamó un tentempié; de hecho se trataba de un complejo y cariñosamente organizado almuerzo. Todavía puedo ver su rostro resplandeciente y el maravillosamente simulado júbilo con que mi padre dio la bienvenida a un plato (liebre asada en salsa amarga) que yo sabía que él detestaba. En la habitación hacía un calor insoportable. Mis botas de esquiar, que empezaron a deshelarse, resultaron no ser tan impermeables como se suponía. Mis ojos, que aún me escocían de tanto mirar la deslumbrante nieve, estaban empeñados en descifrar, en la pared más próxima a mí, un retrato de los llamados «tipográficos» de Tolstoy. Como la cola de la rata de cierta página de Alicia en el País de las Maravillas, estaba completamente formado por letra impresa. Todo un relato de Tolstoy («Amo y siervo») había sido utilizado para formar la barbuda cara de su autor, a la que, por cierto, se parecían un poco los rasgos de nuestro anfitrión. Estábamos a punto de atacar la desafortunada liebre, cuando se abrió de golpe la puerta y Hristofor, un lacayo de nariz azulada envuelto en un chal de lana, entró de lado, con una sonrisa imbécil, una enorme cesta de comida rebosante de viandas y vinos que, con gran falta de tacto, mi abuela (que pasaba el invierno en Batovo) había creído necesario enviarnos, por si las provisiones del maestro resultaban insuficientes. Antes de que nuestro anfitrión tuviera tiempo de sentirse ofendido, mi padre hizo devolver el cesto sin abrirlo, con una breve nota que seguramente dejó desconcertada a la bienintencionada anciana, tal como solía ocurrir con casi todo lo que hacía mi padre. Envuelta en un batín de seda y con guantes de tul, no tanto ser vivo como mueble de época, la abuela se pasaba la mayor parte del tiempo tendida en un diván, agitando un abanico de marfil. Siempre tenía a su alcance una caja de *boules de gomme*, o un vaso de leche de almendras, así como un espejito de mano, pues solía empolvase la cara una y otra vez, cada hora aproximadamente, con una gran borla rosa, y el pequeño lunar de su pómulos despuntaba por encima de toda esa cantidad de harina, como una pasa de Corinto. A pesar de lo lánguido que era su aspecto corriente, seguía siendo una mujer de extraordinaria resistencia física y se empeñaba en dormir todo el año junto a una ventana abierta. Una mañana, después de una ventisca que se había prolongado toda la noche, su doncella la encontró bajo una capa de nieve centelleante que había cubierto toda su cama, sin turbar el saludable placer de su sueño. Si amaba a alguien, ese alguien era solamente su hija menor, Nadezhda Vonlyarlyarski, y fue por complacerla a ella por lo que vendió Batovo en 1916, en una operación que no benefició a nadie en aquella crepuscular marea baja de la historia imperial. Se quejó ante todos nuestros parientes de las fuerzas oscuras que sedujeron a su dotado hijo hasta arrastrarle a despreciar el tipo de carrera «brillante» al servicio del Zar que todos sus antepasados habían seguido. Lo

que más le costaba comprender era que mi padre, que, como bien sabía ella, apreciaba plenamente todos los placeres de la riqueza, pudiese jugarse su disfrute convirtiéndose en un liberal, y contribuyendo de este modo a provocar una revolución que, a la larga, tal como ella supo prever correctamente, le dejaría muy empobrecido.

2

Nuestro profesor de ortografía era hijo de un carpintero. En la sesión de linterna mágica que ahora empieza, mi primera transparencia muestra a un joven al que llamábamos Ordo, y que era el ilustrado hijo de un diácono ortodoxo griego. Para sus paseos con mi hermano y conmigo del frío verano de 1907 solía ponerse una byroniana capa negra cerrada con un broche de plata en forma de S. En la espesura de los bosques de Batovo, cerca de un riachuelo donde contaban que solía aparecerse el fantasma de un ahorcado, Ordo nos hacía una representación notablemente sacrílega y chiflada que, cada vez que pasábamos por allí, mi hermano y yo pedíamos por aclamación que repitiera. Dejando caer la cabeza, y haciendo aletear su capa de manera horripilante y vampírica, se ponía a dar brincos junto a un álamo de lúgubre aspecto. Una húmeda mañana, y en el curso de este ritual, perdió su pitillera, y mientras le ayudábamos a buscarla descubrí dos especímenes recién aparecidos de la esfinge del Amur, una mariposa nocturna rara en esa región —son unos adorables, aterciopelados seres de color gris morado—, dedicándose tranquilamente a la copulación, agarradas con sus patas forradas de chinchilla a la hierba del pie de un árbol. En otoño de ese mismo año, Ordo nos acompañó a Biarritz, y algunas semanas después partió con notable brusquedad, dejándose un regalo que le habíamos hecho, una maquinilla de afeitar Gillette, sobre su almohada, junto a una nota prendida con un alfiler. Sólo raras veces me ocurre que no sepa del todo si un recuerdo es mío o me ha llegado de segunda mano, pero en este caso vacilo, especialmente debido a que, mucho más tarde, mi madre, en sus días reminiscentes, solía hacer divertidas referencias a la llama que sin ella saberlo había encendido. Me parece recordar unas puertas abiertas de par en par hacia un salón, y allí en medio, en el suelo, Ordo, nuestro Ordo, puesto de rodillas y retorciéndose las manos delante de mi joven, bella y pasmada madre. El hecho de que me parezca ver, por el rabillo del ojo de mi mente, las ondulaciones de una capa romántica sobre los hombros estremecidos de Ordo, hace pensar que transferí algún elemento de esa anterior danza del bosque a la desdibujada habitación de nuestro apartamento de Biarritz (bajo cuyas ventanas, en un sector de la plaza cercado por unas cuerdas, un aeronauta de aquella localidad, Sigismond Lejoyeux, estaba hinchando un enorme globo color natillas).

Luego tuvimos a un ucraniano, un exuberante matemático de bigote moreno y centelleante sonrisa. Pasó parte del invierno 1907-1908 con nosotros. También él tenía sus habilidades, entre las cuales me resultó especialmente atractivo un número de malabarismo en el que hacía desaparecer una moneda. Una moneda, colocada sobre una hoja de papel, desaparece después de haber sido tapada por un vaso. Tómese un vaso corriente. Péguese cuidadosamente sobre su boca un pedazo redondo de papel. El papel debe ser rayado (o bien pautado); esto servirá para realzar el efecto. Coloquese una moneda pequeña (una de veinte kopecs, de las plateadas, irá la mar de bien) sobre una hoja con el mismo rayado o pautado. Con un rápido ademán, coloquese el vaso sobre la moneda, cuidando que encajen los rayados. La coincidencia de dibujos es una de las maravillas de la naturaleza. Las maravillas de la naturaleza ya empezaban a impresionarme a esa temprana edad. Durante uno de sus domingos libres, el pobre mago se desplomó en la calle y fue arrojado por la policía a una fría celda con una docena de borrachos. De hecho, padecía una afección cardíaca de la que murió pocos años después.

La siguiente foto parece que esté proyectada del revés en la pantalla. Muestra a nuestro siguiente preceptor haciendo la vertical. Era un enorme y formidablemente atlético letón, que caminaba sobre las palmas de sus manos, levantaba grandes pesos, hacía malabarismos con las pesas y era capaz de, en un santiamén, empapar toda una habitación del tufo a sudor de una guarnición entera. Cuando creía que tenía que castigarme por algún delito de menor cuantía (recuerdo, por ejemplo, haber soltado la canica de un niño desde un rellano alto de modo que cayera sobre su cabeza, atractiva y de aspecto consistente, cuando él estaba bajando la escalera), adoptaba la notablemente pedagógica medida de sugerirme que él y yo nos pusiéramos los guantes de boxeo para cruzar unos cuantos golpes. El solía alcanzarme la cara con hiriente precisión. Aunque yo prefería esto a que se me acalabrara la mano con los castigos inventados por Mademoiselle (por ejemplo, copiar doscientas veces el proverbio *Qui aime bien, châtie bien*), no eché de menos a aquel buen hombre cuando, al término de un tormentoso mes, nos dejó.

Después tuvimos a un polaco. Era un guapo estudiante de medicina, de húmedos ojos castaños y pulcro y lustroso pelo, que se parecía bastante a Max Linder, el popular actor cómico de cine. Max duró de 1908 a 1910 y conquistó mi admiración un día de invierno en San Petersburgo, con motivo de una repentina conmoción que vino a interrumpir nuestro paseo cotidiano de las mañanas. Unos cosacos armados con látigos y de expresiones feroces e imbéciles azuzaban a sus caracoleantes y encolerizados caballos contra una excitada muchedumbre. Había montones de gorras y al menos tres chanclos esparcidos como manchas negras por la nieve. Durante un momento pareció que uno de los cosacos se dirigiera hacia nosotros, y vi que Max empezaba a sacar de uno de sus bolsillos una pequeña automática de la que a partir de entonces me enamoré; afortunadamente, sin embargo, el alboroto se calmó. Nos llevó un par de veces a ver a su hermano, un demacrado sacerdote católico de gran distinción cuyas pálidas manos planeaban distraídamente sobre nuestras cabezas ortodoxas griegas, mientras él y Max discutían asuntos políticos o familiares con un río de sibilantes palabras polacas. Puedo visualizar a mi padre celebrando un día de verano en el campo un concurso de puntería con Max: acribillando de balas de pistola un herrumbroso cartel de VEDADO que había en nuestros bosques. Este agradable Max era un tipo vigoroso, y por esta razón yo solía llevarme una gran sorpresa cuando se quejaba de sus jaquecas y se negaba lánguidamente a venir conmigo a jugar un rato al balón o a darnos una zambullida en el río. Ahora sé que aquel verano era amante de una mujer cuya finca se encontraba a algo más de quince kilómetros de distancia. En los momentos más inesperados del día, Max se escabullía para ir a la perrera donde nuestros perros guardianes permanecían encadenados, para darles comida y jugar con ellos. Los soltaban a las once de la noche para que rondaran en torno a la casa, y él tenía que enfrentarse con ellos en plena oscuridad cuando salía a buscar entre los matorrales una bicicleta provista de todos los accesorios —timbre, mancha, bolsa de cuero con sus herramientas, y hasta las pinzas para los pantalones— que le había preparado en secreto un aliado suyo, el criado polaco de mi padre. Enfangados caminos con roderas e irregulares pistas de bosque conducían al impaciente Max hacia el remoto lugar de la cita, que era una cabaña de cazador, de acuerdo con la gran tradición del adulterio elegante. La helada neblina del amanecer y cuatro grandes daneses de breve memoria le veían regresar en bicicleta, y a las ocho de la mañana comenzaba un nuevo día. Me pregunto si no sintió cierto alivio cuando, en otoño de ese mismo año (1909), abandonó el escenario de sus hazañas nocturnas para acompañarnos en nuestro segundo viaje a Biarritz. Piadosa y penitentemente, se tomó un par de días libres para visitar Lourdes en compañía de la bonita y cachonda irlandesa que era la institutriz de Colette, mi preferida de entre todas mis compañeras de juego en la *plage*. Max nos abandonó al año siguiente, para trabajar en el departamento de rayos X de un hospital de San Petersburgo, y posteriormente, entre las dos guerras mundiales, llegó a ser, según tengo entendido, un médico bastante famoso en Polonia.

Tras el católico tuvimos a un protestante, un luterano de extracción judía. Aquí tendrá que figurar con el nombre de Lenski. Mi hermano y yo fuimos con él, a finales de 1910, a Alemania, y después de nuestro regreso en enero del año siguiente, y de que empezáramos a ir a colegio en San Petersburgo, Lenski se quedó unos tres años más para ayudarnos a hacer los deberes. Fue durante su reinado cuando Mademoiselle, que había estado con nosotros desde el invierno de 1905, abandonó su lucha contra los moscovitas que se entrometían en su mundo, y regresó a Lausana. Lenski había nacido en la pobreza y le gustaba recordar que entre la fecha de su graduación en el Gymnasium de su ciudad de origen, en el Mar Negro, y el momento de su ingreso en la Universidad de San Petersburgo, se había ganado la vida adornando con luminosas marinas piedras que cogía en la playa de guijarros, para después venderlas como pisapapeles. Tenía un rostro ovalado y sonrosado, pestañas cortas, unos ojos curiosamente desnudos que ocultaba tras un *pince-nez* sin aros, y una cabeza afeitada de color azul pálido. Inmediatamente descubrimos tres de sus características: era un excelente maestro; carecía por completo de sentido del humor; y, a diferencia de nuestros anteriores preceptores, necesitaba que le defendiéramos. La seguridad que sentía mientras nuestros padres rondaban por casa podía quedar hecha añicos durante sus ausencias, a causa de las pullas de nuestras tías. Para ellas, los feroces escritos de mi padre contra los *pogroms* y otras actuaciones gubernamentales no eran sino caprichos de un noble rebelde, y a menudo yo acertaba a escucharlas cuando comentaban horrorizadas los orígenes de Lenski así como los «lunáticos experimentos» de mi padre. Después de ocasiones como ésta, yo me mostraba muy maleducado con ellas y luego estallaba en ardientes lágrimas en la reclusión de un water closet. Y no es que Lenski me gustara especialmente. Me resultaban en cierto modo irritantes su voz seca, su excesiva meticulosidad, su manía de limpiarse continuamente las gafas con un trapo especial o de cortarse las uñas con un instrumento moderno, su forma pedantemente correcta de expresarse y, quizá sobre todo, su extravagante costumbre matutina de encaminarse (en apariencia nada más

levantarse de la cama, pero ya calzado, con los pantalones puestos y sus rojos tirantes colgándole detrás, y con una extraña camiseta como de malla cubriendo su rollizo y veloso torso) al grifo más cercano para limitar una vez allí sus abluciones a un completo remojo de su sonrosado rostro, su azul cuero cabelludo y su grueso cuello, seguido de un vigorosamente ruso sonarse las narices, tras lo cual se encaminaba, con los mismos pasos determinados, pero ahora goteante y cegato, a su dormitorio, donde guardaba en un lugar secreto tres sacrosantas toallas (por cierto, era tan terriblemente *brezgliv*, en el intraducible sentido ruso de la expresión, que se lavaba las manos cada vez que había tocado billetes de banco o pasamanos).

Se quejaba ante mi madre de que Sergey y yo fuéramos unos niños extranjeros, caprichosos, currutacos, *snob'i*, y «patológicamente indiferentes», como decía él, a Goncharov, Grigorovich, Korolenko, Stanyukovich, Mamin-Sibiryak, y otros estupefacientes palizas (comparables a los «autores regionales» norteamericanos) cuyas obras, según él, «cautivaban a los niños normales». Para mi oscuro fastidio, aconsejó a mis padres que hicieran que sus dos hijos —los tres más pequeños no entraban en su jurisdicción— vivieran de una forma más democrática, lo cual significaba, por ejemplo, abandonar en Berlín el Hotel Adlon para alojarnos en un enorme apartamento de una tenebrosa pensión situada en una calle carente de animación, y tomar, en lugar de los enmoquetados expresos internacionales, los bamboleantes y traqueteantes Schnelzugs, con sus pisos repugnantemente sucios y su olor rancio a cigarro puro. Tanto en las ciudades del extranjero como en San Petersburgo, se quedaba congelado ante las tiendas, maravillado ante cosas que a nosotros nos dejaban del todo indiferentes. Estaba pendiente de casarse, sólo contaba con su sueldo, y planeaba su futuro hogar con el mayor ingenio y detalle. De vez en cuando, ciertos impulsos incontenibles malograban sus cálculos. Un día se fijó en una empapada bruja que se relamía contemplando el sombrero adornado de plumas carmesíes del escaparate de una tienda de sombreros para señoras, y decidió comprarlo y regalárselo, y luego se lo pasó muy mal tratando de librarse de ella. En las adquisiciones propias intentaba actuar con la mayor prudencia. Mi hermano y yo habíamos escuchado pacientemente las detalladas ensoñaciones con que analizaba cada rincón del hogareño pero frugal apartamento que preparaba mentalmente para su esposa y para él. A veces su fantasía remontaba el vuelo. Una vez se posó en una cara lámpara que vio en Alexandre, un comercio de San Petersburgo que vendía *bric-a-brac* tan burgueses como espantosos. Como no quería que los dependientes supieran cuál era el artículo que codiciaba, Lenski dijo que sólo nos llevaría a verlo si le jurábamos dominarnos y no llamar una innecesaria atención mirando directamente su lámpara. Con toda clase de precauciones, nos colocó debajo de un espantoso pulpo de bronce, y su única señal de que éste era el ansiado artículo fue un ronroneante suspiro. Utilizó las mismas precauciones —caminando de puntillas y hablando en susurros, a fin de no despertar al monstruo del destino (que, al parecer, Lenski creía que sentía cierto rencor personal contra él)— cuando nos presentó a su prometida, una joven dama bajita y graciosa con ojos de gacela asustada, y oculta tras un velo negro con aroma de violetas frescas. La conocimos, lo recuerdo, cerca de una farmacia, en la esquina de Potsdamerstrasse y Privatstrasse, una calleja alfombrada de hojas muertas, la misma en la que estaba situada nuestra pensión, y él nos apremió a que mantuviéramos en secreto ante nuestros padres la presencia de su novia en Berlín, y entretanto un maniquí mecánico de la farmacia imitaba los movimientos de un hombre que se está afeitando, y rechinaban los tranvías al pasar, y empezaba a nevar.

3

Ahora ya estamos preparados para enfrentarnos al tema principal de este capítulo. En algún momento del invierno siguiente, Lenski tuvo la horrible idea de llevar a cabo, en domingos alternos, Proyecciones Educativas de Linterna Mágica en nuestra casa de San Petersburgo. Por medio de ellas se proponía ilustrar («profusamente», según dijo chasqueando los labios) lecturas instructivas ante un grupo que él estaba convencido que estaría formado por chicos y chicas que, en trance, compartirían aquella experiencia tan memorable. Aparte de aumentar nuestra información, creía él, aquellas sesiones permitirían que mi hermano y yo nos convirtiéramos en unas personillas muy sociables. Utilizándonos a nosotros como núcleo, acumuló en torno a este hosco centro varias capas de involuntarios participantes —los primos de nuestra edad que estuvieran casualmente a mano, varios muchachos con los que cada invierno nos reuníamos en más o menos tediosas fiestas, algunos compañeros nuestros de curso (que eran extraordinariamente callados pero que, ay, tomaban nota de hasta las más pequeñas minucias), y los hijos de los criados. Como mi madre, amable y optimista, le dejó actuar a su completo antojo, Lenski

alquiló un complicado aparato y contrató a un universitario de aspecto abatido para que lo manipulase; ahora comprendo que Lenski intentaba, entre otras cosas, ayudar a un camarada pobre.

Jamás olvidaré aquella primera lectura. Lenski había elegido un poema narrativo de Lermontov que trataba de las aventuras de un joven monje que abandonó su retiro caucásico para errar por los montes. Como suele ocurrir con Lermontov, el poema era una combinación de afirmaciones pedestres con maravillosos efectos delicuescentemente fantásticos. Era bastante largo, y sus setecientos cincuenta monótonos versos fueron generosamente distribuidos por Lenski entre un total de cuatro transparencias (yo había estropeado con mi torpeza la quinta antes de la proyección).

Para evitar el riesgo de incendio, se había elegido para el espectáculo una obsoleta habitación de niños en una de cuyas esquinas se encontraba un calentador de agua vertical, pintado de un tono castaño bronceado, y una bañera de patas afiligranadas que, para ese acontecimiento, había sido castamente escondida bajo una sábana. Las corridas cortinas de la ventana nos impedían ver el patio de abajo, sus montones de troncos de abedul, y las paredes amarillas de un sombrío anexo en el que se encontraban las caballerizas (parte de las cuales habían sido transformadas en un garaje para dos automóviles). Aunque un viejo armario y un par de baúles habían sido expulsados de allí, esta deprimente habitación trasera, con la linterna mágica instalada en uno de sus extremos y una serie de filas transversales de sillas, cojines y banquetas dispuestas para una veintena de espectadores (entre los que estaban incluidos la prometida de Lenski, y tres o cuatro institutrices, además de nuestra propia Mademoiselle y Miss Greenwood), parecía atestada y sofocante. A mi izquierda, una de mis más inquietas primas, una nebulosa rubita de once años más o menos, con el cabello a lo Alicia en el País de las Maravillas y la tez sonrosada como una concha, permanecía sentada tan cerca de mí que yo notaba el roce del delgado hueso de su cadera contra el mío cada vez que se agitaba en su asiento, se tocaba algún rizo o pasaba el dorso de su mano por entre su perfumado pelo y la nuca, o hacía entrechocar sus rodillas bajo la susurrante seda de las enaguas amarillas que asomaban bajo el encaje de su vestido. A mi derecha estaba el hijo del criado polaco de mi padre, un niño absolutamente inmóvil con traje de marinero; tenía un asombroso parecido con el Zarevich y, debido a una coincidencia más notable incluso, padecía la misma y trágica enfermedad —hemofilia— que él, de modo que, varias veces al año, un carruaje de la corte traía a un famoso médico a nuestra casa y se quedaba esperando durante muchísimo rato bajo la lenta nieve sesgada, y si elegías uno de los grises copos más grandes y mantenías la vista fija en él a medida que iba descendiendo (al otro lado de la ventana del mirador donde yo me instalaba), llegabas a discernir su forma, tosca e irregular, y también su oscilación en pleno vuelo, y acababas sintiéndote aburrido y mareado, mareado y aburrido.

Se apagaron las luces. Lenski se lanzó a pronunciar los primeros versos:

*Ocurrió no hace muchos años;
El lugar es el punto en donde se unen y fluyen
En fraternal abrazo el bello
Aragva y el Kurah; justo allí
había un monasterio.*

El monasterio, con sus dos ríos, apareció dócilmente y permaneció allí, en horripilante trance (¡si al menos hubiese volado sobre él un vencejo!), durante doscientos versos más o menos, momento en el cual fue reemplazado por una muchacha supuestamente georgiana que sostenía un jarro en la mano. Cuando el encargado de la linterna mágica retiraba una transparencia, la imagen desaparecía de la pantalla con un chasquido especial, pues la lente de aumento no sólo modificaba la imagen mostrada sino también la velocidad con que era retirada. Aparte de esto, apenas hubo nada que fuese mágico. Nos mostraron unos picos convencionales en lugar de esos románticos montes de Lermontov, que

*Se alzaban en medio del esplendor de la aurora
Como altares humeantes,*

y mientras el joven monje narraba ante un compañero de reclusión su combate con un leopardo:

*—¡Oh, qué espantosa era mi propia imagen!
Convertido yo mismo en leopardo, salvaje y osado,
Míos también su inflamada fiereza y sus aullidos—*

sonó a mis espaldas un sofocado chillido; podía haber sido emitido por el joven Rzhevuski, compañero de mis clases de danza; o por Alec Nitte, que al cabo de uno o dos años conquistaría cierto renombre debido a los fenómenos de *esprits frappants* que provocaba, o por alguno de mis primos. Gradualmente, mientras la aguda voz de Lenski seguía recitando versos y más versos, llegué a tomar conciencia de que, con unas pocas excepciones —como, por ejemplo, la de Samuel Rosoff, un sensible compañero de colegio— el público se burlaba secretamente de todo aquello, y que más tarde tendría que hacer frente a diversos comentarios de tono insultante. Sentí un estremecimiento de intensa pena por Lenski, por los sumisos pliegues de su nuca, por su entereza, por los nerviosos movimientos de su puntero, sobre el cual, cuando lo acercaba más de la cuenta a la pantalla, se deslizaban los colores con la fría soltura de la garra de un gatito juguetón. Hacia el final, la monotonía de la sesión acabó siendo absolutamente insoportable; el confundido encargado de la proyección no encontraba la cuarta transparencia, que se le había mezclado con las que ya habían sido utilizadas, y mientras Lenski esperaba pacientemente en la oscuridad, algunos de los espectadores comenzaron a proyectar las negras sombras de sus manos alzadas en la atemorizada pantalla blanca, hasta que por fin un muchacho travieso y ágil (¿podría ser al fin y al cabo yo, el Hyde de mi Jekyll?) logró siluetear su pie, lo cual, naturalmente sirvió para dar inicio a un bullicioso concurso. Cuando por fin apareció la transparencia perdida, y fue proyectada en la pantalla, recordé un viaje de mi primera niñez a través del largo y oscuro túnel de San Gotardo en el que nuestro tren entró durante una tormenta que, al salir, ya había cesado por completo, y entonces

*Azul, verde y anaranjado, pasmado
Ante su propia belleza y fortuna,
Por encima de un risco cayó un arco iris
Capturando allí una inmóvil gacela.*

Debería añadir que durante esta sesión de la tarde del domingo, y durante la siguiente, más concurrida y más horrible incluso, me sentí perseguido por las reverberaciones de ciertas historias familiares que había oído contar. A comienzos de los años ochenta del siglo pasado, mi abuelo materno, Ivan Rukavishnikov, al no encontrar para sus hijos ningún colegio privado que fuera de su gusto, creó por su cuenta una academia contratando a una docena de los mejores profesores disponibles y reuniendo a una veintena de chicos para que recibieran varios trimestres de enseñanzas gratuitas en los salones de su casa de San Petersburgo (Muelle del Almirantazgo, 10). La aventura no tuvo éxito. Los amigos cuyos hijos quiso asociar con los suyos no respondieron como él esperaba en todos los casos, y algunos de los muchachos que logró reunir resultaron decepcionantes. Yo me formé una imagen singularmente desagradable de él, siempre explorando escuelas para su obstinado propósito, con sus ojos tristes y extraños, que tan bien conocía por las fotografías, tratando de encontrar a los chicos más guapos entre los mejores colegiales. Se cuenta que llegó al extremo de pagar a padres necesitados a fin de reunir compañeros para sus dos hijos. Aunque las ingenuas proyecciones de linterna mágica organizadas por nuestro preceptor no tenían punto de comparación con las extravagancias rukavishnikovianas, el hecho de que yo relacionara ambas empresas no me ayudó a encajar que Lenski hiciera el ridículo y nos aburriese soberanamente, de modo que me alegré cuando, al cabo de otras tres sesiones («El jinete de bronce» de Pushkin; «Don Quijote»; y «África, tierra de maravillas»), mi madre accedió a mis frenéticas súplicas y el proyecto fue abandonado.

Ahora que lo pienso, qué cursis y pretenciosas me parecían aquellas imágenes de gelatina proyectadas sobre la pantalla de lino mojado (se creía que la humedad contribuía a que brillaran más intensamente), pero, por otro lado, cuántas maravillas revelaban las transparencias de cristal sostenidas simplemente entre el índice y el pulgar y alzadas hacia la luz: ¡miniaturas translúcidas, diminutos países encantados, pulcros mundos pequeñitos de matizadas tonalidades! Años más tarde, volví a descubrir la misma belleza precisa y silenciosa en el radiante fondo del mágico tubo de un microscopio. En el cristal de la transparencia, creada para su proyección, aparecía el paisaje reducido, y esto bastaba para estimular la fantasía; en el microscopio, se aumentaba el órgano de un insecto para su frío estudio. Existe, parece ser, en la escala dimensional del mundo, cierto delicado lugar de encuentro entre la imaginación y el conocimiento, un punto al que se llega reduciendo las cosas grandes y ampliando las pequeñas, y que es intrínsecamente artístico.

Teniendo en cuenta lo versátil que Lenski parecía ser, lo muy a fondo que podía explicarnos cualquier cosa que estuviera relacionada con nuestros estudios del colegio, sus constantes tribulaciones en la universidad fueron bastante sorprendentes. Su causa, según llegó a saberse más adelante, fue su absoluta falta de aptitud para los problemas económicos y políticos que abordaba con tanta testarudez. Recuerdo el nerviosismo que sentía cuando tenía que presentarse a uno de los exámenes finales más importantes. Yo estaba tan preocupado como él y, justo antes del acontecimiento pendiente, no pude resistir la tentación de escuchar a escondidas junto a la puerta de la habitación en donde mi padre, accediendo a la apremiante solicitud de Lenski, le permitió hacer un ensayo consistente en poner a prueba sus conocimientos de los Principios de Economía Política de Charles Gide. Hojeando el libro, mi padre le preguntaba, por ejemplo: «¿Cuál es la causa del valor?», o «¿Cuáles son las diferencias entre el billete de banco y el papel moneda?», y Lenski carraspeaba con vehemencia, y luego se quedaba en completo silencio, como si hubiese expirado. Al cabo de un rato dejó incluso de emitir esa tosecita que le caracterizaba, y los intervalos de silencio sólo eran puntuados por el tamborileo de mi padre sobre la mesa, con la excepción de aquella vez en la que, en un estallido de rápida y esperanzada reconvención, la víctima exclamó de repente:

—¡Esta pregunta no está en el libro!

Pero lo estaba.

Finalmente, mi padre soltó un suspiro, cerró el libro suave pero audiblemente, y comentó:

—*Goubchik* [amigo mío], seguro que suspenderá... La verdad es que no sabe nada de nada.

—No estoy de acuerdo con usted —replicó Lenski, no sin dignidad. Sentado tan tieso como si estuviese disecado, fue conducido en nuestro coche a la universidad, permaneció allí hasta el anochecer, regresó en trineo, hecho un ovillo, bajo una nevasca, y subió, silenciosamente desesperado, a su habitación.

Hacia el final de su estancia con nosotros se casó y se fue de luna de miel al Cáucaso, a los montes de Lermontov, y luego regresó para seguir con nosotros otro invierno. Durante su ausencia, en verano de 1913, le reemplazó *Monsieur Noyer*, un preceptor suizo. Era un hombre corpulento, de mostacho erizado, y nos leyó el *Cyrano de Bergerac* de Rostand, articulando cada verso de la forma más empalagosa que se pueda imaginar, y pasando de los agudos a los graves según los personajes que iba imitando. Jugando al tenis, cuando le tocaba hacer el saque, se plantaba firmemente en la raya de fondo, muy separadas sus gruesas piernas enfundadas en unos arrugados pantalones de algodón, y luego las doblaba bruscamente por las rodillas al tiempo que le pegaba a la pelota un tremendo pero singularmente ineficaz golpe.

Cuando, en la primavera de 1914, Lenski nos dejó definitivamente, tuvimos a un joven procedente de una de las provincias del Volga. Era un tipo encantador, de buena cuna, magnífico jugador de tenis y excelente jinete; y experimentó el gran alivio de poder confiar en estas dotes, ya que, en fechas tan adelantadas, ni mi hermano ni yo necesitábamos apenas la ayuda formativa que un optimista mecenas del joven les prometió a mis padres que podría proporcionarnos. Durante nuestro primer coloquio me informó, como sin darle importancia, que Dickens había escrito *La cabaña del tío Tom*, lo cual me precipitó a hacerle una apuesta con la que gané su puño de hierro. Después de esto procuró no hablar de ningún personaje o asunto literario en mi presencia. Era muy pobre, y su desteñido uniforme universitario emanaba un olor extraño, polvoriento y etéreo, no del todo desagradable. Tenía unos modales maravillosos, carácter dulce, caligrafía inolvidable, con enorme profusión de espinas y cerdas (comparables solamente a la letra de las cartas de locos que, por desgracia, me llegan desde el año de gracia de 1958), y una ilimitada provisión de anécdotas obscenas (que me transmitió *de oculis* con ensoñada voz de terciopelo, sin utilizar ninguna expresión malsonante) referidas a sus compinches y sus *poules*, y también acerca de diversos conocidos de la familia, con uno de los cuales, una dama de la buena sociedad que casi le doblaba la edad, se casó muy pronto aunque sólo para librarse de ella — durante su posterior carrera en la administración de Lenin— facturándola a un campo de trabajos forzados, en donde ella pereció. Cuanto más pienso en este tipo, más creo que estaba absolutamente loco.

No perdí del todo la pista de Lenski. Aprovechando un préstamo de su suegro, inició, cuando todavía estaba con nosotros, un fantástico negocio relacionado con la adquisición y explotación de diversos inventos. No sería amable ni justo por mi parte afirmar que fingía que esos inventos eran suyos; pero los adoptaba, y hablaba de ellos con un cariño y una ternura que hacían pensar en la paternidad natural: una actitud emocional que no se basaba en realidades pero que tampoco era fraudulenta. Un día nos invitó con actitud orgullosa a que probáramos nuestro coche en una nueva clase de pavimento del que él

era responsable, y que estaba compuesto (hasta donde puedo distinguir ese extraño brillo a través de la semioscuridad del tiempo) de un extraño entrelazamiento de tiras metálicas. El resultado fue un pinchazo. Pero él se consoló comprando otro invento sensacional: el anteproyecto de lo que él llamaba el «electroplano», que tenía el mismo aspecto que un Blériot anticuado, pero que llevaba —y aquí vuelvo a citarle— un motor «voltaico». No voló más que en sus sueños..., y en los míos. Durante la guerra intentó vender un pienso milagroso para caballos, en forma de pastelitos aplastados, como *galettes* (él mismo masticaba pedacitos y ofrecía bocados a sus amigos), pero la mayoría de los caballos prefirieron su avena de siempre. Traficó con cierto número de otras patentes, a cual más chiflada, y estaba endeudadísimo cuando heredó una pequeña fortuna tras la muerte de su suegro. Esto debió de ocurrir a comienzos de 1918 porque, lo recuerdo, nos escribió (nosotros estábamos aislados en la región de Yalta) ofreciéndonos dinero y cualquier clase de ayuda que necesitáramos. Invirtió prontamente esa herencia en un parque de atracciones situado en la costa oriental de Crimea, y no ahorró esfuerzos por contratar una buena orquesta y construir una pista de patinaje sobre ruedas de una madera especial, y puso cascadas y fuentes iluminadas por bombillas rojas y verdes. En 1919, llegaron los bolcheviques y apagaron las luces, y Lenski huyó a Francia; la última noticia que tuve de él me llegó en los años veinte, cuando según los rumores se ganaba bien la vida en la Riviera pintando paisajes en conchas y piedras. No sé —y prefiero no imaginármelo— qué fue de él durante la invasión nazi de Francia. A pesar de algunas de sus rarezas, era, en realidad, un ser humano muy puro y muy honesto, con unos principios tan estrictos como su gramática, y con unos difíciles *diktatí* que aún recuerdo con alegría: *kolokoliteyshchiki pere-kolotili víkarabkavshishya viuholey*, «los vaciadores de las campanas de la iglesia mataron a los desmanes que salieron de estampida». Muchos años después, en el Museo de Historia Natural de Nueva York, cité este trabalenguas ante un zoólogo que me había preguntado si el ruso era tan difícil como se suele creer, y el hombre me dijo:

—Sabe una cosa, he estado pensando mucho en esos desmanes moscovitas: ¿por qué se dice de ellos que salieron de estampida? ¿Habían estado en hibernación, se habían escondido, o qué?

5

Cuando pienso en mis sucesivos preceptores, lo que me interesa no es tanto la serie de extrañas disonancias que introdujeron en mi joven vida, como la estabilidad e integridad de esa vida. Soy feliz testigo del supremo logro de la memoria, que es el de la magistral utilización que hace de las armonías innatas cuando recoge en sus repliegues las tonalidades suspendidas y errantes del pasado. Me gusta imaginar, para consumación y resolución de esos acordes disonantes, una cosa tan perdurable, retrospectivamente, como la mesa alargada que en los cumpleaños y santos del verano solían poner, para el chocolate al aire libre de las tardes, en el lugar donde una avenida de abedules, tilos y arces desembocaba en el espacio enarenado del jardín propiamente dicho que separaba el parque de la casa. Veo el mantel y las caras de las personas sentadas a la mesa, unidas en la animación del juego de luces y sombras bajo un móvil y fabuloso follaje, exagerado, sin duda, por la misma facultad de apasionada celebración, de incensante retorno, que hace que siempre me acerque a esa mesa desde fuera, desde las profundidades del parque —y no desde la casa—, como si el pensamiento, para poder regresar allí, tuviera que hacerlo con los pasos silenciosos de un hijo pródigo, casi desmayándome de pura excitación. A través de un trémulo prisma, distingo los rasgos de parientes y familiares, mudos labios que se mueven serenamente en olvidados discursos. Veo el vapor del chocolate y las bandejas de pasteles de arándanos. Me fijo en el pequeño helicóptero de una sámara que, girando sobre sí misma, desciende con suavidad sobre el mantel, y, apoyado en la mesa, el desnudo brazo de una chica extendido indolentemente en toda su longitud, con su envés veteado de turquesa vuelto hacia el escamoso sol, abierta la palma en perezosa espera de alguna cosa, quizás el cascanueces. En el lugar donde está sentado mi preceptor del momento hay una imagen cambiante, una sucesión de graduales apariciones y desapariciones; la pulsación de mis pensamientos se combina con la de las sombras y convierte a Ordo en Max y a Max en Lenski y a Lenski en el maestro de escuela, y luego se vuelve a repetir toda la serie en temblorosas transformaciones. Y después, de repente, justo cuando los colores y los perfiles se estabilizan, dedicándose cada uno de ellos a su tarea específica —sonrientes, frívolas tareas— alguien pulsa un botón y cobra vida un verdadero torrente de sonidos: voces que hablan todas a la vez, el ruido de una nuez al ser partida, el chasquido de un cascanueces pasado descuidadamente, treinta corazones humanos que ahogan al mío con sus latidos regulares; los susurros y rumores de mil árboles, la concordia local de vociferantes pájaros veraniegos, y, al otro lado del río, detrás de los rítmicos árboles,

el confuso y entusiasta alboroto de los jóvenes bañistas del pueblo, como un fondo de entusiastas aplausos.

CAPITULO NOVENO

1

Tengo ante mí un cuaderno grande y gastado, con una encuademación en tela negra. Contiene viejos documentos entre los que se encuentran diplomas, bocetos, diarios, tarjetas de identidad, notas tomadas a lápiz, y algunas páginas impresas, todo ello meticulosamente conservado en Praga por mi madre, hasta su muerte, pero que luego, desde 1939 hasta 1961, sufrió diversas vicisitudes. Con la ayuda de estos documentos y de mis propios recuerdos, he redactado esta breve biografía de mi padre.

Vladimir Dmitrievich Nabokov, jurista, publicista y estadista, hijo de Dmitri Nikolaevich Nabokov, ministro de Justicia, y de la baronesa Maria von Korff, nació el 20 de julio de 1870 en Tsarskoe Selo, cerca de San Petersburgo, y murió víctima de la bala de un asesino el 28 de marzo de 1922 en Berlín. Hasta la edad de trece años fue educado en su casa por institutrices francesas e inglesas y por preceptores rusos y alemanes; fue uno de estos últimos quien le transmitió, para que después me lo transmitiera él a mí, el *morbus et passio aureliani*. En otoño de 1883 empezó a ir al «Gymnasium» (una combinación de la *high school* y el *junior college* norteamericanos) situado en la que entonces se llamaba calle Gagarin (y cuyo nombre fue presumiblemente cambiado durante los años veinte por los miopes soviéticos). Sentía unos arrolladores deseos de destacar. Una noche de invierno, debido a que llevaba cierto retraso en el cumplimiento de una tarea y a que prefería la pulmonía al ridículo en la pizarra, se expuso a las heladas polares, con la esperanza de contraer alguna oportuna enfermedad, sentándose sin más abrigo que el camisón junto a la ventana abierta (daba a la Plaza del Palacio y a su columna iluminada por la luna); por la mañana gozaba todavía de espléndida salud, e, inmerecidamente, fue el temido profesor quien resultó haberse quedado guardando cama. A los dieciséis años, en mayo de 1887, terminó sus estudios del Gymnasium, con medalla de oro, y empezó a estudiar leyes en la Universidad de San Petersburgo, donde se graduó en enero de 1891. Continuó sus estudios en Alemania (principalmente en Halle). Treinta años después, uno de sus compañeros de curso, con el que él había ido de excursión en bicicleta a la Selva Negra, envió a mi enviudada madre el ejemplar de *Madame Bovary* que mi padre tenía consigo en aquella época, y en cuya página de respeto había escrito «La insuperable joya de la literatura francesa», un juicio que todavía sigue siendo valedero.

El 14 de noviembre (fecha escrupulosamente celebrada cada año a partir de entonces por nuestra familia, tan apegada a los aniversarios) de 1897, se casó con Elena Ivanovna Rukavishnikov, la hija de veintiún años de un vecino del campo, con la que tuvo seis hijos (el primero nació muerto).

En 1895 ingresó en la Joven Cámara. De 1896 a 1904 impartió cursos de derecho penal en la Escuela Imperial de Jurisprudencia (Pravovedenie), en San Petersburgo. Estaba preestablecido que los miembros de la Cámara debían pedirle su autorización al «Ministro de la Corte» antes de intervenir en cualquier acto público. Y mi padre no pidió esa autorización, naturalmente, para publicar en la revista *Pravo* su famoso artículo «El baño de sangre de Kishinev», en el que condenaba el papel desempeñado por la policía, como instigadora del pogrom de 1903 en Kishinev. Un decreto imperial le privó del acceso a la corte en enero de 1905, fecha a partir de la cual rompió toda relación con el gobierno del Zar y se zambulló resueltamente en la política antidespótica, sin abandonar sus ocupaciones de jurista. Desde 1905 hasta 1915 fue presidente de la delegación rusa en la Asociación Internacional de Criminología, y en las conferencias que pronunció en Holanda se divirtió a sí mismo, y dejó pasmado a su auditorio, traduciendo oralmente, cuando era necesario, discursos en ruso y en inglés al alemán y francés, y viceversa. Era un elocuente adversario de la pena capital. Y se atuvo inquebrantablemente a sus principios, tanto en los asuntos particulares como en los públicos. En un banquete oficial celebrado en 1904 se negó a beber a la salud del Zar. Se dice que tuvo la desfachatez de poner un anuncio en la prensa donde comunicaba que su uniforme de la corte estaba en venta. De 1906 a 1917 fue el co-director, con I. V. Hessen y A. I. Kaminka, de uno de los escasos diarios liberales de Rusia, el *Rech* («Discurso»), así como de la revista de jurisprudencia *Pravo*. Políticamente era un «Kadet», es decir, miembro del KD (*Konstitutsionno-demokraticeskaya partiya*), que posteriormente fue bautizado otra vez, y de forma más apropiada, con el nombre de Partido de la Libertad del Pueblo (*partiya Narodnoy Svobod'í*). Debido a su agudo sentido del humor, se hubiese sin duda divertido horrores ante el desesperado pero malicioso embrollo que los lexicógrafos soviéticos se han armado con sus opiniones y

logros en los escasos comentarios biográficos que han escrito acerca de él. En 1906 fue elegido diputado del Primer Parlamento Ruso (Pervaya Duma), una institución heroica y humanitaria, predominantemente liberal (pero que los ignorantes publicistas extranjeros, infectados por la propaganda soviética, confunden a menudo, ¡nada menos que con las antiguas «boyar dumas»!). Allí pronunció varios discursos excelentes que tuvieron repercusión en todo el país. Cuando, menos de un año después, el Zar disolvió la Duma, algunos de sus miembros, entre los que se contaba mi padre (y que, como muestra una fotografía obtenida en la Estación Finlandia, llevaba su billete de ferrocarril metido bajo el cintillo del sombrero), partieron hacia Vyborg para celebrar una sesión ilegal. En mayo de 1908 comenzó a cumplir una sentencia de prisión de tres meses, a modo de ligeramente retrasado castigo por el manifiesto revolucionario que él y su grupo publicaron en Vyborg. «¿Ha cazado V. alguna "Egeria" [mariposa de los muros] este verano?», pregunta en una de sus notas secretas de la prisión, que, por medio de un guardia sobornado, y de un amigo fiel (Kaminka), llegaban hasta Vyra, donde estaba mi madre. «Dile que en el patio de la prisión sólo veo limoneras y blancas de la col.» Tras su puesta en libertad, le prohibieron participar en cualquier clase de elecciones para cargos públicos, pero (una de las paradojas tan corrientes bajo el régimen de los zares) pudo trabajar en el virulentamente liberal Rech, tarea a la que dedicaba hasta nueve horas diarias. En 1913 el gobierno le puso una multa, por la suma simbólica de cien rublos (otros tantos dólares de la actualidad), por el reportaje que había escrito en Kiev, en donde al término de un tormentoso juicio Beylis fue declarado inocente de la acusación de haber asesinado a un muchacho cristiano «con fines rituales»: de vez en cuando todavía prevalecían, en la vieja Rusia, la justicia y la opinión pública; ya sólo les quedaban cinco años de vida. Poco después de que comenzara la Primera Guerra Mundial fue movilizado y enviado al frente. Con el tiempo pasó a formar parte del Estado Mayor General en San Petersburgo. La ética militar le impidió participar activamente en el primer alboroto de la revolución liberal de marzo de 1917. Desde el comienzo mismo, parece como si la Historia hubiese ansiado privarle de una plena oportunidad de revelar sus grandes dotes de estadista en una república rusa de tipo occidental. En 1917, durante la primera fase del gobierno provisional —es decir, mientras los Kadets aún estaban en el gabinete— ocupó en el consejo de ministros la responsable pero inocua posición de secretario ejecutivo. En el invierno de 1917-1918 fue elegido diputado de la Asamblea Constituyente, pero sólo para ser arrestado por unos enérgicos marineros bolcheviques en cuanto aquélla fue disuelta. La revolución de noviembre había iniciado ya su sangriento curso, su policía ya empezaba a actuar, pero durante aquellos días el caos de órdenes y contraórdenes acabó favoreciéndonos; mi padre avanzó por un oscuro pasillo, vio una puerta abierta al final, salió a una calle secundaria y se encaminó hacia Crimea con una mochila que, cumpliendo sus órdenes, su criado Osip le llevó a un rincón escondido, junto con un paquete de emparedados de caviar que el buen Nikolay Andreevich, nuestro cocinero, había añadido por su cuenta. Desde mediado el año 1918 hasta principios de 1919, en un intervalo entre dos ocupaciones bolcheviques, y en constante fricción con los elementos del ejército de Denikin más propensos a disparar con cualquier excusa, fue ministro de Justicia (de «justicia mínima», como solía decir él irónicamente) en uno de los gobiernos regionales, el de Crimea. En 1919 se fue voluntariamente al exilio, y vivió primero en Londres y luego en Berlín, donde, en colaboración con Hessen, dirigió el diario liberal de emigrados *Rui'* («Timón») hasta que en 1922 fue asesinado por un siniestro rufián al que, durante la Segunda Guerra Mundial, Hitler nombró administrador de los asuntos de los emigrados rusos.

Escribió de forma prolífica, especialmente sobre cuestiones políticas y criminológicas. Conocía a fondo la prosa y la poesía de varios países, se sabía de memoria cientos de versos (sus poetas preferidos en ruso eran Pushkin, Tyutchev y Fet; sobre este último publicó un bello ensayo), era una autoridad en Dickens, y, además de admirar a Flaubert, valoraba altamente a Stendhal, Balzac y Zola, tres detestables mediocridades desde mi punto de vista. Solía confesar que la creación de un relato o un poema, de cualquier relato o poema, le parecía un milagro tan incomprensible como la construcción de una máquina eléctrica. Por otro lado, tenía gran facilidad para escribir sobre asuntos políticos y jurídicos. Su estilo era correcto, aunque debo reconocer que un poco monótono, y hoy en día, a pesar de todas esas antiguas metáforas procedentes de su educación clásica, y de todos los estereotipos grandilocuentes del periodismo ruso, posee —al menos para mi hastiado oído— una gris dignidad personal, que contrasta de forma extraordinaria (como si perteneciese a algún pariente suyo, más viejo y pobre) con sus abigarradas, pintorescas, a menudo poéticas y a veces obscenas frases cotidianas. Los esbozos de sus proclamas, de los que se conservan algunos (y que comienzan: «Grazhdane!», que significa: « ¡Ciudadanos! »), así como de sus editoriales, están escritos a pluma con una letra inclinada, maravillosamente pulcra e increíblemente regular, y se encuentran prácticamente libres de correcciones,

y me resulta divertido comparar su pureza, su certidumbre, su coordinación entre mente y materia con mis propios temblorosos y confusos bocetos, con mis brutales revisiones y reescrituras y nuevas revisiones de las mismas líneas en las que ahora he necesitado dos horas para describir un par de minutos de texto escrito con su perfecta letra. Sus bocetos eran limpias transcripciones de pensamiento inmediato. A su modo, escribió, con fenomenal facilidad y rapidez (incómodamente sentado en un pupitre de niño en el aula de un triste palacio), el texto de abdicación del gran duque Mihail (primero en la línea de sucesión después de que el Zar y su hijo abdicaran del trono). No es de extrañar que fuera también un admirable orador, frío y de «estilo inglés», que evitaba el ademán exagerado y la corteza retórica del demagogo, y también en este terreno debo decir que el ridículo cacólogo que soy yo, cuando no tengo ante mí una hoja mecanografiada, no ha heredado nada de él.

Sólo en fecha reciente he leído por primera vez su importante *Sbornik statey po ugolovnomu pravu* (colección de artículos sobre derecho penal), publicado el año 1904 en San Petersburgo, libro del cual un rarísimo, y quizás único, ejemplar (anteriormente propiedad de un tal «Mihail Evgrafovich Hodunov», según está impreso en tinta violeta sobre la página de respeto) me fue regalado por un amable viajero, Andrew Field, que lo compró en una librería de segunda mano durante su visita a Rusia en 1961. Es un volumen de 316 páginas que contiene diecinueve artículos. En uno de ellos («Delitos carnales», escrito en 1902) mi padre se refiere, de forma bastante profética en cierto extraño sentido, a algunos casos (ocurridos en Londres), «de muchachitas a l'age le plus tendre (v nezhneyshe moyemu vozrastu)», es decir, de ocho a doce años, que fueron víctimas de algunos libertinos (*slastolyubtsam*). En el mismo artículo muestra una actitud muy liberal y «moderna» ante varios tipos de prácticas anormales, lo cual le permite de paso acuñar una palabra rusa muy adecuada para «homosexual»: *ravnopotty*.

Sería imposible hacer una lista completa de los literalmente miles de artículos que publicó en diversos periódicos, como *Rech* o *Pravo*. Más abajo, en otro capítulo, hablo de su libro, interesante desde el punto de vista histórico, sobre una visita semioficial en tiempo de guerra a Inglaterra. Parte de sus memorias correspondientes a los años 1917-1919 han aparecido en *Archiv russkoy revolyutsii*, que publicó Hessen en Berlín. El 16 de enero de 1920 pronunció una conferencia en el King's College de Londres acerca de «El régimen soviético y el futuro de Rusia», que fue publicada una semana después en el suplemento de *The New Commonwealth*, N.º 15 (pulcramente incluido en el álbum de mi madre). En la primavera del mismo año me lo aprendí casi completo de memoria cuando me preparaba para hablar en contra del bolchevismo en un debate sindical celebrado en Cambridge; el (victorioso) defensor de esa causa fue un periodista del *Guardian* de Manchester; ya no recuerdo su nombre pero sé que me quedé completamente seco después de recitar lo que me había aprendido de memoria, y que ese fue mi primer y último discurso político. Un par de meses antes de la muerte de mi padre, la revista de emigrados *Teatr zhizni* («Teatro y vida») comenzó a publicar por capítulos sus recuerdos de adolescencia (él y yo estamos traslapándonos aquí, demasiado brevemente). En ellos encuentro una excelente descripción de los terribles berrinches de su pedante profesor de latín en el tercer curso del Gymnasium, así como de la tempranísima pasión de mi padre por la ópera, que no le abandonó en toda su vida: debió de escuchar prácticamente a todos los cantantes de primera fila que actuaron en Europa entre 1880 y 1922, y aunque era incapaz de tocar ningún instrumento (excepto los primeros acordes de la obertura «Ruslan», de forma muy mayestática) recordaba todas y cada una de las notas de sus óperas favoritas. Por esta vibrante cuerda, un melodioso gen que no me llegó se desliza desde Wolfgang Graun, el organista del siglo XVI, hasta mi hijo, pasando por mi padre.

2

Tenía yo once años cuando mi padre decidió que los preceptores que había tenido, y seguía teniendo, en casa, podían ser provechosamente suplementados con mi asistencia a la Escuela Tenishev. Esta escuela, una de las más notables de San Petersburgo, era una institución relativamente joven y de tipo mucho más moderno y liberal que los Gymnasiums corrientes, a cuya categoría general pertenecía. Sus cursos de estudio, que consistían en dieciséis «semestres» (ocho cursos de Gymnasium), equivaldrían aproximadamente en los Estados Unidos a los seis últimos años de *school* y los dos primeros de *college*. Cuando, en enero de 1911, ingresé en esa escuela, me encontré en el tercer «semestre», o en el comienzo del octavo grado según el sistema norteamericano.

El curso duraba desde el quince de septiembre hasta el veinticinco de mayo, con un par de interrupciones: un salto intersemestral de dos semanas —para dar cabida, por así decirlo, al enorme árbol de Navidad que rozaba con su estrella el techo verde claro de nuestro salón más bonito— y unas

vacaciones de una semana por Pascua, durante la cual los huevos pintados avivaban la mesa del desayuno. Como la nieve y las heladas duraban desde octubre hasta bien entrado abril, no es extraño que el ambiente de mis recuerdos escolares sea claramente hiemal.

Cuando Ivan (que un día desapareció) o Ivan II (que llegó a vivir la época en la que yo le utilizaba para transmitir recados románticos) venían a despertarme alrededor de las ocho de la mañana, el mundo exterior estaba todavía encapuchado bajo una parda penumbra hiperbórea. La luz eléctrica de la habitación tenía un tinte hosco, áspero y amarillento que hacía que me escocieran los ojos. Apoyando mi zumbante oído en una mano y el codo en la almohada, me obligaba a mí mismo a preparar diez páginas de deberes pendientes. En la mesilla de noche, junto a una robusta lámpara de bronce con un par de cabezas de león, había un reloj poco convencional: un recipiente vertical de cristal dentro del que un par de laminillas a modo de páginas, de color blanco marfil y con números negros, iban girando con una brusca sacudida de derecha a izquierda, deteniéndose cada vez un minuto entero, del mismo modo que las transparencias publicitarias en las antiguas pantallas de cine. Me concedía a mí mismo diez minutos para hacer un ferrotipo mental del texto (¡hoy en día necesitaría dos horas!) y, más o menos, una docena de minutos para bañarme, vestirme (con la ayuda de Ivan), bajar corriendo las escaleras, y tragarme una taza de cacao templado de cuya superficie extraía previamente, por el centro, un círculo de arrugada piel. Las mañanas quedaban malogradas, y hubo que interrumpir cosas como las lecciones de boxeo y esgrima que *Monsieur* Loustalot, un francés maravillosamente ágil, me había dado hasta entonces.

Pero seguía viniendo, casi diariamente, para intercambiar unos golpes o hacer esgrima con mi padre. Con mi abrigo de piel a medio poner, corría yo a través del salón verde (en donde, incluso cuando las Navidades ya quedaban muy atrás, todavía se notaba el olor a abeto, cera caliente y mandarinas), en dirección a la biblioteca, de donde me llegaba una mezcla de secas pero potentes pisadas y rechinamientos. Allí encontraba a mi padre, un hombre alto, robusto, que con su mono blanco de entrenamiento parecía todavía mayor, tirándose a fondo y parando, mientras su diestro instructor iba exclamando («*Batiez!*» «*Rompez!*») al ritmo del cling-cling de los floretes.

Jadeando levemente, mi padre se quitaba la convexa careta de su sudoroso rostro sonrosado para darme el beso de buenos días. En aquella estancia se combinaban agradablemente lo erudito con lo atlético, la piel de los libros y la piel de los guantes de boxeo. Rechonchos butacones se alineaban junto a las paredes forradas de libros. Una complicada «*Punching-ball*» comprada en Inglaterra —cuatro postes de acero que sostenían la tabla de la que colgaba una bolsa en forma de pera— brillaba al fondo de la espaciosa habitación. El objeto de este aparato, sobre todo en relación con el ra-ta-ta de ametralladora que hacía su bolsa, fue cuestionado por un grupo de combatientes callejeros armados hasta los dientes que se habían colado por la ventana en 1917, y que acabaron aceptando de mala gana la explicación del mayordomo. Cuando la Revolución Soviética hizo imperativo que nos fuésemos de San Petersburgo, esta biblioteca se desintegró, pero algunos pequeños y raros restos de ella continuaron apareciendo en el extranjero. Unos doce años más tarde, en Berlín, cogí de un estante uno de estos niños abandonados, con el *ex libris* de mi padre. De forma adecuadísima, resultó ser *La guerra de los mundos*, de Wells. Y transcurrido otro decenio, descubrí un día en la Biblioteca Pública de Nueva York, y puesto en el índice con el nombre de mi padre, una copia del completo catálogo que hizo imprimir particularmente cuando aquellos libros fantasmales que aparecían en la lista todavía se encontraban, frescos y pulcros, en los anaqueles de su biblioteca.

3

Luego volvía a ponerse la careta y seguía tirando a fondo y lanzando estocadas mientras yo regresaba apresuradamente por donde había venido. Después del calorcito del vestíbulo, en donde crepitaban los troncos de la gran chimenea, el aire del exterior me producía una helada conmoción en los pulmones. Luego averiguaba cuál de nuestros dos coches, el Benz o el Wolseley, me llevaría a colegio. El primero, un *landaulette* gris, conducido por Volkov, un chófer amable de tez pálida, era el más antiguo de los dos. Sus líneas nos parecieron indiscutiblemente dinámicas en comparación con las del insípido cupé eléctrico, chato e insonoro, que lo precedió; pero también adquirió a su vez un aspecto anticuado y pesado, con su penosamente encogido capó, en cuanto llegó, para compartir el garaje con él, el gran sedán inglés, negro y relativamente mucho más alargado.

Cuando me correspondía el coche más nuevo, empezaba el día animadamente. Pirogov, el segundo chófer, era un tipo muy bajito y gordinflón, y su piel coloradota armonizaba con el tono de las pieles que se echaba sobre su traje de pana y con el pardo-rojizo de sus polainas. Cuando algún estorbo de la

calzada le obligaba a aplicar los frenos (cosa que hacía distendiéndose repentinamente de una forma peculiar, como si estuviera dotado de muelles), o cuando yo le molestaba tratando de comunicarme con él a través de aquel chirriante y no muy eficaz tubo, solía fijarme en el modo en que la parte posterior de su grueso cuello adquiría, al otro lado de la división de cristal, una tonalidad carmesí. Pirogov prefería conducir el robusto Opel descapotable que utilizamos en el campo durante tres o cuatro temporadas, y lo hacía a noventa kilómetros por hora (para comprender lo vertiginosa que era esa velocidad en 1912 habría que tener en cuenta la actual inflación en ese terreno): en efecto, la esencia misma de la libertad veraniega —fuera de la ciudad, y sin escuela— está para mí vinculada con el extravagante rugido que el tubo de escape abierto emitía en la larga y solitaria carretera. Cuando, el segundo año de la Primera Guerra Mundial, Pirogov fue movilizado, le sustituyó un tal Tsiganov, moreno y de salvaje mirada, ex campeón de automovilismo, que había participado en varias carreras tanto en Rusia como en el extranjero, y que se rompió varias costillas en un accidente sufrido en Bélgica. Más tarde, durante 1917, y poco después de que mi padre dimitiera del gobierno de Kerenski, Tsiganov decidió —a pesar de las enérgicas protestas de mi padre— salvar el potente Wolseley de la posibilidad de su confiscación por el procedimiento de desmontarlo y distribuir sus piezas en escondrijos conocidos solamente por él. Muy poco después, en las tinieblas del trágico otoño, cuando los bolcheviques dominaron la situación, uno de los ayudantes de Kerenski le pidió a mi padre un coche robusto para el caso de que el primer ministro tuviese que huir precipitadamente; pero nuestro viejo y frágil Benz no servía y el Wolseley había desaparecido embarazosamente, y si aún atesoro el recuerdo de esa petición (recientemente negada por mi eminente amigo, pero formulada sin duda por su ayudante de campo), es sólo desde un punto de vista de armonía temática: porque constituye un divertido eco de la participación de Cristina von Korff en el episodio ocurrido en Varennes el año 1791.

Aunque las nevadas fuertes eran mucho más corrientes en San Petersburgo que, por ejemplo, en las cercanías de Boston, los diversos automóviles que circulaban por entre los numerosos trineos de la ciudad, antes de la Primera Guerra Mundial, no parecían sufrir el mismo tipo de horribles problemas que los coches padecen esos años en los que Nueva Inglaterra tiene unas Navidades verdaderamente blancas. Muchas fuerzas extrañas habían colaborado en la construcción de la ciudad. Uno acaba por suponer que la distribución de sus nieves —pulcros montones en las aceras y una uniforme y sólida capa extendida por los bloques octogonales de madera que formaban la calzada— era el resultado de cierta escasamente santa alianza entre la geometría de las calles y la física de las nubes portadoras de nieve. Fuera como fuese, el trayecto hasta el colegio nunca requería más de un cuarto de hora. Nuestra casa estaba en el número 47 de la calle Morskaya. Luego venía la casa del príncipe Oginski (N.º 45), después la embajada italiana (N.º 43) y después la embajada alemana (N.º 41), y a continuación la amplia Plaza Maria, tras la cual seguía bajando la numeración de la calle. En el lado norte de la plaza había un pequeño parque público. En uno de sus tilos fueron encontrados un día una oreja y un dedo, restos de un terrorista cuya mano falló mientras estaba preparando un paquete mortal en su habitación del otro lado de la plaza. Estos mismos árboles (un dibujo de filigrana plateada sobre un telón de niebla nacarada de la que, al fondo, emergía la cúpula de bronce de San Isaac) también habían visto cómo caían muertos a balazos de sus ramas los niños que se habían encaramado hasta ellas en un vano intento de huir de los gendarmes montados que estaban sofocando la Primera Revolución (1905-1906). Las plazas y calles de San Petersburgo estaban casi todas vinculadas a historias como éstas.

Cuando llegábamos a la Avenida Nevski, la seguíamos un largo trecho durante el cual resultaba un placer adelantar sin esfuerzo a algún que otro embozado guardia que seguía la misma dirección en su trineo ligero tirado por un par de sementales negros que avanzaban y bufaban mientras él permanecía resguardado por la malla azul celeste que impedía que le alcanzaran en la cara fragmentos de nieve endurecida. Una calle de mano izquierda, con un nombre precioso —Karavannaya (calle de las Caravanas)—, me permitía pasar delante de una inolvidable juguetería. A continuación venía el Circo Cinizelli (famoso por sus torneos de lucha). Finalmente, tras haber cruzado un canal helado, se llegaba a las puertas de la Escuela Tenishev, en la calle Mohovaya (calle de Moisés).

4

Debido a que, por elección, formaba parte de la no clasista intelectualidad rusa, a mi padre le pareció adecuado que yo fuese a una escuela que se distinguía por sus principios democráticos, su política de no discriminación por motivos de rango social, raza o credo, y sus modernos métodos de enseñanza. Aparte de todo eso, la escuela Tenishev no se diferenciaba de las escuelas de los demás lugares y

épocas. Como en todas las escuelas, los alumnos toleraban a unos maestros y detestaban a otros, y, como en todas las escuelas, había un intercambio constante de chistes obscenos e información erótica. Como yo era un buen deportista, mis actividades allí no me hubieran parecido lúgubres de no ser porque mis profesores se mostraron empeñados en salvar mi alma.

Me acusaron de no encajar en mi medio ambiente; de ser un «exhibicionista» (sobre todo por salpimentar mis redacciones en ruso con términos ingleses y franceses, que se me ocurrían sin querer); de negarme a tocar las sucísimas toallas húmedas de los lavabos; de pelear con los nudillos en lugar de utilizar ese golpe a modo de cachete que los rusos dan en las peleas con el canto del puño. El director de la escuela, que apenas sabía nada de deportes aunque aprobaba con vehemencia su capacidad de fomentar la sociabilidad, desconfiaba de mi empeño en jugar a fútbol siempre de portero, «en lugar de correr con los demás jugadores».

Otra cosa que provocaba resentimientos era que yo fuera al colegio y volviera a mi casa en automóvil, en lugar de hacerlo en tranvía o en un coche de caballos tal como hacían esos buenos demócratas en miniatura que eran los otros chicos. Con todo el rostro retorcido en una mueca de repugnancia, un profesor me insinuó que lo mínimo que podía hacer era pedir que el automóvil parase a dos o tres manzanas del colegio, para que mis compañeros pudieran librarse de la imagen de aquel chófer con librea que se quitaba el sombrero para despedirme. Era como si la escuela hubiese decidido autorizarme a rondar por allí con una rata muerta cogida de la cola, pero con la condición de que no la balanceara bajo las narices de los demás.

La peor situación fue, sin embargo, consecuencia del hecho de que incluso entonces fuera absolutamente contrario a participar en movimientos o asociaciones de cualquier tipo. Puse furioso al más amable y mejor intencionado de todos mis profesores cuando me negué a formar parte del grupo de trabajo que desarrollaba actividades no incluidas en el programa del curso: sociedades de debates en las que se elegían delegados con la mayor solemnidad, lecturas de informes sobre asuntos históricos, y, en los cursos superiores, reuniones más ambiciosas en las que se discutían los problemas políticos del momento. Los constantes apremios ejercidos sobre mí con la intención de obligarme a pertenecer a alguno de esos grupos jamás quebrantaron mi resistencia, pero provocaron un estado de tensión que no era en absoluto aliviado cuando todo el mundo se mostraba empeñado en hablar constantemente del ejemplo que me daba mi padre.

Mi padre era, efectivamente, una persona muy activa, pero como suele ocurrir con los hijos de padres famosos, yo veía sus actividades a través de mi propio prisma, que dividía en muchos colores fascinantes la luz austera que mis profesores entreveían. En relación con sus variados intereses —criminológicos, legislativos, políticos, periodísticos, filantrópicos— mi padre tenía que acudir a muchas reuniones de comités, y a menudo éstas se celebraban en nuestra casa. Siempre se podía deducir la proximidad de uno de tales acontecimientos por cierto sonido peculiar procedente del fondo de nuestro amplio y resonante vestíbulo. Allí, en un hueco que quedaba debajo de la escalera de mármol, solía encontrarme, cuando regresaba del colegio, a nuestro *shveitsar* (portero), atareadísimo en la labor de afilar lapiceros. Para ese fin solía utilizar una máquina anticuada y grandota provista de una ronroneante rueda, cuyo manubrio hacía girar rápidamente con una mano mientras con la otra sostenía un lápiz previamente insertado en un orificio lateral. Desde hacía muchos años este hombre había sido el más vulgar ejemplo imaginable de «criado fiel», con su pintoresco ingenio y proverbial sabiduría siempre a punto, con su gallarda manera de alisarse, a derecha e izquierda, con dos dedos, el bigote, envuelto siempre en un leve olor a pescado frito: el origen de este aroma estaba en sus misteriosas habitaciones del sótano, en donde albergaba a una obesa esposa y a unos gemelos, un colegial de mi edad y una obsesionante y desaseada aurora de azul mirada furtiva y cobriza melena ensortijada; pero la pesada tarea de afilar lápices debía de poner considerablemente furioso al pobre Ustin; no me cuesta nada simpatizar con él, dado que escribo mis cosas solamente con lápices muy afilados, tengo siempre a mi alcance ramilletes de B-3 puestos en jarritos, y hago girar mil veces al día el manubrio de ese instrumento (atornillado al borde de la mesa) que con tanta rapidez acumula esos enormes montones de peladuras pardo-rojizas en su cajoncito. Posteriormente se supo que hacía mucho tiempo que se había puesto en contacto con la policía secreta del Zar —una pandilla de principiantes, claro está, en comparación con los hombres de Dzerzhinski o de Yagoda, pero bastante fastidiosos de todos modos—. Ya en 1906, por ejemplo, la policía, que sospechaba que mi padre celebraba reuniones clandestinas en Vyra, contrató los servicios de Ustin, quien inmediatamente le rogó a mi padre, con algún pretexto que no consigo recordar, pero con la finalidad última de espiar lo que estuviera ocurriendo, que se lo llevara aquel verano al campo como lacayo suplementario (había trabajado como mozo de la despensa en la

familia de los Rukavishnikov); y fue él, el omnipresente Ustin, quien en el invierno de 1917-1918 condujo heroicamente a los representantes de los victoriosos soviets hasta el despacho que mi padre tenía en el segundo piso, y de allí, a través de una sala de música y del tocador de mi madre, a la habitación de la esquina sudoeste en la que yo nací, y al nicho de la pared, y hasta las tiaras de colorido fuego, que constituyeron una recompensa adecuada por la macaón que un día cazó para mí.

Alrededor de las ocho de la tarde, el vestíbulo alojaba una enorme acumulación de sobretodos y chanclos. En la sala del comité, vecina a la biblioteca, y en una alargada mesa cubierta de bayeta (en la que habían sido dispuestos todos aquellos lápices magníficamente afilados), mi padre y sus colegas se reunían para discutir una u otra fase de su oposición al Zar. Por encima de la barahúnda de voces, un reloj de pared situado en un oscuro rincón empezaba a dar la hora con el mismo sonido que el de Westminster; y más allá de la sala del comité estaban las misteriosas profundidades —guardamuebles, una escalera de caracol, una especie de depensa— en donde mi primo Yuri y yo nos deteníamos un instante, con las pistolas desenfundadas, camino de Texas, en el mismo lugar en donde fue situado una noche por la policía aquel gordo y legañoso espía que se puso trabajosamente de rodillas ante nuestra bibliotecaria, Lyudmila Borisovna Grinberg, al ser descubierto. ¿Y cómo diablos iba yo a hablar de todo esto con los profesores del colegio?

5

La prensa reaccionaria no dejó nunca de atacar al partido de mi padre, y yo había acabado acostumbrándome a los chistes más o menos vulgares que se publicaban de vez en cuando: mi padre y Milyukov entregando la Santa Rusia a la Judería Mundial en bandeja de plata, y cosas así. Pero un día, creo que en invierno de 1911, el más importante de los periódicos de la derecha utilizó a un turbio periodista para pergeñar un artículo difamatorio con insinuaciones que mi padre no podía tolerar. Como la conocida picardía del firmante del texto le convertía en «no-duelable» (*neduelesposobriy*, tal como decía el código ruso de los duelos), mi padre desafió al en cierto modo menos indigno director del diario en el que había aparecido el artículo.

Los duelos rusos eran asuntos mucho más serios que la convencional variedad parisiense del mismo acontecimiento. El director tardó varios días en decidir si aceptaba o no el reto. El último de esos días, un lunes, yo fui, como siempre, a colegio. Debido a que no leía los periódicos, ignoraba por completo el asunto. En cierto momento indeterminado de la jornada me di cuenta de que estaba pasando de mano en mano una revista abierta por determinada página, que de inmediato provocaba risillas sofocadas. Un ágil y calculado movimiento de barrido me puso en posesión de lo que resultó ser el último número de un barato semanario que contenía un sensacionalista relato del desafío de mi padre, con estúpidos comentarios acerca de la elección de arma que le había ofrecido a su enemigo. Le lanzaban malévolas pullas por haber regresado a aquella costumbre feudal que él había criticado en sus propios escritos. También se hablaba abundantemente del número de sus criados y del número de sus trajes. Averigüé que había elegido como padrino a su cuñado, el almirante Kolomeytsev, héroe de la guerra del Japón. Durante la batalla de Tsuchima, este tío mío, que en aquel momento tenía el grado de capitán, había conseguido conducir su destructor hasta situarlo junto al incendiado buque insignia, y salvar al comandante en jefe de la flota.

Al terminar las clases pude comprobar que el ejemplar de la revista era de uno de mis mejores amigos. Le acusé de traición y burla. En la subsiguiente pelea, él cayó de espaldas contra un pupitre, se le enganchó un pie, y se rompió el tobillo. Estuvo fuera de circulación durante un mes, pero tuvo la gallardía de ocultar tanto a su familia como a nuestros profesores mi participación en el asunto.

El dolor de ver cómo se lo llevaban escaleras abajo se perdió en mi sentimiento general de desdicha. Por una u otra razón, ningún coche fue a recogerme aquel día, y durante el frío, espantoso e increíblemente lento trayecto de vuelta a casa en un trineo de alquiler tuve tiempo sobrado para meditar sobre la situación. Ahora comprendí por qué, el día anterior, mi madre había estado tan poco tiempo conmigo y no había bajado a cenar. También comprendí cuál era el entrenamiento especial que Thernant, un *maitre d'armes* mejor incluso que Loustalot, había estado dándole a mi padre últimamente. ¿Qué elegiría su adversario —me preguntaba yo una y otra vez—, la hoja o la bala? ¿Acaso la elección había sido ya hecha? Con sumo cuidado, tomé la querida, la familiar, la vivísima imagen de mi padre haciendo esgrima, e intenté transferir esta imagen, pero sin careta ni peto, al campo del duelo, en alguna cuadra o escuela de equitación. Les visualicé a él y a su adversario, los dos con el pecho desnudo y pantalones negros, en furioso combate, marcados sus enérgicos movimientos por esa extraña torpeza

que ni siquiera los más elegantes esgrimistas pueden evitar cuando el encuentro es real. La visión era tan repulsiva, y tan vivamente sentí la hinchada madurez de un corazón locamente palpitante a punto de ser atravesado, que por un momento me encontré deseando que la elección hubiese recaído en lo que durante unos instantes me pareció un arma más abstracta. Pero muy pronto mi angustia fue incluso mayor.

Mientras el trineo reptaba por la Avenida Nevski, donde brillaba un enjambre de borrosas farolas en el avanzado crepúsculo, pensé en la pesada y negra Browning que mi padre guardaba en el primero de los cajones del lado derecho de su escritorio. Yo conocía esta pistola así como todas las demás cosas, más visibles, de su despacho: los *objets d'art* de cristal o piedra veteadas, tan de moda en aquellos tiempos; las brillantes fotografías familiares; el enorme Perugino suavemente iluminado; los óleos flamencos, brillantes como la piel; y, justo encima del escritorio, el retrato de mi madre hecho por Bakst, un pastel de tonos rosa y neblina: el artista había dibujado su rostro en un ángulo de tres cuartos, realzando maravillosamente sus delicados rasgos, tanto la ondulación ascendente de su cabello color ceniza (se le encaneció antes de cumplir los treinta años), como la pura curva de su frente, los ojos azul paloma y la graciosa línea del cuello.

Cuando apremiaba al viejo cochero con aspecto de muñeca de trapo pidiéndole que fuera más aprisa, él se limitaba a inclinarse hacia un lado haciendo un movimiento semicircular del brazo, como para hacerle creer a su caballo que estaba a punto de sacar el corto látigo que llevaba en la caña de su bota de fieltro; y eso bastaba para que el velludo rocín hiciera un amago de aceleración, tan vago como aquel otro con que el cochero le había amenazado con sacar su *knutishko*. En el estado casi alucinatorio engendrado por nuestro viaje por la nieve, volví a participar en los famosos duelos que tan bien conocían todos los muchachos rusos. Vi a Pushkin, mortalmente herido al primer disparo, incorporarse penosamente en el suelo para descargar su pistola contra d'Anthés. Vi sonreír a Lermontov cuando hacía frente a Martinov. Vi al robusto Sobinov, en el papel de Lenski, desplomarse y lanzar su arma hacia el foso de la orquesta. Ningún escritor ruso que tuviera una mínima reputación había dejado de describir *une rencontre*, un encuentro hostil, siempre, naturalmente, del tipo del *duel a volante* (y no ese ridículo número del espalda-contra-espalda-avanzar-unos-pasos-volverse-y-bang-bang al que las películas y los chistes gráficos han dado tanta fama). En diversas familias importantes se habían producido durante los últimos años algunas muertes trágicas en el campo del honor. Lentamente, mi adormilado trineo avanzó por la calle Morskaya, mientras, lentamente, las confusas siluetas de los duelistas avanzaban la una hacia la otra, alzaban sus pistolas y disparaban, al romper el alba, en húmedos claros de antiguas fincas campestres, en sombríos campamentos de instrucción militar, o bajo una intensa nevada entre dos hileras de abetos.

Y detrás de todo ello había un abismo emotivo muy especial que yo trataba desesperadamente de esquivar, para evitar la tormenta de llanto: me refiero a la tierna amistad que subyacía al respeto que sentía por mi padre; el encanto de nuestra perfecta armonía; los partidos de Wimbledon que seguíamos en la prensa de Londres; los problemas de ajedrez que resolvíamos; los yámbicos de Pushkin que emitía triunfalmente su lengua cada vez que yo mencionaba algún poeta menor del momento. Nuestras relaciones estaban caracterizadas por ese habitual intercambio de tonterías caseras, palabras cómicamente mutiladas, intentos de imitación de supuestas entonaciones, y todas esas bromas particulares que forman el código secreto de las familias felices. A pesar de todo esto, era un hombre extremadamente estricto en cuestiones de comportamiento y tendía a pronunciar comentarios punzantes cuando se enfadaba con algún hijo o criado, pero su humanitarismo intrínseco era demasiado intenso como para permitir que la regañina que le daba a Osip por no haberle preparado la camisa adecuada fuese verdaderamente ofensiva, del mismo modo que su conocimiento de primera mano del orgullo de los niños atemperaba la severidad de su reprobación y resultaba en repentinos perdones. Así, me sentí más desconcertado que satisfecho el día en que, tras haberse enterado de que me había hecho deliberadamente un corte en la pierna con una navaja de afeitar (todavía tengo la cicatriz) para no tener que recitar una lección que no me había estudiado, dio la sensación de no ser capaz de montar en cólera; su subsecuente reconocimiento de que había cometido una transgresión semejante durante su adolescencia supuso para mí un premio por no haber ocultado la verdad.

Recordé esa tarde de verano (que ya entonces parecía muy antigua aunque sólo habían transcurrido cuatro o cinco años) en la que entró de golpe en mi habitación, agarró mi cazamariposas, bajó como un rayo la escalera de la terraza, y al poco rato reapareció caminando tranquilamente, y sosteniendo entre el índice y el pulgar aquella rara y magnífica hembra de la ninfa mayor rusa que había visto tostándose al sol sobre una hoja de álamo desde el balcón de su despacho. Recordé nuestros largos paseos en bicicleta por la lisa carretera de Luga y la eficacia con que —con sus potentes gemelos, pantalones

cortos y gorra a cuadros— se montaba en el alto sillín de su «Dux», que, como si se tratase de un palafrén, su criado le traía hasta el porche. Mientras revisaba su estado de limpieza, mi padre se ponía los guantes de ante y comprobaba, ante la ansiosa mirada de Osip, que los neumáticos estuvieran bien hinchados. Después cogía el manillar, colocaba el pie izquierdo en una clavija metálica que sobresalía en el extremo posterior del cuadro, se empujaba con el pie derecho por el otro lado de la rueda trasera, y después de tres o cuatro impulsos (y con la bicicleta puesta ya en movimiento), trasladaba cómodamente la pierna derecha a su pedal, alzaba la izquierda, y se instalaba en el sillín.

Por fin llegué a casa, y en cuanto entré en el vestíbulo noté que se oían unas voces altas, alegres. Tan oportunamente como en la escenografía de un sueño, mi tío el almirante estaba bajando por la escalera. Desde el rellano de roja alfombra que quedaba encima de mí, y en donde una griega de mármol desprovista de brazos presidía el cuenco de malaquita en donde se guardaban las tarjetas de visita, mis padres seguían hablando con él, y el almirante, sin dejar de bajar, se volvió para mirarlos con una sonrisa y dio un golpe a la barandilla con los guantes que llevaba en la mano. Supe de inmediato que no habría duelo, que la respuesta al desafío había sido una petición de disculpas, que todo estaba arreglado. Pasé junto a mi tío, rozándole, y subí hasta el rellano. Vi la serena expresión cotidiana de mi madre, pero no pude mirar a mi padre. Y entonces ocurrió: el corazón se me desbordó, alzándose como la ola sobre la que se elevó el *Buyriy* cuando su capitán lo abarloó junto al incendiado Suvorov, y yo no llevaba pañuelo, y todavía tenían que pasar diez años antes de cierta noche de 1922 en la cual, durante una conferencia que se celebró en Berlín, mi padre protegió con su cuerpo al orador (su viejo amigo Milyukov) de las balas de dos fascistas rusos y, mientras derribaba vigorosamente a uno de los asaltantes, fue fatalmente alcanzado por un disparo del otro. Pero ninguna sombra fue proyectada por ese acontecimiento futuro sobre la luminosa escalera de nuestra casa de San Petersburgo; la ancha y fría mano que reposó sobre mi cabeza no tembló, y varias jugadas posibles de un difícil problema de ajedrez no se habían combinado aún en el damero.

CAPITULO DÉCIMO

1

Las novelas del Salvaje Oeste del capitán Mayne Reid (1818-1883) gozaban, traducidas y simplificadas, de una tremenda popularidad entre los niños rusos de comienzos de este siglo, mucho después de que su fama hubiese declinado en Norteamérica. Como yo sabía inglés, pude saborear su *Headless Horseman* en el original no resumido. Un par de amigos intercambian su ropa, su sombrero y su montura, y el asesino se confunde de objetivo: tal es el principal eje de su complicada trama. Mi edición (posiblemente británica) permanece en los anaqueles de mi memoria como un grueso libro encuadernado en tela roja, con un frontispicio gris acuoso, cuyo brillo, cuando el libro era nuevo, estaba protegido por una hoja de papel de seda. Veo esta hoja y su proceso de desintegración —al principio, mal doblada; después, arrancada—, pero el frontispicio en sí, que sin duda alguna representaba al desafortunado hermano de Louise Pointdexter (y quizá también un par de coyotes, a no ser que me esté confundiendo con *The Death Shot* otra narración de Mayne Reid), ha estado expuesto tan largamente a las llamas de mi imaginación que ahora se ha blanqueado por completo (pero ha sido milagrosamente reemplazada por el modelo original, tal como observé cuando estaba traduciendo al ruso este capítulo en la primavera de 1953, y contemplé, desde un rancho que tú y yo habíamos alquilado aquel año, un yermo de cactus y yucas de donde aquella mañana me llegaba el quejumbroso grito de un *quail* —creo que un Gam-bel's Quail— que me abrumó con la sensación de estar gozando de logros y recompensas inmerecidos).

Ahora conoceremos a mi primo Yuri, un flaco muchacho de cara cetrina, cabeza redonda, pelo muy rapado, y luminosos ojos grises. Como era hijo de padres divorciados, carecía de un preceptor que cuidase de él, vivía en la ciudad y no tenía casa en el campo, era en muchos aspectos diferente de mí. Pasaba los inviernos en Varsovia, con su padre, el barón Evgeniy Raush von Traubenberg, gobernador militar de la plaza, y los veranos en Batovo o en Vyra, a no ser que se lo llevara al extranjero su madre, mi excéntrica tía Nina, a algún aburrido balneario centroeuropeo, en donde ella se iba a dar largos paseos solitarios y le dejaba a cargo de los botones y doncellas. En el campo, Yuri se levantaba tarde, y yo no le veía hasta que regresaba a comer, después de pasarme cuatro o cinco horas cazando mariposas. Desde su más temprana infancia fue un chico temerario, pero le tenía mucha aprensión y recelo a la «historia natural», era incapaz de tocar cosas serpenteantes, no soportaba el divertido

cosquilleo de la rana aprisionada que se te pasea por el interior del puño como si se tratase de una persona, ni la discreta, agradablemente fresca y rítmicamente ondulante caricia de la oruga que se te sube por el mentón. Coleccionaba soldaditos de plomo pintado; para mí carecían de todo atractivo, pero él se conocía sus uniformes tan bien como yo las diferentes mariposas. No sabía jugar al balón, era incapaz de tirar una piedra con un mínimo de puntería, y no sabía nadar, pero nunca me lo había confesado, y un día, cuando intentábamos cruzar el río caminando sobre un grupo atascado de troncos de abeto que flotaban junto a un molino, estuvo a punto de ahogarse cuando uno de esos troncos, especialmente resbaladizo, empezó a cabecear y rodar bajo sus pies.

La primera vez que tuvimos conciencia de la existencia del otro fue más o menos en las Navidades de 1904 (yo tenía cinco años y medio; él, siete), en Wiesbaden: recuerdo que él salía de una tienda de recuerdos y corrió hacia mí con un dije, una diminuta pistola de plata, que ardía en deseos de mostrarme, y de repente cayó de bruces en la acera, pero se abstuvo de llorar al levantarse, no le hizo ningún caso a la rodilla que le sangraba y ni por un momento soltó su minúscula arma. El verano de 1909 o 1910 me enseñó entusiasmado las asombrosas posibilidades dramáticas de los libros de Mayne Reid. El los había leído en ruso (dado que era en todo, menos en el apellido, mucho más ruso que yo) y, cuando buscaba alguna trama representable, tendía a combinarlos con los de Fenimore Cooper así como con sus propias y apasionadas invenciones. Yo contemplaba nuestros juegos con mayor distanciamiento, y trataba de atenerme al guión. La escenificación solía desarrollarse en el parque de Batovo, cuyos senderos eran más tortuosos y traicioneros que los de Vyra. Para nuestras mutuas cacerías del hombre utilizábamos pistolas que disparaban, con fuerza considerable, unos palos largos como lápices (de cuyas puntas de latón habíamos quitado virilmente las ventosas de caucho). Después tuvimos armas de aire comprimido que disparaban perdigones de cera o pequeños dardos de punta roma, con consecuencias no letales pero bastante dolorosas. En 1912, el impresionante revólver con cachas de nácar con el que se presentó fue fríamente retirado y encerrado bajo llave por Lenski, mi preceptor, pero sólo después de que hubiéramos hecho pedazos la tapa de una caja de zapatos (como preludio del blanco de verdad, un as) que habíamos sostenido por turnos, a una distancia propia de caballeros, en una verde avenida donde según los rumores se había desarrollado un duelo en un pasado borroso. El verano siguiente mi primo lo pasó en Suiza con su madre, y poco después de su muerte (en 1919), cuando ella visitó ese mismo hotel y consiguió las mismas habitaciones que él ocupó aquel mes de julio, introdujo la mano en los huecos de un sillón tratando de encontrar la horquilla que había perdido, y extrajo un diminuto coracero, desprovisto de caballo pero con sus estevadas piernas oprimiendo los flancos de un invisible corcel.

Cuando en junio de 1914 llegó a Vyra para pasar con nosotros una semana (él tenía entonces dieciséis años y medio, frente a mis quince, y la diferencia empezaba a notarse), lo primero que hizo, en cuanto nos encontramos solos en el jardín, fue sacar como sin darle importancia un pitillo «ambarino» de una elegante pitillera de plata en cuyo dorado interior señaló la fórmula $3 \times 4 = 12$, grabada allí en recuerdo de las tres noches que había pasado, por fin, con la condesa G. Ahora estaba enamorado de la joven esposa de un viejo general que vivía en Helsingfors, y de la hija de un capitán de Gatchina. Con cierta desesperación, fui tomando nota de cada nueva revelación de su estilo de hombre de mundo.

—¿Desde dónde puedo hacer algunas llamadas un poco íntimas? —preguntó. Y le llevé más allá de los cinco chopos y el viejo pozo seco (de donde había sido sacado con una cuerda por tres asustados jardineros hacía sólo un par de años) hasta un pasillo del ala del servicio al que llegaban los arrullos de las palomas posadas en un cómodo alféizar, y en donde colgaba de la asoleada pared el más remoto y antiguo de nuestros teléfonos de Vyra, un cacharro enorme, en forma de caja, cuyo manubrio había que accionar estruendosamente hasta educir una vocecilla de telefonista. Yuri se mostraba incluso más distendido y sociable ahora que cuando, unos años atrás, era un cazador de potros salvajes. Sentado en una mesa de pino y balanceando sus largas piernas, estuvo charlando con los criados (cosa que se suponía que yo no debía hacer, y que no sabía cómo hacer): con un anciano lacayo patillado al que jamás hasta entonces había visto sonreír, o con alguna coqueta de la cocina, de cuyo desnudo cuello y atrevida mirada no había tenido yo noticia hasta entonces. Cuando Yuri terminó su tercera conferencia (me fijé, con una mezcla de alivio y decepción, en lo mal que hablaba francés), bajamos a la tienda del pueblo, lugar que hasta entonces jamás se me había ocurrido visitar y a donde jamás habría entrado a comprar una bolsa de negras-y-blancas semillas de girasol. A todo lo largo de nuestro paseo de regreso, por entre las mariposas del atardecer que se preparaban para irse a dormir, comimos y escupimos, y él me enseñó el método para hacerlo a la manera de una cinta transportadora: abrir la semilla con las muelas de la derecha, extraer el núcleo con la lengua, escupir las dos mitades de la vaina, desplazar el

suave núcleo a las muelas de la izquierda y masticarlo allí, mientras la siguiente semilla que entretanto ha sido partida en las de la derecha, va siendo a su vez sometida al mismo proceso. Hablando de la derecha, admitió que era un acérrimo «monárquico» (en un sentido más romántico que político) y luego deploró mi supuesto (y perfectamente abstracto) sentimiento «democrático». Me recitó ejemplos de su fluida poesía de álbum y comentó con orgullo que había sido felicitado por Dilanov-Tomski, un poeta de moda (partidario de los epígrafes y los títulos a la italiana, como «Canciones de amor perdido», «Urnas nocturnas», y así sucesivamente), por la asombrosamente «larga» rima formada por «*vnemlyu múze ya*» («escucha a la Musa») y «*lyubvikontúziya*» («la contusión del amor»), a la que yo repliqué con mi mejor (y todavía no utilizado) hallazgo: «*zópoved*» (orden) y «*posáp'ivat*» (ganguear). Hervía de furia contra Tolstoy por el desdén que éste mostraba hacia el arte de la guerra y ardía de admiración por el príncipe Andrey Bolkonski; acababa de descubrir *Guerra y paz*, que yo había leído por primera vez a los once años (en Berlín, tendido sobre una otomana, en nuestro sombríamente rococó piso de la Privatstrasse, que daba a un oscuro y húmedo jardín trasero con alerces y gnomos que han permanecido en ese viejo libro, a modo de postales, eternamente).

De repente me veo a mí mismo con el uniforme de una academia militar: paseamos de nuevo hacia el pueblo, en 1916, y (como Maurice Gerald y el predestinado Henry Pointdexter) nos hemos intercambiado la ropa: Yuri lleva mis pantalones blancos de franela y mi corbata a rayas. Durante la breve semana que pasó aquel año con nosotros inventamos un singular entretenimiento que no he visto descrito en ningún otro lugar. Al fondo del jardín, en el centro de un pequeño círculo rodeado de jazmines, había un columpio. Ajustamos las cuerdas de modo que la verde tabla del columpio pasara a sólo unos cinco o seis centímetros de la frente y la nariz del que se tendía boca arriba en la arena. Uno de nosotros comenzaba la diversión poniéndose en pie sobre el columpio y balanceándose cada vez con más fuerza; el otro se tendía con la nuca apoyada en un punto previamente marcado y, desde lo que parecía una altura enorme, silbando y a gran velocidad, pasaba la tabla justo por encima de su cara. Y tres años más tarde, como oficial de caballería del ejército de Denikin, murió cuando combatía contra los rojos en el norte de Crimea. Le vi muerto en Yalta, hundida por completo la parte frontal de su cráneo bajo el impacto de varias balas que, como la tabla de hierro de un columpio monstruoso, le alcanzaron en el momento en que, tras haber dejado atrás su destacamento, cometía la temeridad de atacar en solitario un nido de ametralladoras de los rojos. Así quedó saciada la sed que toda su vida había sentido de actuar con intrepidez en una batalla, de realizar esa última y valerosa galopada con la pistola desenfundada o el sable desenvainado. Si hubiese tenido la competencia necesaria para escribir su epitafio, habría podido resumirlo diciendo —con palabras más sonoras que las que puedo congrega aquí— que todas las emociones, todos los pensamientos de Yuri, estaban gobernados por un don: un sentido del honor equiparable, desde el punto de vista moral, al oído absoluto.

2

He releído últimamente *The Headless Horseman* (en una edición muy triste, sin ilustraciones). Tiene algunos detalles interesantes. Por ejemplo, ese bar de un hotel tejano construido de troncos, en el año del Señor (como diría el capitán) de 1850, con su arremangado mozo, un petimetre por derecho propio, pues llevaba una camisa adornada con volantes «del mejor encaje y el mejor lino». Las coloridas botellas (entre las que un reloj flamenco hacía sonar «su peculiar tic-tac») eran como «un arco iris que centellease a su espalda», como «una aureola que rodease su perfumada cabeza». El hielo y el vino y el Monongahela pasaban de vaso en vaso. Los aromas del almizcle, la absenta y la piel de limón embebían todo el local. La luz deslumbrante de las lámparas de canfín realzaba los oscuros asteriscos producidos en la blanca arena del piso «por las expectoraciones». En otro año del Señor —a saber, el de 1941— cacé algunas polillas magníficas en las luces de neón de una gasolinera que hay entre Dallas y Forth Worth.

Entra en el bar el malo, el «mississippiense azotador de esclavos», Cassius Calhoun, ex capitán de Voluntarios, guapo, jactancioso y ceñudo. Después de brindar diciendo « ¡América para los americanos, y que Dios confunda a todos los extranjeros entremetidos, especialmente a los d-d [un escamoteo que me dejó dolorosamente desconcertado cuando tropecé por primera vez con él: *dead? detested?*] irlandeses!», tropezó intencionadamente con Maurice el cazador de potros salvajes (pañuelo rojo al cuello, rasgados pantalones de terciopelo, ardiente sangre irlandesa), un joven comerciante de caballos que en realidad era un baronet, Sir Maurice Gerald, tal como su emocionada novia descubría al final del

libro. Esta clase de emociones tan fuera de lugar puede haber sido uno de los motivos por los cuales declinó tan pronto en su país adoptivo la fama de este autor de origen irlandés.

Inmediatamente después de la colisión, Maurice desarrolló varias actividades, en el siguiente orden: depositó su vaso en el mostrador, se sacó del bolsillo un pañuelo de seda, secó «la deshonrosa mancha de whisky» de los bordados de la pechera de su camisa, se pasó el pañuelo de la mano derecha a la izquierda, volvió a depositar tranquilamente el vaso en el mostrador. Todavía me sé de memoria esta secuencia: tantas fueron las veces que mi primo y yo la representamos.

El duelo ocurrió allí y entonces, en el desierto bar, armados los participantes con sendos «Colt» de seis tiros. A pesar de mi interés por esta escena (... ambos resultaron heridos..., su sangre manó a borbotones sobre el enarenado piso...) no pude impedir que mi fantasía abandonara el *saloon* para mezclarse con la silenciosa muchedumbre que se había congregado delante del hotel, a fin de observar (en la «aromática oscuridad») a ciertas señoritas de «dudosa reputación».

Con mayor excitación incluso leí lo que allí se decía de Louise Pointdexter, la bella prima de Calhoun, hija de un plantador de azúcar, «el más alevoso y altivo de todos ellos» (aunque para mí era un misterio por qué razón un viejo que se dedicaba a plantar azúcar podía ser alevoso y altivo). Louise nos es mostrada en el momento en que sufre las angustias de los celos (que yo conocí de forma muy intensa en las desdichadas fiestas en las que Mara Rzhevuski, una niña pálida que llevaba un lazo blanco de seda en su pelo moreno, dejó, repentina e inexplicablemente, de fijarse en mi presencia) y se encuentra en su azotea apoyada su blanca mano en la albardilla, «húmeda aún del rocío de la noche», mientras sus pechos gemelos se hunden e hinchan en rápida y espasmódica respiración, sus pechos gemelos, permítaseme que vuelva a leerlo, se hunden e hinchan, enfocados sus impertinentes hacia...

Esos impertinentes volví a encontrarlos posteriormente en la mano de *Madame Bovary*, y luego los tuvo Anna Karenina, y después estuvieron en posesión de la Dama del Perrito Faldero de Chekhov, que los perdió en el embarcadero de Yalta. Cuando los sostenía Louise estaban enfocados hacia las moteadas sombras que había al pie de los mezquites, en donde el jinete de sus amores sostenía una inocente conversación con la hija de un rico hacendado, doña Isidora Covarubio de los Llanos («cuya melena rivalizaba por su exuberancia con la cola de un corcel salvaje»).

—Tuve la oportunidad una vez —le explicó más tarde Maurice a Louise, como si se tratase de una conversación entre dos jinetes— de rendirle un servicio a doña Isidora, rescatándola de unos brutales indios.

—¡Y lo llamas un pequeño favor! —exclamó la joven criolla—. Si algún hombre me hiciera ese favor a mí...

—¿Qué harías tú por él? —preguntó Maurice con vehemencia.

—*Pardieu!* ¡Le amaría!

—En ese caso, daría la mitad de mi vida por verte en manos de Gato Salvaje y sus ebrios compañeros..., y la otra mitad por librarte del peligro.

Y aquí nos encontramos con que nuestro gallardo autor interpola una extraña confesión: «El beso más dulce que me han dado en mi vida fue el de una mujer —una bella criatura, con la que iba de cacería— que se inclinó hacia mí desde su silla y me lo dio mientras yo permanecía sentado en la mía.»

Ese «sentado», concedámoslo, prolonga y da cuerpo al beso que tan cómodamente recibió el capitán, pero, aun a mis once años, no pude impedir que se me ocurriera pensar que esa forma de amar tan propia de centauros debía tener por fuerza sus limitaciones. Es más, Yuri y yo conocíamos a un chico que había intentado practicarla, pero el caballo de la chica empujó al suyo y le hizo caer en una zanja. Agotados por nuestras aventuras en el chaparral, solíamos tendernos en la hierba y hablar de mujeres. Nuestra inocencia me parece ahora casi monstruosa, a la luz de esas variadas «confesiones sexuales» (que se encuentran en Havelock Ellis y otros autores) en las que aparecen niños y niñas copulando como locos. Nosotros desconocíamos los barrios bajos de la sexualidad. Si alguna vez nos hubiesen contado que había parejas de niños normales que se masturbaban como idiotas en presencia del otro (tal como queda descrito, con tanta simpatía por la escena y con todos los olores, en las novelas modernas que se escriben en Norteamérica), la sola idea de ese acto nos hubiese parecido tan cómica e imposible como la de acostarse con un amelo. Nuestros ideales eran la reina Ginebra, Isolda, alguna *belle dame* no del todo deprovista de *merci*, la esposa del prójimo, una mujer orgullosa y dócil, moderna y cachonda, de tobillos delgados y manos alargadas. Las niñas de pulcros calcetines y limpios zapatos con las que nosotros y otros chicos coincidíamos en las clases de baile o en fiestas en torno al árbol de Navidad, preservaban en sus iris salpicados de llamitas todos los encantos, todos los bombones y estrellas del árbol, y nos tomaban el pelo, nos lanzaban miradas, participaban divertidas en nuestros vagamente

festivos sueños; pero estas pequeñas ninfas pertenecían a una clase de criaturas que no tenían nada que ver con las guapas adolescentes y vampiresas de anchos sombreros por las que en realidad suspirábamos. Después de hacerme jurar con sangre que lo mantendría en secreto, Yuri me habló de una casada de Varsovia de la que se había enamorado a los doce o trece años y con la cual al cabo de un par de años se acostó. Temí que por comparación le hubiese parecido insípido que yo le hablara de mis compañeras de juegos en la playa, pero no consigo recordar qué historia inventé para ponerme a la altura de su romance. Alrededor de esa época, sin embargo, se interpuso en mi camino una aventura verdaderamente romántica. Voy a realizar a continuación un ejercicio bastante difícil, algo así como un doble salto mortal acompañado de un *welsh waggie* (los viejos acróbatas sabrán a lo que me refiero), y necesito silencio absoluto, por favor.

3

En agosto de 1910 mi hermano y yo estuvimos en Bad Kissingen con nuestros padres y nuestro preceptor (Lenski); mi padre y mi madre se fueron después a Munich y París, y de regreso a San Petersburgo, y luego a Berlín, en donde los chicos, con Lenski, estábamos pasando el otoño y el comienzo del invierno a fin de que nos arreglasen la dentadura. Un dentista norteamericano —Lowell o Lowen, no recuerdo exactamente el nombre— nos arrancó algunos dientes y nos sujetó otros con bramante para posteriormente desfigurarnos con unas abrazaderas. Más infernales incluso que la acción de la pera de caucho que bombeaba ardiente dolor en las cavidades eran las bolitas de algodón —me resultaba insoportable su contacto y crujido, tan secos— que nos metían entre la encía y la lengua para mayor comodidad del manipulador; y allí, en el cristal de la ventana que quedaba enfrente de nuestros desamparados ojos, veíamos las transparencias, una triste marina o unas uvas grises, estremeciéndose con la sorda reverberación de lejanos tranvías bajo cielos grises. «In den Zelten achtzehn A»: regresan hacia mí las señas bailando con ritmo trocaico, seguidas inmediatamente por el susurrante avance del taxi eléctrico color vainilla que nos conducía hasta allí. En expiación de aquellas mañanas horribles esperábamos cualquier clase de compensación. A mi hermano le encantaba el museo de figuras de cera que se encontraba en la galería que daba a Unter den Linden: los granaderos de Friedrich, Bonaparte conversando con una momia, el Liszt joven que componía una rapsodia mientras dormía, y Marat, que moría en un zapato; y para mí (que aún no sabía que Marat había sido un apasionado lepidopterista) estaba, en una esquina de esa galería, la famosa tienda de mariposas de Gruber, un paraíso alcanforado en lo alto de una empinada y estrecha escalera por la que yo subía cada dos días para preguntar si por fin habían podido conseguir mi pedido de la nueva *strymonidia* de Chapman o la blanca recientemente redescubierta por Mann. Intentamos jugar al tenis en una pista pública; pero el ventarrón invernal se empeñaba en perseguir hojas muertas por toda su superficie y, además, Lenski no sabía jugar, por mucho que se empeñara en participar con nosotros, sin quitarse el sobretodo, en un imposible partido a tres. Posteriormente pasamos la mayor parte de las tardes en una pista de patinaje sobre ruedas que se encontraba en el Kurfürstendamm. Recuerdo a Lenski deslizándose inexorablemente hacia una columna a la que intentaba abrazarse mientras se desplomaba en medio de un espantoso estrépito; luego, tras haber perseverado un rato más, terminaba contentándose con sentarse en uno de los palcos que flanqueaban la afelpada barandilla y consumir allí tres pedazos seguidos de aquella *torte* ligeramente salada de moka con nata batida, mientras yo, pavoneándome, adelantaba una y otra vez al pobre y cojeante Sergey, en una de esas mortificantes imágenes que dan vueltas y más vueltas en nuestra cabeza. Una banda militar (Alemania, en aquel entonces, era el país de la música), con un director de movimientos infrecuentemente espasmódicos, cobraba vida cada diez minutos más o menos, pero apenas podía ahogar el incesante y sordo rumor de las ruedas.

Antiguamente existía en Rusia, y sin duda todavía existe, un tipo especial de muchacho en edad escolar que, sin poseer necesariamente una apariencia atlética o una capacidad intelectual muy notable, y careciendo a menudo de energía en clase, y siendo más bien descarnado y hasta con, por ejemplo, una leve afección tuberculosa, destacaba como un fenómeno en el fútbol y el ajedrez, y aprendía con la mayor facilidad cualquier tipo de deporte o juego de destreza (Borya Shik, Kostya Buketov y vosotros, los famosos hermanos Sharabanov, ¿dónde estáis ahora, compañeros y rivales?). Yo patinaba bien sobre hielo, y para mí fue tan fácil pasar a los patines de ruedas como para un hombre cualquiera reemplazar la navaja tradicional por una maquinilla de afeitar. Aprendí rápidamente a hacer dos o tres pasos complicados en el piso de madera de la pista, y en ningún salón de baile he danzado con tanto disfrute ni habilidad (nosotros, los Shik y los Buketov, somos, por norma, malos bailarines de salón). Los diversos

profesores de patinaje llevaban unos uniformes rojos, mitad de húsar, mitad de botones de hotel. Todos ellos hablaban inglés, de una u otra marca. De entre las personas que frecuentaban la pista, pronto me llamó la atención un grupo de jóvenes norteamericanas. Al principio se fundían todas ellas en un mismo trompo de luminosa belleza exótica. El proceso de diferenciación comenzó cuando, durante uno de mis bailes solitarios (y apenas unos segundos antes de que me pegara el mayor trompazo que jamás se haya visto en pista alguna), alguien hizo un comentario acerca de mí mientras yo continuaba con mis remolinos, y una encantadora y gangosa voz femenina contestó:

—¡Sí, es una monada!

Todavía puedo ver su alta figura en aquel traje azul marino. Su ancho sombrero de terciopelo quedaba transmutado por un deslumbrante alfiler. Por motivos evidentes, decidí que se llamaba Louise. Por las noches me quedaba despierto en cama e imaginaba toda clase de situaciones románticas, y pensaba en su cimbreaña cintura y su blanca garganta, y me preocupaba el sentir una peculiar incomodidad que hasta ese momento sólo había notado cuando me irritaban los calzoncillos. Una tarde la vi en el vestíbulo de la pista, y el más deslumbrante de los profesores, un lustroso rufián perteneciente a la misma caterva de Calhoun, la tenía cogida de la muñeca y la interrogaba con una falsa sonrisa de delincuente, y ella desviaba la mirada y retorció infantilmente la muñeca hacia uno y otro lado, y la noche siguiente él fue alcanzado por un balazo, atrapado con el lazo, enterrado vivo, alcanzado por otro balazo, estrangulado, corrosivamente insultado, fríamente situado en el punto de mira, perdonado, y finalmente condenado a arrastrar para siempre su deshonra.

Lenski, hombre de elevados principios pero notable simplicidad, y que salía por primera vez en su vida al extranjero, tuvo dificultades para conciliar los placeres del turismo con sus deberes pedagógicos. Nosotros nos aprovechamos de la circunstancia y le guiamos hacia lugares que nuestros padres no nos hubieran permitido visitar. No pudo resistirse, por ejemplo, a ir al Wintergarten, y así, una noche, nos encontramos instalados en un palco de platea, bebiendo chocolate helado. El espectáculo seguía el esquema tradicional: un malabarista en traje de etiqueta; luego una mujer, en cuyo pecho lanzaban destellos los brillantes de imitación, que gorjeó un aria en efusiones de luces alternativamente verdes y rojas; después un cómico montado en unos patines. Entre éste y un número con bicicletas (más adelante hablaré de él con detalle), el programa incluía la actuación de «The Gala Girls», y casi con la misma demoledora e ignominiosa conmoción física que experimenté cuando me pegué aquel trompazo en la pista, reconocí a mis damas norteamericanas en aquella guirnalda de «girls» entrelazadas, chillonas y desvergonzadas que ondulaban por el escenario de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda, con una rítmica elevación de diez piernas idénticas que salían disparadas hacia arriba desde diez corolas de volantes. Localicé la cara de mi Louise, e inmediatamente supe que jamás la perdonaría por cantar tan a voz en grito, por tener una sonrisa tan roja, por disfrazarse de aquella manera tan ridícula y tan diferente del encanto de una «orgullosa criolla» o del de las «señoritas de dudosa reputación». Me resultaba imposible dejar de pensar en ella de golpe, desde luego, pero parece que la conmoción liberó en mi interior cierto proceso inductivo, pues noté pronto que cualquier evocación de la forma femenina iba acompañada de esa desconcertante incomodidad con la que ya me había familiarizado. Interrogué a mis padres al respecto (habían venido a Berlín para ver qué tal nos iba), y mi padre arrugó el periódico alemán que acababa de abrir y contestó en inglés (con la parodia de una posible cita: una forma de expresarse que adoptaba a menudo para salir del paso):

—Esa, hijo mío, no es más que otra de las absurdas combinaciones de la naturaleza, como la de la vergüenza y el sonrojo, o el dolor y el enrojecimiento de los ojos. *Tolstoy vient de mourir* —añadió de repente, en otro tono de voz, pasmado, volviéndose hacia mi madre.

—*Da chto ñ* [algo así como «Santo Cielo»]! —exclamó ella abrumada, entrelazando las manos sobre su regazo—. *Pora domoy* [Habrà que regresar a casa] —concluyó, como si la muerte de Tolstoy fuera presagio de algún desastre apocalíptico.

4

Y ahora viene el número de las bicicletas, o al menos mi versión del mismo. El verano siguiente, Yuri no vino a visitarnos a Vyra, y tuve que hacerle frente solo a mi agitación romántica. Los días lluviosos, agachado al pie de una estantería poco utilizada, con una paupérrima luz que hacía todo lo posible por impedir que prosiguieran mis investigaciones, me ponía a buscar oscuras palabras oscuramente tentadoras y enervantes en la versión rusa en dos volúmenes de la Encyclopedia Brockhaus, en la cual, a fin de ahorrar espacio, la palabra que encabezaba los artículos quedaba reducida, a lo largo de su

detallado análisis, a su inicial en mayúscula, de modo que sus densas columnas impresas con tipos miñona no solamente absorbían toda mi atención sino que adquirían la frívola fascinación de un baile de disfraces en el que la abreviación de una palabra no muy conocida jugaba al escondite con mi ávida mirada: «Moisés intentó abolir la P., pero fracasó... En la era contemporánea floreció en Austria, durante el reinado de Maria Theresa, una hospitalaria forma de P... En muchas partes de Alemania los beneficios de la P., iban a manos del clero... En Rusia, la P., fue tolerada oficialmente a partir de 1843... Seducidas a los diez o doce años por el amo, los hijos de éste o algunos de sus criados, las huérfanas terminan casi invariablemente convirtiéndose en P.», y así sucesivamente, todo lo cual no sirvió para elucidar sobriamente, sino más bien para enriquecer de misterio, las alusiones al amor meretriz que encontré en el curso de mis primeras inmersiones en Chekhov o Andreev. La caza de mariposas y algunos deportes me ocuparon las horas de sol, pero por mucho ejercicio que hiciese no encontré modo de evitar la inquietud que, cada noche, me lanzaba hacia vagos viajes de descubrimiento. Después de haberme pasado casi toda la tarde montando a caballo, salir en bicicleta durante los coloridos atardeceres me producía una sensación curiosamente sutil, casi descarnada. Para transformarla en lo que yo entendía por un modelo de carreras, había puesto del revés el manillar de mi bicicleta Enfield, tras haberlo bajado hasta situarlo en un nivel casi inferior al del sillín. Por los senderos del parque me deslizaba siguiendo las recién dibujadas huellas de mis neumáticos Dunlop; evitando limpiamente los bultos de las raíces de los árboles; eligiendo una ramita caída y partiéndola con mi sensible rueda delantera; serpenteando por entre dos hojas planas y luego por entre una piedrecita y el agujero de donde había sido desalojada la tarde anterior; disfrutando de la breve suavidad de un puente sobre un riachuelo; rozando, sin llegar a tocarla, la valla metálica de la pista de tenis; abriendo con un suave empujón de la rueda la pequeña puerta blanca que había al final del parque; y luego, en pleno éxtasis melancólico de libertad, acelerando por los endurecidos y agradablemente aglutinados márgenes de largas carreteras de campo.

Aquel verano me iba siempre a pasear en bicicleta a cierta isba dorada por el bajo sol, en cuyo umbral Polenka, hija de Zahar, nuestro cochero mayor, que era una chica de mi edad, permanecía en pie, apoyada contra la jamba, cruzados sobre el pecho sus desnudos brazos a la suave y cómoda manera característica de la Rusia rural. Cuando me aproximaba me miraba con una maravillosa expresión radiante, pero cuando pedaleaba más cerca ya de ella, su gesto se iba apagando gradualmente, convirtiéndose primero en una sonrisa a medias, luego en una débil chispa en las comisuras de sus comprimidos labios, hasta que, finalmente, también esta luz se desvanecía de modo que al llegar junto a ella no asomaba expresión alguna a su bonito rostro redondo. En cuanto yo pasaba de largo, no obstante, y después de que por un instante hubiese vuelto la cabeza para echarle una última ojeada antes de esprintar cuesta arriba, reaparecían los hoyuelos y se encendía otra vez la enigmática luz sobre sus queridos rasgos. Jamás le dirigí la palabra, pero mucho después de que yo hubiese dejado de pasar por allí en bicicleta a esa hora, nuestra relación ocular se renovó de vez en cuando durante un par de veranos. La muchacha aparecía de repente, viniendo no se sabía de dónde, siempre un poco retirada, siempre descalza, frotándose el empeine izquierdo contra el gemelo derecho o rascándose con el dedo anular la raya de su pelo castaño claro, y siempre apoyada en alguna cosa: la puerta de las caballerizas cuando estaban ensillando mi caballo, el tronco de un árbol cuando toda la muchedumbre de criados salía a despedirnos cuando partíamos hacia la ciudad una fría mañana de septiembre. Parecía que cada vez su pecho se hubiese suavizado un poco más que la anterior, que sus antebrazos se hubiesen fortalecido, y una o dos veces llegué a discernir, justo antes de que desapareciese, yéndose de mi alcance (a los dieciséis años se casó con un herrero de una aldea lejana), un destello de amable burla en sus separados ojos color avellana. Resulta extraño, pero ella fue la primera persona que tuvo el dolorosamente agudo poder, por el simple método de no permitir que se desvaneciera su sonrisa, de perforar un agujero en mi sueño y devolverme con un sobresalto a mi acalabrada vigilia, cada vez que soñaba con ella, aunque en la vida real me daba mucho más miedo la posibilidad de sentirme repelido por la repugnancia que podían inspirarme sus pies cubiertos de barro seco y el olor rancio de su ropa que la de insultarla con la vulgaridad de unos requerimientos amorosos casi-señoriales.

5

Hay dos aspectos especialmente vívidos de ella que quisiera alzar simultáneamente ante mis ojos para completar su obsesiva imagen. El primero de ellos vivió durante largo tiempo en mi interior, pero muy separado de la Polenka que yo relacionaba con los umbrales y las puestas de sol, como si hubiese vislumbrado una encarnación ninfática de su conmovedora belleza que conviniese mantener aislada. Un

día de junio, en el año en que tanto ella como yo teníamos trece años, estaba yo ocupado en los márgenes del Oredezh coleccionando mariposas de las llamadas parnasanas —para ser exacto, las *Parnassius mnemosyne*—, que son seres extraños y de antiguo linaje, con susurrantes alas glaseadas y semitransparentes, y abdómenes sedosos en forma de amento. Mi búsqueda me había conducido a un denso sotobosque de racemosas de color blanco lechoso y de oscuros alisos que crecían justo al borde del frío y azul río, cuando de repente se oyó un estallido de chapoteos y gritos, y, desde detrás de un aromático matorral, capté la imagen de Polenka y de otros tres o cuatro jóvenes, todos desnudos, que se bañaban en las ruinas de una antigua caseta de baños situada a escasos metros de distancia. Mojada, jadeante, con uno de los orificios de su chata nariz goteando, arqueadas las costillas de su cuerpo adolescente bajo su pálida carne de gallina, salpicadas sus pantorrillas de barro negro, una peineta curvada ardiendo en su cabello oscurecido por el agua, trataba a duras penas de escabullirse del restallar y sisear de los tallos de nenúfares que una muchacha de tensa tripa y cabeza afeitada, y un mozo desvergonzadamente excitado, que ceñía sus partes con esa suerte de cinta que en aquella región se utilizaba para combatir el mal de ojo, arrancaban a tirones de la orilla para luego acosarla con ellos; y durante un par de segundos —antes de que yo me alejara reptando de allí, en una desdichada confusión de asco y deseo— vi a una extraña Polenka temblar y ponerse en cucullas sobre las tablas del semidestruido amarradero, protegiendo sus pechos del viento de levante con los brazos cruzados mientras, sacando la punta de la lengua, se burlaba de sus perseguidores.

La otra imagen está referida a un domingo de las vacaciones de Navidad de 1916. Desde el silencioso andén alfombrado de nieve de la pequeña estación de Siverski en la línea férrea de Varsovia (la más próxima a nuestra casa de campo), estaba yo contemplando una lejana arboleda plateada que, bajo el cielo del atardecer, viraba hacia el gris plomo, en espera de que emitiese el humo violeta apagado del tren que me devolvería a San Petersburgo después de haberme pasado el día esquiendo. La humareda apareció, dócilmente, y en ese mismo momento ella y otra chica pasaron andando a mi lado, bien envueltas en sus pañuelos, con enormes botas de fieltro y espantosos, amorfos y larguísimos chaquetones acolchados cuyo relleno asomaba por cada uno de los puntos en donde la tosca tela negra se había rasgado, y cuando pasaba junto a mí, con un morado debajo de un ojo y un labio hinchado (¿solía pegarle los sábados su marido?), Polenka comentó, sin dirigirse a nadie en especial, y en un tono melancólico y melodioso:

—*A barchuk-to menya ne prizna!* [Mira, el joven amo no me reconoce] —y esa fue la única ocasión en que la oí hablar.

6

Los atardeceres veraniegos de aquella época de mi adolescencia, en la que solía pasar en bicicleta junto a su casa me hablan ahora con la voz de Polenka. En un camino que atravesaba unos sembrados, precisamente donde desembocaba en la desolada carretera, solía bajarme de la bicicleta y apoyarla en un poste del telégrafo. Una puesta de sol, casi formidable por su esplendor, se resistía a concluir en el plenamente expuesto cielo. De entre sus imperceptiblemente cambiantes amasamientos, se podían escoger ciertos detalles muy iluminados de los organismos celestiales, o refulgentes hendeduras de oscuras acumulaciones, o planas playas etéreas que parecían espejismos de islas desiertas. Por aquel entonces aún no sabía qué hacer (ahora sí lo sé) con esas cosas: cómo librarme de ellas, cómo transformarlas en otras cosas que pueden ser entregadas al lector en caracteres impresos de modo que sea él quien tenga que habérselas con ese bendito estremecimiento: y esta incapacidad intensificó mi opresión. Una sombra colosal empezaba a invadir los campos, y los postes del telégrafo emitían su zumbido en la quietud, y los comensales nocturnos ascendían por los tallos de sus plantas. Ñam, ñam, ñam iba haciendo una bella oruga listada, no representada en Spuler, sin soltarse del tallo de una campanilla, avanzando con sus mandíbulas a lo largo del borde de la hoja más próxima en la que estaba recortando un amplio semicírculo, para después extender el cuello y doblarlo gradualmente otra vez, a medida que iba haciendo más profunda la pulcra concavidad. Automáticamente, hubiera podido introducirla, con un pedacito de su planta, en una caja de cerillas para luego llevármela a casa y hacer que al año siguiente produjese una Sorpresa Espléndida, pero mis pensamientos estaban en otro lugar: Zina y Colette, mis amigas de la playa; Louise, la ágil bailarina; todas las sofocadas y enfajadas niñas de sedoso cabello de las fiestas infantiles; la lánguida condesa G., amante de mi primo; Polenka sonriendo en el tormento de mis nuevos sueños; todas ellas se fundían para formar a alguien que yo no conocía pero que por fuerza conocería pronto.

Recuerdo una puesta de sol en particular. Produjo un brillo ambarino en el timbre de mi bicicleta. Arriba, por encima de la música negra de los cables telegráficos, unas cuantas nubes alargadas de color violeta oscuro con adornos rosa flamenco pendían inmóviles, dispuestas en forma de abanico; el conjunto parecía una prodigiosa ovación de colores y configuraciones. Pero estaba agonizando, y también todo lo demás iba oscureciéndose; sin embargo, justo encima del horizonte, en una franja luminosa de color turquesa, debajo de un estrato negro, el ojo encontró una imagen que sólo un necio hubiera podido confundir con las piezas sueltas de tal o cual otro crepúsculo. Ocupaba un sector pequeñísimo del enorme cielo y poseía la peculiar limpieza de líneas de un objeto visto a través de un telescopio usado del revés. Allí yacía, esperando, toda una familia de serenas nubes en miniatura, toda una acumulación de brillantes circunvoluciones, anacrónicas debido a su cremosidad, y extremadamente remotas; remotas pero perfectas en cada uno de sus detalles; fantásticamente reducidas pero inmaculadamente dibujadas; mi mañana maravilloso a punto de serme entregado.

CAPITULO UNDÉCIMO

1

Para reconstruir el verano de 1914, época en la que por vez primera me sobrevino la sorda furia de la versificación, no necesito en realidad más que visualizar cierto pabellón. El flaco muchacho de quince años que yo era entonces buscó refugio allí durante una tormenta, de las que aquel mes de julio hubo un número desproporcionado. Sueño con mi pabellón como mínimo un par de veces al año. Por norma, aparece en mis sueños con absoluta independencia de cuál sea su tema, que, naturalmente, puede ser cualquier cosa, desde el rapto hasta la zoolatría. Está allí, por así decirlo, de forma tan discreta e invisible como la firma del artista. Lo encuentro pegado a una esquina del lienzo del sueño o ingeniosamente imbricado en alguna zona ornamental del cuadro. A veces, sin embargo, aparece suspendido a cierta distancia intermedia, levemente barroco, y en armonía no obstante con los bellos árboles, oscuros abetos y luminosos abedules, cuya savia circuló antaño por su madera. Sus *losanges* de cristales rojo burdeos y verde botella y azul marino dan un aire de capilla a la tracería de sus ventanas. Aparece tal como era en mi juventud, una robusta y vieja estructura de madera situada sobre un barranco poblado de helechos en la zona más antigua del parque de Vyra, que también es la más próxima al río. Tal como era, o quizás un poco más perfecto. En el de verdad faltaban algunos de los cristales, y el piso estaba salpicado de hojas secas que el viento había arrastrado hasta allí. El estrecho puentecillo que proyectaba su arco sobre la zona más profunda de la garganta, con el pabellón enhiesto a mitad de camino, como un arco iris coagulado, quedaba después de la lluvia tan resbaladizo como si le hubiesen dado una capa de algún unto oscuro y en cierto sentido mágico. Etimológicamente, «pabellón» y «papilio» tienen una estrecha relación. En su interior no había ningún mobiliario, con la excepción de una mesa plegable herrumbrosamente engoznada a la pared situada bajo la ventana oriental, a través de cuyos dos o tres aislados compartimentos sin cristal o con cristales pálidos, en medio de los abotagados azules y borrachos rojos de los demás, se podía vislumbrar el río. En una de las tablas del piso, a mis pies, un tábano muerto yacía tendido panza arriba cerca del pardo resto de un amento de abedul. Los restos del parcialmente deteriorado jalbegue de la cara interior de la puerta habían sido utilizados por diversos intrusos para escribir cosas como «Dasha, *Tamara* y Lena han estado aquí» o «¡Abajo Austria!».

La tormenta pasó rápidamente. La lluvia, que había sido toda una masa de agua que caía con violencia y bajo la que los árboles se retorcían y balanceaban, quedó reducida de golpe a unas líneas oblicuas de oro silencioso que se rompían para formar trazos cortos y largos contra un fondo de menguante agitación vegetal. Golfos de voluptuoso azul iban ensanchándose por entre las grandes nubes: montones y más montones de blanco puro y gris purpúreo, *lepota* (palabra del ruso antiguo que significaba «belleza señorial») y móviles mitos, guache y guano, por entre cuyas curvas se podía distinguir una alusión mamal o la mascarilla de un poeta.

La pista de tenis quedaba como una región de grandes lagos.

Más allá del parque, por encima de los vaporosos sembrados, se formó un arco iris; los sembrados terminaban en la mellada frontera oscura de un lejano bosque de abetos; parte del arco iris lo cruzaba, y esa parte de la esquina del bosque rielaba mágicamente a través del verde y del rosa pálidos del irisado velo corrido ante él: una suavidad y un esplendor que convertían en parientes pobres a los reflejos coloreados de forma romboide que el regreso del sol hacía brillar en el piso del pabellón.

Un momento después comenzó mi primer poema. ¿Qué fue lo que lo disparó? Creo que lo sé. Sin que soplara la menor brisa, el puro peso de una gota de lluvia, brillando con parasitario lujo sobre una hoja cordiforme, hizo que su punta se inclinara, y lo que parecía un glóbulo de mercurio llevó a cabo un repentino glisado por la vena central, y luego, tras haber descargado su luminosa carga, la aliviada hoja se enderezó. *Tip, leaf, dip, relief*: el instante que hizo falta para que ocurriera todo eso me pareció no tanto una fracción de tiempo como una fisura abierta en él, un latido omitido, que inmediatamente fue reembolsado por un tamborileo de rimas: digo «tamborileo» de forma intencionada, pues cuando por fin sopló una ráfaga de viento, los árboles comenzaron a gotear rápidamente y todos a la vez, en una imitación del reciente aguacero tan tosca como la que la estrofa que ya empezaba a murmurar hacía de la maravillada conmoción que experimenté cuando durante un momento hoja y corazón fueron una sola cosa.

2

En el ávido calor de la tarde, bancos, puentes y troncos (todas las cosas, de hecho, excepto la pista de tenis) estaban secándose con increíble rapidez, y pronto apenas quedó nada de mi inspiración inicial. Aunque la luminosa fisura se había cerrado, seguí componiendo testarudamente. El medio que utilizaba era accidentalmente el ruso, pero también hubiese podido ser el ucraniano, o el inglés básico, o el volapuk. El tipo de poema que yo hacía en aquella época no era prácticamente más que una forma de señalar que estaba vivo, que había experimentado, o esperaba experimentar, ciertas emociones humanas de gran intensidad. No era tanto un fenómeno artístico como orientativo, y en consecuencia podía compararse con los signos que se pintan en la roca que está junto a un camino o a las pirámides de piedras que marcan un sendero de montaña.

Ahora bien, en cierto sentido, toda poesía es posicional: esforzarse por expresar la propia posición respecto al universo abrazado por la conciencia, es una necesidad inmemorial. Los brazos de la conciencia se estiran y tantean, y mejor cuanto más largos son. Los miembros naturales de Apolo no son las alas sino los tentáculos. Vivian Bloodmark, un amigo mío con tendencia a filosofar, solía decir, en fechas más recientes, que así como el científico ve todo lo que ocurre en un punto del espacio, el poeta siente todo lo que ocurre en un punto del tiempo. Extraviado en sus pensamientos, golpea su rodilla con un lápiz a modo de varita mágica, y en ese mismo instante un coche (matrícula de Nueva York) pasa por la calle, un niño golpea la puerta mosquitera de un porche cercano, un viejo bosteza en un neblinoso huerto del Turquestán, el viento hace rodar un gránulo de arena gris ceniza sobre la superficie de Venus, un tal doctor Jacques Hirsch de Grenoble se pone las gafas para leer, y además ocurren trillones de minucias parecidas, formando todas ellas un organismo instantáneo y transparente de acontecimientos, cuyo núcleo (sentado en una silla sobre el césped, en un rincón de Ithaca, Nueva York) es el poeta.

Aquel verano yo era todavía demasiado joven para alcanzar ningún grado de «sincronización cósmica» (por citar de nuevo a mi filósofo). Pero, como mínimo, descubrí que la persona que tiene esperanzas de llegar a ser poeta debe poseer la capacidad de pensar en varias cosas a la vez. A lo largo de los lánguidos paseos que acompañaron la redacción de mi primer poema, tropecé con el maestro del pueblo (vuelvo a darle la bienvenida a esta imagen), siempre con un ramillete de flores silvestres, siempre sonriente, siempre sudoroso. Mientras discutía amablemente con él sobre el repentino viaje de mi padre a la ciudad, registré de modo simultáneo y con la misma claridad no sólo sus flores, que empezaban a marchitarse, su ondeante corbata y los negros barros de las carnosas volutas de sus aletas nasales, sino también la sorda vocecilla de un cuco lejano, y el destello de una sofía posándose en el camino, y la recordada impresión de los cuadros (figuras ampliadas de plagas agrícolas, y de barbudos escritores rusos) que colgaban en las aireadas aulas de la escuela del pueblo, que yo había visitado un par de veces: el latido de algún recuerdo absolutamente inconexo (un podómetro que yo había perdido recientemente) surgió liberado de una vecina célula cerebral, y el sabor del tallo de hierba que estaba chupando se mezcló con la nota del cuco y el despegue de la fritilaria, y durante todo este rato tuve generosa y serena conciencia de mi propia multiplicidad de conciencia.

El me sonrió y me hizo una reverencia (a la efusiva manera de los radicales rusos), y dio un par de pasos atrás, y se volvió, y siguió airoso su camino, y yo volví a tomar el hilo de mi poema. Durante el breve tiempo en el que había estado ocupado en otras cosas, algo parecía haberles ocurrido a las palabras que ya había conseguido enhebrar: no parecían tan lustrosas como antes de la interrupción. Cruzó mi mente cierta sospecha de que quizás estuviese manipulando cosas postizas. Por fortuna, este frío parpadeo de percepción crítica no duró. El fervor que había estado tratando de expresar dominó de

nuevo la situación y permitió que su médium volviese a una vida ilusoria. Las filas de palabras a las que pasé revista estaban de nuevo tan relucientes, con sus hinchados pechos y elegantes uniformes, que taché de simple capricho la flaqueza que había percibido por el rabillo del ojo.

3

Aparte de enfrentarse a su crédula inexperiencia, cualquier joven versificador ruso tenía que habérselas con un obstáculo especial. A diferencia de lo que ocurría con el rico vocabulario del verso satírico o narrativo, la elegía rusa padecía una grave anemia verbal. Sólo en manos muy expertas podía llegar a trascender sus humildes orígenes, la pálida poesía francesa del siglo XVIII. Ciertamente, una nueva escuela estaba en mis tiempos a punto de romper los viejos ritmos, pero el principiante conservador todavía volvía la vista hacia aquel otro estilo cuando buscaba un instrumento neutral, posiblemente debido a que deseaba que no le apartase de la simple expresión de emociones simples ninguna aventura relacionada con formas arriesgadas. La forma, sin embargo, obtuvo su venganza. Las notablemente monótonas pautas en las que los poetas rusos de comienzos del siglo XIX encorsetaron la maleable elegía, hicieron que ciertas palabras, o tipos de palabras (como los equivalentes rusos de *fol amour* o *langoureux et révant*), fuesen emparejadas una y otra vez, y los líricos posteriores no pudieron sacudirse de encima estas fórmulas durante todo un siglo.

Había una de estas fórmulas, especialmente obsesiva, y propia del verso yámbico de entre cuatro y seis pies, consistente en que un adjetivo largo y sinuoso ocupara las primeras cuatro o cinco sílabas de los tres últimos pies del verso. Un buen ejemplo tetramétrico de lo que digo sería *ter-pi bes-chis-len-rii-e muki* (*en-dure in-cal-cu-la-ble tor-ments*). Con fatal facilidad, el joven poeta ruso corría el riesgo de resbalar hacia el fondo de este fascinante abismo de sílabas, que si he ilustrado con el ejemplo de ese *beschislenriie* ha sido sólo porque es fácil de traducir al inglés; los términos verdaderamente preferidos eran elementos típicamente elegiacos tales como *zadumchiv'ie* (meditabundo), *utrachenriie* (perdido), *muchitel'riie* (angustiado), y así sucesivamente, todos ellos acentuados en la segunda sílaba. A pesar de ser muy largas, las palabras de este tipo tenían un solo acento propio, y, en consecuencia, el penúltimo acento métrico del verso encontraba una sílaba normalmente desprovista de acento (ni en el ejemplo ruso). Esto producía un agradable deslizamiento, que, sin embargo, era un efecto tan conocido que no podía redimir la trivialidad del significado.

Como inocente principiante, caí en todas las trampas que me tendía el canturreante epíteto. Y no es que no me peleara con él. De hecho trabajé a fondo mi elegía, tomándome toda clase de molestias en cada verso, eligiendo y rechazando, paladeando las palabras en mi boca con esa solemnidad de perdida mirada que es propia del catador de té, y aun así se producía aquella atroz traición. El marco constreñía el cuadro, la cáscara modelaba la pulpa. El trillado ordenamiento de las palabras (verbo corto o pronombre-adjetivo largo-nombre corto) engendraba el trillado desorden de pensamiento, y ciertos versos, como poeta *gorestriie gryoi*, traducible como «las ensoñaciones melancólicas del poeta», conducían fatalmente a un verso cuyo final en rima tenía que ser *roii* (rosas) o *beryoii* (abedules) o *grozi* (tormentas), de modo que había determinadas emociones que aparecían relacionadas con ciertos ambientes no tanto gracias a un libre acto de la voluntad como a la desteñida cinta de la tradición. Sin embargo, cuanto más cerca estaba mi poema de su conclusión, más seguro me sentía de que lo que yo viera allí iba también a ser visto por los demás. Cuando enfocaba mi vista en un *parterre* arriñonado (y notaba que un pétalo rosa yacía sobre la marga, y que una pequeña hormiga investigaba su podrido borde) o cuando estudiaba el bronceado diafragma de un tronco de abedul en la zona donde algún matón le había arrancado su delgada y salpimentada corteza, creía en realidad que todo esto sería percibido por el lector a través del velo mágico de mis palabras, por ejemplo, *utrachenriie roii* o *zadumchivoy beryoi*. No se me ocurrió entonces que, lejos de ser un velo, aquellas pobres palabras eran tan opacas que, en realidad, formaban un muro en el que lo único que se podía distinguir eran ciertos gastados fragmentos de los poetas mayores y menores que yo imitaba. Años después, en el escuálido suburbio de una ciudad extranjera, recuerdo haber visto una empalizada cuyas tablas habían sido llevadas hasta aquel lugar desde otro en el que, al parecer, fueron utilizadas como valla de un circo ambulante. Un versátil pregonero había pintado en ellas diversos animales: pero quienquiera que hubiese retirado las tablas para después colocarlas otra vez, debió de ser ciego, o loco, porque la valla mostraba ahora solamente partes inconexas de esos animales (algunas de las cuales estaban, además, boca abajo): un anca leonada, una cabeza de cebrá, la pata de un elefante.

En el plano físico, mis intensas labores estaban marcadas por cierto número de confusas acciones y posiciones, tales como caminar, sentarme, tenderme. Cada una de ellas se rompía a su vez en fragmentos carentes de importancia espacial: en la fase andante, por ejemplo, tanto podía estar un momento errando por las profundidades del parque como, al siguiente, recorriendo las habitaciones de la casa. O bien, en la fase sedente, tomaba de golpe conciencia de que un plato de una cosa que ni siquiera recordaba haber probado estaba siendo retirado y que mi madre, con el tic nervioso que estremecía su mejilla izquierda siempre que tenía algún motivo de preocupación, observaba severamente desde su asiento del extremo de la mesa alargada mi melancolía y mi falta de apetito. Alzaba yo entonces la cabeza para responder..., pero la mesa ya había desaparecido, y me encontraba sentado, completamente solo, en un tocón al lado del camino, mientras el palo de mi cazamariposas, con ritmo de metrónomo, trazaba un arco tras otro en la parda arena; arco iris terrestres, en los que las variaciones de la presión de cada giro representaban los diferentes colores.

El estado más parecido al trance me sobrevenía cuando ya me encontraba irrevocablemente decidido a terminar mi poema. Con sólo una mínima punzada de sorpresa, me encontré a mí mismo nada menos que en un sofá de cuero de la habitación fría, rancia y poco utilizada que había sido el despacho de mi abuelo. Yazgo tendido en ese sofá, en una especie de congelación reptilina, con un brazo colgando, de modo que mis nudillos rozaban los dibujos florales de la alfombra. Cuando a continuación salí de ese trance, la flora verdosa seguía allí, mi brazo seguía colgando, pero ahora me hallaba postrado al borde de un cabeceante embarcadero, y los nenúfares que tocaba eran reales, y las ondulantes y rollizas sombras del follaje de los alisos sobre el agua —borrones de tinta llevados hasta la apoteosis, amebas de enormes dimensiones— palpitaban, se extendían y proyectaban rítmicamente pseudópodos que, cuando se contraían, estallaban en sus fluidos márgenes formando elusivas y fluidas máculas, que se juntaban otra vez para formar de nuevo las tanteantes terminales. Volví a sumergirme en mi niebla particular, y cuando emergí de nuevo, el sostén de mi extendido cuerpo era ahora un bajo banco del parque, y las sombras vivas por entre las cuales se hundía mi mano se movían ahora en el suelo, y no entre negros y verdes acuosos sino en tintes violeta. Tan escasamente me importaban las mediciones corrientes de la existencia cuando me encontraba en este estado que no me hubiera sorprendido salir de este túnel en los jardines de Versalles, o en el Tiergarten, o en el Parque Nacional Sequoia; e, inversamente, cuando ese antiguo trance vuelve a presentarse en la actualidad, me siento absolutamente preparado para encontrarme, cuando despierto de él, en lo alto de cierto árbol, con el moteado banco de mi adolescencia a mis pies, apoyada la barriga sobre una gruesa y cómoda rama, y con un brazo colgando por entre las hojas en cuya superficie se mueven las sombras de otras hojas.

Diversos sonidos me llegaban en mis diversas situaciones. Podía ser el gong llamando a comer, o alguna cosa menos corriente, como la horrible música de un organillo. En algún rincón cercano a las caballerizas, un viejo vagabundo hacía girar penosamente el manubrio, y basándome en impresiones más directas de las que me había embebido en años anteriores, podía verle mentalmente desde mi percha. Pintados en la cara frontal de su instrumento, unos supuestos campesinos balcánicos bailaban entre sauces palmiformes. De vez en cuando se pasaba el manubrio de una mano a la otra. Ví el jersey y la falda de su diminuta y calva mona, y su collar, la pelada herida de su cuello, la cadena que tironeaba cada vez que el vagabundo la estiraba, produciéndole un intenso dolor, y los diversos criados que les rodeaban, boquiabiertos, sonrientes, gente sencilla que se lo pasaba en grande contemplando las «bufonadas» del mico. Hace pocos días, en el lugar donde estoy registrando estas cosas, me crucé con un granjero y su hijo (un chico de esos tan saludables y vivarachos que aparecen representados en los anuncios de cereales para el desayuno), a los que divertía de forma similar la visión de un gatito que torturaba a una ardilla listada: la dejaba correr unos centímetros y luego saltaba otra vez sobre ella. Había perdido casi toda su cola, le sangraba el muñón. Como no podía escapar corriendo, el pobre bicho lisiado probó una última estratagema: se detuvo y se tendió sobre uno de sus costados para fundirse con el juego de luces y sombras del suelo, pero le delató su respiración excesivamente violenta.

El fonógrafo familiar, que la llegada del anochecer ponía en movimiento, era otra de las máquinas musicales que podía oír a través de mis versos. En la terraza donde se reunían nuestros parientes y amigos, emitía desde su bocina de latón los llamados *tüganskje romans'i*, tan adorados por mi generación. Eran imitaciones más o menos anónimas de canciones gitanas, o imitaciones de esas imitaciones. Lo que constituía su gitanidad era un profundo y monótono gemido interrumpido por una

especie de hipido, de audible resquebrajamiento de un corazón enfermo de amor. Los mejores ejemplos de estas canciones son los responsables de la nota estridente que vibra aquí y allá en la obra de ciertos poetas auténticos (estoy pensando especialmente en Alexander Blok). Las peores son comparables a esas canciones apaches compuestas por endeble hombres de letras e interpretadas por rechonchas señoras en los clubs nocturnos de París. Su medio ambiente natural estaba compuesto de ruisseñores con los ojos rebosantes de lágrimas, lilas en flor y avenidas de árboles susurrantes que daban encanto a los parques de la aristocracia campestre. Esos ruisseñores gorjeaban, y el sol poniente dibujaba en un pinar listas de encendido rojo a diferentes alturas de los troncos. Una pandereta, que aún latía, parecía yacer en el oscuro musgo. Durante un rato, las últimas notas de la ronca voz de contralto me persiguieron a través del crepúsculo. Cuando volvió el silencio, mi primer poema ya estaba listo.

5

Era ciertamente una desdichada mezcolanza que, además de sus modulaciones pseudopushkinianas, contenía otros diversos préstamos. Lo único excusable era cierto eco de un trueno de Tyutchev y un rayo de sol refractado de Fet. Por lo demás, recuerdo vagamente que mencionaba «el agujón de la memoria» —*vos-pominariya zhalo* (que yo había visualizado ya al observar el oviscapto de una icneumonida esparrancada sobre una oruga de la col, pero no me atreví a decirlo así)—, y no sé qué cosa acerca del antiguo encanto de un lejano organillo. Lo peor de todo eran los vergonzosos fragmentos recogidos de las letras de tipo *tŕganski* compuestas por Apuhtin y el gran duque Konstantin. Solía perseguirme con ellas una tía bastante joven y atractiva, que también era capaz de recitar ese famoso poema de Louis Bouilhet (*A Une Femme*) en el que se utiliza, de la forma más incoherente, un arco de violín para tocar una guitarra metafórica, así como enormes cantidades de cosas de Ella Wheeler Wilcox, que tenía un éxito arrollador entre la emperatriz y sus damas de compañía. Casi no parece que valga la pena añadir que, por lo que se refiere al tema, mi elegía trataba de la pérdida de una amante —Delia, Tamara o Lenore— a la que jamás había perdido, amado ni conocido, pero que estaba completamente dispuesto a conocer, amar y perder.

En mi necia inocencia, creí que lo que había escrito era hermoso y magnífico. Cuando lo llevaba a casa, todavía sin escribir, pero tan completo que hasta sus signos de puntuación estaban grabados en mi cerebro como la arruga de una almohada en la piel de un durmiente, no dudé que mi madre saludaría mi logro con alegres lágrimas de orgullo. La posibilidad de que ella estuviera, esa noche en particular, demasiado concentrada en otros acontecimientos como para no ser capaz de escuchar unos versos era para mí inconcebible. Jamás en la vida había ansiado tanto sus alabanzas. Jamás había sido tan vulnerable. Tenía los nervios en tensión debido a la oscuridad de la tierra, que se había embozado sin que yo me apercibiera, y la desnudez del firmamento, cuyo desarropamiento tampoco noté. Arriba, por entre los árboles amorfos que bordeaban mi borrado camino, el cielo nocturno empalidecía con sus estrellas. En aquella época, esa maravillosa confusión de constelaciones, nebulosas, huecos interestelares y todo el resto de tan temible espectáculo me provocaba unas náuseas indescriptibles, un tremendo pánico, como si estuviera colgado de la tierra cabeza abajo, al borde del espacio infinito, sostenido aún de los talones por la gravedad terrestre pero a punto de ser soltado en cualquier momento.

Con la excepción de dos ventanas de una esquina del piso de arriba (la salita de mi madre), la casa ya estaba a oscuras. El vigilante nocturno me abrió la puerta, y lenta, cuidadosamente, a fin de no perturbar el orden de palabras que contenía mi dolorida cabeza, subí la escalera. Mi madre estaba reclinada en el sofá, con el Rech de San Petersburgo en sus manos, y un Times de Londres doblado en su regazo. Un teléfono blanco brillaba en la superficie de cristal de la mesa que tenía al lado. Aunque ya era tarde, seguía esperando que mi padre la telefoneara desde San Petersburgo, en donde le retenía la tensión de la guerra que ya estaba aproximándose. Junto al sofá había una butaca, pero yo siempre la evitaba por culpa de su dorado satén, cuya sola visión hacía que abriera sus brazos, como un relámpago nocturno, un laciniado estremecimiento surgido de mi espina dorsal. Con una tosecilla, me senté en un escabel y comencé a recitar. Mientras permanecía ocupado por esta actividad, mantuve la mirada fija en la pared más alejada, donde todavía veo claramente en el recuerdo unos pequeños daguerrotipos y siluetas dispuestos en marcos ovalados, una acuarela de Somov (abedules jóvenes, medio arco iris, todo ello derritiéndose, húmedo), un espléndido otoño en Versalles de Alexandre Benois, y un dibujo a lápiz que la madre de mi madre hizo en su adolescencia: de nuevo, ese pabellón del parque, con sus bellas ventanas parcialmente ocultas tras unas ramas entrelazadas. El Somov y el Benois se encuentran ahora en algún museo soviético, pero ese pabellón no será jamás nacionalizado.

Como mi memoria vaciló un momento en el umbral de la última estrofa, en donde había probado tantas palabras iniciales que la por fin fue elegida quedaba parcialmente camuflada por una impresionante colección de entradas falsas, oí que mi madre inspiraba entrecortadamente. Por fin terminé de recitar y la miré. Estaba sonriendo en éxtasis a través de las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—Qué maravilloso, qué bonito —dijo, y con la ternura de su sonrisa cobrando aún fuerza, me pasó un espejito manual para que pudiese ver la mancha de sangre que tenía en el lugar de mi pómulo donde, en cierto momento indeterminado, había aplastado a un voraz mosquito mediante el acto inconsciente de apoyar la mejilla en el puño. Pero vi más cosas. Observando mis propios ojos, tuve la escandalizadora sensación de no encontrar más que los restos de mi yo corriente, retazos y material sobrante de una identidad evaporada cuya reconstrucción en el espejo le exigió a mi razón un verdadero esfuerzo.

CAPITULO DUODÉCIMO

1

Cuando conocí a Tamara —por darle un nombre que concuerde con su nombre real— ella tenía quince años, y yo uno más. El lugar era la accidentada pero bonita región (negros abetos, blancos abedules, turberas, henares y baldíos) que se encuentra justo al sur de San Petersburgo. Una guerra lejana continuaba acercándose poco a poco. Dos años después, ese trillado *deus ex machina* que fue la Revolución Rusa, hizo que me alejase de ese inolvidable escenario. De hecho, ya entonces, en julio de 1915, ciertos borrosos agüeros y retumbos entre bastidores, y el cálido aliento de fabulosos cataclismos, estaban afectando a la llamada escuela «simbolista» de la poesía rusa, sobre todo a los versos de Alexander Blok.

Durante el comienzo de ese verano y a todo lo largo del anterior, el nombre de Tamara había estado aflorando (con esa fingida ingenuidad que suele adoptar el Destino, cuando va en serio) aquí y allá en nuestra finca (Prohibido el paso) y en las tierras que mi tío poseía (Estrictamente prohibido el paso) al otro lado del Oredezh. Lo encontraba escrito con un palo en la arena rojiza de alguna de las avenidas del parque, o a lápiz en un enjalbegado portillo, o recién grabado a navaja (pero sin terminar) en la madera de algún viejo banco, como si la Madre Naturaleza me estuviese dando misteriosos avisos de la existencia de Tamara. Aquella silenciosa tarde de julio en la que la encontré completamente quieta (sólo se movían sus ojos) en una arboleda de abedules, pareció que Tamara hubiese surgido allí por generación espontánea, entre aquellos árboles vigilantes, con la silenciosa cabalidad de una manifestación mitológica.

Mató de un manotazo el tábano cuyo aterrizaje había estado esperando, y procedió luego a alcanzar a las otras dos chicas, menos bonitas, que la estaban llamando. Más tarde, desde una cota elevada sobre el río, las vi cruzar el puente, golpeando el piso con sus ágiles tacones altos, las tres con las manos metidas en los bolsillos de sus americanas azul marino y, por culpa de los tábanos, agitando de vez en cuando sus encintadas y floridas cabezas. Muy pronto encontré la pista de Tamara, que ocupaba con su familia una modesta *dachka* (casita de veraneo) de alquiler en el pueblo. Yo me iba a caballo o en bicicleta hasta cerca de allí, y con la repentina sensación de un fogonazo deslumbrante (tras el cual mi corazón necesitaba un buen rato para regresar del sitio a donde había ido a parar) me cruzaba con Tamara en una u otra de las abiertas curvas de la carretera. La Madre Naturaleza eliminó primero a una de sus amigas, y luego a la otra, pero sólo en agosto, el 9 de agosto de 1915, para ser petráticamente exacto, a las cuatro y media de la más bella tarde de aquella estación, y en el pabellón de irisados ventanales donde yo había visto entrar a mi intrusa, sólo entonces reuní el valor suficiente como para dirigirle la palabra.

Vista a través de los cuidadosamente limpiados lentes del tiempo, la belleza de su rostro resulta tan próxima y brillante como siempre. Era baja y estaba un tanto llenita, pero era muy airosa gracias a sus delgados tobillos y su flexible cintura. Una gota de sangre tártara o circasiana podía explicar la leve inclinación de sus alegres ojos oscuros y el tono moreno de sus frescas mejillas. Una leve pelusa, comparable a la que se encuentra en las frutas del grupo de las almendras, forraba su perfil de un fino borde de irradiación. Acusaba a su pelo castaño intenso de ser indomable y tiránico, y amenazaba con cortárselo a lo *garçon*, y así lo hizo un año más tarde, pero yo siempre lo recuerdo tal como lo vi por primera vez, fieramente trenzado en una gruesa cola recogida y sujeta por su extremo a la parte posterior de la cabeza con un gran lazo de seda negra. Su encantador cuello estaba siempre desnudo, incluso durante los inviernos de San Petersburgo, pues había conseguido que la autorizasen a renunciar

al tieso cuello de los uniformes que llevaban las colegialas rusas. Cada vez que articulaba algún comentario gracioso o hacía tintinear algún verso de su amplio surtido de poesía menor, dilataba las aletas de la nariz de la forma más seductora, y soltaba un alegre bufido. De todos modos, yo no estaba nunca seguro de si hablaba o no en serio. El ondear de su siempre predispuesta risa, su rápida forma de hablar, el retumbar de su r, muy uvular, el brillo tierno y húmedo de su párpado inferior, y, ciertamente, todas sus características, me parecían igualmente fascinantes, pero, fuera por la razón que fuese, en lugar de pregonar su carácter tendían a formar un brillante velo en el que me enredaba cada vez que intentaba averiguar alguna cosa nueva acerca de ella. Cuando yo le decía que nos casaríamos a finales de 1917, en cuanto terminara mi último curso en la escuela, ella, tranquilamente, me llamaba loco. Visualicé su casa, pero sólo de forma vaga. El primer apellido y el patronímico de su madre (que eran todo lo que yo conocía de esa mujer) sonaban a familia de comerciantes o de clérigos. Su padre, que, según deduje, apenas se interesaba por su familia, era administrador de una gran finca situada en algún lugar del sur.

Aquel año el otoño se presentó pronto. Capas de hojas caídas se amontonaban hasta la altura de los tobillos a finales de agosto. Negroaterciopeladas antiopes de bordes cremosos navegaban por los claros. El preceptor a cuyos inconstantes cuidados habíamos sido confiados mi hermano y yo aquella época solía ocultarse entre los matorrales para espiarnos a Tamara y a mí con ayuda de un telescopio viejo que encontró en el desván; pero también el mirón fue a su vez observado por el anciano jardinero de mi tío, aquel Apostoloski de roja nariz (por cierto, gran volteador de escardadoras) que tuvo la amabilidad de contárselo a mi madre. Ella no toleraba los fisgones, y además (aunque jamás le hablé de Tamara) sabía todo lo que podía interesarle de mis amoríos gracias a los poemas que yo le recitaba con espíritu de laudable objetividad, y que ella copiaba cariñosamente en un álbum especial. Mi padre estaba lejos, con su regimiento; y se creyó en el deber, después de haber conocido todo aquel material, de hacerme algunas preguntas notablemente incómodas cuando un mes más tarde regresó del frente; en cambio, la pureza de corazón de mi madre la había impulsado, y seguiría impulsándola, a superar esas dificultades y otras incluso más graves. Ella se limitó a sacudir la cabeza como dudando, pero de forma no carente de ternura, y a decirle al mayordomo que dejara cada noche en la terraza un poco de fruta para mí.

Llevé a mi adorable muchacha a todos aquellos rincones secretos de los bosques en donde había soñado despierto que la encontraba, que la creaba. Hubo cierto pinar en donde todo encajó en su sitio, aparté el tejido de fantasía, y saboreé la realidad. Como aquel año mi tío estaba ausente, podíamos también errar libremente por su enorme y denso parque bicentenario, con sus tullidos clásicos de piedra manchada de verde en la avenida principal, y aquellos senderos laberínticos que irradiaban a partir de una fuente central. Caminamos balanceando nuestras manos entrelazadas, a la manera campesina. Le di unas dalias que cogí a la orilla del paseo engravillado, bajo la mirada lejana y benévola del viejo Priapostolski. Nos sentíamos menos seguros cuando nos veíamos en casa, o cerca de casa, o en el puente del pueblo. Recuerdo los toscos graffiti que unieron nuestros nombres de pila, con extraños diminutivos, en cierta puerta blanca, y también, alejado de ese pueblerino y estúpido garabateo, el adagio: «La Prudencia es amiga de la Pasión», escrito con una caligrafía erizada que me resulta muy familiar. Una vez, a la hora del ocaso, cerca del río anaranjado y negro, un joven *dachnik* (veraneante) que llevaba una fusta en la mano la saludó con una inclinación al pasar junto a nosotros; ella se sonrojó como una chica de novela pero lo único que dijo, con una animada e irónica sonrisa, fue que aquel joven no había montado a caballo en su vida. Y en otra ocasión, cuando emergíamos de una curva de la carretera, mis dos hermanas pequeñas, impulsadas por su tremenda curiosidad, estuvieron a punto de caerse del rojo «torpedo» familiar cuando éste tomó bruscamente el viraje, camino del puente.

En los atardeceres oscuros y lluviosos yo acostumbraba a cargar el faro de mi bicicleta con mágicos pedazos de carburo cálcico, encendía una cerilla a cubierto del viento racheado y, tras aprisionar una llama blanca en el cristal, pedaleaba cautelosamente en dirección a las tinieblas. El círculo de luz que proyectaba mi faro captaba el húmedo y suave lomo del camino en la zona que mediaba entre su sistema de charcos centrales y la alta hierba de la cuneta. Como un fantasma tambaleante, el pálido rayo serpenteaba por un terraplén arcilloso en la curva donde comenzaba la pendiente que bajaba al río. Al otro lado del puente el camino volvía a ascender para desembocar en la carretera Rozhestveno-Luga, y justo en ese cruce empezaba un empinado sendero orlado de jazmines, y entonces tenía que desmontar y empujar mi bicicleta. Cuando llegaba a lo alto, mi lívida luz mariposeaba de un extremo a otro de los seis pilares blancos del pórtico de la parte trasera de la muda y ruinosa casa solariega de mi tío, tan muda y ruinosa como debe de encontrarse hoy en día, medio siglo después. Allí, en una esquina de esos soportales, en el mismo lugar desde donde había ido siguiendo el zigzaguo de mi luz ascendente,

Tamara me esperaba, asomada a la ancha balaustrada y apoyada de espaldas en una de las columnas. Yo apagaba el faro y me acercaba tanteando hacia ella. Aquí siente uno el impulso de hablar con más elocuencia, de estas cosas y de otras muchas que siempre confiamos en que sobrevivan a su cautividad en el zoo de las palabras, pero los antiguos tilos que se amontonan junto a la casa ahogan con sus crujidos y rumores en la agitada noche el monólogo de Mnemosina. Luego cedían sus gemidos. La lluvia goteaba a un lado del porche, un chaparroncito entrometido comenzaba a gorgotear regularmente. A veces, algún rumor adicional, al turbar el ritmo del agua en las hojas, hacía que Tamara volviese la cabeza hacia una pisada imaginaria, y entonces, en la leve luminosidad —que se eleva ahora en mi memoria pese a toda esa lluvia— del momento, lograba distinguir el perfil de su rostro; pero no había nada ni nadie que temer, y enseguida soltaba suavemente el aliento que había contenido durante un instante, y sus ojos volvían a cerrarse.

2

Con la llegada del invierno nuestro imprudente romance se trasplantaba al sombrío San Petersburgo. Nos encontrábamos horriblemente desprovistos de la silvestre seguridad a la que nos habíamos acostumbrado. Los hoteles de reputación lo suficientemente mala como para admitirnos se encontraban más allá de los límites de nuestra osadía, y la gran época de los amores aparcados aún estaba lejos. El secreto que tanto placer supuso en el campo se convirtió ahora en una carga pesada, pero ninguno de los dos quería ni siquiera pensar en la posibilidad de vernos en casa de ella o en la mía, en presencia de una carabina. En consecuencia, nos vimos obligados a andar por la ciudad (ella, con su abrigo de piel gris; yo, con polainas blancas y cuello de *karakul*, con un puño de hierro en mi aterciopelado bolsillo), y esta búsqueda permanente de algún tipo de refugio produjo un extraño sentimiento de desamparo, que, a su vez, anunciaba otros vagabundeos, muy posteriores y más solitarios.

Nos saltábamos las clases: no recuerdo el método de Tamara; el mío consistía en convencer a uno u otro de los chóferes para que me dejara en tal o cual esquina, camino de colegio (los dos eran buena gente y de hecho se negaron a aceptar el oro que les ofrecía: monedas de cinco rublos que llegaban del banco en apetitosas salchichas de diez o veinte monedas muy brillantes, que ahora puedo recordar de forma estética gracias a que mi orgullosa pobreza de emigrante ya forma parte del pasado). Tampoco me ponía obstáculos nuestro maravilloso y eminentemente sobornable Ustin, que atendía el teléfono en la planta baja; éste tenía el número 24-43, *dvaátsat' chefire sorok tú*; siempre contestaba que me dolía la garganta. Me pregunto ahora, por cierto, qué pasaría si se me ocurriese poner en este momento una conferencia desde mi escritorio. ¿Me dirían que no contesta? ¿Que no existe ese número? ¿Que no existe ese país? ¿O saldría la voz de Ustin diciendo «*moyo pochtenietse!*» (forma en diminutivo del saludo respetuoso)? Al fin y al cabo, hay casos conocidos de esclavos y kurdos cuya edad supera los ciento cincuenta años. El teléfono que tenía mi padre en su despacho (584-51) no aparecía en el listín, y los intentos que hizo el profesor de mi clase por averiguar la verdad acerca de mi mala salud jamás obtuvieron éxito alguno, a pesar de que a veces llegué a faltar tres días seguidos.

Caminábamos bajo las blancas puntillas de las escarchadas avenidas de los parques públicos. Nos sentábamos muy juntos en fríos bancos, tras haber retirado antes su capa de limpia nieve, y no sin antes librarnos de nuestros mitones con incrustaciones de nieve. Frecuentábamos los museos. Estaban soñolientos y desiertos aquellas mañanas de días laborables, y tenían buena calefacción, sobre todo en contraste con la neblina glacial y el rojo sol que, como una luna sonrojada, colgaba en sus ventanas orientales. Una vez allí buscábamos tranquilas salas apartadas, con trilladas escenas mitológicas que nadie iba a mirar, o con grabados, medallas, muestras paleográficas, la Historia de la Imprenta, todo lo que fuese de poco valor. Nuestro mejor hallazgo, en mi opinión, fue una habitacioncita en la que se guardaban escobas y escaleras; pero un montón de marcos sin lienzo que de repente empezó a resbalar y caer en la oscuridad llamó la atención de un inquisitivo amante de las bellas artes, y tuvimos que huir. El Hermitage, el Louvre de San Petersburgo, ofrecía magníficos escondrijos, sobre todo en cierta sala de la planta baja, entre vitrinas de escarabajos, detrás del sarcófago de Nana, sacerdotisa de Ptah. En el Museo Ruso del Emperador Alejandro III, dos salas (las número 30 y 31, en la esquina nororiental), que albergaban unos cuadros repelentemente académicos de Shishkin («El claro de un bosque de pinos») y de Harlamov («Cabeza de muchacha gitana»), proporcionaban cierta intimidad gracias a la presencia de unos altos estantes con dibujos, hasta que un malhablado veterano de la campaña de Turquía nos amenazó con avisar a la policía. De modo que, una vez graduados en estos grandes museos, pasamos a otros más pequeños, como el Suvorov, por ejemplo, en donde había una habitación muy silenciosa,

atestada de armaduras y tapices antiguos, y rasgados estandartes de seda, así como varios maniqués con botas altas, peluca, y verde uniforme, que nos vigilaban en posición de firmes. Pero adondequiera que fuésemos, tras unas pocas visitas, siempre aparecía uno u otro cano y legañoso empleado de silencioso paso que recelaba de nosotros, y nos veíamos obligados a conducir a otro lugar nuestro furtivo frenesí: al Museo Pedagógico, al Museo de Carruajes de la Corte, o a un diminuto museo de mapas antiguos que ni siquiera aparece en las guías turísticas, y luego otra vez a la fría intemperie, a algún ancho paseo de alta verja y leones verdes, al estilizado paisaje nevado del «Mundo Artístico», *Mir hkusstva* —Dobuzhinski, Alexandre Benois— que tanto apreciaba yo en aquellos tiempos.

A media tarde nos sentábamos en la última fila de uno de los dos cines (el Parisiana y el Piccadilly) de la Avenida Nevski. El arte progresaba. Las olas aparecían teñidas de un nauseabundo azul, y cuando se acercaban a una roca recordada (Rocher de la Vierge, Biarritz; es gracioso, pensé, ver otra vez la playa de mi cosmopolita infancia), y rompían contra ella convirtiéndose en espuma, había una máquina especial que imitaba el ruido de las rompientes con un crujido acuoso que jamás lograba terminar con la escena, sino que acompañaba durante tres o cuatro segundos la siguiente secuencia del documental: un severo funeral, por ejemplo, o unos desharrapados prisioneros de guerra junto a los mejor vestidos militares que los habían capturado. Muy a menudo, el título de la película era una cita de algún poema o canción popular, y a veces era larguísimo, como *El crisantemo ya no florece en el jardín*, o *El corazón de ella era como un juguete en manos de él*, y como *un juguete se rompió*. Las protagonistas femeninas tenían la frente pequeña, magníficas cejas y unos ojos con elegantes pestañas. El actor preferido de la época era Mozzhuhin. Un director famoso había adquirido en los alrededores de Moscú una mansión con un porche de blancas columnas (bastante parecida a la de mi tío), y la sacaba en todas sus películas. Mozzhuhin se acercaba a ella sentado en un elegante trineo, y miraba con ojos acerados la luz de una ventana mientras un famoso musculito se tensaba nerviosamente bajo su mandíbula.

Cuando se nos acababan los museos y los cines, y la noche era joven, nos veíamos reducidos a explorar los desiertos de la ciudad más adusta y enigmática del mundo. Las farolas solitarias se transformaban en seres marinos dotados de púas prismáticas cuando las mirábamos a través de la helada humedad de nuestras pestañas. Al cruzar enormes plazas, diversos fantasmas arquitectónicos se elevaban con silenciosa brusquedad ante nosotros. Sentíamos un frío estremecimiento que no estaba relacionado con la altura sino con la profundidad —un abismo que se abría a nuestros pies— cuando aquellas enormes columnas de granito bruñido (bruñido por esclavos, bruñido otra vez por la luna, y girando suavemente en el bruñido vacío de la noche) se alzaban sobre nosotros para sostener las misteriosas rotundidades de la catedral de San Isaac. Nos deteníamos al borde, por así decirlo, de estos peligrosos macizos de piedra y metal, y con las manos enlazadas y liliputiense temor, estirábamos las cabezas para ver las nuevas visiones colosales que se interponían en nuestro camino: los diez atlantes relucientemente grises del pórtico de un palacio, o un gigantesco jarrón de porfirio junto a la verja de hierro de un jardín, o esa enorme columna con un ángel negro en lo alto que, más que adornar, hechizaba la Plaza del Palacio inundada de luna, y subía más y más, tratando en vano de alcanzar la basa del «*Exegi monumentum*» de Pushkin.

Tamara argumentó posteriormente, en sus raros momentos de nostalgia, que nuestro amor no había sido capaz de soportar el rigor de aquel invierno; había aparecido, decía, una imperfección. A lo largo de todos aquellos meses estuve escribiendo versos para ella y acerca de ella, a razón de dos o tres poemas a la semana; en la primavera de 1916 publiqué una colección de algunos de ellos, y quedé horrorizado cuando ella me llamó la atención acerca de un detalle en el que no me había fijado al pergeñarlos. Allí estaba esa misma imperfección ominosa, la trivial pincelada hueca, la insincera aunque elocuente insinuación de que nuestro amor estaba condenado al fracaso porque jamás podría captar de nuevo el milagro de sus momentos iniciales, los rumores y susurros de aquellos tilos bajo la lluvia, la piadosa soledad rural. Es más —aunque ninguno de los dos se fijó entonces—, mis poemas eran muy juveniles, carecían de mérito y jamás hubiesen debido ser puestos a la venta. El libro (del que todavía existe un ejemplar, en el ay, «departamento cerrado» de la Biblioteca Lenin de Moscú) mereció el trato que recibió de las afiladas garras de los escasos críticos que lo reseñaron en oscuras publicaciones. Mi profesor de literatura rusa, Vladimir Hippius, un poeta de primera magnitud pero un tanto oscuro al que yo admiraba mucho (creo que su talento era superior al de su mucho más conocida prima, Zina'fda Hippius, poetisa y crítica) llevó consigo un ejemplar a clase y provocó la más delirante hilaridad en la mayoría de mis compañeros de curso cuando aplicó su feroz sarcasmo (era un tipo fiero de mostacho pelirrojo) a mis más románticos versos. En una sesión de la Fundación para la Literatura, su famosa prima le pidió a mi padre, presidente de la institución, que me explicara, por favor, que jamás de los jamases llegaría a ser

escritor. Un periodista bien intencionado, menesteroso y sin talento, que tenía motivos para estarle agradecido a mi padre, escribió una nota absurdamente entusiasta sobre mí, unas quinientas líneas rebosantes de alabanzas; fue interceptada a tiempo por mi padre, y nos recuerdo a él y a mí leyéndola en manuscrito, rechinando de dientes y soltando gruñidos, que es el ritual que utilizaba mi familia cuando se enfrentaba a cosas de gusto espantoso o al *gaffe* cometido por quien fuese. Todo aquello me curó de forma permanente de todo interés por la fama literaria y fue probablemente el motivo de esa casi patológica y no siempre justificada indiferencia que siento por las críticas, y que me ha privado de las emociones que la mayoría de escritores dicen sentir.

Esa primavera de 1916 es la que para mí representa la clásica primavera de San Petersburgo, sobre todo cuando recuerdo imágenes específicas, como la de Tamara, con un sombrero blanco que yo no conocía, en medio de los espectadores de un disputado partido de fútbol entre equipos de colegios, y en el que, aquel domingo, la más resplandeciente suerte me ayudó a evitar un gol tras otro; o la de una antíope, exactamente de la misma edad que nuestro romance, asoleando sus alas negro moradas, con los bordes blanqueados ahora por la hibernación, en el respaldo de un banco del Jardín de Alexandrovski; o el resonar de las campanas de la catedral en el aire nítido, sobre el ondulado azul del Neva, voluptuosamente libre de hielos; o la feria instalada sobre el fango alfombrado de confeti del Paseo de la Guardia Montada durante la Semana de los Amentos, con su estruendo ritmado por chirridos y leves estampidos, sus juguetes de madera, los gritos de los vendedores de delicias turcas y esos diablos cartesianos conocidos como *amerikanskije zhiteli* («residentes americanos»), que eran diminutos duendes de cristal que subían y bajaban por unos tubos también de cristal y llenos de alcohol teñido de color rosa o lila, tal como hacen los verdaderos norteamericanos (aunque el epíteto sólo significaba «extravagantes») en las flechas de los rascacielos transparentes cuando se apagan las luces de las oficinas en el cielo verdoso. La excitación que se notaba en las calles me emborrachaba de deseo de bosques y campos. Tamara y yo sentíamos apremiantes ansias de regresar a nuestras guaridas de antaño, pero a todo lo largo de abril su madre estuvo dudando entre alquilar la misma casita o ahorrar y quedarse en la ciudad. Por fin, y con determinada condición (que Tamara aceptó con el estoicismo de la sirenita de Hans Andersen), alquiló la casita, e inmediatamente nos envolvió un espléndido verano, y ahí estaba mi feliz Tamara, de puntillas, tratando de bajar una rama de racemosa para coger su arrugado fruto, con el mundo entero y todos sus árboles dando vueltas en la órbita de su sonriente ojo, y una mancha oscura de sus esfuerzos al sol formándose bajo su brazo alzado en el *shantung* de su vestido amarillo. Nos perdimos en musgosos bosques y nos bañamos en una cala de cuento de hadas y nos juramos amor eterno por las guirnaldas de flores que, como a todas las sirenitas rusas, tanto le gustaba tejer, y a comienzos del otoño se fue a la ciudad a buscar trabajo (ésta era la condición que le puso su madre), y a lo largo de los meses siguientes no la vi ni una sola vez, pues me encontraba totalmente entregado al tipo de variadas experiencias que en mi opinión debía buscar todo elegante *littérateur*. Había comenzado ya una extravagante fase de sentimiento y sensualidad que duraría diez años aproximadamente. Cuando la contemplo desde la torre que ahora ocupo me veo a mí mismo como cien diferentes jóvenes a la vez, todos ellos en pos de una muchacha cambiante en una serie de simultáneos amoríos traslapados, a veces encantadores, otras sórdidos, que iban desde aventuras de una noche hasta prolongados compromisos y simulaciones, con resultados artísticos muy escasos. Esa experiencia, así como las sombras de todas aquellas encantadoras damas, no sólo me resultan inútiles cuando reconstruyo mi pasado ahora, sino que además producen un molesto desenfoque y, por muy bien que ajuste los lentes de la memoria, no consigo recordar cómo nos separamos Tamara y yo. Existe posiblemente otro motivo, además, para este desdibujamiento: ya nos habíamos separado antes demasiadas veces. Durante ese último verano en el campo, solíamos separarnos para siempre después de cada uno de nuestros encuentros secretos cuando, en la fluida negrura de la noche, en ese viejo puente de madera situado entre la luna enmascarada y el neblinoso río, besaba sus cálidos y húmedos párpados y su rostro helado por la lluvia, e inmediatamente regresaba a ella para una nueva despedida, seguida luego por el largo, tenebroso, inseguro y empinado camino de vuelta a casa en bicicleta, durante el cual mis pies, que pedaleaban lenta y laboriosamente, intentaban aplastar aquella oscuridad de firmeza y capacidad de recuperación igualmente monstruosas, que se negaba a rendirse.

Recuerdo, sin embargo, con una viveza desgarradora, cierta tarde del verano de 1917 en la que, tras un invierno de incomprensible separación, encontré por casualidad a Tamara en un tren de cercanías. Durante los breves minutos que mediaron entre dos estaciones, en el vestíbulo de un bamboleante y rechinante vagón, estuvimos cerca el uno del otro, yo en un estado de aguda turbación, de abrumador arrepentimiento, y ella consumiendo una pastilla de chocolate, partiendo metódicamente pedazos

pequeñitos y duros de aquella materia, y hablándome de la oficina en la que trabajaba. A uno de los lados de la vía, por encima de unos pantanos azulados, el oscuro humo de la turba encendida se mezclaba con las brasas humeantes de un tremendo ocaso ambarino. Puede demostrarse, me parece, a partir de sus textos publicados, que Alexander Blok estaba tomando nota en su diario del mismo humo de turba que yo veía, así como del hundimiento del cielo. Hubo un período posterior de mi vida en el que me hubiese parecido que todo esto tenía relación con mi último vislumbre de Tamara, cuando se volvió en la escalera para mirarme antes de apearse en aquella estación con aroma de jazmines y rebosante de chifladas cigarras; pero hoy en día ningún detalle marginal y ajeno puede enturbiar la pureza del dolor.

3

Cuando, al final del año, Lenin se hizo con el poder, los bolcheviques lo subordinaron inmediatamente todo a la conservación de ese poder, y así inició su estupenda carrera un sanguinario régimen de campos de concentración y rehenes. En aquel momento eran muchos quienes creían que aún se podía luchar contra la banda de Lenin y salvar los logros de la revolución de marzo. Mi padre, elegido diputado de la Asamblea Constituyente que, en su fase preliminar, trató de impedir que los soviéticos se atrincherasen, decidió permanecer en San Petersburgo todo el tiempo que fuera posible, pero envió toda su familia a Crimea, una zona que todavía permanecía libre (esta libertad duraría sólo unas cuantas semanas más). Viajamos divididos en dos grupos; mi hermano y yo no fuimos con mi madre y los tres hermanos pequeños. La época soviética tenía una sombría semana de edad; los periódicos liberales seguían siendo publicados; y mientras nos despedía en la Estación Nikolaevski y esperaba con nosotros la salida del tren, mi imperturbable padre se instaló en una mesa de una esquina de la cantina para escribir, con su caligrafía fluida y «celestial» (como decían los linotipistas, maravillados ante la ausencia de correcciones), un editorial para el moribundo *Rech* (o quizás alguna publicación de emergencia), en aquellas largas tiras especiales de papel rayado que correspondían aproximadamente a una columna de letra impresa. Creo recordar que el principal motivo por el cual mi hermano y yo fuimos enviados con tanta prontitud era la probabilidad de que, si nos quedábamos en San Petersburgo, fuésemos reclutados para el nuevo ejército «Rojo». A mí me resultaba fastidioso ir a una zona tan fascinante a mitad de noviembre, cuando ya había terminado la temporada de caza de mariposas, y debido a que jamás había sido muy diestro en la tarea de encontrar crisálidas enterradas (aunque llegué a localizar algunas al pie de un roble de un jardín de Crimea). El fastidio se convirtió en angustia cuando, tras habernos hecho una pequeña señal de la cruz sobre nuestros rostros, mi padre añadió, como sin darle importancia, que había muchas probabilidades de, *ves'ma vozmozhno*, que no volviera a vernos nunca; dicho lo cual, con su trinchera y su gorra kaki y la cartera bajo el brazo, se alejó a grandes zancadas hacia el seno de la vaporosa niebla.

El largo viaje hacia el sur comenzó tolerablemente bien, con la calefacción ronroneando todavía y las lámparas del coche cama de primera clase Petrogrado-Simferopol aún intactas, mientras una cantante relativamente famosa y aparatosamente maquillada que oprimía contra el pecho un ramito de crisantemos envuelto en papel pardo, permanecía, dando golpecitos al cristal, en el pasillo por el que alguien pasó y dijo adiós con la mano en el momento en que el tren empezó a deslizarse, sin un solo sobresalto que nos indicase que estábamos abandonando para siempre aquella gris ciudad. Pero poco después de Moscú se acabaron todas las comodidades. En varios puntos de nuestro lento y penoso avance, el tren, nuestro coche cama incluido, fue invadido por más o menos bolchevizados soldados que regresaban del frente a sus casas (se les llamaban «desertores» o «héroes rojos» según las opiniones políticas de cada cual). A mi hermano y a mí nos pareció bastante divertido encerrarnos en nuestro compartimiento y resistirnos a todos los intentos de importunarnos. Varios soldados que viajaban en el techo del vagón contribuyeron a la juerga tratando, no sin éxito, de utilizar nuestro ventilador como retrete. Mi hermano, que era un actor de primera, consiguió simular todos los síntomas de un caso grave de tifus, lo cual nos fue muy útil cuando finalmente la puerta cedió. A primera hora del tercer día, durante una parada, aproveché una tregua en estas alegres actividades para respirar un poco de aire fresco. Avancé cautelosamente por el atestado pasillo, levantando las piernas por encima de los cuerpos dormidos, y me apeé. Una niebla lechosa caía pesadamente sobre el andén de una estación anónima: nos encontrábamos en algún lugar de las proximidades de Kharkov. Yo llevaba polainas y sombrero hongo. Mi bastón, una pieza de coleccionista que había pertenecido a mi tío Ruka, era de madera clara salpicada de bellas manchitas, y el puño era un terso globo de rosado coral incrustado en una corona de

oro. De haber sido yo uno de los trágicos vagabundos que permanecían al acecho en aquel andén por el que un frágil petimetre imberbe paseaba de un lado para otro, no hubiese podido resistir la tentación de destruirle. Cuando estaba a punto de subir al tren, éste dio una sacudida y comenzó a avanzar; mi pie resbaló y el bastón salió disparado y cayó entre las vías. No sentía ningún cariño especial por aquel objeto (de hecho, lo perdí por descuido al cabo de unos años), pero estaba siendo observado, y el fuego de mi *amour propre* de adolescente me impulsó a hacer una cosa que me resulta imposible imaginar que pudiera ser hecha por mi yo actual. Esperé a que pasaran uno, dos, tres, cuatro vagones (los trenes rusos eran famosos por lo mucho que tardaban en cobrar velocidad) y cuando, finalmente, fueron visibles las vías, cogí de entre ellas mi bastón y me puse a correr en pos de aquellos topes que iban empequeñeciéndose como en una pesadilla. Un robusto brazo proletario actuó de acuerdo con las reglas de la narrativa sentimental (en lugar de seguir las del marxismo) y me ayudó a subir. Si aquel tren me hubiese dejado allí, aquellas reglas se hubieran cumplido de todos modos, pues me hubiesen acercado a Tamara, que en aquel entonces se había desplazado también hacia el sur y vivía en un villorrio ucraniano, a menos de ciento cincuenta kilómetros del escenario de esta ridícula escena.

4

Tuve inesperadamente noticia de su paradero alrededor de un mes después de mi llegada a la zona sur de Crimea. Mi familia se estableció en las cercanías de Yalta, en Gaspra, junto al pueblo de Koreiz. Todo parecía allí extranjero; los olores no eran rusos, los sonidos tampoco, el asno que rebuznaba cada atardecer justo cuando el muecín empezaba a cantar desde el minarete del pueblo (una delgada torre azul recortada en silueta contra un cielo de color melocotón) era sin duda vecino de Bagdad. Y allí, en un camino de herradura próximo a un cretoso lecho de río por el que diversas cintas serpenteantes de agua poco profunda discurrían sobre piedras ovaladas; allí me encontré a mí mismo con una carta de Tamara en la mano. Miré los abruptos Montes de Yayla, cuyos rocosos ceños estaban cubiertos por el karakul del oscuro pino táurico; y la franja de matorral de hoja perenne que separaba la montaña del mar; y el translúcido cielo rosa, en el que brillaba una presumida media luna, con una sola estrella húmeda en su vecindad; y aquel artificioso escenario me pareció como una litografía de una edición bellamente ilustrada, pero desgraciadamente resumida, de *Las mil y una noches*. De repente sentí toda la angustia del exilio. Estaba el caso de Pushkin, claro; Pushkin, que había errado por aquí, proscrito, entre estos cipreses y laureles naturalizados, pero aunque sus elegías llegaron quizás a estimularme, creo que mi exaltación no era simple pose. A partir de entonces y durante varios años, hasta que la redacción de una novela me alivió de esa fértil emoción, la pérdida de mi país fue para mí lo mismo que la pérdida de mi amor.

Entretanto, la vida de mi familia había cambiado por completo. Con la excepción de algunas joyas astutamente escondidas entre el contenido normal de un bote de polvos de talco, estábamos completamente arruinados. Pero ésta fue una cuestión absolutamente secundaria. El gobierno tártaro de la zona había sido barrido por un nuevo soviét, y nos vimos sometidos a ese absurdo y humillante sentimiento que es la inseguridad absoluta. Durante el invierno de 1917-1918, y hasta bien entrada la ventosa y luminosa primavera de Crimea, una forma estúpida de muerte comenzó a rondar a nuestro alrededor. Día sí, día no, en el blanco muelle de Yalta (donde, como recordará el lector, la protagonista de «La dama del perrito faldero» de Chekhov perdió sus impertinentes en medio de la muchedumbre de veraneantes), varias personas inofensivas, a las que previamente les ataban unos pesos a los pies, habían sido aniquiladas de un balazo por duros marinos bolcheviques importados de Sebastopol para este fin. Mi padre, que no era inofensivo, ya se había reunido para entonces con nosotros, después de diversas y peligrosas aventuras y, en esta zona de especialistas del pulmón, había adoptado el mimético disfraz de médico, aunque sin cambiar de nombre (una jugada «sencilla y elegante», como diría un anotador de ajedrez comentando un movimiento comparable realizado sobre el tablero). Nos alojábamos en una villa poco conspicua que una amiga amable, la condesa Sofía Panin, había puesto a nuestra disposición. Ciertas noches, cuando cobraban especial intensidad los rumores que hablaban de los asesinos que nos rondaban, los varones de nuestra familia patrullaban la casa por turnos. Las delgadas sombras de las hojas de adelfa se agitaban cautelosamente a lo largo de un pálido muro cuando soplabla la brisa marina, como si, adoptando las mayores precauciones, quisieran señalarnos alguna cosa. Teníamos una escopeta y una automática belga, e hicimos todo lo posible por no darle demasiada importancia al decreto según el cual sería instantáneamente ejecutado todo aquel que fuese sorprendido en posesión ilegal de armas de fuego.

El azar nos trató con amabilidad; no ocurrió nada, aparte del susto que nos llevamos a mitad de una noche de enero, cuando una figura con aspecto de bandido, toda ella envuelta en cuero y pieles, llegó reptando a nuestra casa; pero resultó no ser más que nuestro antiguo chófer, Tsiganov, al que no se le había ocurrido otra cosa que venir desde el lejano San Petersburgo, montado en topes y vagones de mercancías y a través de las inmensas, heladas y salvajes extensiones de Rusia, con el solo fin de traernos una bienvenida suma de dinero que nos enviaba inesperadamente un buen amigo. También trajo el correo recibido en nuestro domicilio de San Petersburgo; entre las cartas estaba la de Tamara. Tras un mes de estancia con nosotros, Tsiganov declaró que el paisaje de Crimea le aburría, y se fue de regreso al lejano norte, llevando al hombro una bolsa que contenía diversos artículos que le habríamos dado de buen grado si hubiéramos sabido que los codiciaba (un galán de noche, unas zapatillas de tenis, camiones, un despertador, una plancha, y otras ridiculeces que he olvidado) y cuya ausencia sólo hubiese sido notada gradualmente de no ser porque, con vengativo celo, nos lo recordó enseguida una anémica doncella cuyos pálidos encantos también había desvalijado él. Curiosamente, Tsiganov nos convenció de que sacáramos las piedras preciosas de mi madre del bote de polvos de talco (que él había detectado al instante) y las escondiéramos en un hoyo cavado en el jardín bajo un versátil roble, y allí seguían todas tras su partida.

Luego, un día de primavera de 1918, cuando las rosadas borlas de los almendros en flor animaron las oscuras laderas, los bolcheviques desaparecieron y un singularmente silencioso ejército de alemanes les sustituyó. Los patriotas rusos se sintieron desgarrados entre el alivio animal de haberse librado de los verdugos aborígenes y la necesidad de deber su liberación al invasor extranjero, y sobre todo a los alemanes. Estos últimos, no obstante, estaban perdiendo su guerra en el frente occidental y llegaron a Yalta de puntillas, con sonrisas desdeñosas, apenas un ejército de apariciones grises que los patriotas podían fácilmente ignorar, y que en efecto ignoraron, como no fuera para dirigir algunas sonrisillas disimuladas, y desagradecidas, a los tímidos carteles (PROHIBIDO PISAR LA HIERBA) que surgieron en los céspedes de los parques. Un par de meses después, tras haber reparado las cañerías de las villas que los comisarios dejaron vacías, los alemanes también se desvanecieron; los Blancos llegaron del este en cuantagotas, y pronto empezaron a combatir contra el Ejército Rojo, que atacaba Crimea desde el norte. Mi padre fue nombrado ministro de Justicia en el Gobierno Regional instalado en Simferopol, y su familia se alojó en Yalta, cerca de la finca de Livadia, antiguo dominio del Zar. La impetuosa y frenética alegría que brotó en las ciudades que estaban en poder de los Blancos nos devolvió, en una versión más vulgar, los atractivos de los años de paz. Las cafeterías estaban llenas a rebosar. Los teatros de todas clases vivieron una temporada floreciente. Una mañana, en un sendero de montaña, me encontré de repente con un extraño jinete vestido a la circasiana, con un rostro tenso y sudoroso pintado de un fantástico amarillo. Tiraba constantemente de las riendas de su caballo, que, sin hacerle caso, siguió bajando por el empinado sendero a un paso curiosamente determinado, como el de una persona que, ofendida, abandona una fiesta. Ya había visto monturas desbocadas, pero era la primera vez que veía a un caballo cuyo desbocamiento le indujera a sentar el paso, y mi pasmo adquirió un matiz más divertido incluso cuando reconocí en el desafortunado caballero a Mozzhuhin, el actor al que Tamara y yo habíamos admirado tan a menudo en la pantalla. Estaban ensayando la película *Haji Murad* (adaptación del relato de Tolstoy sobre ese montaraz caudillo, tan gallardo y buen jinete) en los pastizales de aquella sierra.

—Detenga a este bruto [*Derzhiie proklyatoe zhivotnoe*] —me dijo entre dientes al verme, pero en ese mismo momento, con un tremendo estrépito de fragorosas y tronantes piedras, dos tártaros auténticos bajaron corriendo a rescatarle, y yo seguí subiendo, con mi cazamariposas, hacia los altos peñascos en los que estaba esperándome la raza euxina del sátiro de Hipólito.

Durante aquel verano de 1918, pobre espejismo de juventud, mi hermano y yo solíamos frecuentar la amistosa y excéntrica familia propietaria de la finca costera de Oleiz. Pronto se desarrolló una bromista amistad entre Lidia T. y yo, que éramos de la misma edad. Siempre rondaba por allí mucha gente joven, guapas jovencitas de miembros bronceados y adornados de brazaletes, un famoso pintor llamado Sorin, actores, un bailarín clásico, alegres oficiales del Ejército Blanco, algunos de los cuales morirían muy pronto, de modo que con las fiestas en la playa, las excursiones al campo, las hogueras, el mar empapado de luna y una buena provisión de moscatel de Crimea, hubo muchas diversiones amorosas; y entretanto, contra este telón de fondo frívolo, decadente y en cierto modo irreal (que me satisfizo pensar que bastaba para conjurar la atmósfera de la visita de Pushkin a Crimea, un siglo atrás), Lidia y yo practicamos un jueguecito de oasis inventado por nosotros mismos. La cosa consistía en hacer la parodia de una biografía proyectada, por así decirlo, hacia el futuro, lo cual nos permitía transformar el

especioso presente en algo así como un pasado detenido, tal como lo percibiría un chocheante memorista que, a través de una infranqueable neblina, recordase su trato con un escritor famoso en la época en que ambos eran jóvenes. Por ejemplo, Lidia o yo decíamos, sentados en la terraza después de cenar:

—Al escritor le gustaba salir a la terraza después de cenar.

O bien:

—Siempre recordaré la observación que hizo V. V. una noche calurosa. «Hace —dijo— una noche calurosa.»

O bien, más ridículamente incluso:

—Tenía la costumbre de encender sus pitillos antes de fumárselos.

Y todo esto pronunciado en un tono reflexivo y con un fervor reminiscente que en aquel momento nos pareció inofensivo e hilarante; pero ahora, ahora me sorprende a mí mismo preguntándome si no estuvimos molestando sin querer a algún perverso y rencoroso demonio.

A lo largo de todos esos meses, siempre que alguna saca de correo lograba pasar de Ucrania hasta Yalta, había una carta de mi Tamara para mí. No hay nada tan inescrutable como el modo en que las cartas, bajo los auspicios de inimaginables portadores, circulan en la fantasmagórica confusión de las guerras civiles; pero cada vez que, debido a esa confusión, nuestra correspondencia quedaba interrumpida, Tamara reaccionaba como si la recepción de las cartas fuera uno de esos fenómenos naturales más corrientes, como el clima o las mareas, a los que no afectan los asuntos humanos, y me acusaba de no contestarla, cuando en realidad yo no hacía más que escribirle y pensar en ella durante esos meses, a pesar de mis muchas traiciones.

5

Feliz el novelista que consigue conservar una auténtica carta de amor recibida durante su juventud para insertarla en una obra de ficción, y empotrarla en ella como una limpia bala en una masa de carne fofa, para dejarla bien segura allí, entre vidas espúreas. Ojalá hubiese conservado así toda nuestra correspondencia. Las cartas de Tamara eran una sostenida evocación del paisaje rural que tan bien conocíamos los dos. Eran, en cierto sentido, una lejana pero maravillosamente clara respuesta antifonal a los mucho menos expresivos versos que yo le dedicara. Con descuidadas palabras, cuyo secreto sigo siendo incapaz de descubrir, su prosa de muchacha de instituto podía evocar con plañidera fuerza cada olorillo de cada hoja húmeda, cada una de las frondas de helechos oxidadas por el otoño en los campos de la región de San Petersburgo. «¿Por qué nos sentíamos tan alegres cuando llovía?», preguntó en una de sus últimas cartas, regresando en cierto modo a la fuente más pura de la retórica. «*Bohze moy*» (*mon Dieu* más que «*My God*»), a dónde ha ido a parar, a dónde ha ido todo ese lejano, brillante, querido (*Vsyo eto dalyokoe, svetloe, miloe*: en ruso no hace falta sujeto ya que todos estos adjetivos son neutros y desempeñan el papel de nombres abstractos, en un escenario desnudo, bajo una luz tenue).

Tamara, Rusia, el bosque silvestre transformándose gradualmente en diversos jardines, mis abedules y abetos del norte, la imagen de mi madre poniéndose a gatas sobre el suelo para besar la tierra cada vez que regresábamos al campo para pasar el verano, *et la montagne et le grand chêne*: cosas todas ellas que un día el destino empaquetó de mala manera y arrojó luego al mar, separándome completamente de mi infancia. Me pregunto, no obstante, si se puede decir gran cosa en favor de otros destinos más anestésicos; en favor de, por ejemplo, esa tersa, segura y pueblerina continuidad temporal, con su primitiva ausencia de perspectiva, que, a los cincuenta años, te permite seguir residiendo en la casa de chillas donde pasaste la infancia, de modo que cada vez que subes a limpiar el desván te encuentras con el mismo montón de viejos libros pardos de colegio, reunidos todavía entre posteriores acumulaciones de objetos muertos, y donde, las mañanas de los domingos veraniegos, tu esposa se detiene en la acera para soportar durante un par de minutos a la señora McGee, esa horrible, gárrula, teñida mujer que se dirige a la iglesia y que, en el remoto 1915, era la bonita y traviesa Margaret Ann de labios con sabor a menta y ágiles dedos.

La ruptura de mi propio destino me brinda retrospectivamente una sincopizante patada que no cambiaría por nada de muchos mundos. Desde aquella correspondencia con Tamara, la morriña ha sido para mí un asunto sensual y especial. Hoy en día, la imagen mental de los enmarañados prados de Yayla, de un cañón de los Urales o de las salinas del Mar de Aral, me afectan desde el punto de vista nostálgico y patriótico tan poco, o tanto, como, por ejemplo, Utah; pero se me derrite el corazón ante cualquier zona del continente americano que se parezca a las campiñas de la zona de San Petersburgo. Apenas puedo

imaginar qué supondría ver de nuevo en la realidad mi antiguo mundo. A veces fantaseo que lo visito de nuevo, provisto de un pasaporte falsificado, con nombre supuesto. No es imposible.

Pero creo que no lo haré jamás. He estado soñando en ello demasiado ociosa y demasiado largamente. Del mismo modo, durante la segunda mitad de mi estancia de dieciséis meses en la Península de Crimea, estuve tanto tiempo pensando en la posibilidad de alistarme en el ejército de Denikin, con la intención no tanto de trapalear a lomos de un corcel bien embridado por las enguijarradas afueras de San Petersburgo (el sueño de mi pobre Yuri) como de visitar a Tamara en su villorrio ucraniano, que ese ejército ya había dejado de existir para cuando llegué a tomar una decisión. En marzo de 1919, los Rojos penetraron por el norte de Crimea, y desde varios puertos comenzó la tumultuosa evacuación de los grupos antibolcheviques. Por el espejeante mar de la bahía de Sebastopol, bajo el furioso fuego de las ametralladoras que disparaban desde la playa (las tropas bolcheviques acababan de tomar el puerto), mi familia y yo zarpamos rumbo a Constantinopla y El Pireo en un pequeño y espantoso barco griego, el *Nadezhda* (Esperanza), cargado de frutos secos. Recuerdo que, mientras zigzagueábamos hacia el abra de la bahía, intenté concentrarme en una partida de ajedrez con mi padre —uno de los alfiles había perdido su cabeza, y una ficha de las que se usan para hacer apuestas en el poker ocupaba el lugar de una torre—, y la conciencia de que me iba de Rusia quedó absolutamente eclipsada por la dolorosa idea de que, con rojos o sin ellos, las cartas de Tamara seguirían llegando, milagrosa e inútilmente, al sur de Crimea, en donde buscarían a un fugitivo receptor, y aletearían sin fuerza de un lado para otro como aturcidas mariposas soltadas en una zona extraña, lejos de su altitud acostumbrada y entre una flora desconocida.

CAPITULO DECIMOTERCERO

1

En 1919, vía Crimea y Grecia, un rebaño de Nabokov —tres familias— huyó de Rusia a la Europa Occidental. Se decidió que mi hermano y yo fuéramos a Cambridge, a costa de una beca concedida más como expiación de las tribulaciones políticas que como reconocimiento de los méritos intelectuales. El resto de mi familia esperaba permanecer una temporada en Londres. Los gastos de su mantenimiento tenían que ser pagados por el puñado de joyas que Natasha, una vieja doncella muy previsora, justo antes de la partida de mi madre de San Petersburgo en noviembre de 1917, había sacado de un armario y metido en un *nécessaire*, y que durante un breve lapso habían sido víctimas de un internamiento o quizá de cierta misteriosa maduración en un jardín de Crimea. Habíamos abandonado nuestra casa norteña por un período que se suponía breve, para hacer una prudente pausa en lo alto de una percha situada en el reborde sur de Rusia; pero la furia del nuevo régimen no quiso desinflarse. En Grecia, durante un par de meses de primavera, desafiando el constante resentimiento de unos intolerantes perros pastores, estuve buscando en vano la aurora de Gruner, la colias de Heldreich, la blanca de Krueper: estaban en otra zona del país. En el *Pannonia*, un vapor de línea de la Cunard, que zarpó de Grecia el 18 de mayo de 1919 (veintiún años antes de hora por lo que a mí respecta) rumbo a Nueva York, pero que a nosotros nos desembarcó en Marsella, aprendí el fox trot. Francia vibraba en medio de una noche negra como el betún. El pálido Canal de la Mancha todavía se balanceaba en el interior de nuestros cuerpos cuando el tren Dover-Londres se detuvo suavemente. Unas imágenes repetidas de peras grises, pegadas en las mugrientas paredes de la estación Victoria, anunciaban el jabón de baño que las institutrices inglesas me habían aplicado en mi infancia. Una semana más tarde ya me encontraba moviendo los pies, *cheek-to-cheek*, en un baile benéfico, con mi primera novia inglesa, una cimbrenña y caprichosa joven que me llevaba cinco años.

Mi padre había visitado Londres con anterioridad: la última vez en febrero de 1916, cuando, en compañía de otros cinco importantes delegados de la prensa rusa, fue invitado por el gobierno británico a que observase el esfuerzo bélico inglés (el cual, se les decía indirectamente, no estaba siendo apreciado en todo lo que valía por la opinión pública rusa). De camino hacia allí, y como mi padre y Korney Chukovski le desafiaron a que encontrase una palabra que rimara con Afrika, el poeta y novelista Aleksey Tolstoy (sin parentesco alguno con el conde Lyov Nikolaevich) respondió, pese a sufrir un fuerte mareo, con este encantador pareado:

*Vizhu pal'mu Kafrika.
Eto-Afrika.*

(Veo una palmera y un pequeño cafre. / Esto es África.)

Una vez en Inglaterra, los visitantes fueron llevados a ver la Armada. Hubo una noble sucesión de cenas y discursos. La oportuna conquista de Erzerum por parte de los rusos, y la todavía pendiente introducción del reclutamiento forzoso en Inglaterra («¿Marcharás tú también al frente, o vas a esperar hasta el dos de marzo?», como decían con su juego de palabras los carteles) proporcionaron temas fáciles a los oradores. Hubo un banquete oficial presidido por Sir Edward Grey, y una divertida entrevista con George V, a quien Chukovski, el *enfant terrible* del grupo, preguntó si le gustaban las obras de Oscar Wilde: «*dze ooarks of Ooald*.» El rey, que quedó desconcertado por el acento de la persona que le interrogaba, y que, por otro lado, jamás había sido un lector voraz, replicó elegantemente preguntándoles a sus huéspedes qué les parecía la niebla de Londres (posteriormente Chukovski solía citar triunfalmente esta frase como ejemplo de la hipocresía británica: convertir a un escritor en tabú sólo por sus costumbres personales).

Una reciente visita a la Biblioteca Pública de Nueva York me ha revelado que este incidente no aparece en *Iz Voyuyushchey Anglii*, Petrogrado, 1916 (*Informe sobre Inglaterra en pie de guerra*), el libro de mi padre; no hay tampoco en el texto casi ningún ejemplo de su habitual humor, como no sea, quizá, en su descripción de un partido de badminton (¿no sería de *fives*?) que jugó con H. G. Wells, así como una divertida relación de una visita a unas trincheras de primera línea en Flandes, en donde la hospitalidad llegó al extremo de permitir que una granada alemana estallase a pocos metros de los visitantes. Antes de ser publicado en forma de libro, este informe apareció por entregas en un diario ruso. Allí, con cierta ingenuidad europea, mi padre mencionó haber regalado su estilográfica «Swan» al almirante Jellicoe, que en la mesa se la pidió prestada para estampar su autógrafo en un menú, y que elogió su fluidez y la suavidad de su plumín. Esta desafortunada mención de la marca tuvo un eco inmediato en la prensa de Londres, donde se publicó un anuncio de Mabie, Todd and Co., Ltd., que citaba una traducción de ese pasaje e ilustraba a mi padre en el momento de entregar el producto de aquella empresa al Comandante en Jefe de la Gran Flota, bajo el cielo caótico de una batalla naval.

Pero ahora no hubo banquetes ni discursos, ni siquiera partidos de *fives* con Wells, a quien resultó imposible convencer de que el bolchevismo no era más que una forma especialmente brutal y completa de bárbara opresión —tan antigua en sí misma como las arenas del desierto— y que no tenía nada que ver con el atractivamente nuevo experimento revolucionario con el que lo confundieron tantos observadores extranjeros. Después de varios meses muy caros en una casa que alquilamos en Elm Park Gardens, mis padres y sus tres hijos menores abandonaron Londres para irse a Berlín (en donde, hasta su muerte ocurrida en marzo de 1922, mi padre colaboró con Iosif Hessen, miembro también del Partido de la Libertad del Pueblo, en la dirección de un periódico de emigrados rusos), mientras mi hermano y yo íbamos a Cambridge, él al *Christ College*, y yo al *Trinity*.

2

Tuve dos hermanos, Sergey y Kirill. Kirill, el benjamín (1911-1964), fue también mi ahijado, siguiendo la costumbre de las familias rusas. En cierto momento de la ceremonia bautismal, en nuestro salón de Vyra, tuve que sostenerle con mucho cuidado antes de entregárselo a su madrina, Ekaterina Dmitrievna Danzas (prima hermana de mi padre y biznieta del coronel K. K. Danzas, que apadrinó a Pushkin en su duelo fatal). Durante su infancia Kirill habitaba, con mis dos hermanas, los remotos cuartos de niños que se encontraban claramente separados de los de sus hermanos mayores tanto en la ciudad como en el campo. Apenas le vi durante mis dos decenios de expatriación europea, 1919-1940, y ni una sola vez después de esta última fecha, hasta mi siguiente visita a Europa, en 1960, que nos permitió disfrutar de una serie de encuentros muy amistosos y alegres.

Kirill fue a la escuela en Londres, Berlín y Praga, y a la universidad en Lovaina. Se casó con Gilberte Barbanson, una belga, dirigió (con mucho sentido del humor pero también con cierto éxito) una agencia de viajes en Bruselas, y murió de un ataque cardíaco en Munich.

Adoraba las estaciones marítimas de veraneo y la buena comida. Detestaba, tanto como yo, las corridas de toros. Hablaba cinco idiomas. Era aficionadísimo a las bromas. La única gran realidad de su vida fue la literatura, sobre todo la poesía rusa. Sus propios versos reflejan el influjo de Gumilyov y Hodasevich. Apenas publicó nada, y siempre se mostró tan reticente respecto a sus escritos como a su zumbona vida interior.

Por diversos motivos me resulta extraordinariamente difícil hablar de mi otro hermano. Toda esa retorcida búsqueda de Sebastian Knight (1940), con sus glorietas y sus jugadas de *self-mate* no es nada en comparación con la tarea ante la que me amilané en la primera versión de este recuerdo, y ante la que ahora me enfrento. Con la excepción de las dos o tres aventurillas que he esbozado en los capítulos anteriores, su infancia y la mía apenas se mezclaron. Sergey es una mera sombra en el fondo de mis más ricos y detallados recuerdos. Yo era el hijo mimado; él, el testigo de los mimos. Nacido, con cesárea, diez meses y medio después de mí, el 12 de marzo de 1900, maduró antes que yo y parecía mayor. Casi nunca jugábamos juntos, él no sentía más que indiferencia por la mayor parte de las cosas que me gustaban a mí: los trenes de juguete, las pistolas de juguete, los pieles rojas, las admirables rojas. A los seis o siete años comenzó a sentir, condonado por Mademoiselle, un apasionado entusiasmo por Napoleón, y se llevaba consigo a la cama un pequeño busto de él. De pequeño, yo era camorrista, aventurero y un poco matón. El era tranquilo y apático, y pasaba mucho más tiempo que yo con nuestros mentores. A los diez años empezó su interés por la música, y a partir de entonces le dieron innumerables lecciones, fue a conciertos con nuestro padre, y se pasó horas interminables tocando fragmentos de ópera, en un piano del primer piso que resultaba imposible no oír. Yo me acercaba a él cautelosamente, y le daba un golpe en las costillas: un recuerdo desdichado.

Fuimos a escuelas diferentes; él fue alumno del mismo *gymnasium* que mi padre y llevaba el obligatorio uniforme negro al que, cuando cumplió quince años, añadió un detalle heterodoxo, unas polainas gris rata. Más o menos por esa época encontré en su escritorio, y leí, una página de su diario, que con necio asombro fui a enseñarle a mi preceptor, el cual se la mostró prontamente a mi padre, y que proporcionó con extrema brusquedad una aclaración retroactiva de ciertas rarezas de su comportamiento.

El único deporte que nos gustaba a los dos era el tenis. Jugamos muchísimas veces juntos, sobre todo en Inglaterra, en una pista de hierba bastante repelada que había en Kensington, y en una buena pista de tierra en Cambridge. El era zurdo. Tartamudeaba bastante, y eso impedía que se desarrollasen fluidamente las discusiones de las jugadas dudosas. Aunque su saque era flojo y carecía de auténtico revés, no resultaba fácil derrotarle pues era uno de esos jugadores que jamás cometen falta doble y que te devuelven cualquier pelota con la potencia de un frontón. En Cambridge nos vimos más a menudo que en todos los años anteriores y, por una vez, tuvimos algunos amigos comunes. Los dos nos graduamos en la misma especialidad, y con la misma nota, y después nos trasladamos a París donde, durante los años siguientes, él dio lecciones de inglés y ruso al igual que yo haría en Berlín.

Volvimos a encontrarnos en los años treinta, y tuvimos buenas relaciones en París de 1938 a 1940. A menudo venía a charlar a casa, aquellas dos cochambrosas habitaciones de la rue Boileau donde yo vivía contigo y nuestro hijo, pero ocurrió casualmente (él se había ido una temporada) que sólo se enteró de nuestra partida hacia Norteamérica cuando ya nos habíamos ido. Mis más sombríos recuerdos están relacionados con París, y el alivio que sentí al abandonar esa ciudad fue tremendo. Lamento, sin embargo, que él tuviera que balbucear su desconcierto ante un indiferente portero. Casi no sé nada de su vida durante la guerra. Durante una época estuvo empleado como traductor en una oficina de Berlín. Era un hombre franco y temerario, y criticó el régimen en presencia de sus compañeros, que le denunciaron. Fue detenido, acusado de ser «espía británico», y enviado a un campo de concentración de Hamburgo, en donde murió de inanición el 10 de enero de 1945. La suya es una de esas vidas que reclaman sin esperanza algún tipo de retrasado no sé qué —compasión, comprensión, lo que sea— que no puede ser sustituido ni redimido por el simple reconocimiento de la existencia de tal necesidad.

3

El comienzo de mi primer curso en Cambridge no tuvo buenos auspicios. A mitad de una gris y húmeda tarde de un día de octubre, con la sensación de estar representando una espantosa función de aficionados, me puse mi recién adquirida capa académica de color azul oscuro y mi negro sombrero cuadrado para realizar mi primera visita oficial a E. Harrison, mi preceptor del *college*. Subí un tramo de escaleras y di unos golpecitos a la enorme puerta, que estaba ligeramente entreabierta.

—Pase —dijo una voz lejana con hueca brusquedad.

Crucé una especie de salita de espera y entré en el despacho de mi preceptor. El pardo crepúsculo se me había anticipado. En la habitación no había más luz que el fulgor de una ancha chimenea junto a la cual una figura borrosa permanecía sentada en una butaca más borrosa incluso. Avancé, diciendo «Soy...», y tropecé con el servicio de té que ocupaba un rincón de la alfombra al pie del bajo sillón de mimbre de Mr. Harrison. Con un gruñido, él se agachó para enderezar la tetera, y luego recogió con la

mano y volvió a meter en su interior el negro revoltijo de hojas de té que acababa de vomitar. Así, el período universitario de mi vida comenzó con una situación embarazosa, y esto se iba a repetir con cierta persistencia durante mis tres años de estancia en aquel lugar.

A Mr. Harrison le pareció bastante buena idea que un «ruso blanco» se alojase con un compatriota suyo, de modo que, al principio, compartí un apartamento de Trinity Lane con un desconcertado ruso. Al cabo de unos meses él dejó la universidad, y yo me quedé como único ocupante de aquellas habitaciones, que me parecían insoportablemente escuálidas en comparación con mi remoto y ahora inexistente hogar. Recuerdo muy bien los objetos que adornaban aquella repisa de la chimenea (un cenicero de cristal, con la cresta del Trinity, olvidado por algún inquilino anterior; una concha en la que encontré aprisionado el zumbido de uno de mis propios veraneos a la orilla del mar), y también la vieja pianola de mi patrona, un armatoste patético que rezumaba música entrecortada, aplastada y contorsionada, y que nadie hacía funcionar más de una vez. La estrecha Trinity Lane era una calleja severa y bastante tristona, sin tránsito apenas, pero con un largo y espeluznante pasado que comenzaba en el siglo XVI, cuando era conocida por el nombre de Findsilver Lane, aunque la gente solía más bien llamarla por otro nombre más tosco debido al abominable estado de sus alcantarillas. Sufrí mucho a causa del frío, pero es completamente falso que, como dicen algunos, la temperatura polar de los dormitorios de Cambridge hiciera que se nos helase todo el agua del aguamanil. De hecho, había como máximo una delgada capa de hielo en la superficie, que se podía romper fácilmente con el mango del cepillo de dientes y se convertía entonces en un montón de tintineantes fragmentos, y ese sonido, retrospectivamente, tiene cierto atractivo de fiesta para mi americanizado oído. Por lo demás, levantarse no era ninguna diversión. Todavía me noto en los huesos el frío de mi recorrido matutino de Trinity Lane camino de los baños, exudando pálidas bocanadas de aliento, con un delgado batín encima del pijama y una fría y abultada bolsa de baño bajo el brazo. No hay nada en el mundo capaz de inducirme a llevar en la inmediata vecindad de mi piel la ropa interior de lana que mantenía secretamente abrigados a los ingleses. Los sobretodos estaban considerados como cosa de maricas. El atuendo corriente del universitario medio en Cambridge, tanto si era un atleta como si se trataba de un poeta izquierdista, daba una imagen robusta y deslucida: sus zapatos tenían gruesas suelas de caucho, sus pantalones de franela eran de color gris oscuro, y su jersey abotonado, el «jumper», asomaba con un conservador tono pardo por debajo del chaquetón Norfolk. Los miembros de lo que imagino que podríamos llamar la pandilla de los dicharacheros solían llevar viejas zapatillas de tenis, pantalones de franela gris muy claro, un «jumper» amarillo chillón, y la americana de un traje bueno. Para entonces, mi preocupación juvenil por la ropa había comenzado a declinar, pero, después de las etiqueteras costumbres rusas, me pareció muy poco serio salir a la calle en zapatillas de tenis, abandonar las polainas y llevar una de esas camisas con el cuello cosido, tal como imponía la atrevida innovación surgida en aquellos momentos.

El inocente baile de disfraces en el que participé de forma indolente me dejó unas impresiones tan triviales que sería tedioso continuar este esfuerzo. En realidad, la historia de mis años universitarios en Inglaterra se reduce a la historia de mi intento de convertirme en un escritor ruso. Tenía la sensación de que Cambridge y sus famosas características —venerables olmos, ventanas adornadas de blasones, locuaces relojes en lo alto de sus torres— no tenían ningún sentido por sí mismos sino que estaban allí solamente como marco y sostén de mi rica nostalgia. Desde el punto de vista de los sentimientos, me encontraba en la situación del hombre que, tras haber perdido recientemente a una familiar muy querida, comprende —demasiado tarde— que debido a cierta pereza de su alma, drogada por la rutina, no se había preocupado por conocerla todo lo que ella se había merecido ni tampoco había sabido mostrarle plenamente las señales de su entonces no del todo consciente, pero ahora pleno, afecto. Mientras meditaba con los ojos escocidos junto al fuego de mi habitación de Cambridge, sentía la opresión de la potente trivialidad de las brasas, la soledad y las remotas campanadas, que contorsionaban los mismísimos pliegues de mi cara de la misma manera que la fantástica velocidad de su vuelo desfigura el rostro del aviador. Y pensé en todo lo que me había perdido de mi país, en las cosas que no me hubiese olvidado de anotar y atesorar si hubiese sospechado que mi vida iba a virar de forma tan violenta.

Para algunos de los compañeros de emigración que conocí en Cambridge, la tendencia general de mis sentimientos era tan familiar y obvia que hubiese resultado tonto y casi indecoroso expresarla con palabras. Gracias a los más blancos de aquellos rusos blancos comprobé muy pronto que el patriotismo y la política no eran en fin de cuentas más que un gruñón resentimiento que no iba dirigido tanto contra Lenin como contra Kerenski, y que sólo procedía de las incomodidades y pérdidas materiales. Luego me encontré también con inesperadas dificultades con aquellos de mis conocidos ingleses a los que se consideraba como los más cultos y sutiles, y humanos, pero que, a pesar de toda su honradez y

refinamiento, caían en las mayores necesidades cuando se hablaba de Rusia. Quiero destacar aquí a un joven socialista, un flaco gigante cuyas lentas y múltiples manipulaciones de su pipa resultaban horriblemente irritantes cuando no estabas de acuerdo con él, y deliciosamente consoladoras cuando ocurría lo contrario. Sostuve con él multitud de escaramuzas políticas, cuyo rencor se desvanecía invariablemente en cuanto pasábamos a hablar de los poetas que ambos adorábamos. Hoy en día no es un desconocido entre sus colegas, frase que, lo admito, está bastante desprovista de significado, pero es que estoy haciendo cuanto está en mi mano por oscurecer su identidad; permítaseme que le llame «Nesbit», el mote que le puse (o que ahora afirmo haberle puesto), no sólo por su supuesto parecido a los primeros retratos de Maxim Gorki, mediocridad costumbrista de aquella época, y uno de cuyos primeros relatos («Mi compañero de viaje», otra nota muy apropiada) había sido traducido por un tal R. Nesbit Bain, sino también porque «Nesbit» tiene la ventaja de tener una voluptuosa relación palindrómica con «Ibsen», nombre que a su debido tiempo también evocaré.

Probablemente sea cierto que, tal como han argumentado algunas personas, las simpatías leninistas de la opinión liberal en Inglaterra y los Estados Unidos durante los años veinte se vieran afectadas por la consideración de la política nacional de estos países. Pero también se debía a una simple falta de información correcta. Mi amigo no sabía casi nada del pasado de Rusia, y ese poco que sabía le había llegado a través de contaminados canales comunistas. Cuando se le desafiaba a que justificase el terror bestial que había sido sancionado por Lenin —las cámaras de torturas, los muros salpicados de sangre— Nesbit descargaba la ceniza de su pipa dándole unos golpecitos contra el guardafuegos, volvía a cruzar siniestramente sus enormes piernas de pesadísimo calzado que hasta entonces estaban cruzadas a la diestra, y murmuraba algún comentario acerca del «bloqueo aliado». Echaba en el mismo saco, tachándoles de «elementos zaristas», a los emigrados rusos de todas las tonalidades, desde los labriegos socialistas hasta los generales blancos, de forma muy parecida al modo en que actualmente usan el término «fascista» los autores soviéticos. Jamás llegó a comprender que si él y otros idealistas extranjeros hubiesen sido rusos en Rusia, tanto él como todos los demás hubieran sido destruidos por el régimen de Lenin con la misma naturalidad con que lo son los conejos que caen víctimas de los hurones y los campesinos. Sostenía que la causa de lo que él llamaba ceremoniosamente «reducción de la pluralidad de opiniones» impuesta por los bolcheviques, en comparación con la existente en el régimen zarista, era «la inexistencia de toda clase de tradición de libertad de expresión en Rusia», frase que, me parece, entresacó de algún fatuo artículo titulado «Amanecer ruso» de entre los muchos que, con gran elocuencia, escribían durante aquellos años los leninistas tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos. Pero lo que quizá me irritaba más era la actitud de Nesbit en relación con el propio Lenin. Todos los rusos cultos y capaces de discernimiento sabían que este astuto político sentía por las cuestiones estéticas el mismo interés y afición que cualquier ruso corriente de los asimilables al tipo del *épicier* flaubertiano (el tipo de persona que admiraba a Pushkin solamente a través de los viles libretos de Chaykovski, que lloraba en las óperas italianas, y que se sentía fascinado por los cuadros que contaban alguna historia); pero Nesbit y sus amigos intelectuales y exquisitos veían en él a un peculiar mecenas sensible y amante de lo poético que estaba promocionando las tendencias artísticas más avanzadas, y sonreían con aires de superioridad cuando yo intentaba explicarles que la relación entre la política avanzada y el arte avanzado era exclusivamente verbal (y jubilosamente explotada por la propaganda soviética), y que cuanto más radical fuera un ruso desde el punto de vista político, más conservador era desde el artístico. Yo tenía a mi disposición unas cuantas verdades como ésta que me gustaba airear, pero que Nesbit, firmemente atrincherado en su ignorancia, tomaba por meras fantasías. La historia de Rusia (declaraba yo, por ejemplo) podía ser estudiada desde dos puntos de vista (que, debido a cierto motivo oscuro, fastidiaban por igual a Nesbit): primero, como la evolución de la policía (una fuerza curiosamente impersonal y distante, que a veces trabajaba en algo así como un vacío, hasta ser en algunos momentos impotente, y que en otras épocas aventajaba incluso al gobierno en su empeño por llevar a cabo brutales persecuciones); y segundo, como el desarrollo de una cultura maravillosa. Bajo el régimen de los zares, a pesar del carácter esencialmente inepto y feroz de su poder, los rusos amantes de la libertad habían poseído un número incomparablemente superior de medios para expresarse, y solían correr, cuando así lo hacían, riesgos mucho menores que bajo el poder de Lenin. A partir de las reformas introducidas en los años sesenta del siglo XIX, Rusia había poseído (aunque no siempre la aplicase) una legislación de la que podía haberse enorgullecido cualquier democracia occidental, una vigorosa opinión pública que mantenía a raya a los déspotas, periódicos extensamente leídos que manifestaban toda la gama de ideas políticas liberales, y, cosa especialmente notable, unos jueces valientes e independientes («Venga, venga...», acostumbraba a interponer Nesbit). Cuando algún

revolucionario era detenido, su proscripción en Tomsk u Omsk (ahora Bombsk) era como unas vacaciones relajadas si se comparaba con los campos de concentración que fueron introducidos por Lenin. Los exiliados políticos se escapaban de Siberia con risible facilidad, como lo demuestra la famosa huida de Trotsky —*Santa Leo, Santa Claws Trotsky*— que regresó alegremente en un navideño trineo tirado por un ciervo: ¡Arre, Cohete, arre, Necio, arre, Carnicero y Sanguinario!

Pronto me di cuenta de que si mis opiniones, las opiniones más o menos corrientes entre los demócratas rusos en el exilio, eran recibidas con dolorosa sorpresa o educada burla por los demócratas ingleses *in situ*, había otro grupo, el de los ultraconservadores ingleses, que cerraba filas con entusiasmo a mi lado pero por motivos tan burdamente reaccionarios que su despreciable apoyo sólo me producía embarazo. Ciertamente, me enorgullezco de haber sido capaz de discernir entonces los síntomas de lo que tan claro resulta ahora que ya se ha ido formando gradualmente una especie de círculo familiar que relaciona entre sí a representantes de todos los países: jocundos constructores de imperios en sus claros de las selvas, policías franceses, ese impresionante producto alemán, el buen *progromshchik* ruso o polaco, el flaco linchador norteamericano, el tipo de horrible dentadura que vomita chistes antiminoritarios en los bares o los lavabos, y, en otro punto de este mismo círculo infrahumano, todos aquellos crueles autómatas con cara de engrudo, vestidos con opulentos pantalones John Held y americana de altas hombreras, todos estos Sitzriesen que se acercan amenazadores a nuestras mesas de conferencias, y que el Estado Soviético comenzó a exportar alrededor de 1945, después de más de dos decenios de crianza y adaptación selectivas, durante los cuales la moda masculina en el extranjero tuvo tiempo de cambiar, de forma que el símbolo de la infinita disponibilidad de la tela no podía provocar más que crueles burlas (tal como ocurrió en Inglaterra durante la postguerra, cuando un famoso equipo de jugadores profesionales de fútbol desfiló en traje de paisano).

4

Muy pronto le volví la espalda a la política y me concentré en la literatura. Hice un hueco en mis habitaciones de Cambridge para los escudos bermellón y los relámpagos azules de la canción de *La campaña de Igor* (esa incomparable epopeya de finales del siglo XVII o XVIII), así como para la poesía de Pushkin y Tyutchev, la prosa de Gogol y Tolstoy, y también para las maravillosas obras de los naturalistas rusos que habían explorado y descrito los desiertos del Asia Central. En una librería de Market Place encontré inesperadamente una obra rusa, un ejemplar de segunda mano del *Diccionario interpretativo del ruso actual*, de Dahl, en cuatro volúmenes. La compré y decidí leer como mínimo diez de sus páginas al día, anotando las palabras y expresiones que más me gustaran, y cumplí con esta promesa durante un período considerable. Mi temor a perder, o a corromper, a través de las influencias extranjeras, lo único que había podido llevarme de Rusia —su lengua— llegó a ser indudablemente morboso y considerablemente más atormentador que el temor que experimentaría dos decenios después de no poder jamás llegar a elevar mi prosa inglesa al nivel de mi prosa rusa. Solía permanecer sentado hasta bien entrada la noche, rodeado por una acumulación casi quijotesca de abultados volúmenes, y escribía bruñidos y notablemente estériles poemas en ruso que no procedían tanto de las células vivas de alguna emoción abrumadora como de cierto término vivaz o cierta imagen verbal que quería utilizar por sí mismos. En aquella época me hubiese horrorizado descubrir lo que ahora veo con tanta claridad: el influjo directo que tuvieron sobre mis estructuras rusas algunas pautas contemporáneas («georgianas») de la poesía inglesa que pululaban por mi habitación y a todo mi alrededor como ratones domésticos. ¡Y pensar en lo mucho que trabajé! De repente, en la madrugada de una mañana de noviembre, tomaba conciencia del silencio y el frío (mi segundo invierno en Cambridge parece haber sido el más frío, y el más prolífico). Las llamas rojas y azules en las que había estado viendo una batalla imaginada se habían reducido al lúgubre brillo de un crepúsculo ártico visto a través de hirsutos abetos. Todavía no podía obligarme a meterme en cama, por temor no tanto al insomnio como al inevitable doble sístole, inducido por el frío de las sábanas, así como a esa curiosa afección conocida por el nombre de *anxietas tibiarum*, una dolorosa situación de inquietud, un atormentador aumento de la sensibilidad muscular que conduce a un continuo cambio de posición de los miembros. Así que echaba un poco más de carbón a la chimenea y contribuía a que las llamas se avivasen extendiendo una hoja del *Times* de Londres sobre las humeantes mandíbulas negras del hogar, tapando así por completo su abertura. Una especie de zumbido comenzaba a dejarse oír desde debajo del tenso papel, que adquiriría la tersura de la estirada piel de un tambor y la belleza de un pergamino luminoso. Poco después, cuando el zumbido se transformaba en fragor, aparecía una mancha de color anaranjado en medio de la hoja, y el fragmento de

letra impresa que se encontrara casualmente en este punto (por ejemplo, «La Liga no posee armas ni dinero», o «... la venganza que Nemesis se ha tomado por las vacilaciones e indecisiones aliadas en la Europa Central y Oriental...») quedaban realzadas con ominosa claridad, hasta que, de repente, la mancha anaranjada hacía explosión. La hoja en llamas, con el batir de alas de un Fénix liberado, ascendía entonces volando por la chimenea para reunirse con las estrellas. Si este pájaro de fuego era observado, te costaba una multa de doce chelines.

El grupo de los literatos, Nesbit y sus amigos, elogiaba mis labores nocturnas, no sin poner un gesto ceñudo ante otras actividades mías tales como la entomología, las bromas, las chicas, y, sobre todo, el atletismo. De todos los deportes que practiqué en Cambridge, el fútbol ha seguido siendo un ventoso claro en mitad de un período notablemente confuso. Me apasionaba jugar de portero. En Rusia y en los países latinos, ese intrépido arte ha estado rodeado siempre de un aura de singular luminosidad. Distante, solitario, impasible, el portero famoso es perseguido por las calles por niños en éxtasis. Está a la misma altura que el torero y el as de la aviación en lo que se refiere a la emocionada adulación que suscita. Su jersey, su gorra de visera, sus rodilleras, los guantes que asoman por el bolsillo trasero de sus pantalones cortos, le colocan en un lugar aparte del resto del equipo. Es el águila solitaria, el hombre misterioso, el último defensor. Los fotógrafos, doblando reverentemente una rodilla, le sacan instantáneas cuando se lanza espectacularmente en plancha hacia un extremo de la meta para desviar con la punta de los dedos un disparo raso y veloz como un rayo, y el estadio entero ruge de aprobación mientras él permanece unos instantes tendido en el mismo lugar donde ha caído, intacta aún su portería.

Pero en Inglaterra, como mínimo en la Inglaterra de mi juventud, el miedo nacional al exhibicionismo y la exageradamente inflexible preocupación por la solidez de la labor de equipo no permitieron que se desarrollase el excéntrico arte del guardameta. Esta fue al menos la explicación que conseguí desenterrar cuando traté de enterarme de por qué motivo no disfrutaba yo de un tremendo éxito en los campos de fútbol de Cambridge. Oh, desde luego, tuve mis días brillantes y vigorosos: el magnífico olor del césped, aquel famoso delantero del campeonato universitario que se me aproximaba cada vez más, sorteando defensas, empujando el leonado balón con la punta de su centelleante bota, y después el disparo envenenado, la afortunada parada, la prolongada comezón... Pero hubo otras jornadas, más memorables, más esotéricas, bajo tristes cielos, con las inmediaciones de la meta convertidas en una masa de barro negro, el balón tan resbaladizo como un budín de ciruela, y mi cabeza despistada por la neuralgia, tras una noche insomne de versificación. Esos días apenas si daba malos manotazos, y acababa recogiendo el balón junto a la red. Compasivamente, el juego pasaba a desarrollarse al otro extremo del encharcado terreno. Comenzaba a caer una llovizna cansina, vacilaba, y volvía a empezar. Con una ternura casi arrulladora en su asordinado graznar, unos grajos en baja forma aleteaban en torno a un olmo deshojado. Se iba espesando la neblina. El partido no era más que una vaga agitación de cabezas junto a la remota portería del equipo del St. John o del Christ College, o cualquiera que fuese nuestro rival. Los lejanos y confusos sonidos, un grito, un toque de silbato, el golpe seco de un chut, nada de todo aquello tenía importancia o relación conmigo. Yo no era tanto el guardián de una portería de fútbol como el guardián de un secreto. Cruzados los brazos, apoyaba mi espalda en el poste izquierdo, disfrutaba del lujo de cerrar los ojos, y escuchaba entonces los latidos de mi corazón, notaba la ciega llovizna en mi cara, oía, alejados, los ruidos sueltos del partido, y me veía a mí mismo como un fabuloso ser exótico disfrazado de futbolista inglés, que componía versos en un idioma que nadie entendía, acerca de un país que nadie conocía. No era de extrañar que no gozase de muy buena reputación entre mis compañeros de equipo.

Ni una sola vez durante los tres años que pasé en Cambridge —lo repito: ni una sola vez— visité la Biblioteca Universitaria, ni me preocupé siquiera de localizarla (ahora ya sé dónde está), o de averiguar si había algún college en el que se pudieran pedir libros prestados para leer en casa. Me saltaba las clases. Me largaba a Londres y otros lugares. Viví varios amoríos simultáneos. Sostuve espantosas entrevistas con Mr. Harrison. Traduje al ruso una veintena de poemas de Rupert Brooke, *Alice in Wonderland*, y *Colas Breugnon*, de Rolland. Desde el punto de vista académico, lo mismo hubiese dado que hubiera sido alumno del Inst. de Form. Prof. de Tirana.

Hay cosas como los *muffins* y los *crumpets* calientes que tomábamos con el té después del partido, o los gritos de acento cockney con que los repartidores de prensa decían «*Piper, piper!*» mezclándose con el tintineo de los timbres de las bicicletas en las calles oscuras, que me parecían en aquel entonces más típicas de Cambridge que ahora. No puedo dejar de fijarme en que, aparte de ciertas costumbres más aparentes pero pasajeras en mayor o menor grado, y más profundas que el ritual o las reglas, existía en Cambridge un cierto no sé qué residual que muchos solemnes alumnos han intentado definir. Esta

propiedad esencial es para mí la constante conciencia que teníamos de cierta extensión no estorbada del tiempo. No sé si habrá algún día alguien que vaya a Cambridge en busca de las huellas que los tacos de mis botas de fútbol dejaron en el negro barro que rodea cierta enorme portería o para seguir la sombra de mi bonete por el hueco de la escalera de mi preceptor; pero sé que pensé en Milton, y en Marvell, y en Marlowe, con una emoción más intensa que la del turista, cuando pasaba al lado de los reverenciados muros. Nada de lo que uno pudiese mirar allí estaba clausurado desde el punto de vista temporal, todo era una abertura natural en el tiempo, de modo que nuestra mente se acostumbraba a trabajar en un medio particularmente puro y amplio, y debido a que, desde el punto de vista espacial, la estrecha calleja, el césped enclaustrado, el oscuro pasillo bajo los arcos, eran estorbos físicos, aquella cedente y diáfana textura de tiempo resultaba, por contraste, especialmente acogedora para la inteligencia, de la misma manera que la visión del mar a través de una ventana nos resulta siempre tremendamente exhilarativa, incluso cuando no nos gusta navegar. No sentí el más mínimo interés por la historia de la ciudad, y estaba completamente seguro de que Cambridge no estaba afectando mi alma de ningún modo, a pesar de que era Cambridge la que me proporcionaba no sólo el fortuito marco sino también los colores y los ritmos internos de mis especialísimos pensamientos rusos. El medio ambiente, supongo, actúa sobre cualquier criatura sólo si ya existe, en esa criatura, cierta partícula o tendencia capaces de responder a él (el inglés que embebí durante mi infancia). Tuve mi primera intuición de esto justo antes de irme de Cambridge, durante la última y más triste de las primaveras que pasé allí, cuando de repente sentí que había en mi interior alguna cosa que estaba naturalmente en contacto con lo que me rodeaba inmediatamente al igual que lo estaba con mi pasado ruso, y que este estado de armonía había sido alcanzado justo en el mismo momento en que mi cuidadosa reconstrucción de mi artificial pero bellamente exacto mundo ruso había quedado por fin concluida. Creo que uno de los escasísimos actos «prácticos» de los que he sido culpable en mi vida fue el utilizar parte de este material tan cristalino para obtener un título de estudios universitarios.

5

Recuerdo el ensoñado fluir de bateas y piraguas en el Cam, el gimoteo hawaiano de los fonógrafos que pasaban lentamente bajo el sol y sombra, y una mano de muchacha haciendo girar hacia un lado y luego hacia el otro el mango de su luminosa sombrilla mientras permanecía tendida sobre los almohadones de la batea que yo pilotaba ensoñadamente. Los castaños de rosados conos estaban en todo su esplendor; formaban masas que se trasladaban en los márgenes y se amontonaban sobre el río hasta dejarlo sin cielo, y su especial ritmo de hojas y flores producía un efecto *en escalier*, una figuración angular de cierto espléndido tapiz verde y rojo claro. El aire estaba tan templado como en Crimea, y tenía el mismo olor dulce y esponjoso de cierto matorral florido cuyo nombre jamás he logrado identificar (posteriormente me llegaron sus aromas en los jardines de los estados del Sur). Salvando la estrecha corriente, los tres arcos de un puente italianizante se combinaban para formar, con ayuda de sus copias acuáticas, casi perfectas y casi libres de ondulaciones, tres encantadores óvalos. El agua proyectaba a su vez fragmentos de luz de blonda contra la piedra del intradós bajo el que se deslizaba la embarcación. De vez en cuando, desde algún árbol en flor, caía, lenta, lentísimamente, un pétalo, y con la extraña sensación de estar contemplando una cosa que no estaba hecha para los ojos del creyente ni tampoco para los del profano, procurabas vislumbrar su reflejo que, velozmente —más veloz que el pétalo en su caída—, subía a reunirse con él; y, durante una fracción de segundo, temías que el número fallase, que las llamas no prendiesen el bendito aceite, que el reflejo no acertase y que el pétalo se alejara flotando, completamente solo, y, no obstante, la delicada unión se producía todas las veces con la mágica precisión con que la palabra de un poeta se encuentra con su propio recuerdo, o con el del lector.

Cuando, tras una ausencia de casi diecisiete años, volví a visitar Inglaterra, cometí la tremenda equivocación de ir otra vez a Cambridge, y no durante el espléndido final del trimestre de Pascua sino un crudo día de febrero que sólo me recordó mi propia y confundida nostalgia. Intentaba desesperanzadamente encontrar un empleo universitario en Inglaterra (la facilidad con que obtuve esa clase de trabajo en los Estados Unidos me resulta, cuando lo recuerdo, una fuente constante de agradecido asombro). La visita fue un fracaso en todos los sentidos. Almorcé con Nesbit en un pequeño restaurante que hubiese debido estar rebosante de recuerdos pero que, a causa de diversas modificaciones, no lo estaba. El había dejado el tabaco. El tiempo había suavizado sus rasgos y ya no se parecía a Gorki ni al traductor de Gorki, sino que se asemejaba un poco a Ibsen, pero sin la vegetación simiesca. Una preocupación circunstancial (la prima o hermana soltera que le arregrababa su casa acababa

de ser trasladada a la clínica de Binet o algo así) pareció impedir que se concentrara en el personalísimo y urgentísimo asunto del que yo quería hablarle. En la mesita de un pequeño vestíbulo donde antaño había una pecera, reposaban ahora unos cuantos volúmenes encuadernados de *Punch*, y su aspecto no podía ser más diferente. Diferentes eran también los chillones uniformes de las camareras, entre las cuales no había ninguna tan bonita como aquella de la que más me acordaba. Con cierta desesperación, como si tratase de combatir el aburrimiento, Ibsen se lanzó a la política. Yo sabía muy bien lo que podía esperar: la denuncia del estalinismo. A comienzos de los años veinte Nesbit creyó que su propio idealismo exaltado coincidía con cierto carácter romántico y humanitario del espantoso régimen de Lenin. En los tiempos del no menos espantoso Stalin, Ibsen creía que el régimen soviético había experimentado un cambio cualitativo, cuando en realidad lo único que había ocurrido era que se había producido un cambio cuantitativo en su propia dosis de información. La tormenta de purgas que habían sufrido los «viejos bolcheviques», aquellos que fueran los héroes de su juventud, había supuesto para él un saludable escándalo, cosa que no fueron capaces de conseguir los gruñidos que en tiempos de Lenin surgían del campo de trabajos forzados de Solovki o de las mazmorras de Lubyanka. Pronunció horrorizado los nombres de Ezhov y Yagoda, pero se olvidó por completo de sus predecesores, Uritski y Dzerzhinski. Aunque el tiempo había contribuido a mejorar sus opiniones en relación con los asuntos soviéticos contemporáneos, no se tomó la molestia de reflexionar de nuevo sobre las ideas preconcebidas de su juventud, y aún veía en el breve reinado de Lenin algo así como un deslumbrante *quingentum Neronis*.

El miró su reloj, y yo miré el mío, y nos separamos, y estuve errando por la ciudad bajo la lluvia, y luego visité los Backs, y durante un buen rato me quedé mirando las grajas que colgaban del negro retículo de los olmos desnudos, y los primeros crocus del césped perlado de neblina. Cuando paseaba al pie de esos árboles repetidamente cantados, traté de provocar en mí mismo cierta actitud extáticamente reminiscente de mis años estudiantiles, de la misma manera que había hecho durante esos años con respecto a los de mi adolescencia, pero sólo fui capaz de evocar unas cuantas imágenes fragmentarias: M. K., un ruso, maldiciendo dispépticamente los efectos secundarios de una cena en un *college*; N. R., otro ruso, retozando como un crío; P. M., tomando por asalto mi habitación con un ejemplar del *Ulysses* recién llegado de contrabando desde París; J. O., viniendo a decirme tranquilamente que también él había perdido a su padre; R. C., invitándome amabilísimamente a irme con él de viaje a los Alpes Suizos; Christopher Nosecuántos escabullándose de un proyectado partido de dobles al enterarse de que su pareja tenística iba a ser un hindú; T., un camarero muy viejo y muy frágil, derramando la sopa del *college* encima del doctor A. E. Housman, que se puso en pie de un salto, como si acabaran de arrancarle de un trance; S. S., que no tenía relación alguna con Cambridge, pero que, tras haberse quedado durmiendo en su silla mientras se celebraba una fiesta literaria (en Berlín) y al recibir un codazo de su vecino, también se levantó de golpe y porrazo, mientras otro de los contertulios leía un relato; la Dormouse de Lewis Carroll, comenzando inesperadamente a contar un cuento; E. Harrison regalándome inesperadamente *The Shropshire Lad*, un librito de versos sobre los jóvenes y la muerte.

La gris luminosidad había ido apagándose hasta quedar reducida a una pálida tira amarilla en el gris poniente cuando, movido por cierto impulso, decidí visitar a mi antiguo preceptor. Como un sonámbulo, subí las conocidas escaleras y llamé automáticamente a la entreabierta puerta que llevaba su nombre. Con una voz ligerísimamente menos brusca y un poquitín más hueca que antaño, me invitó a entrar.

—No sé si me recordará usted... —comencé a decir cuando crucé la penumbra de la habitación en la que él estaba sentado junto a un confortable fuego.

—Veamos —dijo él, volviéndose lentamente en su bajo asiento—. Me parece que no acabo de...

Se oyó un desdichado crujido, un fatal estrépito: acababa de pisar el servicio de té que tenía al pie de su butaca de mimbre.

—Ah, claro —dijo—. Ya me acuerdo.

CAPITULO DECIMOCUARTO

1

La espiral es un círculo espiritualizado. En la forma espiral, el círculo, desenrollado, desenroscado, ha dejado de ser vicioso; ha sido puesto en libertad. Esto lo pensé cuando era un colegial, y también descubrí que la serie triádica de Hegel (tan popular en la vieja Rusia) expresaba sencillamente la espiralidad esencial de todas las cosas en relación con el tiempo. Un giro sigue a otro giro, y cada

síntesis es la tesis de la serie siguiente. Si consideramos la espiral más simple podemos distinguir en ella tres fases que se corresponden a las de la tríada: podemos llamar «tético» al pequeño arco o curva que inicia centralmente la circunvolución; «antitético» al arco mayor que se enfrenta al anterior continuándolo; y «sintético» al arco más amplio aún que continúa al segundo mientras sigue al primero a lo largo de su cara exterior. Y así sucesivamente.

Una espiral de colores en una cuenta de cristal: así es como veo mi propia vida. Los veinte años que pasé en mi Rusia natal (1899-1919) se encargan del arco tético. Los veintiún años de exilio voluntario en Inglaterra, Alemania y Francia (1919-1940) proporcionan la evidente antítesis. El período que he pasado en mi país de adopción (1940-1960) forma una síntesis, y una nueva tesis. Ahora estoy refiriéndome a mi fase antitética, y más concretamente al período que viví en la Europa continental después de obtener, en 1922, mi título universitario de Cambridge.

Cuando vuelvo la vista atrás para mirar esos años del exilio, me veo a mí mismo, y a miles de rusos más, llevando una existencia peculiar pero en modo alguno desagradable, en medio de la indigencia material y el lujo intelectual, entre extranjeros perfectamente carentes de importancia, espectrales alemanes y franceses en cuyas más o menos ilusorias ciudades nosotros, los emigrados, vivimos de modo fortuito. Aquellos aborígenes eran para el ojo mental tan planos y transparentes como figuras recortadas en papel de celofán, y aunque utilizamos sus chismes, aplaudimos a sus payasos, y cogimos las ciruelas y manzanas de las orillas de sus caminos, no hubo entre ellos y nosotros ni la más mínima comunicación real, al menos de la misma rica especie tan extendida en nuestros propios círculos. A veces parecía que les ignorábamos del mismo modo que un invasor muy arrogante o muy necio ignora a una masa amorfa y sin rostro de indígenas; pero otras, en realidad con bastante frecuencia, ese mundo espectral a través del cual hacíamos desfilar nuestras heridas y nuestras artes experimentaba una terrible convulsión y nos demostraba quién era en realidad el descarnado cautivo, y quién el auténtico amo. Nuestra absoluta dependencia física de tal o cual país que nos había concedido refugio político con la mayor frialdad, se hacía dolorosamente obvia cuando nos veíamos obligados a obtener o prorrogar cierto baladí «visado» o alguna diabólica «tarjeta de identidad», porque entonces surgía un voraz infierno burocrático que trataba de cerrarse sobre el solicitante, el cual podía marchitarse al tiempo que su fichero iba engordando paulatinamente en los despachos de cónsules y policías de ratoniles bigotes. Se ha dicho que los *dokumenti* son la placenta de los rusos. La Liga de Naciones equipó a los emigrados que habían perdido su ciudadanía rusa con el llamado pasaporte «Nansen», un documento de muy poca monta, de un tono especialmente vomitivo de verde. Su portador era poco más que un delincuente en libertad condicional, y tenía que sufrir las más horribles ordalías siempre que quería trasladarse de un país a otro, y cuanto más pequeños eran los países, mayor alboroto armaban. Desde algún rincón de las profundidades de sus glándulas, las autoridades secretaban la idea de que por malo que pudiera ser cualquier estado —por ejemplo, la Rusia soviética—, cualquier fugitivo de él era intrínsecamente despreciable ya que su existencia ocurría fuera del ámbito de una administración nacional; y en consecuencia era visto con la misma ridícula desaprobación con que ciertos grupos religiosos ven a los niños nacidos fuera del vínculo conyugal. No todos nosotros aceptábamos ser bastardos y fantasmas. Algunos emigrados rusos atesoran dulces recuerdos del día en que insultaron o tomaron el pelo a algún que otro alto funcionario de un ministerio, una Prefecture o un Polizeipraesidium.

En Berlín y París, las dos capitales del exilio, los rusos formaron colonias compactas, con un coeficiente cultural muy superior a la media de las necesariamente más diluidas comunidades extranjeras en las que se les insertaba. Me refiero, desde luego, a los intelectuales rusos, pertenecientes en su mayoría a los diversos grupos democráticos, y no a ese otro tipo de persona más ostentosa que «era consejero o yo qué sé del Zar, sabe» y que es lo primero en lo que piensan las señoras de los clubes femeninos norteamericanos en cuanto alguien habla de «rusos blancos». La vida en esos lugares era tan plena e intensa que estos «*intelligenti*» (una palabra que tenía connotaciones más socialmente idealistas y menos esotéricas que el término «*intellectuals*» para los norteamericanos) rusos no tenían tiempo ni motivos para buscar vínculos más allá de su propio círculo. Hoy en día, en un nuevo y querido mundo donde he aprendido a sentirme como en mi casa con la misma facilidad con que he dejado de cruzar los siete, las personas extrovertidas y cosmopolitas a quienes cuento estas cosas de mi pasado suelen pensar que no hablo en serio, o me acusan de esnobismo retrospectivo, cuando sostengo, por ejemplo, que en el transcurso del casi un cuarto de siglo que pasé en Europa Occidental no tuve, de entre los escasos alemanes y franceses que conocí (en su mayoría patronos y gente de letras), más que dos amigos.

Fuera como fuese, durante mis reclusos años alemanes, jamás me encontré con esos amables músicos de antaño que, en las novelas de Turgenev, tocaban sus rapsodias hasta bien entrada la noche; ni con esos alegres cazadores con sus presas prendidas con alfileres a la copa de sus sombreros, esos que tan ridiculizados fueron por el Siglo de las Luces: el caballero de La Bruyère que derrama lágrimas al ver a una oruga paralítica, los filósofos de Gay, «más graves que sabios» y que, disculpen ustedes, «persiguen a la ciencia en las mariposas»; y, de forma menos insultante, los «curiosos alemanes» de Pope, que atrapan «bellos insectos»; ni, simplemente, con lo que la gente suele llamar personas francotas y saludables, las mismas que durante la última guerra fueron preferidas por los soldados del Middle West que padecían morriña por contraposición al reservado campesino francés o a la enérgica Madelón II. Todo lo contrario. La figura más vívida con que me encuentro cuando trato de localizar en mis recuerdos a alguien a quien destacar de entre mi magro abastecimiento de conocidos no rusos y no judíos de los años transcurridos entre las dos guerras, es la imagen de un joven universitario alemán, educado, tranquilo, con gafas, cuyo pasatiempo favorito era la pena capital. En nuestro segundo encuentro me mostró una colección de fotografías entre las cuales había una serie recién adquirida («*Ein bischen retouchiert*», dijo, arrugando su pecosa nariz) que mostraba las sucesivas fases de una ejecución en China; alabó, como un verdadero experto, el esplendor de la espada letal y el perfecto espíritu de cooperación entre verdugo y víctima, que culminaba en un auténtico *geiser* de sangre color gris niebla saliendo a chorro del clarísimamente fotografiado cuello de la parte decapitada. Como gozaba de una situación muy acomodada, este joven coleccionista podía permitirse el lujo de viajar, y viajaba, efectivamente, sin dejar de preparar los temas de humanidades para su doctorado. Se quejó, no obstante, de su persistente mala suerte, y añadió que si no podía ver pronto algún ejemplo verdaderamente bueno, sería incapaz de soportarlo. Había sido testigo de unos cuantos ahorcamientos pasables en los Balcanes y de una muy anunciada pero bastante sombría y mecánica *guillotnade* (le gustaba utilizar un francés que a él le parecía coloquial) en el Boulevard Arago de París; pero, fuera como fuese, jamás logró estar lo suficientemente cerca como para verlo todo con detalle, y la carísima cámara en miniatura que colgaba del ojal de su impermeable no funcionaba tan bien como él había creído. A pesar de que estaba padeciendo un fuerte resfriado, se fue a Regensburg, donde se llevaban a cabo violentas decapitaciones con hacha: esperaba grandes cosas de este espectáculo, pero, para su intensa decepción, el sujeto había sido al parecer drogado y apenas si reaccionó, como no fuera anadeando débilmente cuando el enmascarado verdugo y su desmañado ayudante cayeron sobre él. Dietrich (que es el nombre de pila de mi conocido) esperaba ir algún día a los Estados Unidos para ser testigo de un par de *electrocutions*; de esta palabra, tan simple era mi amigo, derivó el adjetivo «*cute*», aprendido de un primo suyo que había ido a los Estados Unidos, y, con un leve gesto ceñudo de melancólica inquietud, se preguntó si era cierto que, durante la ejecución, salían sensacionales humaredas de los orificios naturales del cuerpo. En nuestro tercer y último encuentro (todavía quedaban algunos aspectos de su personalidad que yo quería archivar para su posible utilización) me contó, más triste que furioso, que una vez se pasó la noche entera esperando pacientemente junto a un amigo suyo que había decidido suicidarse y que había accedido a hacerlo, de un disparo en el paladar, en un lugar bien iluminado y de cara al aficionado, pero que, como carecía de ambición y sentido del honor, en lugar de cumplir su palabra se limitó a pillar una borrachera de campeonato. Aunque hace mucho tiempo que perdí la pista de Dietrich, puedo imaginarme perfectamente la mirada de serena satisfacción en sus ojos color azul pez con la que muestra, hoy en día (quizás en el minuto mismo en que yo escribo esto), una inesperada profusión de tesoros a sus compañeros de afición, que aplauden calurosamente y saludan con estentóreas risotadas las fotos absolutamente *wunderbar* que obtuvo durante el reinado de Hitler.

2

He hablado suficientemente de la lobrete y la gloria del exilio en mis novelas rusas, y especialmente en la mejor de ellas (publicada en inglés con el título de *The Gift*); pero quizá sea conveniente incluir aquí una breve recapitulación. Con muy escasas excepciones, todas las fuerzas creativas de tendencia liberal —poetas, novelistas, críticos, filósofos y demás— habían huido de la Rusia de Lenin y de Stalin. Los que no lo hicieron, o bien se marchitaban allí o bien adulteraban su talento ajustándose a las exigencias políticas del estado. Lo que los zares no habían conseguido jamás, a saber, que las mentes se doblegaran por completo a la voluntad del gobierno, fue logrado por los bolcheviques inmediatamente después de que el principal contingente de intelectuales huyese al extranjero o fuera aniquilado. El afortunado grupo de expatriados estaba ahora en condiciones de proseguir su labor con tan absoluta

impunidad que, de hecho, muchos de ellos se preguntaban a veces a sí mismos si su sensación de estar disfrutando de una completa libertad mental no era consecuencia de que actuaban en un vacío. Había, ciertamente, entre los emigrados un número suficiente de buenos lectores como para garantizar la publicación, en Berlín, París y otras ciudades, de libros y periódicos rusos a una escala relativamente grande; pero como ninguno de esos escritos podía circular por la Unión Soviética, toda esa actividad adquiría cierto aire de frágil irrealdad. El número de títulos era más impresionante que el de ejemplares vendidos por cualquiera de esas obras, y los nombres de las editoriales —Orion, Cosmos, Logos, y otros— poseía el mismo aspecto febril, inestable y levemente ilegal que caracteriza a las empresas que publican libros sobre astrología o sobre las-verdades-de-la-vida. Contemplados desde una perspectiva serena, sin embargo, y juzgados solamente con criterios artísticos y académicos, los libros producidos in vacuo por los emigrados rusos parecen hoy, sean cuales fueren sus defectos individuales, más permanentes y más adecuados de cara a su consumo humano que ese fluir-de-conciencia política, tan esclavizado y tan singularmente provinciano y convencional que manó durante esos mismos años de las plumas de los jóvenes autores soviéticos a los que un estado paternal proporcionaba tinta, pipa y jersey.

El director del diario *Rui'* (que además fue editor de mis primeros libros), Iosif Vladimirovich Hessen, tuvo la suficiente indulgencia como para permitirme que llenara su sección de poesía con mis inmaduras rimas. Metrifiqué, copié a mano con mi mejor letra, y remití a la oficina del director azules atardeceres de Berlín, el castaño en flor de la esquina, la exaltación, la pobreza, el amor, el color mandarina de las primeras luces de las tiendas, así como una bestialmente dolorosa añoranza del todavía fresco hedor ruso. Una vez en esa oficina, el miope I. V. se acercaba el nuevo poema a los ojos y después de este breve, más o menos táctil, acto de cognición, lo dejaba sobre su escritorio. A la altura de 1928 mis novelas comenzaban a producir un poco de dinero en sus traducciones al alemán, y en primavera de 1929, tú y yo fuimos a cazar mariposas a los Pirineos. Pero sólo al final de la década de los treinta abandonamos Berlín definitivamente, aunque desde mucho antes de esas fechas yo solía viajar a París para hacer lecturas públicas de mis cosas.

Una característica importante de la vida del emigrado, y que armonizaba con su carácter itinerante y dramático, era la frecuencia anormal de esas lecturas literarias en domicilios particulares o salas públicas. Los diversos tipos de lectores destacan de forma clara en el teatro de marionetas que celebra sus funciones en mi mente. Recuerdo aquella descolorida actriz, con unos ojos como piedras preciosas, que tras haber oprimido contra sus febriles labios el pañuelo que sostenía con el puño cerrado, procedió a evocar ecos nostálgicos del Teatro Artístico de Moscú a base de someter algún famoso fragmento de poesía a la mediación, mitad disección mitad caricia, de su lenta y cristalina voz. Y al irremediablemente escritor segundón cuya voz avanzaba a trancas y barrancas por entre la niebla de su prosa rítmica, y el espectador podía ver el nervioso temblor de sus pobres y torpes pero cuidadosos dedos cada vez que encajaba la página que acababa de leer debajo del montón de las que le quedaban, de modo que su manuscrito conservaba a todo lo largo de su actuación un temible y detestable grosor. Había un joven poeta en el que sus envidiosos hermanos veían, aunque quisieran evitarlo, una preocupante dosis de talento, tan patente como la lista de una mofeta: erecto en el estrado, pálido y con la mirada vidriosa, libres sus manos de todo cuanto pudiese anclarle a este mundo, inclinaba la cabeza hacia atrás y recitaba su poema en un irritante y retumbante canturreo para detenerse bruscamente cuando llegaba al final, cerrando de golpe la puerta del último verso para esperar que el aplauso llenase el silencio. Y estaba también el viejo *cher maître* que dejaba caer una tras otra las perlas de un admirable relato que ya había leído muchas veces, y siempre de la misma forma, con la misma expresión de remilgado desdén que su noble rostro arrugado mostraba en el frontispicio de sus obras completas.

Supongo que no sería difícil para un observador distante hacer chistes sobre todas esas personas casi impalpables que imitaban en ciudades extranjeras una civilización muerta, la de los lejanos, casi legendarios, casi suméricos espejismos de San Petersburgo y Moscú, 1900-1916 (que, ya entonces, en los años veinte y treinta, sonaban más bien a 1916-1900 antes de Cristo). Pero como mínimo eran unos rebeldes, tal como lo habían sido la mayor parte de los grandes escritores rusos desde el nacimiento mismo de la literatura rusa, y, fieles a esta condición insurgente que su sentido de la justicia y de la libertad ansiaba con tanta fuerza como durante el régimen de los zares, los emigrados creían monstruosamente antirruso e infrahumano tanto el comportamiento de los mimados escritores que permanecían en la Unión Soviética como la respuesta servil de esos mismos escritores ante cada uno de los matices de cada decreto gubernamental; porque el arte de la postración estaba desarrollándose allí exactamente en la misma proporción en que aumentaba la eficacia de la policía política, primero de Lenin, y de Stalin después, de modo que el escritor ruso que mayor éxito obtenía era aquel cuyo fino

oído sabía captar el suave susurro de las insinuaciones oficiales mucho antes de que se convirtiera en un vozarrón.

Debido a lo limitada que era la circulación de sus obras en el extranjero, incluso la generación más madura de escritores emigrados, cuya fama ya había quedado sólidamente establecida en la Rusia prerrevolucionaria, no podía confiar en ganarse la vida con sus libros. Escribir un columna semanal para un periódico de emigrados no era nunca del todo suficiente para mantener unidos el cuerpo y la pluma. De vez en cuando llegaba algún inesperado empujoncito gracias a la traducción de una obra a otro idioma; pero, aparte de esto, lo que prolongó las vidas de los autores de mayor edad fueron las becas concedidas por diversas organizaciones de emigrados, los ingresos debidos a las lecturas públicas, y la generosa beneficencia de los particulares. Los escritores jóvenes, menos conocidos pero más adaptables, suplementaban los casuales subsidios trabajando en diversos empleos. Yo recuerdo haber dado clases de inglés y de tenis. Frustré pacientemente la manía que tenían los «businessmen» berlineses de pronunciar «business» de modo que rimara con «*dizziness*»; y, como un hábil autómatas, bajo las lentas nubes de un largo día veraniego, en pistas polvorientas, serví pelota tras pelota a sus bronceadas hijas con el pelo cortado a lo *garçon*. Me pagaron cinco dólares (una importante suma durante la inflación alemana) por mi traducción al ruso de *Alice in Wonderland*. Contribuí a compilar una gramática rusa para extranjeros, cuyo primer ejercicio empezaba con las palabras *Madam, ya doktor, vot banan* (*Señora, soy el médico, aquí tiene un plátano*). Y lo mejor de todo fue que me dediqué a elaborar para un diario de emigrados, el *Rui'* de Berlín, los primeros crucigramas rusos, que bauticé con el nombre de *krestoslovits'i*. Me resulta extraño recordar aquella existencia tan extravagante. Los solaperos aman apasionadamente la lista de oficios más o menos groseros que el joven escritor (con una obra que trata de la Vida y las Ideas, cosas muchísimo más importantes, naturalmente, que el simple «arte») ha desempeñado: repartidor de periódicos, vendedor de helados, fraile, luchador, capataz de una acería, conductor de autobuses, etc. Desgraciadamente, no me he sentido llamado por ninguna de estas vocaciones.

Mi pasión por la buena literatura me puso en contacto con diversos escritores rusos que residían en el extranjero. Yo era joven en aquel entonces, y sentía por la literatura un interés mucho más apasionado que ahora. La prosa y la poesía del momento, los planetas brillantes y las galaxias más pálidas discurrían por la ventana de mi buhardilla noche tras noche. Había autores independientes de edad y talento diversos, y grupitos y camarillas en las que ciertos autores más o menos jóvenes, algunos de ellos bastante dotados, se agrupaban en torno a algún crítico de tendencia filosofante. El más importante de estos mistagogos conjugaba el talento intelectual con la mediocridad ética, y también un gusto misteriosamente seguro en lo que se refiere a la poesía rusa moderna con un conocimiento fragmentario de los clásicos rusos. Su grupo creía que ni la mera negación del bolchevismo ni los ideales rutinarios de las democracias occidentales bastaban para construir la filosofía en la que debía apoyarse la literatura de la emigración. Su sed de un nuevo credo era tan intensa como la que siente el preso drogadicto por su paraíso doméstico. De forma más bien patética, envidiaban a los grupos católicos parisienses por las salpimentadas sutilezas de las que tan obviamente carecía la mística rusa. La llovizna dostoyevskiana no podía competir con el pensamiento neo-tomista; pero, ¿no había otras fórmulas? El ansia por encontrar un sistema de creencias, el constante balancearse al borde de una u otra religión aceptada, resultó capaz de proporcionar por sí mismo una satisfacción especial. Sólo mucho después, en los años cuarenta, algunos de esos escritores lograron descubrir una pendiente definitiva por la que deslizarse en actitud más o menos genuflexa. Esta pendiente fue el entusiasta nacionalismo capaz de decir que un estado (la Rusia de Stalin, en este caso) era bueno y adorable por la única y exclusiva razón de que su ejército había ganado una guerra. A comienzos de los años treinta, sin embargo, el precipicio nacionalista sólo era percibido confusamente, y los mistagogos disfrutaban aún de las emociones del equilibrio resbaladizo. Eran curiosamente conservadores en su actitud con respecto a la literatura; para ellos, lo primero era salvar el alma, luego venía el intercambio de favores, y el arte ocupaba el último lugar. Una mirada retrospectiva basta para notar un hecho sorprendente: que estos literatos libres que vivían en el extranjero estaban imitando el pensamiento aherrojado de su país cuando decretaban que era más importante ser el representante de un grupo o de una época que ser un escritor individual.

Vladislav Hodasevich solía quejarse, en los años veinte y treinta, de que los jóvenes poetas emigrados se habían apropiado de la forma artística de su obra, mientras que por otro lado seguían a las camarillas que imponían la moda de la *angoisse* y de la reforma del alma. Llegué a sentir una gran simpatía por este hombre amargo, forjado con ironía y un talento metálico, y cuya poesía era una maravilla tan compleja como la de Tyutchev o Blok. Tenía, físicamente, un aspecto enfermizo, con desdeñosas aletas

nasales e hirsutas cejas, y cuando evoco su imagen en mi mente jamás se levanta de la silla de respaldo duro en la que está sentado, con sus flacas piernas cruzadas, los ojos centelleando de malicia e ingenio, sus dedos enroscando en una boquilla la mitad de un pitillo Caporal Vert. Hay pocas cosas de la poesía moderna que puedan compararse con los poemas de su *Pesada lira*, pero, por desgracia para su fama, la perfecta franqueza que se permitía cuando alzaba la voz para hablar de las cosas que no le gustaban le granjeó algunos enemigos terribles en el seno de las camarillas críticas más influyentes. No todos los mistagogos eran como el Alyosha de Dostoyevski; también había unos pocos que recordaban a Smerdyakov, y la poesía de Hodasevich fue acallada con la meticulosidad de una venganza mañosa.

Otro escritor independiente era Ivan Bunin. Yo siempre había preferido su escasamente conocida poesía a su famosa prosa (las relaciones que ambas tienen entre sí, dentro del marco de su obra, recuerdan lo que ocurre en el caso de Hardy). En aquellos momentos le encontré profundamente preocupado por los problemas personales del envejecimiento. Lo primero que me dijo fue que se sentaba más tieso que yo, a pesar de que me llevaba treinta años. Se tostaba al sol del premio Nobel que acababan de otorgarle, y me invitó a un restaurante caro y moderno de París para que habláramos allí de corazón a corazón. Por desgracia, siento una morbosa antipatía por los restaurantes y cafeterías, sobre todo los de París: detesto las multitudes, los camareros apresurados, los bohemios, los brebajes que sirven para el vermú, el café, el zakuski, las variedades y todo lo demás. Me gusta comer y beber en posición recostada (preferiblemente en un sofá) y en silencio. Las conversaciones de corazón a corazón, las confesiones al estilo de Dostoyevski, tampoco me van. Bunin, un viejo pero ágil caballero, con un vocabulario rico y obsceno, se quedó pasmado por mi rechazo del gallo lira a la avellana, que ya había probado suficientes veces en mi infancia, y exasperado por mi negativa a tratar cuestiones escatológicas. Hacia el final de la comida estábamos absolutamente hartos el uno del otro.

—Morirá usted en medio de horribles dolores y completamente aislado —comentó rencorosamente Bunin cuando nos encaminábamos al guardarropa. Una jovencita atractiva y de aspecto frágil tomó el número de nuestros pesados gabanes y al cabo de un rato cayó, abrazada a ellos, sobre el bajo mostrador. Quise ayudar a Bunin a ponerse su raglán, pero me detuvo con un ademán orgulloso de su mano abierta. Sin haber abandonado nuestra somera pelea —él trataba ahora de ayudarme a mí— salimos a la pálida tenebrosidad de un día invernal de París. Iba mi acompañante a abrocharse el cuello cuando una expresión de sorpresa y desdicha torció sus bellos rasgos. Abriendo cautelosamente su gabán, comenzó a tirar de una cosa que le molestaba en el sobaco. Acudí en su ayuda, y entre los dos conseguimos finalmente sacarle de la manga mi larga bufanda de lana, que la joven había metido en su abrigo. Fue saliendo centímetro a centímetro; era como desenvolver a una momia, y para lograr nuestro objetivo tuvimos que ponernos a girar lentamente el uno en torno al otro, para irreverente diversión de tres putas callejeras. Luego, concluida la operación, nos dirigimos sin decir palabra hacia una esquina en donde nos dimos la mano y nos separamos. Posteriormente nos vimos con bastante frecuencia, pero siempre con otras personas, generalmente en casa de I. I. Fondaminski (un alma santa y heroica que hizo más que nadie por la literatura rusa de la emigración y que murió en una prisión alemana). Fuera por el motivo que fuese, Bunin y yo habíamos adoptado un trato zumbón y una conversación de tipo bastante deprimente, una variante rusa del «kidding» norteamericano, que impidió que hubiera ningún tipo de comercio real entre los dos.

Conocí a otros muchos escritores rusos emigrados. No llegué a encontrarme con Poplavski, que murió joven y era un violín lejano entre balalaikas.

Vete a dormir, oh Morella, qué horribles son las vidas aguileñas.

No olvidaré jamás sus entonaciones quejumbrosas, ni tampoco podré perdonarme jamás la malhumorada crítica en la que le atacué por ciertos defectos triviales de sus inmaduros versos. Conocí al sabio, estirado y encantador Aldanov; al decrepito Kuprin, que sujetaba cuidadosamente una botella de *vin ordinaire* mientras avanzaba por las calles lluviosas; a Ayhenvald —una versión rusa de Walter Pater—, que murió posteriormente atropellado por un tranvía; a Marina Tsvetaeva, esposa de un agente doble y poeta de talento, que, a finales de los treinta, regresó a Rusia y murió allí. Pero, naturalmente, el autor que más me interesaba era Sirin. Pertenecía a mi propia generación. Entre los escritores jóvenes que produjo el exilio, él era el más solitario y el más arrogante. Desde la aparición de su primera novela en 1925 y a lo largo de los siguientes quince años, hasta que desapareció tan extrañamente como había llegado, su obra provocó un interés tan profundo como morboso entre los críticos. Del mismo modo que los publicistas marxistas de los años ochenta en la vieja Rusia hubieran denunciado su despreocupación

por la estructura económica de la sociedad, los mistagogos de las letras de la emigración deploraban su carencia de sensibilidad religiosa y de interés por la moral. Todas sus características tenían que resultar por fuerza una ofensa para las convenciones rusas y sobre todo para ese sentido ruso del decoro que, por ejemplo, se siente tan peligrosamente ofendido hoy en día por los norteamericanos cuando éstos, en presencia de distinguidos militares soviéticos, se pasean con ambas manos en los bolsillos de los pantalones. Contrariamente, los admiradores de Sirin alabaron mucho, quizás en demasía, su raro estilo, su brillante precisión, la funcionalidad de sus imágenes y cosas por el estilo. Los lectores rusos, que habían sido educados en la recia sencillez del realismo ruso y habían cogido en abrenuncio a las estafas decadentistas, se quedaron impresionados ante los ángulos especulares de sus claras pero misteriosamente engañosas frases, y por el hecho de que la verdadera vida de sus libros discurriera en sus figuras, que un crítico ha comparado con «unas ventanas que dan a un mundo contiguo..., un corolario rodante, la sombra de un tren de pensamiento». Por el cielo oscuro del exilio Sirin pasó, por utilizar un símil más conservador, como un meteoro, y desapareció sin dejar tras él más que cierto sentimiento de desasosiego.

3

A lo largo de mis veinte años de exilio dediqué una prodigiosa cantidad de tiempo a la composición de problemas de ajedrez. Se fija en el tablero cierta disposición, y el problema a resolver consiste en averiguar cómo hacerles mate a las negras en un número determinado de movimientos, por lo general dos o tres. Es un arte bello, complejo y estéril que sólo está relacionado con la forma corriente de este juego en la misma medida en que, por ejemplo, tanto el malabarista que inventa un nuevo número como el tenista que gana un torneo sacan provecho de las propiedades de las esferas. La mayor parte de los jugadores de ajedrez, de hecho, tanto maestros como aficionados, sólo sienten un leve interés por estos acertijos especialadísimos, fantásticos y elegantes, y aun en el caso de que apreciaran algún problema difícil se quedarían perplejos si alguien les invitara a que ellos mismos compusieran otro.

La invención de estas composiciones ajedrecísticas requiere una inspiración de tipo casi musical, casi poética, o, para ser absolutamente exacto, poético-matemática. Con frecuencia, en la amistosa mitad del día, en los márgenes de alguna ocupación trivial, en la ociosa estela de un pensamiento pasajero, sentía, sin previo aviso, una punzada de placer mental al notar que se abría en mi cerebro con un estallido la yema de un problema de ajedrez, prometiéndome así una noche de trabajo y felicidad. A veces era una manera de combinar un raro dispositivo estratégico con una rara línea defensiva; otras, la vislumbre de la configuración definitiva de las piezas que traduciría, con humor y gracia, un tema difícil que hasta entonces había desesperado de ser capaz de expresar; o podía ser un simple ademán hecho en medio de mi mente por las diversas unidades de fuerza representadas por los trebejos, algo así como una veloz pantomima, que me sugería nuevas armonías y nuevos enfrentamientos; fuera lo que fuese, pertenecía a un orden especialmente estimulante de sensaciones, y lo único que tengo en contra de todo eso hoy en día es que la maníaca manipulación de figuras esculpidas, o de sus equivalentes mentales, durante mis años más entusiastas y prolíficos, engulló una importante parte del tiempo que hubiese podido dedicar a las aventuras verbales.

Los expertos distinguen varias escuelas en el arte de los problemas de ajedrez: la anglo-americana, que conjuga unas construcciones precisas con deslumbrantes patrones temáticos, y se niega a dejarse sujetar por ningún tipo de reglas convencionales; la escuela teutónica, de escabroso esplendor; los productos muy acabados pero desagradablemente hábiles e insípidos del estilo checo, con su estricto cumplimiento de ciertas condiciones artificiales; los viejos estudios rusos sobre finales, que alcanzan las centelleantes cumbres del arte, y el mecánico problema soviético del tipo llamado de «entrenamiento», en el que la estrategia artística se ve reemplazada por la fatigosa elaboración de los temas hasta el máximo de sus posibilidades. En ajedrez, habría que explicar, los temas son dispositivos tales como el de la emboscada, la retirada, la inmovilización, etc.; pero sólo cuando se combinan de una forma determinada llega a resultar satisfactorio un problema. El engaño, hasta sus extremos más diabólicos, y la originalidad, llevada a lo grotesco, eran las bases de mi estrategia; y aunque en asuntos relativos a la construcción trataba de seguir, siempre que fuera posible, las reglas clásicas, tales como la economía de fuerzas, la unidad, el escardamiento de los finales sueltos, siempre estaba dispuesto a sacrificar la pureza de la forma a las exigencias de contenidos fantásticos, lo cual hacía que la forma pandeara y estallara como una bolsa de baño que contuviera un pequeño diablo furioso. Una cosa es concebir la jugada central de una composición, y otra muy diferente construirla. La tensión intelectual es formidable;

el elemento del tiempo desaparece completamente de la conciencia: la mano constructora tantea en busca de un peón de la caja, lo toma, mientras la mente sigue meditando en torno a la necesidad de utilizar alguna añagaza o recurso provisional, y cuando se abre el puño una hora entera, quizá, ha transcurrido, se ha quemado hasta quedar reducida a cenizas en la incandescente cerebración del urdidor de la intriga. El tablero de ajedrez que tiene ante sí es un campo magnético, un sistema de marcas y abismos, un firmamento estrellado. Los alfiles se desplazan por él como proyectores. Este o aquel caballo es una palanca ajustada y ensayada, y reajustada y ensayada otra vez, hasta que el problema queda afinado porque ya alcanza los niveles necesarios de belleza y sorpresa. ¡Cuán a menudo he pugnado por contener la terrible fuerza de la reina de las blancas a fin de evitar que haya más de una solución! Debería quedar claro que en los problemas de ajedrez la batalla no se libra entre blancas y negras sino entre el compositor y el hipotético solucionista (del mismo modo que en la narrativa de primera categoría el verdadero duelo no es el que libran entre sí los personajes sino el que enfrenta al autor con el mundo), de modo que gran parte de la valía del problema radica en el número de «probaturas»: aperturas engañosas, pistas falsas, especiosas posibilidades de juego, astuta y cariñosamente preparadas para despistar a quien intente resolverlo. Pero, por mucho que intente explicar este asunto de la composición de problemas, me parece que no seré capaz de transmitir de forma asaz cabal el extático núcleo del proceso y sus puntos de contacto con otros tipos, más abiertos y fructíferos, de operaciones de la mente creadora, desde el trazado de los mapas de mares peligrosos hasta la redacción de una de esas increíbles novelas en las que el autor, en un ataque de locura lúcida, se ha fijado a sí mismo una serie de reglas únicas que tiene que observar, ciertos obstáculos de pesadilla que tiene que superar, con el entusiasmo de una deidad que estuviera construyendo un mundo vivo a partir de los ingredientes más inverosímiles: rocas, y carbón, y ciegas palpitaciones. En el caso de la composición de problemas, el proceso viene acompañado de una dulce satisfacción física, sobre todo cuando los trebejos comienzan a representar de forma adecuada, en un ensayo casi definitivo, el sueño del compositor. Te sientes cómodo y calentito (una sensación que se remonta a la infancia, a esos momentos en los que te dedicas a proyectar juegos en la cama, cuando los ángulos de los juguetes van encajando en las esquinas de tu cerebro); observas el precioso modo que una pieza tiene de emboscarse detrás de otra, a la manera confortable y resguardada de una plaza retirada; y el perfecto funcionamiento de una máquina limpia y bien engrasada que trabaja con suavidad en cuanto un par de dedos alzan delicadamente una pieza para luego depositarla con la misma delicadeza.

Recuerdo un problema en particular que llevaba meses tratando de componer. Hubo una noche en la que por fin conseguí expresar aquel tema. Estaba pensado para el deleite del solucionista muy experto. Quien careciese de sutileza podía no enterarse en absoluto de la finalidad del problema, y descubrir su relativamente simple solución «tética» sin haber experimentado los deliciosos tormentos preparados para los más sutiles. Estos últimos empezaban cayendo en la trampa de un patrón ilusorio de juego basado en un tema vanguardista que entonces estaba de moda (exponer al jaque el rey de las blancas), que el compositor se había esforzado al máximo por tenderle (y que sólo podía ser malogrado por un oscuro movimiento de un peón casi invisible). Después de pasar por este infierno «antitético», el a estas alturas ultrasutil solucionista pensaría en el sencillo movimiento clave (alfil a C2) con la misma facilidad con que alguien que estuviera cazando gansos silvestres podría ir de Albany a Nueva York pasando por Vancouver, Eurasia y las Azores. La agradable experiencia del rodeo (extraños paisajes, gongs, tigres, costumbres exóticas, el tres veces repetido giro de la pareja recién casada en torno al fuego sagrado de un hogareño brasero) le compensaría sobradamente la desdicha del fraude, y después, su llegada al sencillo movimiento clave le proporcionaría una síntesis de penetrante placer artístico.

Recuerdo haber emergido lentamente de un desvanecimiento de concentrado pensamiento ajedrecístico, y allí, en un gran tablero inglés de cuero dorado y púrpura, la perfecta disposición quedó por fin equilibrada como una constelación. Funcionaba. Vivía. Mis trebejos Staunton (un juego con veinte años de antigüedad que me regaló Konstantin, el britanizado hermano de mi padre), unas piezas espléndidamente enormes, de madera leonada o negra, de hasta doce centímetros de alto, desplegaban sus brillantes colores como conscientes del papel que estaban desempeñando. Por desgracia, si se los examinaba de cerca, algunos de los trebejos estaban desportillados (después de haber viajado en la caja por los cincuenta o sesenta alojamientos por los que pasé durante esos años); pero la parte superior de la torre y la frente del caballo aún tenían pintada una diminuta corona carmesí que recordaba la marca redonda de la frente de un hindú feliz.

Arroyuelo de tiempo en comparación con el helado lago del damero, mi reloj marcaba las tres y media. Estábamos en mayo, mediados de mayo de 1940. El día anterior, después de meses de imploraciones y

maldiciones, le había sido administrado el emético de un soborno a la rata clave de la oficina clave, y esto había dado como resultado un *visa de sortie* que, a su vez, condicionaba la autorización para cruzar el Atlántico. De repente sentí que, con la culminación de mi problema de ajedrez, todo un período de mi vida había llegado a su satisfactorio final. Todo a mi alrededor estaba en completo silencio; hasta se le formaban, por así decirlo, hoyuelos al mundo, gracias al tono de mi alivio. Durmiendo en la habitación contigua os encontrabais tú y nuestro hijo. La lámpara de mi mesa estaba tocada con una hoja de papel azul pan de azúcar (una divertida precaución militar) y la luz resultante prestaba un tinte lunar al envuelto aire en el que flotaba el humo de tabaco. Unas cortinas opacas me separaban del París en tinieblas. El titular de un periódico que estaba a punto de caerse de una silla hablaba del ataque de Hitler contra los Países Bajos. Tengo ante mí la hoja de papel en la que, aquella noche en París, dibujé el diagrama de la posición del problema. Blancas: Rey en a7 (que significa primera fila, séptima hilera), Dama en b6, Torres en f4 y h5, Alfiles en e4 y h8, Caballos en d8 y e6, Peones en b7 y g3; Negras: Rey en e5, Torre en g7, Alfil en h6, Caballos en e2 y g5, Peones en c3, c6 y d7. Juegan blancas y hacen mate en dos movimientos. La pista falsa, la «probatuira» irresistible es: Peón a b8, donde se convierte en caballo, y a continuación tres bellos mates en respuesta a los jaques declarados por las Negras. Pero las Negras pueden frustrar toda esta brillante operación renunciando a hacer jaque a las blancas y llevando a cabo en su lugar un modesto movimiento dilatorio en otra zona del tablero. En una punta de la hoja del diagrama, observo cierta marca sellada que también adorna otros papeles y libros que me llevé de Francia a los Estados Unidos en 1940. Es una huella circular, en el último tono del espectro: *violet de bureau*. Hay en su centro dos letras mayúsculas de un cicero, R.F., que significan naturalmente République Française. Otras letras en un tipo más pequeño, dispuestas periféricamente, deletrean Controle des Informations. Sin embargo, sólo ahora, muchos años después, la información oculta en mis símbolos ajedrecísticos, que ese control permitió que pasaran, puede ser, y es, divulgada.

CAPITULO DECIMOQUINTO

1

Van pasando, pasan, pasan, deslizándose los años, por utilizar una desgarradora inflexión horaciana. Pasan los años, cariño, y con el tiempo nadie sabrá lo que tú y yo sabemos. Crece nuestro hijo; las rosas de Paestum, del neblinoso Paestum, han desaparecido; estúpidos mecanicistas manosean ciertas fuerzas de la naturaleza que algunos mansos matemáticos, para su propia y secreta sorpresa, parecen haber presentado; de modo que quizá haya llegado la hora de que examinemos algunas instantáneas antiguas, pinturas rupestres de trenes y aeroplanos, estratos de juguetes en el pesado armario.

Nos remontaremos más atrás, hasta una mañana de mayo de 1934, y conduciremos respetuosamente hasta este punto prefijado la gráfica de un barrio de Berlín. Allí estaba yo, caminando de vuelta a casa, a las cinco de la madrugada, procedente de la maternidad cercana a Bayerischer Platz, adonde te había llevado un par de horas antes. Las flores primaverales adornaban los retratos de Hindenburg y Hitler en los marcos y fotografías coloreadas del escaparate de una tienda. Grupos izquierdistas de gorriones celebraban vociferantes sesiones matutinas en las lilas y los tilos. Un amanecer transparente había desenfundado por completo un lado de la vacía calle. En el otro, las casas todavía estaban azules de frío, y varias sombras alargadas iban estirándose gradualmente, a la prosaica manera que el día joven adopta cuando reemplaza a la noche en una cuidada y bien regada ciudad, en donde el fuerte sabor de los pavimentos alquitranados asoma por debajo de los olores a savia de los árboles de sombra; pero la parte óptica del asunto me resultaba completamente nueva, como una forma desacostumbrada de poner la mesa, porque nunca había visto hasta entonces aquella calle en particular al amanecer, aunque, por otro lado, había pasado a menudo por allí, deshijado, en tardes soleadas.

En la pureza y vacuidad de esta hora menos familiar, las sombras se habían confundido de lado, confiriendo así a la calle un tono de no inelegante inversión, como cuando ves reflejada en el espejo de la barbería la ventana hacia la que el melancólico barbero, mientras afila su navaja, vuelve su mirada (tal como hacen todos ellos en tales momentos), y, enmarcado en esa ventana reflejada, un fragmento de acera muestra una procesión de peatones despreocupados que caminan en sentido errado, hacia un mundo abstracto que inmediatamente deja de ser divertido para liberar un torrente de terror.

Cada vez que me pongo a reflexionar sobre el amor que siento por una persona, tengo la costumbre de dibujar radios que arrancan de mi amor —de mi corazón, del tierno núcleo de la materia personal— para dirigirse hacia puntos monstruosamente remotos del universo. Hay algo que me impulsa a comparar la

conciencia de mi amor con cosas tan inimaginables e incalculables como el comportamiento de las nebulosas (cuya misma lejanía parece una forma de locura), los temibles precipicios de la eternidad, lo incognoscible que está más allá de lo desconocido, el desamparo, las frías y nauseabundas involuciones e interpretaciones del espacio y el tiempo. Es una costumbre perniciosa, pero no puedo hacer nada por evitarla. Puede compararse con el incontrolable salto de la lengua del insomne que repasa una muela cariada en la noche de su boca, haciéndose daño, pero, aun así, perseverando.

He conocido a personas que, cuando tocaban accidentalmente alguna cosa —la jamba de una puerta, una pared— tenían que llevar a cabo toda una serie rápida y sistemática de contactos manuales con diversas superficies de la habitación antes de regresar a una existencia equilibrada. No tiene remedio; necesito saber dónde estoy yo; dónde estáis tú y mi hijo. Cuando se produce en mí esa explosión en cámara lenta, silenciosa, de amor, y despliega sus derretidos márgenes y me deja abrumado ante la sensación de algo mucho más vasto, mucho más duradero y potente que la acumulación de materia o energía en cualquier cosmos imaginable, mi mente no puede hacer otra cosa que darse un pellizco para comprobar si está en realidad despierta. Tengo que hacer un rápido inventario del universo, de la misma manera que una persona que sueña intenta condonar el absurdo de su situación asegurándose de que está dormida. Necesito que todo el espacio y todo el tiempo participen de mi emoción, de mi amor mortal, para quitarle mordiente a su mortalidad, y contribuir de este modo a combatir la absoluta degradación, ridículo y horror de haber llegado a tener una sensación y un pensamiento infinitos en el seno de una existencia finita.

Debido a que, en mi metafísica, soy un asindicalista empecinado y no me sirven de nada los viajes organizados por paraísos antropomórficos, cuando pienso en las mejores cosas de la vida quedo abandonado a mis propios y no despreciables recursos; es lo que ocurre ahora, cuando vuelvo la vista atrás para contemplar mi preocupación, propia casi del rito de cobada, por nuestro hijo. Tú recuerdas muy bien las cosas que descubrimos (y que se supone descubren todos los padres): la forma perfecta de las uñas en miniatura de la mano que me mostrabas silenciosamente cuando se apoyaba, abierta como una estrella de mar, en tu palma; la textura epidérmica de miembros y mejillas, señalada con entonación apagada, remota, como si la suavidad del tacto sólo pudiese ser expresada por la suavidad de la distancia; ese no sé qué natatorio, resbaladizo, elusivo del tinte azul oscuro de los iris, que parecía retener aún las sombras de antiguos y fabulosos bosques en los que había más pájaros que tigres y más frutos que espinos, y donde, en una moteada espesura, nació la mente humana; y, sobre todo, el primer viaje de un niño a la siguiente dimensión, el recién establecido nexo entre el ojo y el objeto alcanzable, que los especialistas en biométrica y los miembros de la banda de los laberintos para ratas creen ser capaces de explicar. Se me ocurre que la más fiel reproducción alcanzable del nacimiento de la mente es la puñalada de asombro que acompaña el momento preciso en el que, mirando una maraña de hojas y ramas, nos damos cuenta de repente de que lo que parecía un elemento natural de ese enmarañamiento es un insecto o un pájaro maravillosamente disfrazados. También se siente un intenso placer (y, después de todo, ¿qué otra cosa podría producir la labor científica?) si, al enfrentarnos al acertijo del florecimiento inicial de la mente humana, postulamos una pausa voluptuosa en el crecimiento del resto de la naturaleza, un repantigamiento y un haraganeo que permitieron que se formara en primer lugar el Homo poeticus, sin el cual no se habría evolucionado hasta el sapiens. ¡Y que luego nos vengan con lo de la «lucha por la vida»! La doble maldición de la guerra y el esfuerzo devuelve al hombre al estadio de verraco, a la loca obsesión de la bestia gruñidora por la obtención del alimento. Tú y yo hemos comentado con frecuencia la aparición de ese destello maníaco en el ojo del ama de casa intrigante mientras estudia los productos de una tienda de ultramarinos o el depósito de cadáveres de una carnicería. ¡Esforzados del mundo, disolveos! Los libros antiguos están errados. El mundo fue hecho en domingo.

2

A todo lo largo de los años de la infancia de nuestro chico, en la Alemania de Hitler y la Francia de Maginot, tuvimos que pasar más o menos aprietos, pero algunos amigos maravillosos se encargaron de que dispusiera de todo lo mejor. Aunque impotentes para cambiar las cosas, tú y yo mantuvimos conjuntamente una celosa vigilancia sobre cualquier posible grieta que pudiera abrirse entre su infancia y nuestros propios estadios larvarios de aquel pasado opulento, y ahí es donde salen a escena aquellas hadas amistosas que reparaban la grieta cada vez que veíamos el peligro de que se abriese. Fue

entonces, también, cuando la ciencia de la crianza de los bebés experimentó el mismo tipo de fenomenal y acelerado progreso que la aviación y la agricultura: cuando yo tenía nueve meses de edad, jamás me tomé en una sola comida una libra entera de espinacas escurridas, ni me dieron tampoco el zumo de una docena de naranjas cada día; y la higiene pediátrica que adoptábamos era incomparablemente más artística y escrupulosa que todo cuanto hubiesen podido imaginar nuestras nodrizas cuando nosotros éramos unos bebés.

Creo que los padres burgueses —obreros de pajarita y pantalones de rayas trazadas a lápiz, solemnes padres atados a sus oficinas, tan diferentes de los jóvenes veteranos estadounidenses de hoy en día, o de cierto feliz expatriado de origen ruso y sin empleo fijo de hace quince años— no comprenderán mi actitud para con nuestro hijo. Cada vez que tú le alzabas en brazos, repleto de su biberón recién tomado y tan grave como un ídolo, y esperabas a que diera la señal postláctica de vía libre antes de convertir al bebé vertical en bebé horizontal, me acostumbré a participar tanto en tu espera como en la tensión de su saciedad, que yo exageraba, debido a lo cual casi me fastidiaba tu animosa confianza en la rápida disolución de lo que a mí me parecía una dolorosa opresión; y cuando, por fin, la embotada burbujita estallaba en su solemne boca, yo solía experimentar un maravilloso alivio mientras tú, acompañando tus movimientos con un murmullo de felicitación, te inclinabas para depositarle en la penumbra de blancos bordes de su cuna.

¿Sabes una cosa? Todavía me noto en las muñecas ciertos ecos de los trucos que utilizan los empujadores de cochecitos, tales como, por ejemplo, la fácil presión hacia abajo que había que aplicar al asa para que el cochecito se levantara por delante y se encaramase al bordillo. El primero fue un complicado vehículo gris rata de fabricación belga, con gordos neumáticos autoides y lujosos muelles, tan grande que no entraba en nuestro canijo ascensor. Rodaba por las aceras con lento misterio señorial, y el atrapado bebé permanecía tendido boca arriba en su interior, bien tapado con plumas, seda y piel; sólo sus ojos se movían, cautelosamente, y a veces se volvían hacia arriba con un rápido barrido de sus espectaculares pestañas para seguir el lejano azul trenzado de ramas que se iba alejando, ocultándose al otro lado del borde de la semiabierta capota del coche, y luego lanzaba una mirada recelosa a mi cara para comprobar si aquel cielo y aquellos árboles tan guasones pertenecían casualmente al mismo orden de cosas que los traqueteos y el humor paternal. Le siguió un cochecito más ligero, y en éste, más veloz, solía levantarse, tensando sus correas; se agarraba a los bordes; se ponía en pie, no tanto a la manera del mareado pasajero de un crucero de placer como a la del extasiado científico que viaja en una nave espacial; observaba las moteadas madejas del mundo vivo y cálido; miraba con interés filosófico la almohada que había conseguido arrojar por la borda; y hasta él mismo se cayó el día en que se rompió una correa. En una época más posterior incluso fue llevado en uno de esos pequeños armatostes que reciben el nombre de sillitas de ruedas; el niño fue bajando poco a poco desde sus muelles alturas iniciales, hasta que, cuando tenía aproximadamente un año y medio, pudo tocar el suelo dejándose caer hacia adelante en la sillita, y hasta golpearlo con los tacones como anticipación del momento en el que le dejarían suelto en algún jardín público. Una nueva ola evolucionaria comenzó a crecer, elevándole otra vez del suelo gradualmente, cuando, como regalo de su segundo cumpleaños, recibió un plateado «Mercedes» de carreras, de ochenta centímetros de largo, accionado por unos pedales interiores, como un órgano, en el que solía desplazarse con acompañamiento de ruidos de bombeo y golpeteos metálicos por la acera de Kurfürsterdamm, mientras las abiertas ventanas emitían el multiplicado bramido de un dictador que todavía andaba golpeándose el pecho en el valle de Neander, que tan atrás habíamos dejado nosotros. Podría resultar valioso analizar los aspectos filogenéticos de la pasión que los niños varones sienten por las cosas montadas sobre ruedas, sobre todo los ferrocarriles. Naturalmente, ya sabemos lo que pensaba al respecto el Curandero Vienés. Dejaremos que él y los suyos sigan dándose codazos y empujones en su vagón de pensamiento de tercera clase, mientras viajan por el estado-policía del mito sexual (por cierto, qué gran error por parte de los dictadores el haber ignorado el psicoanálisis: ¡toda una generación hubiese podido ser fácilmente corrompida por ese procedimiento!). La rapidez del crecimiento, la velocidad cuántica del pensamiento, la montaña rusa del sistema circulatorio..., todas las formas de vitalidad son formas de velocidad, y no es de extrañar que los niños que están creciendo pretendan aventajar a la Naturaleza con las propias armas de la Naturaleza, llenando una mínima extensión de tiempo con un máximo de disfrute espacial. No hay en el ser humano ninguna cosa tan profunda como el placer espiritual que se puede obtener de la explotación de las posibilidades de superar en fuerza de arrastre y velocidad a la gravedad, de vencer o imitar el tirón de la tierra. La milagrosa paradoja que supone el hecho de que los objetos redondos conquisten el espacio por el simple procedimiento de caer una y otra vez, en lugar de avanzar alzando laboriosamente unos pesados

miembros, debió de suponer para la humanidad joven una saludabilísima conmoción. La hoguera a la que se asomaba el diminuto soñador salvaje cuando gateaba semidesnudo, o el incontenible avance de un incendio forestal, debieron de afectar, también, sin que Lamarck se enterase, a algún otro cromosoma de cierto misterioso modo que los genetistas occidentales ni siquiera tienen intención de elucidar, de la misma manera que los físicos profesionales se niegan a hablar siquiera del exterior del interior, del dónde de la curvatura; porque cada dimensión presupone un medio en el que puede actuar, y si, en el despliegue espiral de las cosas, el espacio se alabea hasta convertirse en una cosa que está emparentada con el tiempo, y el tiempo, a su vez, se alabea hasta convertirse en una cosa que está emparentada con el pensamiento, no hay duda de que a esas dimensiones les sigue otra: un Espacio especial quizá, que, o eso esperamos, no es el anterior, a no ser que las espirales vuelvan a convertirse en círculos viciosos.

Pero sea cual sea la verdad, jamás olvidaremos, ni tú ni yo, y siempre defenderemos, en este campo de batalla o en cualquier otro, los puentes en los que nos pasamos tantas horas con nuestro hijito (de entre dos y seis años) esperando a que pasara un tren por debajo. He visto a niños mayores y menos felices detenerse un momento para asomarse por encima de la balaustrada y lanzar un escupitajo hacia la asmática chimenea de la locomotora que pasaba fortuitamente por debajo, pero ni tú ni yo estamos dispuestos a admitir que el más normal de estos dos niños sea aquel que resuelve de forma pragmática la inútil exaltación de ese oscuro trance. Tú no hiciste el menor esfuerzo por abreviar o racionalizar esas detenciones de una hora en ventosos puentes cuando, con un optimismo y una paciencia que no conocían límites, nuestro hijo aguardaba el momento en el que un semáforo produciría un chasquido y una máquina de tren, cada vez más grande, aparecería en aquel punto lejano donde, entre las inexpresivas espaldas de las casas, convergían todas las vías. Los días fríos el pequeño llevaba un abrigo de corderina, y una gorra similar, ambos de un color pardusco salpicado de motas gris escarcha, y estas prendas, y los mitones, y la efervescencia de su fe le mantenían encendido a él, y también te abrigan a ti, pues la única forma que tenías de impedir que se helaran tus delicados dedos era coger una de sus manos alternativamente en tu propia mano derecha o izquierda, cambiando a cada minuto aproximadamente, y maravillándote ante la increíble cantidad de calor que era capaz de generar el cuerpo de un niño crecido.

3

Aparte de los sueños de velocidad, o en relación con ellos, existe en todos los niños el impulso esencialmente humano de modificar la tierra, de actuar en relación con un medio ambiente friable (a no ser que sea un marxista desde su misma cuna, o un cadáver, y espere sumisamente que el ambiente le conforme a él). Esto explica el placer que sienten los niños cuando cavan, o cuando hacen carreteras y túneles para sus juguetes preferidos. Nuestro hijo tenía un modelo diminuto del Bluebird de Sir Malcolm Campbell, de acero pintado y neumáticos de quita y pon, y jugaba interminablemente con él por el suelo, y el sol formaba una especie de nimbo con su más bien largo pelo rubio, y volvía de color tofe su espalda desnuda cruzada por los tirantes de sus pantaloncitos azul marino (bajo los cuales, cuando no estaba vestido, se le notaba el blanco natural del trasero y el ronزال). Jamás en la vida me he sentado en tantos bancos y sillas de parques, en losas de piedra y peldaños de piedra, en balaustradas de terrazas y bordes de los estanques de las fuentes como en aquella época. No visitábamos casi nunca los frecuentadísimos pinares que rodean el lago de Grunewald de Berlín. Nos preguntábamos con qué derecho podía llamarse bosque a un lugar tan invadido de basura, tan notablemente más sucio de porquería que las relucientes y presumidas calles de la vecina ciudad. En este Grunewald aparecían cosas curiosas. La imagen de la armadura de una cama de hierro que exhibía la anatomía de sus muelles en medio de un claro, o la presencia de un negro maniquí tendido al pie de un matorral de espino en flor, hacían que nos preguntáramos quién podía ser, exactamente, la persona que se había tomado la molestia de llevar estos y otros artículos que había esparcidos por allí hasta puntos tan remotos de un bosque desprovisto de senderos. Una vez tropecé con un espejo desfigurado pero aún alerta, y en el que sobreabundaban los reflejos silvestres —borracho, por así decirlo, de una mezcla de cerveza y chartreuse—, que se apoyaba, con garbo surrealista, en el tronco de un árbol. Es posible que estas intromisiones que aparecían en unos campos dedicados a los placeres burgueses fuesen una visión fragmentaria de la confusión que comenzaba a anunciarse, una pesadilla profética de explosiones destructivas, algo así como el montón de cabezas muertas que el vidente Cagliostro columbró en la zanja divisoria de un jardín real. Más cerca del lago, en verano, sobre todo los domingos, el lugar estaba

infestado de cuerpos humanos en diversos estadios de desnudez y solarización. Sólo las ardillas y algunas orugas mantenían puesto el abrigo. Señoronas de grises pies se sentaban en enaguas sobre la grasienta arena gris; repulsivos varones, con voz de foca y embarrados bañadores, retozaban por todas partes; muchachas notablemente agraciadas pero de escasa elegancia, destinadas a parir unos cuantos años más tarde —a comienzos de 1946, para ser exactos— una repentina cosecha de niños con sangre turca o mongol en sus venas inocentes, eran perseguidas y azotadas en el trasero (ante lo cual gritaban: «¡Huy, huy!»); y los efluvios de estas infortunadas gentes juguetonas, y de sus ropas (pulcramente extendidas por el suelo), se mezclaban con el hedor del agua estancada hasta formar un infierno de olores que, ignoro la razón, no he encontrado en ningún otro lugar. Estaba prohibido que la gente se desnudara en los jardines y parques públicos de Berlín; pero podían desabrocharse las camisas, y había filas de jóvenes, de marcado tipo nórdico, sentados en los bancos con los ojos cerrados, y allí exponían sus pecas frontales y pectorales a la nacionalmente aprobada acción del sol. El tono remilgado y posiblemente exagerado de estas notas puede ser atribuido, supongo, a que vivíamos en el miedo constante de que alguna contaminación afectara a nuestros hijo. A ti siempre te pareció abominablemente vulgar, y no desprovista de cierto sabor peculiarmente filisteo, esa idea según la cual a los niños pequeños, para ser encantadores, tiene que resultarles odioso lavarse y apasionante matar.

Me gustaría recordar un parquecito que visitábamos; me gustaría tener la habilidad que permitía al profesor Jack, de Harvard y del Arnold Arboretum, identificar ramas con los ojos cerrados, por el simple silbido que producen cuando son agitadas en el aire («Carpe, madreSelva, chopo lombardo. Ah..., un *transcript* doblado). Muy a menudo, naturalmente, puedo determinar la posición geográfica de tal o cual parque gracias a cierta característica o suma de características: los setos de boj enano a lo largo de estrechos paseos de gravilla, que terminan coincidiendo en algún lugar, como los personajes de las obras de teatro; el bajo banco azul apoyado en un seto cuboide de tejo; los parterres cuadrados de rosas, enmarcados por un borde de heliotropos: todos estos elementos son característicos de las pequeñas zonas ajardinadas que hay en las intersecciones de calles de los barrios periféricos de Berlín. Con la misma claridad, una silla de delgado hierro, con su sombra de telaraña tendida a sus pies, un poquitín desviada hacia un lado; o un agradablemente arrogante, aunque claramente psicopático y rotatorio aparato de riego por aspersión, con su arco iris particular colgando de su chorro sobre la hierba perlada, delata el parque parisense; pero, y tú lo comprenderás muy bien, el ojo de la memoria está enfocado con tal firmeza en una pequeña figura que está agachada en el suelo (cargando de piedrecillas un camión de juguete o contemplando la goma brillante y húmeda de la manguera en la que se han quedado pegadas algunas de las piedrecillas del engravillado por el que la manguera acaba de deslizarse), que los diversos lugares —Berlín, Praga, Franzensbad, París, la Riviera, París otra vez, Cap d'Antibes y demás— pierden toda soberanía, hacen fondo común con sus generales petrificados y hojas caídas, cimentan la amistad de sus senderos entrelazados, y se unen en una federación de luz y sombra a través de la cual avanzan a la deriva graciosos niños de desnudas rodillas montados en susurrantes patines.

De vez en cuando, un reconocido fragmento de trasfondo histórico permite la identificación local, y reemplaza otros vínculos por los que te sugiere tu visión personal. Nuestro hijo debía de contar casi tres años cuando, un ventoso día berlinés (ciudad en donde, naturalmente, nadie se libraba de conocer la ubicua imagen del Führer), nos encontramos él y yo mirando un parterre de pálidos pensamientos, y en cada uno de sus rostros se veía una oscura mancha a modo de bigote, y nos reímos mucho, animados por un tonto comentario de mi parte, diciendo que parecían una multitud de agitados Hitlers en miniatura. De la misma manera, puedo bautizar un florido jardín de París como el lugar en el que, en 1938 o 1939, me fijé en una tranquila niña de unos diez años e inexpresivo rostro muy pálido, la cual, por su ropa oscura, andrajosa y anticuada, parecía haberse escapado de un orfanato (intuición que en parte confirmó un posterior vislumbre de esa misma niña siendo retirada del jardín por dos ondeantes monjas), que había atado mañosamente una mariposa viva con un hilo, y que paseaba al extremo de esa correa de enanitos (subproducto, quizá, de laboriosas horas de pulcra costura en ese orfanato) al bello insecto ligeramente mutilado y aún aleteante. A menudo me has acusado de ser innecesariamente cruel en mis prosaicas investigaciones entomológicas de nuestros viajes a los Pirineos o los Alpes; y, en efecto, si desvié la atención de nuestro hijo de esa supuesta Titania no fue porque compadeciera a la vanesa atalanta que arrastraba la niña sino debido a que aquella taciturna diversión tenía un simbolismo vagamente repulsivo. Es posible, de hecho, que esta escena me recordase el simple y antiguo truco que utilizaban —y seguramente siguen utilizando— los policías franceses para llevarse a la comisaría a uno de esos obreros de florida nariz al que han atrapado un domingo cuando estaba armando algún alboroto,

y por medio del cual lo convierten en un satélite singularmente dócil, consistente en clavar una especie de anzuelo en su desaseada pero sensible carne. Tú y yo hicimos cuanto estuvo en nuestra mano por rodear de vigilante ternura la confiada ternura de nuestro hijo, pero nos vimos inevitablemente enfrentados al hecho de que la basura que dejaban los gamberros en los cuadros de arena de los jardines era el menos grave de los peligros que le acechaban, y que los horrores que generaciones previas habían descartado mentalmente, convencidas de que eran anacrónicos o cosas que sólo ocurrían en lejanos países gobernados por kanes o mandarines, nos rodeaban por todas partes. A medida que transcurría el tiempo, y que la sombra de la historia, obra de locos, viciaba incluso la exactitud de los relojes de sol, anduvimos inquietamente de un lado a otro de Europa, y nos pareció que no éramos nosotros, sino aquellos jardines, los que estaban viajando. Las irradiantes avenidas y complicados parterres de Le Nôtre quedaron atrás, como trenes en apartaderos. En Praga, a donde viajamos en primavera de 1937 para que mi madre viera a nuestro hijo, estaba el parque de Stromovka, con su atmósfera de lejanía libremente ondulante más allá de los cenadores tutorados por el ser humano. Recordarás también los jardines con rocas y plantas alpinas —sedos y saxígrafas— que nos escoltaron, por así decirlo, hasta los Alpes de Saboya, permanecieron con nosotros durante unas vacaciones (pagadas por algo que habían logrado vender mis traductores), y luego nos siguieron en nuestro regreso hasta los pueblos de los llanos. Unas manos con puño de camisa, recortadas en madera y clavadas a los troncos de los viejos parques que había junto a los balnearios, señalaban la dirección del sitio desde donde nos llegaba el asordinado vibrar de la banda que tocaba en algún quiosco. Un inteligente sendero acompañaba a la avenida principal; no siempre discurriendo de forma paralela a ella pero reconociendo dócilmente su gobierno, y regresando de un brinco hacia la procesión de plátanos desde un estanque con patos o nenúfares, se encontraba de nuevo con la avenida allí en donde el parque, víctima de una fijación paterna con los de las ciudades, había soñado un monumento. Las raíces, raíces de verdor recordado, raíces de memoria y de plantas acerbadas, raíces, en una palabra, pueden recorrer largas distancias superando ciertos obstáculos, penetrando otros e insinuándose en estrechas grietas. Así atravesaron con nosotros Europa Central aquellos jardines y parques. Los paseos engravillados se reunieron y detuvieron en un rond-point para ver cómo tú o yo nos agachábamos con una mueca de dolor para buscar una pelota bajo un seto de ligustro donde, en la oscura y húmeda tierra, no había modo de detectar otra cosa que un perforado billete malva de tranvía o un manchado pedacito de gasa sucia y algodón hidrófilo. Un asiento circular giraba en torno a un grueso tronco de roble para ver quién estaba sentado al otro lado, y encontrábamos allí a un abatido anciano leyendo un periódico en lengua extranjera y hurgándose la nariz. Unos matorrales de hoja perenne y lustrosa, que formaban el seto de un césped en el que nuestro hijo descubrió su primera rana viva, se convertían luego en un recortado laberinto de toperas, y tú dijiste que te parecía que iba a llover. En una etapa algo posterior, bajo cielos menos plumizos, hubo una gran exhibición de vallecitos rosados y callejas entrelazadas, y espalderas en las que se columpiaban las trepadoras, dispuestas a convertirse en las parras de pérgolas encolumnadas en cuanto se les brindara la más mínima oportunidad, o, de lo contrario, a revelar el más típico lavabo público del mundo, una miserable construcción con pretensiones de chalet y de dudosa limpieza, con una encargada vestida de negro que hacía negra calceta junto a la entrada.

Bajamos un declive, por un sendero marcado con banderines, apoyando cautelosamente cada pie, empezando siempre por el mismo, a través de un jardín de lirios; luego, bajo las hayas; y que después se transformó en un rápido sendero de tierra adornado de las toscas huellas de los cascos de los caballos. Los jardines y los parques parecieron desplazarse incluso más velozmente a medida que iban alargándose las piernas de nuestro hijo, y cuando él tenía casi cuatro años, los árboles y los matorrales floridos se desviaron resueltamente hacia el mar. Como un aburrido jefe de estación plantado en solitario en el andén tijereteado por la velocidad de una pequeña estación en la que nuestro tren no se detiene, tal o cual gris vigilante de parque iba empequeñeciéndose a medida que el jardín corría sin parar, conduciéndonos hacia el sur, camino de los naranjos y los madroños y los vellosos pollitos de la mimosa y la *pâte tendre* de un cielo impecable.

Jardines escalonados en las laderas, una sucesión de terrazas cuyos peldaños de piedra iban proyectando chillones saltamontes, iban cayendo, de saliente en saliente, hacia el mar, mientras los olivos y las adelfas estiraban sus cuellos los unos por encima de los otros en sus prisas por obtener una panorámica de la playa. Nuestro hijo, puesto de rodillas, se quedó inmóvil para que le fotografiasen en un tembloroso reverbero de sol contra el centelleo del mar, que en las instantáneas que hemos conservado no es más que una confusa mancha lechosa pero que, en la realidad, tenía un azul argentino, con grandes manchas de azul purpúreo más adentro, debido a la acción de las corrientes cálidas, en

colaboración con, y corroborada por (¿oyes las piedrecillas que hace rodar la ola al retirarse?), los viejos poetas y sus sonrientes símiles. Y entre las gotas acarameladas de cristal lamido por el mar —limón, cereza, menta— y las amontonadas piedrecillas, y las pequeñas conchas acanaladas con la cara interior lustrosa, aparecían a veces diminutos fragmentos de cerámica que todavía conservaban la belleza de su esmalte y su color. Nos las traían, a ti o a mí, para que los inspeccionáramos, y si poseían galones añiles, o fajas de ornamentos florales, o cualquier clase de alegres emblemas, y se llegaba a la conclusión de que eran preciosos, caían con un golpe seco al fondo del cubito, o, de lo contrario, regresaban al mar con un destello y un plop. No me cabe la menor duda de que entre aquellas ligeramente convexas desportilladuras de mayólica encontradas por nuestro hijo estaba una cuyo borde de volutas encajaba exactamente con el dibujo de un fragmento que yo encontré el año 1903 en esa misma playa, y que ambos continuaban un tercer pedazo hallado por mi madre en esa playa de Mentone en 1882, y también un cuarto trocito de la misma pieza de cerámica encontrado por la madre de ella hace cien años, y así sucesivamente, de modo que, si hubieran sido conservados estos restos, hubieran podido unirse hasta reconstruir del todo, absolutamente del todo, la escudilla rota por algún niño italiano, Dios sabe cuándo y dónde, y remendada ahora por estos remaches de bronce.

En otoño de 1939 regresamos a París, y alrededor del 20 de mayo del año siguiente nos encontramos de nuevo más cerca del mar, esta vez en la costa occidental francesa, en St. Nazaire. Allí nos rodeó un último jardincillo que tú y yo, y nuestro hijo, que ya tenía seis años, atravesamos camino de los muelles, en donde, al otro lado de los edificios cuyas fachadas nos miraban, estaba aguardando el vapor de línea *Champlain* para llevarnos a Nueva York. Aquel jardín era lo que los franceses llaman, fonéticamente, *skwarr*, y los rusos *skver*, quizá porque es la clase de parquecito que se encuentra en o cerca de las *squares* públicos de Inglaterra. Desplegado en el último límite del pasado y al borde del presente, permanece en mi memoria como un simple dibujo geométrico que sin duda podría rellenar fácilmente con los colores de flores plausibles, en caso de que fuese lo suficientemente irreflexivo como para romper el silencio de pura memoria que (excepto, quizá, para cierto tintineo subjetivo y fortuito debido a la presión de mi sangre cansada) he procurado dejar que sonara, y escuchar humildemente, desde el comienzo. Lo que realmente recuerdo de este diseño de neutra floración es su ingeniosa vinculación temática con los jardines y parques transatlánticos; pues de repente, cuando llegamos al final de ese sendero, tú y yo vimos una cosa que no señalamos en seguida a nuestro hijo, a fin de disfrutar plenamente de la jubilosa conmoción, la fascinación y la alegría que experimentaría cuando él mismo descubriese un poco más adelante el inauténticamente gigantesco, el irrealísticamente real prototipo de los diversos barcos de juguete con los que se había bañado. Allí, por entre una interrumpida hilera de casas que se interponía entre nosotros y el puerto, en el lugar donde el ojo encontraba toda clase de estratagemas, desde ropa interior azul claro y rosa haciendo equilibrios en el alambre de la ropa tendida, o una bicicleta de señora y un gato listado compartiendo raramente un rudimentario balcón de hierro forjado, se podía distinguir, entre los confusos ángulos de techos y paredes, una espléndida chimenea de barco que asomaba por detrás del alambre de ropa tendida, a la manera de ese elemento de una ilustración complicada — Encuentre el objeto que ha escondido el marinero— que, una vez localizado, no puede dejar de ser visto.